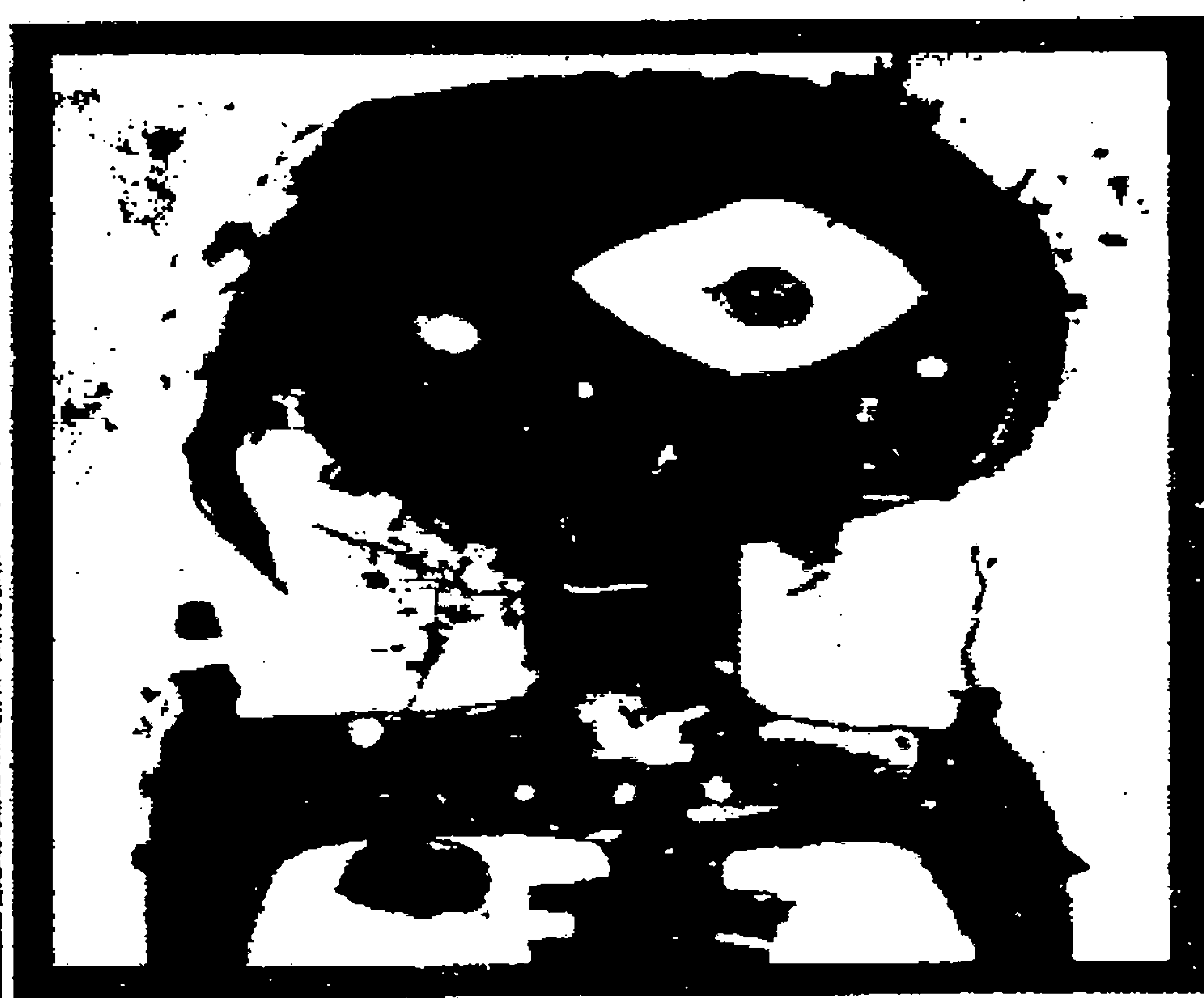
H. P. LOVECRAFT

EL SEPULCRO

Ediciones Júcar





H. P. LOVECRAFT

EL SEPULCRO
Y OTROS RELATOS

Prólogo, traducción y notas de
EDUARDO HARO IBARS

LA VELA LATINA



EDICIONES JUCAR

LA VELA LATINA /Narrativa
Cubierta: Julio Ramentol (Ilustración: *Roberto Cabrera*)
Primera edición: noviembre de 1974

Título original: *The Thomb and other tales*

Chantada, 7. Madrid-29 - Ruiz Gómez, 10. Gijón

I.S.B.M.: 84-334-0180-7
Depósito legal: M. 25.144-1974

Impreso en España por Musigraf Arabí
Hermanos del Hoyo, s/n. - Torrejón de Ardoz (Madrid)

PROLOGO

LAS MÁSCARAS DE LA NADA
(Notas posibles a una lectura de Lovecraft)

Temía la otra sombra, la amorosa, / las comunes venturas de la gente; / no lo cegó el metal resplandeciente / ni el mármol sepulcral, sino la rosa.

JORGE LUIS BORGES

I

El caballero solitario de Providence, Rhode Island, paseaba por las noches y buscaba entre las sombras la de Edgar Allan Poe; los tejedores de leyendas dicen que Lovecraft nunca salía de día; rehuía de este modo una realidad que le resultaba mucho más espantosa, y que quizás lo fuese, que sus sueños de terror y de abominaciones blasfemas: a caballo entre un exacerbado orgullo de casta y un profundo complejo de inferioridad, evitaba la compañía de los mortales, y se refugiaba entre las cosas muertas, entre las larvas de su inconsciente.

Procedente de un linaje extraño en el que se encontraban Hawthorne, Cotton Mathers —el Inquisi-

dor de Nueva Inglaterra—, las brujas de Salem —que él mintió expertas en abstrusas matemáticas, conocedoras de «n» dimensiones—; descendiente de las aristocráticas prostitutas, los caballerescos galeotes y los nobilísimos puritanos del «Mayflower», primeros colonizadores británicos de las Américas; procedente de ese extraño linaje, dije, odiaba a su tiempo decadente con toda la vehemencia de la que es capaz un «fin de race». Hubiera deseado vivir en el imposible Siglo Dieciocho de las nostalgias; o, quizás, lo que desease es no haber nacido nunca.

Era feo, con rostro de cabra o de pez; odiaba el mar y todo lo que de él venía, odiaba el aire frío, odiaba los tañidos de las campanas, odiaba a los negros, odiaba... Una semblanza de su carácter sería un largo recuento de fobias, y sólo dos o tres amores: amaba los helados, las *Mil y Una Noches* y a su madre. El rasgo característico de Lovecraft era el miedo, miedo nacido del desprecio o del odio; no ese agradable temor a los vampiros y a los cadáveres putrefactos; ese terror oscuro y cálido que a algunos nos gusta despertar en el fondo de nuestras mentes, terror a las cosas a medio formar que tan bien ha sabido él plasmar en sus cuentos, no. Lovecraft era ateo y materialista, y por ello eran sus miedos mucho más angustiosos, temía a los negros y a los amarillos «invasores» y esclavos de su tierra, y temía a los gangsters, a los demócratas y —sobre todo— a sí mismo; a él, que era un decadente puro, le horrorizaba la decadencia de la sociedad americana, el «melting pot» y el «bootlegging» que son la base de esa extraña cultura y civilización que ha llegado a dominar el mundo. Y su miedo era tan grande que le hizo refugiarse en las selvas fungosas de su inconsciente, y extraer de ellas brillantes materiales negros

que disfrazasen el mundo; tras las máscaras de gelatina de sus simpáticos monstruos «venidos de fuera» se ocultaron los inmigrantes extranjeros; y en mundos enmarañados y tentaculares ocultó su propia vida privada, su pobre vida de corrector de estilo en una editorial, de fracasado...

Fue un moralista. Se le puede ver como un nuevo Catón, censurando sin cesar lo que él consideraba los vicios de su época: la fealdad de lo moderno, la degeneración de la viejas costumbres, el «jazz band» y el colapso de América... es como un viejo romano horrorizado ante la diabólica corte de Nerón-la-Bestia. Su espíritu apolíneo se encocora ante el triunfo de Dionysos, que esta vez se manifiesta en el ya mencionado jazz, en las brillantes novelas de Scott Fitzgerald y en el uso inmoderado y continuo del alcohol prohibido; y es tanto el horror que esto le produce, que prefiere verlo como orgías satánicas de viscosos adoradores de «Dioses Otros», dioses extranjeros... El hubiera deseado una América rústica y provinciana, aún dependiente de Inglaterra quizás; con sus bosques poblados de sombras y de amables espectros; colinas de las que se elevase el humo de las hogueras de Cotten Mathers quemando brujas, en vez de ese humano pestilente de las fábricas; y ríos que transportasen restos de extraños seres subterráneos en lugar de jabón y de lejía.

Hubiera deseado regresar al pasado, a *cualquier pasado*, a cualquier otro mundo... Estaba enfermo, claro; era un pesimista o más aún, un nihilista; y es imposible determinar si era pesimista porque le tocó un mundo horrible, o si éste le pareció horrible por su pesimismo. En cualquier caso, éste es irrelevante.

II

Siempre se crea —o más bien, se reconstruye— a partir del fracaso, y las tropas que huyen dejan a su paso hermosos cadáveres, bellas ruinas humeantes. La obra de Lovecraft es la crónica de una derrota y de una huida; crónica disfrazada de enigma, de un fracaso que se procede a nivel individual —Lovecraft pobre, desconocido, de mala salud y falto de amor—, y a nivel de su clase y grupo social, la aristocracia pobre de Nueva Inglaterra que ve impotente cómo se trastocan todos sus valores. Pero en la historia del hombre todo es una suma de fracasos; desde el nacimiento, pequeña expulsión del paraíso, hasta la muerte, que es la expulsión de un placentero Infierno, pasando por los mil abandonos y desfallecimientos cotidianos. Hay individuos sanos o demasiado locos que hacen de la vida una tragedia brillante, una orgía de gritos agónicos y carcajadas, una lucha sin cuartel y desesperada contra el azar o la necesidad, que son dioses gemelos; otros, escriben el Eclesiastés o el libro de Job. Pero los conformistas que enmascaran su miseria con oropeles triunfalistas, los que andan con paso de vencedor sin advertir la lepra que corroe sus cuerpos, ésos sólo han conseguido componer músicas ramplonas, elevar amazacotados arcos de triunfo y escribir deleznable literatura «edificante»; veamos si no, como ejemplo, las marcas militares, los monumentos conmemorativos y las proclamas de los triunfadores: bazofia que ofende el buen gusto, que parece un último insulto a los vencidos que alcanzase también a los mismos vencedores.

Sólo el temor de Dios —de cualquier dios— hace posibles las catedrales, maravillas de piedra y luz; sólo la angustia engendra la obra de Freud o la Biblia; y sólo la impotente rabia, la desesperación, hacen a un hombre concebir los *Cantos de Maldoror* o la música de Jimi Hendrix. Y la Alegría sólo es productora de belleza, cuando es frenesí surgido de la afirmación final de la desesperación suprema e ineluctable; la hermosa alegría, la atroz alegría de la venganza y de la muerte. El pesimismo es el primer paso hacia la Sabiduría: pero ésta sólo se alcanza en la tragedia que es agonía, lucha, placer frenético en el centro mismo del Horror.

Los «héroes» de Lovecraft son héroes de tragedia empeñados en una lucha que saben que sólo puede concluir en locura o en muerte, buscan un conocimiento que lleva siempre a la aniquilación; son casi siempre cultos profesores de Universidad, médicos o escritores que —por azar siempre es el Azar, en Lovecraft, el *deus ex machina*— se encuentran ante un misterio que enmascara un horror. Por medio de sueños —mensajes de un inconsciente arquetípico que devuelve la mente del hombre a épocas anteriores a toda Historia—, de volúmenes crípticos y malditos; atando cabos sueltos, interpretando noticias de los periódicos, vivencias infantiles o relatos de viejas —claves de la horrible realidad que subyace a la apariencia cotidiana—, estos detectives de lo trágico se encuentran de pronto ante una amenaza cósmica que amenaza sus vidas, e incluso la cordura del cosmos entero. El mismo conocimiento que han adquirido les revela lo ineluctable de la catástrofe, la inutilidad de cualquier acción frente a ella, que ya está prevista en el plan ciego del azar, y que no haría más que retrasarla, en el mejor de los casos.

Sin embargo, lo intentan, luchan con un desesperado escepticismo. Y todos, o casi todos, fracasan. No hay remedio y lo saben. Saben que su lucha es contra el Universo, y que éste es una máquina loca y ciega a cuyo paso es imposible oponerse; que cualquiera de los movimientos de este monstruo no tiene para nada en cuenta la existencia de ínfimos, de irrisorios obstáculos humanos; que el Azar que todo lo rige es indiferente. Y su lucha es una lucha sin odio, porque no se puede odiar a Los Dioses Otros, a Nyarlathoteph, el Caos Reptante. ¿Cómo odiar un temblor de tierra, cómo odiar el curso de la Historia?

Los héroes de Lovecraft son los anti-Job; este pequeño judío no piensa siquiera en luchar contra el Ser que le tortura, ese ser inmenso —supremo— para quien el Leviathán es un gracioso pececillo de acuárium—; está convencido de la inutilidad de todos sus esfuerzos, sabe que no es más que un juguete, algo que se disputan Jehová y su fantasmagórico Negador —Negador que tampo existe si no es como una convención literaria; habrán de pasar muchos años antes de que el Demonio adquiera cuerpo, peso y consistencia—. Y no se rebela. El héroe trágico, sin embargo —Orestes, Edipo, cualquier personaje de Lovecraft—, conoce también la inmensidad del Destino al que nada escapa, lo inexorables que son las Furias; y sin embargo, luchan. No afectan para nada su conducta las profecías, ni la consciencia del fracaso final. Y, en vez de aceptar como el miserable judío, afirman su destino de la única manera que les es posible: luchando. Y al reconocer al Enemigo, al darle la realidad de una respuesta, se reconocen a sí mismos en la lucha; quizá sea esto la clave del valor del hombre histórico, es decir, del héroe.

III

«Lo que llamamos Naturaleza es una poesía encerrada en un escrito admirable y secreto. Sin embargo, el enigma podría descubrirse si viéramos la Odisea del Espíritu que, maravillosamnete engañado, huye de sí mismo en tanto que a sí se busca; pues a través del mundo de los sentidos sólo contempla..., como a través de una niebla casi opaca, el mundo de fantasía hacia el que tiende...»

SCHELLING

Creo que fue Jacques Bergier, ese falso brujo que acierta a veces, quien propuso que se hiciera un estudio comparado de la obra de Lovecraft y de Chesterton; Chesterton, según Bergier, pinta el universo como debería ser, mientras que Lovecraft lo describe tal como es. En efecto, en ese mundo de horror, en ese mundo caótico por el que se mueven monstruos que son nuestros prójimos, reconocemos —como en un sueño que se interpretase a sí mismo en claves transparentes— nuestro propio mundo, el terror puede surgir en cualquier momento y lugar, la monstruosidad está latente tras cualquier paisaje; en cualquier persona también. Todos podemos ser monstruos, todo puede ser monstruoso —es decir, ajeno. Porque lo ajeno lo llevamos dentro; y una de las formas de exorcizarlo —la más antigua, base de toda magia— es nombrándolo, haciéndolo manifiesto. El hombre nombra las cosas para dejar de temerlas; el Caos que se manifiesta ya no es más caos. Por eso el Dios de los judíos carecía de nombre —o tenía uno indecible, que es lo mismo—: porque era la suma de todos los terrores de su pueblo.

De aquí el que Lovecraft, como hicieron los gnósticos, sus antepasados, establezca una precisa y larga jerarquía de dioses y de demonios —o más bien de nombres de dioses y demonios—: Dioses Terrestres, Antiguos, Primordiales, Primigenios, Dioses Otros... provistos todos de nombres sonoros y bárbaros de vaga resonancia egipcia o asiática. Y todos ellos son avatares, máscaras de Azathoth, Sultán de Demonios. Es éste un dios loco e idiota, un dios que se roe sin fin en el centro de un Universo que es él mismo, privado de sentido; la divinidad primera de Lovecraft, su «motor inmóvil» es la Nada, un insensato Devenir. Y el Verbo de este Dios, su Espíritu Mensajero y mediador —Hermes o Cristo de esta teología singular—, Nyarlathoteph, es el Caos Reptante; el Caos que se mueve como una serpiente. Aquí se acordó Lovecraft —o se acordó a través de él esa memoria soterrada que pone al hombre en contacto con todos los mitos— de los ofitas que equiparaban a Cristo con la Serpiente del Génesis. También es de raíz gnóstica esa idea de la creación de la raza humana, del Mundo mismo, «por burla o por error» que se manifiesta varias veces a lo largo de su obra; y la inclusión del hombre y del ámbito humano en una cosmología no antropocéntrica, que lo sitúa en uno de los peldaños más bajos de la jerarquía. Yo veo a Lovecraft, en suma, como a un moderno Basílides, producto de una cultura en decadencia: en Basílides acabaron los esplendores de la gentilidad vencida por el cristianismo, y en Lovecraft se acaba el orgulloso esplendor del «Viejo Nuevo Mundo», vencido por Roosevelt y por Al Capone. Estos dos pesimistas proyectan su visión de «fines de raza» en el universo, y adquieren así una visión certera de la existencia como continuo fin de algo.

El mundo es un espejo de la obra creada, una representación de aquel que lo transforma cuando piensa interpretarlo, por esa magia que se ha dado en llamar poesía. Si de alguna manera consigo imaginarme al Demiurgo, es como a un gran paranoico que interpreta la Nada a su imagen y semejanza.

Varios han sido, en la literatura contemporánea, los creadores de cosmos completos: Borges, Joyce, W. Burroughs... y Lovecraft. Ha tomado este último todos los temores, todas las frustraciones que hacen del hombre de hoy y del ayer más próximo un animal más enfermo que ninguno; y ha creado con este material de desecho su pequeña ópera de horrores. Ha convertido en narración popular, en cuento de horribles hadas, el pensamiento angustiado de Lautreamont —otro ateo obsesionado por lo Divino, moderno Cervantes que criticó todo lo divino y lo humano, en una sangrante parodia de las novelas góticas—, la desesperación de todos los nihilistas; de ahí su éxito entre los intelectuales. ¿Qué importa que su inglés sea apenas legible? ¿Que se acumulen los adjetivos, innecesarios y burdamente aplicados? ¿Qué importan sus trucos, su recurso a lo «indescriptible» que, al ser descrito, revela una asombrosa carencia de imaginación? ¿Qué importan sus morosas descripciones de arquitecturas aberrantes y aburridas? A todo esto subyace un pensamiento que es el del hombre de hoy; y, a pesar de todos sus defectos, existe una enorme coherencia interna que hace de muy agradable lectura la obra de este hombre derrotado.

En este mundo riguroso hay objetos malditos y libros espantosos que rompen el marco de la ficción —pero ¿existe algo más ficticio que lo real, algo más real que lo imaginario?— y penetran en la esfe-

ra de lo cotidiano: el *Necronomicón*, obra del Arabe Loco Abdul Alhazred, ha sido tan bien concebido que es uno de los más solicitados en librerías y bibliotecas sin haber sido escrito nunca: Y existen ya, en la delirante California de los años setenta, cultos a los Grandes Antiguos, a Yog Sothoth, que es Uno en Todo y Todo en Uno, y a Shub-Niggurath, la pánica Cabra de Mil Crías; cultos que mezclan de la manera más peculiar el orientalismo de bazar, la magia negra de barraca de feria y el consumo de alucinógenos. Hay conjuntos musicales que se inspiran en Lovecraft —uno se llama así «H. P. Lovevraft»; otro, más modesto, quizá por ser español, se ha denominado «Arkham», como la imaginaria ciudad de Nueva Inglaterra, en la que Lovecraft sitúa algunas de sus narraciones—, y la música de Jimi Hendrix o de Pink Floyd recuerda a veces los ritmos blasfemos y las melodías ultraterrenas que interpretan los amorfos flautistas de Azathoth. La ciudad de Tlon envía sus emisarios a nuestro mundo, y el viejo Borges, si conoce el fenómeno Lovecraft, debe sonreír...

Me es poco menos que imposible presentar o analizar seriamente a Lovecraft; vengo leyéndolo desde que tenía trece años, y tengo sobre él una serie de ideas que quizá no respondan a ninguna realidad objetiva; puedo decir que forma parte de mi paisaje interior habitual, como los recuerdos de las ciudades en las que he vivido, como las caras de mis más antiguos amigos... Y no me divierte, ni creo que resultase tampoco muy divertido para quien me lea, dar del caballero de Providence una larga semblanza biográfica. Diré que fue pobre y triste. Nació casi con el siglo, y lo sufrió; su época amada era el dieciocho inglés, pero supongo que hubiese detestado

ese siglo de igual manera que detestó el veinte americano, porque los hombres que sienten nostalgias de otros tiempos no suelen encontrarse bien en ningún tiempo, en ningún lugar. Su madre debió de ser una arpía impregnada de prejuicios sociales y raciales, que insultaba a su hijo (era muy feo) mientras lo cubría de bufandas; estaba convencida de que pertenecía a una aristocracia americana que en verdad nunca existió; y su padre era borracho y murió sifilítico. La infancia de HPL fue solitaria y triste, algo parecida a la de Jervas Dudley, el héroe de *El Sepulcro,* paseaba solo, leía con voracidad y adoraba a los Dioses de la Grecia Clásica. Se casó con una mujer que le recordaba a su madre, y pronto se separó de ella por eso, porque le recordaba a su madre. Vivió siempre en la pobreza, dedicado a corregir el estilo de cuentos de terror; le gustaban los helados y tenía muchos amigos, casi todos corresponsales. Murió joven, de cáncer de intestinos y de hastío. Lo demás está en sus obras.

EDUARDO HARO IBARS

EL SEPULCRO Y OTROS RELATOS

EL SEPULCRO

Al relatar las circunstancias que han desembocado en mi confinamiento en este asilo para dementes, soy consciente de que mi actual posición creará una duda muy natural sobre la autenticidad de mi narración. Es un hecho lamentable que la humanidad en general sea demasiado limitada en su visión mental, y esté por ello incapacitada para sopesar con paciencia e inteligencia aquellos fenómenos aislados que tan sólo una minoría psicológicamente sensitiva puede ver y experimentar, y que se hallan fuera de la experiencia común. Los hombres de más amplias miras intelectuales son capaces de comprender que no existe una distinción muy acusada entre lo real y lo imaginario; que todo lo que existe nos aparece en la forma en lo que lo conocemos, tan sólo en virtud de los delicados instrumentos individuales, físicos y mentales, a través de los cuales adquirimos consciencia de ello; pero el materialismo prosaico condena

al apelativo de locura aquellos relámpagos de visión superior que desgarran el velo vulgar del obvio empirismo.

Mi nombre es Jervas Dudley, y mi condición ha sido, desde la infancia primera, la de un soñador y un visionario. Poseedor de una riqueza material que me situaba más allá de las necesidades de la vida comercial, e incapaz por temperamento de dedicarme a los estudios y a las distracciones sociales de mis conocidos, he morado siempre en reinos alejados del mundo visible, ocupando los años de mi juventud y adolescencia en familiarizarme con libros antiguos y poco conocidos, y en vagabundear por los campos y valles de la región que rodea mi casa solariega. No creo que lo que yo veía en aquellos viejos volúmenes, o en mis paseos por tales campos y valles, fuese exactamente lo mismo que lo que otros muchachos pudiesen ver o leer en ellos; pero muy poco puedo decir de esto, puesto que un discurso más detallado serviría quizá tan sólo para justificar las crueles calumnias sobre mis facultades intelectuales que a veces escucho, susurradas por los obtusos enfermeros que me rodean. Me será suficiente relatar los acontecimientos sin analizar sus causas.

He dicho que vivía alejado del mundo visible, pero no he dicho que viviese solo. Eso es algo que no puede hacer ningún ser humano; porque aquel a quien falta la compañía de los vivos, busca y encuentra inevitablemente la de aquellos que no lo están, o que ya no lo están. Hay, muy cerca de mi hogar, un valle singular, boscoso, en cuyas profundidades umbrías pasé la mayor parte de mi tiempo entregado a la lectura, al pensamiento o al ensueño. Di mis primeros pasos infantiles por sus laderas musgosas, y tejí en

torno a sus encinas de grotescos nudos las primeras fantasías de mi pubertad. Llegué a establecer buenas relaciones con las dríadas que cuidaban de aquellos árboles, y a menudo contemplé sus danzas salvajes bajo los rayos de una luna que luchaba por no desvanecerse; pero no es éste el momento para hablar de tales cosas. Sólo hablaré del sepulcro solitario que se escondía en lo más oscuro e intrincado de la falda de la colina: el mausoleo abandonado de los Hyde, una vieja y afamada familia cuyo último descendiente directo había sido depositado en el interior de los negros muros muchas décadas antes de mi nacimiento.

El sepulcro al que me refiero es de granito antiguo, patinado y decolorado por la humedad y la bruma de muchas generaciones. Tan sólo se distingue la entrada del edificio, pues su profundo interior fue excavado en el interior de la vertiente. La puerta, una pesada e imponente lápida, fabricada de la misma roca de la colina, cuelga de oxidados goznes de hierro, y está cerrada, aunque no del todo, de una forma bastante siniestra y extraña, por medio de pesadas cadenas y candados, de hierro también, según la desagradable costumbre de hace medio siglo. La mansión de la estirpe cuyos vástagos están allí inhumados, coronó antaño el declive en el que se halla el sepulcro, pero hace ya largo tiempo que sucumbió a las llamas de un incendio causado por el golpe de un rayo. Los más viejos habitantes de la región hablan a veces, con voces sofocadas por la preocupación, de la tormenta de media noche que hizo caer aquella mansión sombría; y aluden a la «ira divina», de una forma que, en estos últimos años, avivó en forma imprecisa la fascinación siempre intensa que yo sentía por el sepulcro sombreado

del bosque. Tan sólo un hombre había perecido entre las llamas. Cuando el último de los Hyde fue enterrado en aquel lugar de quietud y de sombra, la urna que contenía sus cenizas vino de una tierra distante, en la que los miembros de la familia habían fijado su residencia cuando su mansión se incendió. No queda ya nadie que deposite flores ante el pórtico de granito, y pocos son los que se atreven a desafiar las sombras deprimentes que parecen rondar extrañamente en torno a las rocas erosionadas por la humedad.

Nunca olvidaré la tarde en la que me encontré por primera vez con aquella semi-oculta casa de los muertos. Era hacia la mitad del verano, cuando la alquimia de la naturaleza transmuta el paisaje silvestre en una masa de vivo verde, casi homogénea; cuando los sentidos están por completo intoxicados por los agitados mares de húmeda verdura y los olores sutiles, indefinibles, del suelo fecundo y de la vegetación. En un entorno tal, el espíritu pierde su perspectiva: el tiempo y el espacio se vuelven triviales e irreales, y los ecos de un olvidado pasado prehistórico llaman insistentemente a las puertas de la consciencia transida.

Había pasado todo el día vagando sin rumbo a través de las místicas espesuras del valle; meditando sobre cosas que no necesito exponer, conversando con cosas que no tengo por qué nombrar. Aunque sólo contaba diez años de edad había visto y oído muchas maravillas que siempre permanecerán ocultas a la mayoría, y en ciertas cosas poseía una extraña senectud. Cuando, luchando para abrime paso entre dos arbustos de rosas salvajes, me encontré de pronto con la entrada del panteón, no sabía yo la natu-

raleza de lo que había descubierto. Los oscuros bloques de granito, la puerta de tan curiosa manera entreabierta, ni siquiera los grabados de fúnebre carácter que adornaban la parte superior de la entrada, despertaban en mí asociaciones de carácter terrible o doloroso. Mucho sabía yo de tumbas y sepulcros, y mucho más aún era lo que imaginaba, pero mis familiares, a causa de las peculiaridades de mi carácter, me habían mantenido alejado de todo contacto personal con camposantos y cementerios. La extraña edificación pétrea de la boscosa pendiente era para mí tan solo una fuente de especulación y de interés; y su interior frío y húmedo, que pude observar a medias por la puerta tan desesperantemente entreabierta, no contenía para mí ningún indicio de muerte o descomposición. Pero en aquel instante de curiosidad nació en mí el loco e irrazonado deseo que me ha llevado a este infernal encierro. Impulsado por una voz que debía proceder de la horrenda alma del bosque, resolví penetrar en la sugestiva oscuridad del sepulcro, a despecho de las poderosas cadenas que me impedían el paso. Bajo la evanescente luz del atardecer me esforcé en abrir por completo la puerta pétrea, sacudiendo sus candados mohosos, e intenté deslizar mi delgado cuerpo por la abertura ya existente; pero ninguno de los dos intentos tuvo éxito. Curioso al principio, pronto alcancé un verdadero frenesí; y cuando regresé a mi hogar en la espesa penumbra, había jurado a los cien dioses de los bosques que, *a cualquier precio,* me abriría paso algún día hacia las negras y escalofriantes profundidades que parecían llamarme. El médico de barba gris-acero que viene a visitarme cada día a mi habitación, le dijo una vez a un visitante que esta decisión supuso el comienzo de una desdichada monomanía; pero de-

jaré el veredicto a mis lectores, cuando hayan conocido los pormenores del asunto.

Pasé los meses que siguieron a mi descubrimiento en futiles intentos de forzar los complicados cerrojos de la puerta entreabierta del sepulcro, y en investigaciones discretas pero cuidadosas sobre la naturaleza e historia del edificio. Previsto del oído tradicionalmente receptivo de los muchachos muy jóvenes, aprendí mucho; aunque una costumbre de guardar con cuidado mis secretos hizo que a nadie hablase ni de mis informaciones ni de mi resolución. Merece quizá la pena mencionar que no me causó el menor terror ni asombro el conocer la naturaleza del sepulcro. Mis ideas, bastante originales, sobre la vida y la muerte, me habían hecho asociar de una manera vaga la fría arcilla con el cuerpo que respira; y sentía que la grande y siniestra familia que antaño habitara la mansión incendiada se hallaba representada de alguna manera en el ámbito de piedra que yo anhelaba explorar. Los cuentos y murmuraciones que corrían sobre los ritos siniestros y las orgías llenas de impiedad que habían tenido lugar antaño en la antigua morada, me hicieron adquirir por la tumba un renovado y más fuerte interés; cada día me sentaba frente a su puerta durante horas enteras. Una vez arrojé una vela a su interior por la rendija de la entrada, pero no pude distinguir casi nada, salvo unos peldaños de húmeda piedra que llevaban hacia abajo. El olor del lugar me repelía, y, sin embargo, me embrujaba. Sentía como si lo hubiese sentido en un tiempo remoto, anterior a cualquier recuerdo; anterior incluso a mi habitar en este cuerpo que hoy poseo.

Al año siguiente de aquel en el que por primera vez contemplé el sepulcro, hallé en el desván de mi

hogar, repleto de libros, una antigua traducción comida de ratones, de las «Vidas» de Plutarco. Al leer la vida de Teseo quedé muy impresionado por aquel pasaje que habla de la enorme piedra tras de la cual el joven héroe había de encontrar las pruebas de su destino en el momento en el que adquiriese la fuerza suficiente para levantar su peso monstruoso. La leyenda tuvo el efecto de disipar la inmediatez de mi impaciencia, porque me hizo sentir que el momento no había llegado todavía. Más tarde, me dije, llegaré a alcanzar una fuerza y una pureza de espíritu que me permitirán abrir la puerta fuertemente encadenada con toda facilidad; pero hasta entonces, había de conformarme con lo que parecía ser la voluntad del Destino.

En consonancia con esto, disminuyeron mis vigilias frente al oscuro portal, y emprendí otras búsquedas, aunque de un carácter igualmente extraño. Solía levantarme con mucha cautela en la noche, y salir de la casa sin hacer ruido para pasear por los camposantos de los que mis padres me habían mantenido alejado. No voy a relatar lo que allí hacía, porque hay muchas cosas de las que no estoy seguro; pero sé que en los días que seguían a tales merodeos nocturnos solía asombrar a las que me rodeaban por mi conocimiento de materias casi olvidadas desde hacía muchas generaciones. Fue tras una noche así cuando escandalicé a la comunidad al narrar una extravagante fantasía referente al entierro del rico y célebre caballero Brewster, historiador local que fue inhumado en 1711 y cuya lápida de pizarra, que llevaba tallada una calavera y dos tibias, se deshacía lentamente en polvo. En un arranque de imaginación infantil, inventé no sólo que el enterrador, Goodman Simpson, había robado a aquel caballero sus zapatos

de hebilla de plata, su chaleco de seda y su ropa interior de satén antes del entierro, sino que el mismo caballero, que no estaba por completo inanimado, se había dado dos vueltas en el interior de su ataúd cubierto de tierra al día siguiente de haber sido inhumado.

Pero nunca dejó mi pensamiento la idea de penetrar en el sepulcro, y fue ciertamente estimulada por el descubrimiento genealógico inesperado que me reveló el hecho de que mis propios antecesores por línea materna poseían al menos un ligero parentesco con la supuestamente extinguida familia de los Hyde. Al ser el último de mi estirpe paterna, era igualmente el último de aquella rama más antigua y misteriosa. Empecé a sentir que el sepulcro era *mío*, y a esperar con cálida impaciencia que llegase el momento en el que yo hubiera de pasar el pétreo umbral y descender a la oscuridad por aquellos húmedos y resbaladizos peldaños. Fue entonces cuando adquirí el hábito de escuchar con mucha atención junto a la puerta entreabierta, eligiendo para mi rara vigilia mis horas preferidas, las de la tranquila medianoche. Al llegar a la época en que alcancé mi mayoría de edad, había construido una pequeña glorieta ante las paredes musgosas de la ladera, permitiendo a la vegetación circundante que rodease el espacio que había abierto, y a las plantas trepadoras que tendiesen sus lazos sobre él, como si se tratase de los verdes muros y techo de un templete silvestre. Si aquél era mi templo, la encadenada puerta era el santuario, y ahí me tumbaba yo, sobre el suelo musgoso, soñando extraños sueños y meditando extraños pensamientos.

Cuando tuve la primera revelación era una noche de bochorno. La fatiga me debió llevar al sopor, por-

que cuando escuché las voces sentí claramente que me había despertado. Dudo de hablar de aquellos tonos y acentos; no diré nada de su calidad, pero puedo decir que presentaban ciertas desusadas diferencias en vocabulario, pronunciación y forma de ser empleadas. Todos los matices del dialecto de Nueva Inglaterra, desde las rudas sílabas de los colonos puritanos hasta la retórica precisa de hace cincuenta años, parecían representados en aquel coloquio de sombras, aunque de aquel hecho sólo me apercibí después. Por supuesto, en el momento en que se estaba produciendo, mi atención estaba distraída de tal materia lingüística por otro fenómeno; un fenómeno tan impreciso que no podría jurar que fuese real. Imaginé simplemente que, en el momento de mi despertar, una *luz* había sido apagada a toda prisa en el interior del semienterrado sepulcro. No creo que yo quedase asombrado ni tampoco que fuese presa del pánico, pero sé que aquella noche sufrí un cambio grande y permanente. A mi vuelta a casa, me dirigí directamente a un baúl semipodrido que había en el desván, y en su interior encontré la llave que me permitió, al día siguiente, abrir con facilidad la barrera que durante tanto tiempo había intentado forzar en vano.

La primera vez que penetré en el mausoleo de la vertiente abandonada, lo hice al suave brillo del anochecer. Me sentía como hechizado, y mi corazón saltaba en mi pecho presa de una excitación muy difícil de describir. Cuando cerré tras de mí la puerta y descendí los peldaños goteantes a la luz de mi vela solitaria, me pareció reconocer el camino; y aunque el agobiante y viciado ambiente del lugar amenazaba con apagar la llama de mi vela, me sentí singularmente a gusto en aquella fétida atmósfera de osario.

Al mirar a mi alrededor, contemplé muchas lápidas de mármol sobre las que yacían ataúdes o restos de ataúdes. Algunos de ellos estaban sellados e intactos, pero otros casi habían desaparecido, dejando sólo las placas y asas de plata entre ciertos curiosos montones de polvo blanquecino. Sobre una placa leí el nombre de sir Geoffrey Hyde, que había venido de Sussex en 1640 y murió aquí algunos años después. En una alcoba oculta había un ataúd maravillosamente bien conservado y vacío, adornado con un simple nombre que despertó en mí un escalofrío y una sonrisa. Un impulso extravagante me hizo subir sobre la ancha lápida, extinguir mi vela y yacer en el interior de la caja vacante.

Cuando llegó el amanecer con su luz gris salí tambaleándome del sepulcro, que volví a cerrar tras de mí con su cadena. Ya no era yo un hombre joven, aunque sólo veintiún inviernos habían dejado sentir sus fríos rigores en mi cuerpo. Los campesinos madrugadores que observaron mi vuelta a casa me miraron con extrañeza, y se asombraron de los signos patentes de libertinaje que vieron en alguien reputado de llevar una existencia sobria y respetable. No me presenté ante mis padres hasta después de haber gozado de un sueño largo y refrescante.

Desde aquella noche en adelante, volví diariamente al sepulcro: veía, escuchaba y hacía cosas que no debo recordar jamás. Mi manera de hablar, siempre susceptible a las influencias del entorno, fue el primer elemento que sucumbió al cambio; y mi arcaísmo de dicción súbitamente adquirido llamó pronto la atención. Más tarde, una extraña audacia y arrojo se hizo patente en mi comportamiento, hasta que llegué a poseer, inconsciente de ello, el porte de un hombre de mundo, a despecho de la reclusión vo-

luntaria en la que había transcurrido mi vida entera. Mi lengua, que habitualmente guardaba silencio, se volvió aguda y suelta, y adquirí la fácil gracia de un Chesterfield y el impío cinismo de un Rochester. Hacía gala de una peculiar erudición, distinta en lo absoluto al fantástico saber monacal que había alimentado mi imaginación juvenil; y cubría las márgenes de mis libros con fáciles epigramas improvisados que sugerían el estilo de Gay, Prior y la brillantez de los rasgos de ingenio y rimas de los Augustales. Una mañana, durante el desayuno, bordeé el desastre familiar cuando declamé, con una voz sensiblemente alcoholizada, una canción propia de las bacanales del siglo dieciocho, un divertimento poético de la época georgiana nunca recogido en ningún libro, que decía poco más o menos así:

«Adelante, compañeros, venid con vuestras jarras de
[cerveza,
y brindad por el presente antes de que se vaya;
apilad en vuestros platos montañas de carne
porque el comer y el beber nos dan la alegría:
Así que llenad vuestros vasos
que la vida pasa pronto;
¡Cuando estéis muertos, ya no podréis brindar por
[vuestro rey o por vuestra mujer!
Anacreonte tenía la nariz roja, según dicen;
Pero ¿qué importa una nariz roja cuando se es feliz
[y se está alegre?
¡Que Dios me maldiga! ¡Prefiero estar rojo y aquí
[donde estoy,
que blanco como un lirio y muerto y enterrado!
Ven, Betty, mi niña,
ven a darme un beso;

¡no hay en el infierno una hija de posadero como
[ésta!
El joven Harry se mantiene todo lo derecho que pue-
[de,
pero pronto perderá su peluca y se caerá bajo la me-
[sa,
pero llenad vuestros vasos, que circule la bebida;
¡es mejor estar bajo la mesa que debajo de tierra!
¡Así que reíd, y que siga la juerga!
¡y bromead, sedientos!
¡No es fácil reírse bajo seis pies de tierra!
¡Ese vino me deja sin sentido! Casi no puedo andar
¡Y quisiera saber si puedo permanecer de pie o ha-
[blar!
Eh, posadero, dile a Betty que traiga una silla;
¡Haré de esto mi casa porque mi mujer no esta aquí!
Así que dadme una mano;
no me tengo en pie,
pero ¡qué importa, mientras pueda estar encima de
[la tierra!»

Por aquellas fechas comencé a sentir el miedo que ahora sufro al fuego y a las tormentas. Si antes era indiferente a tales cosas, a partir de entonces tuve un indecible horror hacia ellas, y me retiraba a los lugares más ocultos del interior de la casa cuandoquiera que el cielo amenazba con desarrollar sus fastos eléctricos. Uno de mis lugares favoritos en las horas del día era la bodega en ruinas de la mansión incendiada, y solía imaginar en mí fantasías cómo podía haber sido la construcción en su forma primitiva. En cierta ocasión dejé asombrado a un aldeano llevándole, sin vacilación, a una bodega inferior situada bajo tierra que yo parecía conocer a despecho de

que nunca nadie la había visto y había sido olvidada desde hacía muchas generaciones.

Por último llegó lo que tanto había yo temido. Mis padres, alarmados por el aspecto y carácter alterados de su único hijo, comenzaron a ejercer un suave espionaje sobre mis movimientos, que amenazaba con acabar en una catástrofe. A nadie había hablado de mis visitas al sepulcro, ya que había guardado mi propósito en secreto con un celo religioso desde la infancia; pero entonces me vi obligado a tomar las mayores precauciones al deambular por el laberinto del valle boscoso, de manera que despistase a cualquier posible seguidor. Llevaba mi llave del sepulcro suspendida al cuello con un cordel, y yo era el único en conocer su existencia. Nunca saqué de la tumba ninguna de las cosas que hallaba en su interior.

Una mañana, cuando salí del húmedo sepulcro y volví a asegurar, con mano temblorosa, la cadena del portal, vi, oculto tras un seto cercano, el temido rostro de un observador. Era seguro que se acercaba el fin: mi temple había sido descubierto, y desvelado el misterio de mis escapadas nocturnas. El hombre no me abordó, así que me apresuré a volver a casa, y me esforcé en escuchar el informe verbal que le hizo a mi preocupado padre. ¿Estaban mis estancias más allá de la puerta encadenada a punto de ser reveladas al mundo? ¡Imaginad mi asombro y mi alegría cuando escuché al espía contar a mis padres con susurros cautelosos que yo había pasado la noche en la glorieta exterior al sepulcro, con mis ojos entrecerrados por el sueño fijos en la puerta encadenada! ¿Por qué milagro habría sufrido el observador aquella rara alucinación? Me convencí entonces de que gozaba de la protección de un agente sobre-

natural. Envalentonado por aquellas circunstancias providenciales, comencé a ir a la tumba abiertamente, confiando en que nadie podría nunca ser testigo de mi entrada en ella. Durante una semana degusté las delicias de aquella convivencia con los habitantes del pudridero que no debo describir; y entonces ocurrió *aquello,* y fui conducido a esta maldita morada de la tristeza y la monotonía.

No debiera haberme aventurado a salir aquella noche, porque las nubes tenían el matiz del relámpago, y una fosforescencia infernal se alzaba del pútrido marjal que había en el fondo del valle. También era distinta la llamada de los muertos. En vez del sepulcro de la ladera, era la bodega hundida en lo alto de la vertiente, o quizá su demoníaco habitante, quien me hacía gestos con dedos invisibles. Cuando salí de los intrincados matorrales que crecían en la llanura, frente a las ruinas, contemplé al brumoso claro de luna algo que siempre había esperado vagamente. La mansión, que hacía un siglo había desaparecido, se alzaba una vez más, esplendorosa, y cada ventana brillaba con la luz de muchos candelabros. Por el largo camino rodaban los coches de la buena sociedad de Boston, mientras que un gran número de elegantes y empolvados vecinos se dirigían a pie hacia la casa. Me mezclé a aquella muchedumbre, aunque sabía que mi lugar estaba más bien entre los anfitriones que entre los invitados. Dentro, en el salón, había música, risas, y vasos de vino en todas las manos. Reconocí algunos rostros; aunque los hubiese reconocido mejor si estuviesen podridos o carcomidos por los gusanos y la descomposición de la muerte. Yo era el más desenfrenado y libertino en medio de aquella multitud de libertinos desenfrenados. De mis labios se vertían torrentes de alegres blasfemias,

y mis ocurrencias no respetaban las leyes de Dios ni las de la Naturaleza.

De súbito, el redoblar del trueno, que resonó incluso más fuertemente que los gritos de aquella porcina multitud, se dejó oír en el mismísimo techo de la casa, e impuso un silencio de terror al escandaloso grupo. Rojas lenguas de fuego y ardientes ráfagas de calor llenaron la casa; y los juerguistas, aterrorizados por la llegada de una calamidad que no parecía ser producida sólo por la naturaleza desencadenada, huyeron gritando en la noche. Sólo yo permanecí allí, sujeto a mi asiento por un terror poderoso que nunca sentí anteriormente. Y entonces un segundo horror tomó posesión de mi alma. Si era quemado vivo hasta convertirme en cenizas, si mi cuerpo era dispersado a los cuatro vientos, *¡nunca podría yacer en la tumba de los Hyde!* ¿No estaba preparado ya mi ataúd? No tenía derecho a descansar por toda la eternidad entre los descendientes de Sir Geoffrey Hyde? ¡Ay! Reclamaría mi herencia legítima de muerte, aunque mi alma tuviese que buscar a través de los siglos otra residencia corpórea, que la representase en aquel lugar vacío que había en la alcoba del sepulcro. *¡Jervas Hyde* no compartiría jamás la triste suerte de Palinurus!

Cuando se desvaneció el fantasma de la casa incendiada, me encontré aullando y luchando, enloquecido, entre los brazos de dos hombres, uno de los cuales era el espía que me había seguido a la tumba. La lluvia caía en torrentes, y, hacia el sur, se veían los relámpagos que anteriormente habían pasado sobre nuestras cabezas. Mi padre, con el rostro arrugado por la tristeza, permanecía cerca de nosotros mientras yo aullaba mis súplicas de ser enterrado en el sepulcro, y con frecuencia recomendaba a mis cap-

tores que me tratasen con toda la suavidad posible. Un círculo ennegrecido en el suelo de la bodega en ruinas indicaba que el cielo había descargado allí un violento golpe; y en aquel lugar un pequeño grupo de aldeanos curiosos provistos de linternas contemplaban una pequeña caja de antigua factura que el rayo había sacado a la luz.

Cesando en mi lucha, ahora futil y sin objeto, observé a los espectadores y el tesoro que habían encontrado, y se me permitió compartir la visión de sus descubrimientos. La caja, cuya cerradura había sido rota por el mismo rayo que la desenterró, contenía muchos papeles y objetos de valor, pero yo sólo tenía ojos para una cosa: era la miniatura, ejecutada en porcelana, de un joven que llevaba una elegante peluca rizada; el objeto estaba marcado por las iniciales «J.H.». El rostro era tal que, al contemplarlo, se diría que me estaba mirando en un espejo.

Al día siguiente fui conducido a esta habitación de ventanas enrejadas, pero he sido informado de ciertas cosas por un viejo servidor, anciano y de mente simple, a quien tomé gran afecto en mi infancia y que, como yo, gusta de los camposantos. Lo que he osado relatar de mis estancias en el sepulcro sólo ha servido para atraerme sonrisas compasivas. Mi padre, que viene con frecuencia a visitarme, declara que en ningún momento crucé la puerta cerrada con cadenas, y jura que el candado enmohecido había permanecido intacto desde hacía cincuenta años cuando lo examinó. El dice incluso que todo el pueblo sabía de mis visitas a la tumba, y que a menudo fui observado mientras dormía en la glorieta exterior al sepulcro, con mis ojos entreabiertos fijos en la hendidura que lleva al interior. No tengo ninguna prueba tangible contra esas afirmaciones, ya que mi

llave del candado se extravió durante la lucha de aquella noche de horrores. Las cosas extrañas del pasado que aprendí durante aquellos encuentros nocturnos con los muertos las atribuye mi padre al conocimiento adquirido por mi continua lectura de los libros de la biblioteca familiar. Si no hubiese sido por mi viejo criado Hiram, ahora estaría yo completamente convencido de mi locura.

Pero Hiram, leal hasta el fin, ha tenido fe en mí, y ha hecho algo que me impulsa a hacer pública al menos una parte de mi historia. Hace una semana forzó el candado que sujetaba la puerta siempre entreabierta del sepulcro, y descendió con una linterna a sus húmedas profundidades. Sobre una lápida en una alcoba encontró un atúd viejo pero vacío, cuya oxidada placa tiene grabada una sola palabra: «JERVAS». En aquel ataúd, y en aquel sepulcro, me han prometido que seré enterrado.

LA FESTIVIDAD

Efficiunt Daemones, ut quae non sunt, sic tamen quasi sint, conspicienda hominibus exhibeant.
LACTANCIO.

(«Hacen los demonios que aquellos que no existen, pero que casi existen, aparezcan para observar a los hombres»).

Me hallaba lejos de mi hogar, y sufría el encantamiento del mar oriental. Escuchaba su rítmico golpear contra las rocas, y sabía que se encontraba justamente detrás de la colina, en la que los sauces retorcidos se agitaban contra el cielo claro en el que brillaban las primeras estrellas del atardecer. Caía la tarde. Y, obediente al mandato de mis padres, que me habían convocado a la vieja ciudad de la costa, continué mi camino sobre la nieve fresca que cubría aquel solitario camino que se arrastraba hacia arriba, hacia el punto en el que Aldebarán parpadeaba, brillante, entre los árboles; hacia la muy antigua ciudad que nunca había visto, pero con la que había soñado muy a menudo.

Era el solsticio de invierno que los hombres llaman Navidad, aunque en lo más oscuro de su mente

tienen el conocimiento de que dicha fiesta es más antigua que Belén y que Babilonia, más vieja que Menfis y que la misma humanidad. Era el solsticio de invierno, y al fin me encaminaba a la antigua ciudad costera en la que los de mi pueblo habían habitado, celebrando la Festividad en los viejos tiempos en los que tal celebración estaba prohibida; y en la que habían ordenado a sus descendientes que celebrasen la festividad una vez por siglo, para que no se perdiese la memoria de los secretos primitivos. La mía era una antigua raza, vieja ya incluso cuando se colonizó esta tierra, hace trescientos años. Eran gente extraña, gente venida de manera furtiva de las tierras del sur, de los jardines de orquídeas que olían a opio; y hablaban otra lengua antes de aprender la que utilizaban los pescadores de ojos azules. Y ahora se hallaban dispersos, unidos sólo por la práctica de los rituales de unos misterios que ningún viviente podía ya comprender. Yo era el único que volvió aquella noche a la vieja ciudad de pescadores, como mandaba la leyenda, porque el recuerdo es patrimonio tan sólo de los pobres y de los olvidados.

Entonces, más allá de la cima de la colina, vi a Kingsport extenderse, helada a la luz del atardecer; la nevada Kingsport, con sus antiguas veletas y sus campanarios coronados de agujas, galerías y crimeneas, muelles y pequeños puentes, sauces y camposantos; laberintos interminables de calles estrechas, retorcidas y empinadas, coronadas por la iglesia que el tiempo no había derribado; incesantes dédalos de viviendas de estilo colonial, apiñadas o esparcidas por todos los ángulos y a todos los niveles, como fragmentos desordenados de un juego de construcción; la antigüedad agitaba sus alas grises sobre los aleros blanqueados por el invierno y sobre los techos

de pizarra; y las farolas y pequeñas ventanas que se encendían una por una en el atardecer helado, uniendo sus luces a las de Orión y otras estrellas arcaicas. Y el mar se golpeaba contra los malecones putrefactos; el mar inmemorial, lleno de secretos, del que habían surgido en tiempos antiguos los habitantes de Kingsport.

Junto al lugar más elevado del camino se alzaba un montículo aún más elevado, helado y azotado por el viento, y vi que era un cementerio marcado por lápidas negras, que surgían vampíricas de entre la nieve, como si se tratase de las uñas putrefactas de algún gigantesco cadáver. El camino, en el que no se veía huella ninguna de paso, estaba completamente solitario; a veces creí escuchar un sonido distante y horrible, como el de un cadalso que agitase el viento. En 1692 habían ahorcado a cuatro de mi estirpe por brujería, pero no sabía el lugar exacto de la ejecución.

Al descender por el camino hacia la vertiente que da al mar, intenté escuchar los alegres sonidos que suelen llenar un pueblo al atardecer, pero no los oí. Entonces me acordé de la fecha sagrada, y pensé que aquellos viejos puritanos que aún habitaban el pueblo bien podían tener costumbres navideñas desconocidas para mí, basadas en silenciosa oración y recogimiento hogareño. Así que, tras esta reflexión, no intenté ya escuchar ruidos de fiesta, ni busqué compañeros para mi jornada; y seguí mi camino, pasando frente a las granjas poco iluminadas, junto a los sombríos muros de piedra en los cuales se balanceaban al viento salado las enseñas de antiguas tiendas y tabernas de marineros, y los llamadores grotescos de los portales flanqueados de columnatas brillaban a la luz de las pequeñas ventanas cubiertas

de cortinas, a lo largo de las callejuelas desiertas y sin pavimentar.

Había visto planos de la ciudad, y sabía dónde encontrar el hogar de los de mi estirpe. Se decía que yo sería reconocido y que se me daría la bienvenida, porque las leyendas de los pueblos tienen larga vida; así que me apresuré a atravesar Back Street y Circle Court, y crucé la nieve fresca que cubría el único pavimento empedrado del pueblo, hacia el lugar donde nace Green Lane, detrás del edificio del Mercado. Los viejos mapas y planos eran válidos todavía, de manera que no tuve dificultades; aunque debieron mentirme en Arkham cuando me dijeron que había trolebuses que llevaban a ese lugar, porque no vi ni un solo cable eléctrico. En cualquier caso, la nieve debía haber ocultado los raíles. Me felicité de haber ido a pie, porque el pueblo blanco me había parecido muy hermoso desde la colina; y ahora estaba ansioso por llamar a la puerta de los míos, la séptima casa en la acera de la izquierda de Green Lane, provista de un antiguo tejado puntiagudo y de un segundo piso saledizo, construida toda antes de 1650.

Cuando llegué brillaban luces en el interior de la casa y vi, a través de las ventanas con cristales en forma de diamante, que debía haber sido conservada en un estado muy similar al primitivo. La parte superior colgaba sobre la estrecha callejuela de suelo cubierto de hierba, y casi se unía a la parte colgante de la casa de enfrente, de manera que casi me encontraba en un túnel; el bajo umbral de piedra estaba completamente limpio de nieve. No había acera, pero muchas de las casas tenían puertas altas, a las que se llegaba por una doble escalera de piedra provista de barandas de hierro. Era un escenario extraño, y siendo extranjero en Nueva Inglaterra no había yo

visto nunca su igual. Aunque su aspecto me gustase, lo hubiese apreciado más aún si hubiese habido huellas en la nieve, alguna gente en las calles, y si algunas cortinas no hubiesen estado echadas.

Cuando hice sonar el arcaico llamador de hierro, estaba algo asustado. En mí se había hecho un cierto terror, quizá a causa de la extrañeza de mi herencia, y el frío del anochecer, y lo raro del silencio que reinaba en aquella vieja ciudad de curiosas costumbres. Y cuando se respondió a mi llamada me asusté por completo, porque no había oído ningún sonido de pasos antes de que la puerta se abriese con un crujido. Pero mi temor no duro mucho: el hombre, envuelto en una bata y calzado con zapatillas, que me había abierto, tenía una cara dulce que me tranqulizó; y aunque me dijo por señas que estaba mudo, escribió una antigua y calurosa fórmula de bienvenida con un estilete en una tablilla encerada que consigo traía.

Me invitó por gestos a entrar en una habitación baja, iluminada por velas, cuyo techo exhibía macizas vigas; estaba amueblada con espesos, pesados y escasos muebles de oscura factura, del siglo diecisiete. El pasado parecía revivir allí, pues no faltaba ni uno solo de sus distintivos. Había una chimenea cavernosa, y frente a ella una rueca en la que una mujer vieja y encorvada, envuelta en una bata suelta y con la cabeza cubierta por un profundo gorro, tejía dándome la espalda, indiferente a la festividad silenciosa. El ambiente estaba impregnado por una indefinida humedad, y quedé asombrado al darme cuenta de que no había fuego en la chimenea. El escaño de alto respaldo estaba frente a la hilera de cortinas que había a la izquierda, cubriendo las ventanas, y parecía estar ocupado, aun-

que no pude estar seguro de ello. No me gustó nada todo aquello, y de nuevo se apoderó de mí el temor. Este miedo se hizo más fuerte por la misma causa que anteriormente lo había hecho disminuir: porque cuanto más miraba el suave rostro del viejo, más me aterraba aquella suavidad misma. Los ojos no se movían en absoluto, y la piel tenía un parecido demasiado grande con la cera. Finalmente, me convencí de que no se trataba de un rostro, sino de una máscara terriblemente bien hecha. Pero las blandas manos, curiosamente enguantadas, escribieron genialmente sobre la tableta, diciéndome que debía esperar un rato antes de ser conducido al lugar en el que la festividad había de celebrarse.

Indicándome una silla y un montón de libros, el anciano abandonó la habitación; y cuando me senté para leer, vi que los volúmees eran blanquecinos y mohosos; entre ellos estaba el extravagante «Maravillas de la Ciencia», de Morryster; el terrible «Saducismus Triumphatus», de Joseph Glanvil, publicado en 1681; el escandaloso «Daemonolatreia», de Remigio, impreso en Lyón en 1859, y, lo peor de todo, el inmencionable «Necronomicon», obra del árabe Abdul Alhazred, en la traducción prohibida, al latín, de Olaus Wormius; un libro que yo nunca había visto, pero del que había oído murmurar cosas terribles. Nadie habló conmigo, pero pude escuchar el crujir de las enseñas en el viento del exterior, y el zumbido de la rueca en la que la anciana continuaba su silenciosa labor. Pensé que tanto la habitación como los libros que en ella había eran enfermizos e inquietantes, pero porque una vieja tradición de mis padres me había convocado a extrañas celebraciones, estaba resuelto a esperar acontecimientos raros. De

modo que intenté leer, y pronto me encontré tembloroso, absorto en algo que encontré en aquel maldito «Necronomicon»; un pensamiento y una leyenda demasiado odiosos para una mente sana y consciente me asaltaron, cuando me pareció oír, con desagrado, cerrarse una de las ventanas que estaban frente al escaño, después de haberse abierto furtivamente. Parecía haber seguido a un chirrido que no era el de la rueca de la vieja. Pero podía haber sido una ilusión auditiva, porque en aquel momento la vieja tejía con fuerza, y sonaba un viejo reloj. Después de aquello, me abandonó la sensación de que alguien ocupase el escaño, y me hallaba leyendo con atención y entre escalofríos cuando el viejo volvió a la habitación, calzado con botas y envuelto en un antiguo traje flotante, y se sentó en aquel mismo escaño, de manera que yo no podía verle. La espera me había puesto nervioso, y la lectura del libro blasfemo hacía redoblar mi nerviosismo. Sin embargo, cuando dieron las once, el viejo se levantó, se deslizó hacia un baúl pesado y tallado que había en un rincón, y sacó de él dos capotes provistos de capuchas; vistió uno de ellos y envolvió en el otro a la anciana, que había cesado en su monótono tejer. Entonces, ambos se dirigieron a la puerta de la calle; la mujer se arrastraba, medio paralizada, y el viejo, tras haber tomado el libro que yo estaba leyendo, me llamó por gestos en tanto que cubría con la capucha aquella máscara o rostro inmóvil.

Salimos a la tortuosa red de callejuelas de aquella ciudad increíblemente antigua, que no iluminaba la luna; salimos mientras las luces desaparecían una tras otra detrás de las ventanas cubiertas de cortinas, y la Estrella del Perro * miraba de reojo a la

* Sirio. (N. del T.)

multitud de siluetas embozadas y encapuchadas que salían de todas las puertas y formaban monstruosas procesiones en estas y aquellas calles, pasando frente a la crujientes enseñas y las veletas antidiluvianas, los tejados nevados y las ventanas de cristales romboidales; atravesando empinadas callejuelas en las que las casas ruinosas se desmoronaban abrazándose, deslizándose por patios abiertos y cementerios, donde la luz de las linternas formaba miríadas de constelaciones borrachas.

Seguí a mis guías sin voz entre aquellas muchedumbres calladas, golpeado por codos que parecían ser preternaturalmente blandos, apretado por pechos y estómagos anormalmente pulposos; pero sin ver nunca un rostro, sin oír una sola voz. Hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba siempre, se deslizaban las fantasmagóricas columnas; y me di cuenta de que todos los caminantes convergían al acercarse a una especie de foco de enloquecidas avenidas, en lo alto de una elevada colina situada en el centro del pueblo, donde colgaba una iglesia grande y blanca. La había visto ya desde lo alto del camino, cuando miré a Kingsport al anochecer, y me había hecho estremecer, porque me había parecido que Aldebarán se balanceaba por unos momentos sobre el fantasmagórico campanario.

Había un espacio abierto en torno a la iglesia; era, en parte, un camposanto con espectrales columnas, en parte una plaza a medio pavimentar que el viento había limpiado de nieve casi por completo, circundado por casas insanamente arcaicas provistas de tejados en punta y galerías colgantes. Sobre las tumbas bailaban fuegos fatuos, que descubrían sórdidos paisajes aunque eran extrañamente incapaces de proyectar ninguna sombra. Más allá del camposanto,

donde no había casas, pude ver el brillo de las estrellas sobre el puerto, aunque la ciudad era invisible entre las sombras. Sólo de vez en cuando la luz de una linterna se halanceaba horriblemente a través de las avenidas serpentinas, encaminándose al grueso de la multitud que ahora se deslizaba, siempre en silencio, al interior de la iglesia. Esperé hasta que la multitud se hubo introducido por el oscuro portal, y hasta que todos los rezagados la hubieron seguido. El viejo me tiraba con impaciencia de la manga, pero yo estaba decidido a ser el último. Al cruzar el umbral del templo repleto de oscuridad desconocida, me volví una vez a mirar al mundo exterior, a la enfermiza fosforescencia del camposanto, que brillaba sobre el suelo pavimentado de la cima de la colina. Y entonces me estremecí. Porque aunque el viento había dejado poca nieve, quedaban algunos retazos de ésta sobre el camino cerca de la puerta; y en aquella rápida ojeada hacia atrás mis preocupados ojos creyeron ver que no llevaba la nieve huellas de pasos, ni siquiera de los míos.

A pesar de todos los portadores de luz que en ella habían entrado, la iglesia estaba escasamente iluminada, porque la mayor parte de la multitud había ya desaparecido. Se habían precipitado por la nave lateral, entre los altos bancos, y penetrado por la trampa que conducía a la cripta, que bostezaba de forma abominable, abierta ante el púlpito. Seguí torpemente a la muchedumbre por los gastados peldaños al interior de la cripta oscura y sofocante. La cola de aquella fila sinuosa de caminantes nocturnos me parecía muy horrible, y adquirieron un nuevo matiz de horror cuando los vi bullir en el interior de una tumba venerable. Entonces me di cuenta de que el suelo de la tumba tenía una abertura, por la cual

se deslizaba la muchedumbre; y un momento más tarde, descendíamos todos por una ominosa escalera de piedra mal desbastada; una escalera estrecha, en espiral, húmeda y peculiarmente maloliente, que se retorcía sin fin hacia abajo en las entrañas de la colina, entre monótonos bloques de piedra goteante y paredes de ladrillo que se desmoronaban. Era un descenso silente y desagradable, y observé tras un horrible intervalo que la naturaleza de los muros estaba cambiante, como si estuviesen de pronto tallados en piedra. Lo que más impresión me causó era que las miríadas de pisadas no hiciesen ningún ruido ni despertasen ecos. Tras incalculables ecos de descenso vi algunos pasadizos, como galerías de mina, que llevaban, desde el pozo de misterio nocturno donde me hallaba, a desconocidas madrigueras de tinieblas. Pronto se hicieron numerosos en exceso, como impías catacumbas de amenazas innominadas; y su pungente olor de podredumbre aumentó hasta hacerse casi insoportable. Yo sabía que debíamos haber atravesado la montaña, más allá incluso de la tierra misma de Kingsport; y me estremecí al pensar que una ciudad fuese tan antigua y estuviese horadada con tal maldad subterránea.

Entonces vi la fantasmal fosforescencia de una pálida luz y escuché el ruido insidioso de unas aguas que no habían visto nunca el sol. Y me estremecí de nuevo, porque no me gustaban las cosas que la noche había traído, y deseé amargamente que ningún antepasado me hubiese convocado a aquel rito primigenio. Cuando el pasadizo y los peldaños se ensancharon percibí otro sonido, la evanescente y delgada burla de una débil flauta; y de pronto se extendió ante mí el paisaje ilimitado de un mundo interior: una vasta y fungosa playa iluminada por un geyser

de llama verduzca y enfermiza, y bañada por un amplio río oleaginoso que brotaba de abismos terribles e insospechados y se precipitaba en los más negros golfos del océano inmemorial.

Semidesvanecido, ahogándome, contemplé aquel impío Erebo de titánicas toperas, fuego leproso y aguas fangosas, y vi a las muchedumbres encapuchadas formar un semicírculo en torno al geyser resplandeciente. Era el rito del Solsticio de Invierno, más antiguo que el hombre y destinado a sobrevivirle; el rito primitivo del solsticio y de la primavera prometida después del invierno; el rito del fuego y de las siemprevivas, de la luz y de la música. Y en aquella gruta estigia yo les vi practicar el rito, y adorar la enfermiza columna de fuego verde, y arrojar a las aguas puñados de vegetación viscosa que brillaba, verde, bajo la luz clorótica. Vi todo esto, y vi una cosa amorfa agazapada lejos del fuego que soplaba ruidosamente en una flauta; y cuando la cosa tocaba la flauta creí escuchar malévolos revoloteos apagados en la oscuridad, donde no podía ver. Pero lo que más me aterraba era aquella columna llameante, vomitada como un volcán desde las profundidades inconcebibles, que no proyectaba sombras, como lo haría una luz normal, y que vestía la piedra nitrosa de una capa de verde-gris desagradable y venenosa. Y en toda aquella visible combustión no había calor ninguno; sólo la viscosidad de la muerte y de la corrupción.

El hombre que me había guiado hasta allí se encaramó entonces hacia un punto colocado directamente detrás de la horrible llama, e hizo rígidos movimientos ceremoniales frente al semicírculo al que se enfrentaba. En ciertos puntos del ritual, la muchedumbre se inclinó en señal de obediencia, en es-

pecial cuando alzó por sobre su cabeza aquel aborrecible «Necronomicon» que había llevado consigo; y yo participé en todas las fórmulas del ritual, porque había sido convocado a aquella festividad por los escritos de mis antepasados. Luego el viejo hizo un signo en dirección al tocador de flauta, tan sólo a medias visible en la oscuridad, que cambió su débil melodía en aquel momento, sustituyéndola por otra ligeramente más fuerte, en otra clave; precipitando de ese modo un horror impensable e inesperado. Ante aquel horror, casi caí sobre la tierra cubierta de líquen, transido por una angustia que no es de este mundo ni de ningún otro, sino de los locos espacios de entre las estrellas.

Saliendo de la negrura inimaginable que se extendía más allá del brillo gangrenoso de aquella llama fría, de las llanuras tartáreas a través de las cuales rodaba, sombría, la aceitosa corriente, no oídos e inesperados, surgió de pronto, rítmicamente, una horda de cosas híbridas y aladas, que ningún ojo sano podría comprender completamente, que ningún cerebro sano podría recordar por completo. No eran cuervos, ni topos, ni zánganos, ni hormigas, ni vampiros, ni cadáveres humanos descompuestos; eran algo que no puedo ni debo recordar. Aleteaban débilmente, moviéndose con sus pies palmeados y con sus alas membranosas; y cuando alcanzaron la muchedumbre de los celebrantes, las figuras encapuchadas los tomaron y montaron sobre ellos, y se alejaron, jinetes en sus horribles monturas, a lo largo de aquel río sin luz, al interior de pozos y galerías de pánico donde manantiales de veneno alimentan terribles cataratas imposibles de descubrir.

La vieja mujer que hilaba se había alejado con la muchedumbre, y el viejo se quedó atrás tan solo

porque yo me negaba a tomar uno de aquellos animales y a cabalgar como los demás. Cuando me puse en pie, vi que el amorfo flautista se había alejado fuera de mi vista, pero que dos de las bestias esperaban pacientemente a nuestro lado. Cuando me vio retroceder, el anciano sacó su estilete y sus tabletas y escribió que él era el verdadero delegado de mis antepasados, los que habían fundado la adoración del Solsticio en aquel antiguo lugar; que había sido decretado que yo debía volver, y que todavía quedaban por llevarse a cabo los ritos más secretos. Todo esto lo escribió con una caligrafía muy antigua, y al ver que yo dudaba aún sacó de su túnica flotante un anillo de sello y un reloj, marcados ambos con las armas de mi familia para probar la veracidad de sus aseveraciones. Pero era aquélla una horrible prueba, porque yo sabía por los viejos papeles que aquel reloj había sido enterrado con mi re-tatarabuelo en 1698.

Entonces el anciano echó hacia atrás su capuchón y señaló el parecido familiar patente en sus rasgos, pero aquello tan sólo me hizo estremecer, porque estaba seguro de que aquella cara era tan sólo una diabólica máscara. Los animales aleteantes rascaban con impaciencia los líquenes, y vi que el anciano estaba tan impaciente como ellos. Cuando una de las cosas empezó a contonearse y a intentar alejarse, se volvió con rapidez para detenerla; de manera que la rapidez de su movimiento desencajó la máscara de cera de aquello que debiera haber sido su cabeza. Y entonces, porque aquella visión de pesadilla me cerraba el paso a la escalera por la que había descendido, me sumergí en el oleaginoso río subterráneo que burbujeaba en algún sitio hacia las cavernas del mar; me sumergí en aquel pútrido jugo de los horro-

res internos de la tierra antes de que la locura de mis gritos atrajese sobre mí a todas las legiones del pudridero que debían ocultarse en aquellos pestíferos golfos.

Me dijeron en el hospital que me habían encontrado, medio helado, en el puerto de Kingsport, de madrugada, adherido a la madera flotante que el azar envió para salvarme. Me dijeron que había tomado la bifurcación equivocada del camino de la colina la noche anterior, y caído por los riscos en Orange Point; esto lo dedujeron por las huellas que hallaron en la nieve. No podía yo desmentirlo, porque todo estaba del revés. Todo estaba equivocado: por las amplias ventanas se veía un mar de tejados, de los cuales sólo era antiguo uno de cada cinco, y se escuchaba el sonido de los tranvías y de los motores de los automóviles en las calles. Insistieron en que aquello era Kingsport y yo no pude discutirlo. Cuando empecé a delirar al oír que el hospital estaba cerca del viejo cementerio de Central Hill, me enviaron al Hospital de St. Mary, en Arkham, donde podría ser atendido mejor. Me gustó aquel lugar, porque los médicos tenían mucha amplitud de miras, e incluso me apoyaron con su influencia para obtener una copia cuidadosamente guardada del objetable «Necronomicon» de Alhazred, de la biblioteca de la Universidad Miskatonik. Dijeron algo sobre una «Psicosis», y se mostraron de acuerdo en que yo debía liberarme de cualquier obsesión embarazosa que tuviera en la mente.

De modo que leí aquel horrible capítulo, y me estremecí doblemente, porque en verdad no era nuevo para mí. Lo había leído antes, digan lo que digan mis huellas en la nieve: y el lugar en el que lo había leído era más conveniente que lo olvidase. No había

nadie —durante las horas de vigilia— que me lo pudiese recordar; pero mis sueños están llenos de terror a causa de frases que no me atrevo a citar. Sólo me atrevo a citar una frase, puesa en el mejor inglés que puedo extraer del latín increíblemente bajo:

«Las cavernas interiores, "escribió el Arabe Loco", no están al alcance de los ojos que ven; porque sus maravillas son extrañas y terribles. Maldito el suelo en el que viejos pensamientos viven con nuevos y extraños cuerpos, y maldita la mente que no mera en una cabeza. Sabiamente dijo Ibn Schacabao, que feliz es la tumba donde no ha sido enterrado ningún brujo, y feliz en la noche aquella ciudad en la que los brujos sean sólo cenizas. Porque dice un viejo rumor que el alma de los retoños del diablo no se aleja rápidamente de su envoltura putrefacta, sino que engorda e instruye *al gusano que roe;* hasta que de la corrupción se forma una horrible vida, y los blandos cavadores de la tierra se transforman con arte para hostigar, y se hinchan monstruosamente para convertirse en una plaga. En secreto se excavan grandes agujeros allí donde los poros de la tierra debieran bastar, y aprenden a andar cosas que debieran contentarse con reptar.»

ENCERRADO CON LOS FARAONES *

El misterio atrae al misterio. Desde que mi nombre empezó a ser ampliamente conocido como el de un realizador de hechos inexplicados, me he encontrado con hechos y con anécdotas extrañas, ligados por la gente a mis intereses y actividades a causa de mi profesión. Algunos de éstos han sido triviales e irrelevantes, otros, absorbentes y profundamente dramáticos; algunos de ellos han provocado experiencias peligrosas y fantásticas, y otros me han complicado en investigaciones exhaustivas de naturaleza científica e histórica. He hablado de muchos de estos asuntos libremente, y así seguiré hablando de ellos; pero soy bastante reluctante al hablar de uno de ellos en particular, y éste es el que voy a relatar ahora, obligado por los editores de esta revista —que habían oído vagos rumores sobre ello en boca

* Escrito en colaboración con Harry Houdini.

de otros miembros de mi familia— tras una persuasiva sesión de tortura.

El asunto mantenido hasta ahora en secreto ocurrió durante mi visita no profesional a Egipto hace catorce años; y he evitado hablar de él por varias razones. En primer lugar, estoy en contra de explotar ciertos hechos, reales sin ninguna posibilidad de error, y ciertas condiciones obviamente desconocidas por las miríadas de turistas que pululan en torno a las pirámides, y que son mantenidas aparentemente en secreto, con mucha diligencia, por las autoridades del Cairo, que no es posible que las ignoren en su totalidad. En segundo lugar, no me gusta contar un accidente en el cual mi propia imaginación fantasiosa debe haber jugado un papel muy importante. Lo que vi —o lo que creí ver— ciertamente no sucedió; debe tomarse más bien como el resultado de mis lecturas, inmediatamente anteriores al hecho, sobre egiptología, y de las especulaciones sobre ese tema que mi entorno hacír surgir naturalmente. Dichos estímulos imaginativos, amplificados por un acontecimiento real suficientemente terrible por sí mismo, dieron nacimiento sin duda al horror culminante de aquella noche pasada hace ya tanto tiempo.

Era el mes de enero de 1910; yo había acabado con un compromiso profesional en Inglaterra, y firmé un contrato para una gira por los teatros australianos. Como se me había dado un amplio margen de tiempo para hacer el viaje, decidí hacerlo de la manera que más me interesa; de manera que, acompañado de mi mujer, vagabundeé plácidamente por el Continente, y en Marsella me embargué en el vapor «Malwa» que llevaba rumbo a Port-Said. Desde aquel lugar, me proponía visitar las principales localidades his-

tóricas del bajo Egipto, antes de salir definitivamente hacia Australia.

El viaje transcurrió agradablemente, sazonado por muchos de los divertidos incidentes que le suceden a un prestidigitador, aunque no esté ejerciendo su oficio. Había pretendido, para tener un viaje tranquilo, mantener mi nombre en secreto; pero un colega en artes mágicas, cuya ansiedad por asombrar a los pasajeros con trucos ordinarios me tentó a duplicar y aumentar sus actuaciones de una manera totalmente destructiva para mi incógnito, me incitó a traicionarme a mí mismo. Hago mención de esto, a causa de su efecto fundamental; efecto que yo debía haber previsto antes de arrojar mi máscara en un barco lleno de turistas que estaban a punto de esparcirse por todo el valle del Nilo. Lo que hice fue proclamar mi identidad por doquier, y privar a mi mujer y a mí mismo de la plácida soledad que buscábamos. Yo que viajaba en busca de curiosidades, me veía a menudo obligado a soportar la curiosidad de los demás, como si yo mismo fuese un objeto raro.

Habíamos ido a Egipto en busca de lo pintoresco y de lo místicamente impresionante, pero encontramos bastante poco de esto cuando el barco fondeó en Port Said y descargó a sus pasajeros en pequeños botes. Las Pequeñas dunas de arena, las boyas que titubeaban en un agua poco profunda, y una ciudad pequeña y desalentadoramente europea, con nada que fuese digno de verse si no era la gran estatua de De Lesseps, nos hicieron desear con ansiedad el encontrarnos con algo más digno del tiempo que gastábamos buscándolo. Tras algunas discusiones decidimos partir de inmediato rumbo al Cairo y sus pirámides, y más tarde ir a Alejandría, donde tomaríamos el barco para Australia después de ver los mo-

numentos y paisajes grecorromanos cualesquiera que debía ofrecernos a aquella antigua metrópolis.

El viaje en tren fue bastante tolerable, y sólo consumió cuatro horas y media de nuestro tiempo. Vimos el canal de Suéz, por cuyos márgenes viajamos hasta Ismailiya, y más tarde nos hicimos una idea del Viejo Egipto cuando vimos la restauración que habían hecho del canal de agua fresca del Imperio Medio. Y al fin vimos el Cairo, brillando en la creciente oscuridad del anochecer; una constelación parpadeante que se convirtió en un incendio cuando el tren se detuvo en la gran Estación Central.

Pero una vez más nos esperaba la decepción, ya que todo lo que vimos era europeo, salvo los trajes y la muchedumbre. Un prosaico paso subterráneo nos llevó a una plaza en la que pululaban carruajes, taxis y trolebuses, esplendorosa con las luces eléctricas que brillaban en los altos edificios, entre los cuales estaba el teatro en el que se me había pedido en vano que actuase, y al cual asistí más tarde en calidad de espectador; había sido recientemente rebautizado con el nombre de «Cosmógrafo Americano». Llegamos en taxi, por calles anchas y bien trazadas, al Hotel Shepheard, y en él nos alojamos; y entre el servicio perfecto de su restaurante, sus ascensores y todos los lujos Anglo-Americanos de que estaba provisto, nos encontramos muy lejos del misterioso Oriente y del pasado inmemorial.

Sin embargo, al día siguiente nos precipitamos con deleite en el corazón del *ambiente de las Mil y Una Noches;* y el Bagdad de Harun al Raschid pareció revivir para nosotros en las callejuelas sinuosas y el exótico horizonte del Cairo. Guiados por nuestro Baedeker habíamos ido a lo largo del Mouski, más allá de los jardines de Ezbekiyeh, en busca del barrio

indígena, y pronto nos encontramos en manos de un clamoroso cicerone, quien —a pesar del ulterior desarrollo de nuestra aventura— era con toda certeza un maestro en su oficio.

No comprendí hasta después que hubiese debido solicitar un guía autorizado en el hotel. Este hombre, un tipo bien afeitado, dotado de una voz peculiarmente profunda y relativamente limpio, parecía un faraón y se hacía llamar «Abdul Reis el Drogman». Parecía tener mucho poder sobre los demás de su categoría, de manera que la policía hacía como si no le conociese. «Reis» es, en árabe, un nombre que se le da a cualquier persona que tenga autoridad, mientras que «Drogman» es simplemente una grosera modificación de la palabra inglesa que designa a los que conducen grupos turísticos: *dragoman.*

Abdul nos condujo por entre maravillas que anteriormente tan sólo conocíamos por nuestras lecturas o por nuestros sueños. El viejo Cairo es al mismo tiempo un libro de cuentos y un sueño: laberintos de estrechas calles, fragantes de secretos aromáticos; celosías y balcones moriscos que se encuentran por encima de las calles enmarañadas; maelstroms de tráfico oriental, con extraños gritos, chasquidos de látigos, crujidos de carretas, tintinear de monedas y rebuznos de asnos; kaleidoscopios de túnicas policromadas, velos, turbantes y tarbuchs; portadores de agua y derviches, perros y gatos, barberos y echadores de la buenaventura; y sobre todo el rebullir de los mendigos ciegos agazapados en nichos, y el sonoro canto de los almuédanos que baja de los minaretes, delicadamente recortados contra el cielo de un azul permanente y profundo.

No eran menos atractivos los bazares, aunque más tranquilos, provistos de techumbre. Especies, perfu-

me, piedras de incienso, alfombras, sedas y cobre; el viejo Mahmoud Suleiman se sienta en cuclillas, con las piernas cruzadas, entre sus botellas de resina, mientras jóvenes bulliciosos pulverizan mostaza en grano en el interior ahuecado del capitel de una columna clásica, de estilo corintio, que quizá venga de la vecina Heliópolis, donde Augusto acuarteló a una de sus tres legiones egipcias. La antigüedad empieza a mezclarse con el exotismo; y luego están las mezquitas, los museos... los vimos, e intentamos no permitir que nuestra orgía árabe sucumbiese al más oscuro encanto del Egipto de los faraones que ofrecían los tesoros sin precio de los museos. Aquello había de ser el punto culminante de nuestra visita a Egipto, y por el momento nos concentramos en las glorias sarracenas de los Califas medievales, cuyas magníficas tumbas-mezquitas forman una brillante necrópolis de país de hadas al borde del Desierto de Arabia.

Abdul nos llevó, por la Sharia Mohammed Ali, a la antigua mezquita del Sultán Hassan, y a Bab-el-Azab, flaqueada por torres, más allá de la cual sube el paso de empinados muros que lleva a la poderosa ciudadela que el mismísimo Saladino hizo construir con las piedras de olvidadas pirámides. Anochecía cuando escalamos aquella pendiente, rodeamos la moderna mezquita de Mohamed Ali, y contemplamos desde lo alto del vertiginoso parapeto al místico Cairo; el misterioso Cairo, todo dorado, con sus cúpulas cinceladas, sus minaretes etéreos y sus jardines llameantes.

Lejos, sobre la ciudad, se alzaba la gran cúpula románica del nuevo museo; y más allá —a través del críptico Nilo amarillo que es la madre nutricia de evos y dinastías— acechaban las amenazadoras are-

nas del Desierto de Libia, ondulante e iridiscente, lleno de perversos y antiquísimos arcanos.

El sol se hundió, rojo, y en su caída arrastró sobre nosotros el frío obstinado del anochecer egipcio; y mientras permanecía posado sobre el borde del mundo, como aquel antiguo dios de Heliópolis —Ra-Harakhte, el Sol-en-el-Horizonte— vimos, siluetada contra su holocausto bermejo, la silueta negra de las pirámides de Gizeh, las tumbas protohistóricas que contaban mil años cuando Tut-Ankh-Amon ascendió a su trono dorado en la lejana Tebas. Entonces comprendimos que habíamos acabado con el Cairo sarraceno, y que debíamos degustar los más antiguos y profundos misterios del Egipto primitivo, la negra tierra de Kem dominada por Ra y Amon, Isis y Osiris.

A la mañana siguiente visitamos las Pirámides, viajando en «Victoria» por entre los imponentes árboles de lebbakh que crecen en la isla de Chizereh, y cruzamos el puentecillo inglés para llegar a la ribera occidental. Por la carretera, bordeando la orilla del río, nos dirigimos, por entre grandes hileras de lekbah, a un suburbio de Gizeh, más allá del Jardín Zoológico, donde ha sido construido después un nuevo puente que lleva al Cairo propiamente dicho. Entonces, poniendo rumbo hacia el interior, bordeando el Sharia-el-Haram, cruzamos una región de canales cristalinos y pobres poblados indígenas, hasta que ante nosotros aparecieron los objetos de nuestra excursión, hendiendo la bruma matinal y formando réplicas invertidas en los charcos y pozos del camino. Cuarenta siglos, como había dicho ya Napoleón a sus soldados, nos contemplaban desde allá arriba, con toda certeza.

El camino se empinó abruptamente entonces, hasta que alcanzamos el lugar de nuestro cambio de ve-

hículos, entre la estación del trolebús y el Hotel Mena House. Abdul Reis, que consiguió eficazmente nuestros billetes para las Pirámides, parecía habérselas arreglado con la muchedumbre de beduinos ofensivos y gritones que moraban en un miserable poblado de barro a alguna distancia de allí, y que asaltaban como una plaga a todos los viajeros; los mantuvo a distancia de nosotros, y nos consiguió un excelente par de camellos, montando él en un burro y asignando la dirección de nuestros animales a un grupo de hombres y muchachos que resultaron más caros que útiles. El área que debíamos atravesar era tan pequeña que los camellos no resultaban apenas necesarios, pero no lamentamos añadir a nuestras experiencias esta difícil forma de navegación a través del desierto.

Se alzan las pirámides sobre una alta meseta rocosa, y este grupo está situado junto al más septentrional de la serie de cementerios regios y aristocráticos construidos en las cercanías de Menfis, la capital extinguida, que estaba situada al mismo lado del Nilo, un poco al sur de Gizeh, y que floreció entre los años 3400 y 2000 antes de Cristo. La mayor de las pirámides, que es la que se encuentra más cerca de la carretera moderna, fue construida por el rey Cheops, o Khufu, hacia el año 2800 antes de Cristo, y tiene una altura mayor de 450 pies. En línea, hacia el sudoeste, se encuentran sucesivamente la Segunda Pirámide, construida una generación más tarde por el rey Kefren, y que aunque es algo más pequeña parece incluso mayor, porque está situada a un nivel más alto, y la Tercera Pirámide, radicalmente más pequeña que las otras dos, del rey Micerino, construida alrededor del año 2700 antes de Cristo. Cercana al borde de la meseta, al este de la Segunda Pirá-

mide, con un rostro que probablemente fue alterado para formar un retrato colosal de Ketren, su regio restaurador, se alza la monstruosa Esfinge; muda, sardónica, y con una sabiduría anterior a la humanidad y a la memoria.

En varios lugares se encuentran pirámides menores, y ruinas de otras; y toda la meseta fue excavada para construir las tumbas de los dignatarios de un rango menor al real. Estas últimas fueron señaladas originalmente por *mastabas*, es decir, edificaciones de piedra en forma de banco, situadas cerca de las profundas tumbas, como las que se encontraron en otros cementerios de Menfis; un ejemplar de estas construcciones es la Tumba de Perneb, que se halla en el Metropolitan Museum de Nueva York. Sin embargo, en Gizeh, todas ellas han sido borradas por el tiempo o el pillaje; y sólo los pozos tallados en la roca, bien llenos de arena, bien vaciados de todo contenido por los arqueólogos, atestiguan de su anterior existencia. En conexión con cada tumba había una capilla en la que los sacerdotes y parientes ofrecían comida y oraciones al KA, o principio vital del fallecido, que revoloteaba cerca de sus restos. Las tumbas pequeñas tienen la capilla situada en el interior de la pétrea mastaba, pero las capillas mortuorias de las pirámides en las que yacen los regios Faraones eran templos separados, situados al este de la pirámide a la que pertenecían, unidos por una avenida a una gran capilla de entrada o propileo, al borde de la meseta rocosa.

La capilla de entrada que conducía a la Segunda Pirámide, casi enterrada por las movientes arenas, se abre subterráneamente al sudeste de la Esfinge. Una tradición persistente la denomina «Templo de la Esfinge»; y quizá se le podría llamar así con razón

si la Esfinge representase en realidad a Kefrén, el constructor de la Segunda Pirámide. Circulan poco agradables historias sobre la Esfinge, anteriores a Kefrén; pero fueran los que fueran sus más antiguos rasgos, el monarca los sustituyó por los suyos propios, para que los hombres pudiesen contemplar sin temor al coloso.

Fue en el gran templo de la entrada donde se encontró la estatua en diorita de Kefrén, de tamaño natural, que ahora se halla en el museo del Cairo; una estatua que me hizo quedar espantado cuando la contemplé. Si ha sido hoy excavado todo el edificio, no lo sé; pero en 1916, la mayor parte de él se extendía bajo el suelo, y su entrada se obstruía pesadamente durante la noche. Los que se ocupaban de las excavaciones eran alemanes, y la guerra u otras cosas pueden haber detenido su trabajo. A causa de mi propia experiencia y de ciertas murmuraciones de los beduinos, desconocidas o desacreditadas en El Cairo, daría mucho por saber qué se ha descubierto en relación a un pozo situado en una galería transversal, en la que se encontraron estatuas de los Faraones curiosamente yuxtapuestas a otras que representaban beduinos.

La ruta que aquella mañana seguimos a lomos de nuestros camellos, hacía una curva brusca más allá del puesto de policía, de madera, de la oficina de correos, la tiendas y la farmacia, situadas a la izquierda, y se doblaba por completo hacia el sur y el oeste, escalando la meseta hasta colocarnos cara a cara con el desierto, situado a sotavento de la Gran Pirámide. Cabalgamos más allá de aquel ciclópeo trabajo de albañilería, rodeando la cara oriental, y mirando a un valle de pirámides menores, detrás del cual el Nilo eterno corría hacia el este, y hacia el oeste bri-

llaba el desierto eterno con trémulo resplandor. Muy cerca se alzaban las tres pirámides mayores; la más grandes, libre de toda envoltura, mostraba sus grandes bloques de piedra, pero las otras retenían aquí y allá la cubierta que las había hecho aparecer acabadas y perfectas en su día.

Descendimos entonces hacia la Esfinge y nos sentamos en silencio bajo el embrujo de aquellos terribles ojos sin vista. Discernimos en su amplio pecho de piedra el emblema casi desvanecido de Ra Harajat, con cuya imagen se confundió a la Esfinge en la última dinastía; y aunque la arena cubría la tableta que el monstruo sostenía entre las grandes garras, recordamos lo que allí inscribió Thutmosis IV, y el sueño que tuvo cuando era príncipe. Entonces fue cuando nos desagradó vagamente la sonrisa de la Esfinge, y nos hizo pensar en las leyendas que hablan de los pasadizos subterráneos que, bajo el monstruo, llevan abajo, abajo, hacia profundidades que nadie se atrevería a calcular; profundidades relacionadas con misterios más antiguos que todas las dinastías de Egipto que han descubierto las excavaciones, y que tienen una siniestra relación con los anormales dioses de cabeza de animal que persistían en el antiguo panteón Nilótico. Fue entonces, también, cuando me hice a mí mismo una frívola pregunta, cuya horrible significación no apareció hasta después de pasadas muchas horas.

Entonces nos alcanzaron otros turistas, y nos dirigimos al Templo de la Esfinge, carcomido por las arenas, al que me he referido antes como la gran puerta de la avenida que lleva a la capilla mortuoria de la Segunda Pirámide, en la meseta. La mayor parte de él se encontraba aún enterrada, y aunque desmontamos y descendimos a través de un moder-

no pasadizo hasta sus corredores de alabastro y su sala sostenida por columnas, me apercibí de que ni Abdul ni el guía alemán que allí había nos habían mostrado todo lo que había que ver.

Tras esto, hicimos el recorrido convencional de la meseta de las pirámides, examinando la segunda Pirámide y las peculiaridades de su capilla mortuoria situada al este, la Tercera Pirámide y sus satélites en miniatura situados al sur, y su capilla en ruinas del este; las tumbas de roca y las construcciones en forma de panal de las dinastías Cuarta y Quinta, y la famosa tumba de Campbell, cuyo sombrío pozo se hunde abruptamente a cincuenta y tres pies, y en cuyo fondo hay un siniestro sarcófago que uno de nuestros conductores de camello limpió de la arena que le cubría, tras un vertiginoso descenso efectuado con la ayuda de una cuerda.

Desde la Gran Pirámide nos llegaron gritos: los beduinos asaltaban a un grupo de turistas ofreciéndoles hacer ascensos y descensos solitarios a la Pirámide con la mayor rapidez, como espectáculo. Se dice que el récord de tiempo para tal ascenso y descenso es de setenta minutos, pero muchos avariciosos cheiks e hijos de cheiks nos aseguraron que lo podían hacer en cinco minutos menos, si se les daba el requerido ímpetu de un «bakshish» * generoso. No obtuvieron tal ímpetu, aunque dejamos que Abdul nos condujese a la cima, desde donde contemplamos una vista de magnificencia sin precedentes, que abarcaba no sólo al remoto y brillante Cairo, con su ciudadela coronada y circundada de colinas de oro y violeta, sino también todas las pirámides del dis-

* *Baskshesh* es un término árabe que significa propina o regalo hecho con fines interesados. (N. del T.)

trito de Menfis, desde Abu Roash, al norte, al Dashur, situado al sur. La pirámide escalonada de Sakkara, que marca la evolución de la mastaba baja hasta que se convierte en pirámide, se mostraba en la arenosa distancia con claridad casi alucinante. Cerca de dicho monumento de transición se encontró la tumba de Perneb; a más de cuatrocientas millas al norte del valle rocoso en el que yacía Tut-Ankh-Amon, en Tebas. De nuevo, el puro terror me obligó a guardar silencio. La perspectiva de tal antigüedad, y de los secretos que guardaba cada uno de aquellos blancos monumentos, me llenaron de un sentimiento de inmensidad y una reverencia que ninguna otra cosa me produjo jamás.

Fatigados por la ascesión, y disgustados por la actuación de los inoportunos beduinos, que parecían desafiar con cada uno de sus actos todas las reglas del buen gusto, omitimos el arduo detalle de penetrar por los estrechos pasadizos interiores de las pirámides, aunque vimos a algunos de los más valerosos turistas prepararse para la sofocante zambullida a través del más grandioso monumento de Cheeps. Cuando despedimos, tras haberles pagado con excesiva generosidad, a nuestros guardaespaldas y nos dirigimos de vuelta al Cairo con Abdul Reis, nos arrepentimos de haber omitido esto. Se murmuraban tantas cosas en las guías de viaje, tantas cosas fascinantes sobre los pasadizos inferiores de las pirámides; pasadizos cuyas entradas habían sido tapiadas a toda prisa, y ocultados por determinados arqueólogos poco comunicativos, después de haberlos encontrado y comenzado su explotación.

Desde luego, las murmuraciones carecían casi por completo de base; pero era curioso el reflexionar sobre la manera persistente de prohibir a los turistas

las visitas nocturnas a las pirámides, o la entrada a los más bajos pozos y a la cripta de la Gran Pirámide. Quizá lo que se temía en este último caso fuese el efecto psicológico; el temor del visitante al sentirse enterrado bajo un gigantesco bloque de sólida albañilería; unido a la vida que conoce tan sólo por un somero tubo por el que tan sólo puede reptar, y que cualquier accidente o designio perverso puede bloquear. Todo el asunto parecía tan tentador y fantástico que decidimos hacer otra visita a la meseta de las pirámides tan pronto como fuera posible. Para mí, esta oportunidad vino mucho más pronto de lo que esperaba.

Aquella noche salí sólo a dar un paseo con Abdul Reis por el pintoresco barrio árabe; los miembros de nuestro grupo no nos acompañaron, pues estaban cansados por el extenuante programa de la jornada. Aunque lo había visto de día, deseaba estudiar a la media luz del atardecer los bazares y las callejuelas del barrio Arabe, cuando las espesas sombras y los blandos rayos de luz incrementasen su encanto y su fantasmagoría. La multitud de nativos se dispersaba, pero eran aún numerosos y ruidosos cuando nos tropezamos con un grupo de juerguistas beduinos en el Suken-Nahasin, o Zoco de los caldereros. Su jefe aparente, un joven insolente de rasgos pesados que llevaba un tarbush torcido de manera descarada, se fijó en nosotros, y evidentemente reconoció sin ninguna amenidad a mi competente, aunque burlón y despectivo, guía.

Quizá, pensé, le molestó aquella rara reproducción de la semisonrisa de la Esfinge, que yo había notado a menudo con una mezcla de diversión e irritación; o quizá no le gustase la voz hueca y resonante de Abdul. En cualquier caso, se produjo un vivo inter-

cambio de términos ancestralmente injuriosos entre los dos; y antes de que pasase mucho rato Ali Ziz, como oí llamar al beduino cuando no le daban algún nombre peor, empezó a tirar violentamente de la túnica de Abdul, acción que rápidamente se volvió recíproca, y que llevó a una ardorosa riña en la que ambos combatientes perdieron sus muy venerados gorros, y hubieran llegado a un estado más terrible aún si yo no hubiese intervenido, separándoles por la fuerza.

Mi interferencia, al parecer indeseada al principio por ambos contrincantes, consiguió al fin que se efectuase una tregua. Cada uno de los beligerantes, hoscamente, retuvo su ira y arregló sus vestiduras, y adoptando un digno continente, tan profundo como instantáneo, establecieron entrambos un curioso pacto de honor, que pronto me informé de que era una costumbre en el Cairo de gran antigüedad; un pacto que consistía en la discusión y arreglo de sus diferencias por medio de una pelea nocturna a puñetazos en lo alto de la Gran Pirámide, mucho tiempo después de que se retirase el último turista que la quisiera contemplar a la luz de la luna. Cada duelista había de conseguir un grupo de seguidores o testigos, y el asunto había de comenzar a medianoche, y solventarse por asaltos de la manera más civilizada posible.

Mucho había en estos planes que excitó mi interés. La lucha en sí prometía ser única y espectacular; y el pensamiento de la escena que se iba a desarrollar sobre aquella blanca masa, dominando la meseta antediluviana de Gizeh bajo la evanescente luna de las pálidas horas de la madrugada, tocaba todas las fibras de mi imaginación. Mi petición de admitirme entre su grupo de testigos fue inmediatamente acep-

tada por Abdul; de manera que pasamos el resto de la tarde en recorrer varios tugurios de las regiones más salvajes de la ciudad —situadas en su mayor parte al nordeste del Ezbekiyeh—, donde reunió, uno por uno, una formidable banda de sacamantecas congénitos para que le sirviesen de acompañantes en su encuentro pugilístico.

Poco después de las nueve nuestro grupo, cabalgando en burros que llevaban nombres regios o pertenecientes a turistas, como «Ramses», «Mark Twain», «J. P. Morgan» o «Minnehaha», atravesando laberintos de calles orientales y occidentales, cruzó el Nilo fangoso, que era un bosque de mástiles, por el puente de los leones de bronce, y cabalgó con filosófica lentitud entre los lebbakhs por el camino de Gizeh. Poco más de dos horas duró el viaje al final del cual nos cruzamos con los últimos turistas que regresaban, saludamos al último trolebús y quedamos solos con la noche, con el pasado y con la luna espectral.

Entonces, al final de la avenida, distinguimos las vastas pirámides, fantasmagóricas, con un aspecto de oscura amenaza atávica que no me había parecido distinguir durante el día. Incluso la más pequeña de todas insinuaba algo horrible; ¿no era en ella en la que habían sepultado viva a la Reina Nitocris, durante la Sexta Dinastía? Nitocris, que una vez invitó a un festín a todos sus enemigos, en un templo situado bajo el Nilo, y los ahogó abriendo las esclusas del río. Recordé que los árabes murmuran ciertas cosas sobre Nitocris, y evitan la tercera Pirámide durante ciertas fases de la luna. Thomas Moore debía estar pensando en ella cuando escribió este poema que susurran los barqueros de Menfis:

«La ninfa subterránea que mora
Entre gemas que nunca han visto el sol y ocultas glorias;
la Dama de la Pirámide.»

Aunque llegamos temprano, Alí Ziz y su grupo se nos habían adelantado, y vimos la silueta de sus asnos recortarse contra la meseta desértica de Kafrel-Harem nosotros nos habíamos dirigido hacia los miserables poblados árabes cercanos a la Esfinge, en vez de seguir el camino de Mena House, donde algunos policías adormilados y poco eficientes nos podrían haber observado y dado el alto. Donde los sucios beduinos habían convertido en establos para sus burros y camellos las tumbas de piedra de los cortesanos de Kefren, fuimos conducidos por rocas y arena hacia la Gran Pirámide, por cuyos lados pulidos por el tiempo trepaban ágilmente los árabes; Abdul Reis me ofreció una ayuda para subir que yo no necesitaba.

Como saben la mayor parte de los viajeros, hace tiempo que la erosión acabó con el ápice de la Pirámide, creando en su lugar una plataforma razonablemente llana de doce yardas cuadradas. En aquel raro pináculo se formó un círculo de observadores, y transcurridos pocos minutos la sardónica luna del desierto brilló sobre una batalla que, si no fuera por la cualidad de los gritos de los espectadores, podría haber ocurrido en cualquier club atlético de poca importancia, en América. A medida que observaba el encuentro, me di cuenta de que no faltaban algunas de nuestras tradiciones menos deseables: porque cada golpe, finta y defensa, parecían «Juego sucio» a mis ojos no del todo inexperimentados. Pronto concluyó el encuentro, y a pesar de mi desprecio hacia los métodos empleados, sentí una especie de orgullo

de propietario cuando Abdul Reis fue proclamado vencedor.

La reconciliación fue sorprendentemente rápida, y en medio de la fraternización, los cantos y las bebidas que siguieron me pareció difícil pensar en que se hubiese producido nunca una pelea. De forma bastante extraña, yo parecía ser el centro de atención, en mayor grado que los antagonistas; y, gracias a mi balbuceante conocimiento del árabe, pude comprender que discutían sobre mis actuaciones profesionales, y mis evasiones de cualquier forma de atadura o confinamiento, de una manera que indicaba no sólo un conocimiento sorprendente de mí, sino también una clara hostilidad y escepticismo en lo que concernía a mis habilidades. Gradualmente fui dándome cuenta de que la antigua magia de Egipto no había desaparecido sin dejar huellas, y que entre los fellahin han sobrevivido subrepticiamente fragmentos de un extraño conocimiento secreto y de los cultos sacerdotales, hasta el punto de que las proezas de un «hahwi» o mago extranjero, son motivo de desagrado y de discusión. Pensé en el extraño parecido que tenía Abdul Reis, mi guía de voz profunda, con un viejo sacerdote egipcio, un Faraón o una Esfinge...

De pronto ocurrió algo que en un momento probó la corrección de mis reflexiones y me hizo maldecir la manera obtusa en la que yo había aceptado los acontecimientos de aquella noche sin descubrir que eran tan sólo una maliciosa treta, como ahora se demostraba. Sin avisar, y sin duda en respuesta a una sutil indicación que hiciera Abdul Reis, toda la banda de beduinos se me vino encima y me ataron con gruesas sogas, con mayor firmeza que nunca en mi vida, ya fuese en escena o fuera de ella.

Al principio luché, pero pronto me di cuenta de que nada podía hacer un hombre contra una veintena de forzudos bárbaros. Mis manos me fueron atadas a la espalda, dobladas mis rodillas hasta lo más que pudieron dar de sí, y mis tobillos y muñecas unidos por medio de cuerdas irrompibles; introdujeron en mi boca una sofocante mordaza, y taparon mis ojos con un pañuelo. Luego, mientras los árabes me cargaban sobre sus hombros y comenzaban el traqueteante descenso de la Pirámide, escuché las mofas de mi ex guía Abdul, que se burlaba y gastaba bromas, encantado, con su voz profunda, y me aseguró que pronto se iban a someter mis «poderes mágicos» a una prueba suprema que haría desaparecer rápidamente cualquier egotismo que yo hubiese adquirido al triunfar sobre todas las pruebas que se me habían presentado en Europa y América. Egipto, me recordó, es muy viejo y está lleno de misterios internos y de antiguos poderes, ni siquiera concebibles por los expertos de hoy, cuyas añagazas no habían conseguido vencerme nunca.

No puedo decir a qué distancia ni en qué dirección fui conducido, porque todas las circunstancias estaban en contra de la formación de cualquier juicio pertinente. Sé, sin embargo, que no debimos recorrer un largo trecho, porque mis portadores no apresuraron nunca el paso y me llevaron a hombros durante un tiempo sorprendentemente corto. Y es esta sorprendente brevedad la que me hace sentir escalofríos cuando pienso en la meseta de Gizeh; porque uno se siente asustado al ver lo cerca que están los caminos que emprenden los turistas todos los días, de lo que existía allí entonces y aún debe existir.

Al principio no se hizo manifiesta la pérfida anormalidad de la que hablo. Colocándome en una super-

ficie que reconocí ser arena, no piedra, mis captores me pasaron una soga en torno al pecho y me arrastraron por el espacio de unos pies hasta una abertura desigual que había en el suelo, y con rudeza me descolgaron por ella. Me pareció que pasaban años mientras me golpeaba en mi descenso contra las paredes pétreas e irregulares de un pozo estrecho que me pareció ser una de las numerosas tumbas de la meseta, hasta que su prodigiosa y casi increíble profundidad me privó de bases para hacer cualquier conjetura.

El horror de aquella experiencia se hacía mayor con cada segundo que pasaba. Que un descenso a través de la sólida roca pudiese ser tan largo sin alcanzar el mismísimo centro del planeta, o que una soga hecha por manos humanas pudiese tener la longitud necesaria para descolgarme a tales impías profundidades, al parecer sin fondo, eran creencias tan grotescas que me pareció más fácil dudar del testimonio de mis sentidos agitados que aceptarlo. Incluso ahora no estoy seguro, porque sé lo engañoso que se vuelve el sentido del tiempo cuando uno está siendo transportado. Pero estoy seguro de que hasta entonces conservé mi consciencia lógica y que, al menos, no añadí ningún fantasma de la imaginación a un cuadro suficientemente horrendo en su realidad, y explicable por un tipo de ilusión cerebral completamente distinto de una verdadera alucinación.

Todo esto no fue la causa de mi primer acceso de desmayo. La terrible prueba era acumulativa, y el principio de mis verdaderos terrores fue un aumento muy perceptible de mi velocidad de descenso. Soltaban aquella cuerda increíblemente larga con mucha rapidez, y me arañé cruelmente contra los lados ásperos y estrechos del pozo mientras me abalanzaba

vertiginosamente hacia abajo. Mis ropas estaban destrozadas y sentía por todo mi cuerpo el cosquilleo de la sangre, con más fuerza incluso que el creciente y torturante dolor. Mi olfato también fue asaltado por una amenaza poco definible: un rastrero olor de humedad y de orín, curiosamente diferente de cualquier otro olor que antes hubiese yo sentido, y provisto de vagos matices de especias e incienso, que le prestaban un elemento de burla.

Entonces llegó el cataclismo mental. Fue horrible, espantoso, más allá de cualquier descripción articulada, porque todo sucedía en la mente, sin ningún detalle que sea posible describir. Era el éxtasis de la pesadilla, la suma de todo lo espantoso. La rapidez con que se presentó fue apocalíptica, demoníaca: en un momento me hundí, de forma agónica, en el pozo de la tortura de un millón de dientes, para encontrarme al instante siguiente revoloteando con alas de murciélago en las profundidades del infierno; balanceándome libre y arrebatadamente a través de ilimitadas millas de un espacio mohoso y sin límites; alzándome vertiginosamente a pináculos sin medida de frío éter, para hundirme después, sin aliento, al nadir nauseabundo del vacío inferior... Agradezco a Dios la gracia que me hizo al encerrar en el olvido a aquellas furias de la consciencia cuyas garras casi desquiciaron mis facultades mentales, y desgarraron como arpías mi espíritu. Mi desvanecimiento fue un momento de respiro que, aunque corto, me dio la fuerza y cordura necesarias para soportar las sublimaciones aun más grandes del terror cósmico que todavía acechaban, farfullantes, en el camino que hube de recorrer.

II

Recuperé lentamente el sentido tras aquel vertiginoso vuelo por los espacios estigios. El proceso fue infinitamente doloroso, y coloreado por sueños fantásticos en los cuales mi situación de atado y amordazado tomó una forma singular. La naturaleza precisa de aquellos sueños era muy clara en tanto que los experimentaba, pero se volvió confusa inmediatamente después, y fue pronto reducida a su más sencilla expresión por los terribles acontecimientos —reales o imaginarios— que siguieron. Soñé que estaba sujeto por una zarpa grande y horrible; una zarpa amarilla, peluda, provista de cinco dedos que había salido de la tierra para apresarme y aplastarme. Y cuando me detuve a reflexionar sobre qué podría ser aquella zarpa, me pareció que era el propio Egipto. En el sueño recordé los acontecimientos de las semanas precedentes y me vi atraído y apresado sutilmente, poco a poco, en las redes de algún espíritu vampiro infernal surgido de la brujería del viejo Nilo; un espíritu que estaba en Egipto antes de que existiese el hombre, y que continuará allí cuando éste haya dejado de existir.

Vi la horrible e insana antigüedad de Egipto, y la horrible alianza que ha mantenido siempre con los muertos, sus tumbas y sus templos. Vi fantomáticas procesiones de sacerdotes con cabezas de toro, halcón, gato o ibis; procesiones fantasmagóricas desfilando interminablemente por laebrintos subterráneos y avenidas bordeadas por gigantescos propileos junto a los cuales el hombre es pequeño como una

mosca; y les vi ofrecer sacrificios innombrables a dioses indescriptibles. Colosos de piedra desfilaban en la noche sin fin y conducían rebaños de sonrientes esfinges humanas hacia abajo, hacia las riberas de limitables ríos estancados de alquitrán. Y detrás de todo aquello, vi la inefable malignidad de la necromancia primordial, negra y amorfa, farfullando ansiosamente tras de mí en la oscuridad para destrozar el espíritu que había osado mofarse de ella, emulándola.

En mi cerebro dormido tomó forma un drama de siniestro odio y persecución, y vi el alma negra de Egipto distinguirme y llamarme con susurros inaudibles; llamarme y atraerme, con el encanto y el brillo de una superficie sarracena, para empujarme al mismo tiempo a la loca antigüedad de aquellas catacumbas y horrores, al corazón mismo de su muerto abismo faraónico.

Entonces los rostros del sueño tomaron semblanzas humanas, y vi a mi guía Abdul Reis vestido con túnicas reales, con la sonrisa de la Esfinge. Y supe que sus rasgos eran los de Kefrén el Grande, el que construyó la segunda Pirámide, cinceló el rostro de la Esfinge a semejanza del suyo y construyó aquel titánico templo de entrada, cuyas miríadas de corredores creen los arqueólogos que han sido excavadas en la arena críptica y en la roca. Y miré la mano delgada, larga y rígida de Kefrén, tal como la vi en la estatua de diorita del Museo del Cairo, la que habían encontrado en el terrible templo; y me extrañé de no haberme estremecido al ver que esa era la mano de Abdul Reis... ¿Aquella mano? Era terriblemente fría, y me apretaba; tenía la frialdad de los sarcófagos... el frío y la constricción del Egipto inmemorial... Era el mismo Egipto, nocturno y necropolita-

no... La garra amarilla... Y se murmuran tales cosas de Kefrén...

Pero en aquel momento empecé a despertar, o, al menos, entré en una condición más cercana a la vigilia que la que la precedió. Recordé la lucha en lo alto de la pirámide, los traicioneros beduinos y su ataque, mi terrible descenso colgado de una cuerda a través de abismos sin fin, y mi loco balanceo y zambullida en una fría bóveda que olía a putrefacción aromática. Me apercibí de que yacía sobre un húmedo suelo de roca, y que mis ligaduras me mordían todavía con fuerza. Hacía mucho frío y me pareció detectar una débil corriente de aire que me atravesaba. Los cortes y magulladuras que me había hecho al chocar contra las paredes desiguales del pozo de roca me dolían mucho, y el dolor se agudizaba, convirtiéndose en algo así como una quemadura, debido a cierta cualidad pungente de la corriente de aire, y el simple acto de girar sobre mí mismo era suficiente para hacer que todo mi cuerpo temblase, presa de una indecible agonía.

Al volverme sentí un tirón dado desde arriba, de lo que concluí que la soga por medio de la cual me habían descolgado alcanzaba aún la superficie. No tenía idea de si los árabes continuaban o no sujetándola, ni tampoco tenía la menor idea de la profundidad a la que me encontraba. Sabía que la oscuridad en torno a mí era total, o casi, puesto que ni un rayo de luna penetraba a través de la venda que me cubría los ojos; pero no tenía la suficiente confianza en mis sentidos como para aceptar como una evidencia de extraña profundidad la sensación de larga duración que había caracterizado mi descenso.

Conocedor al menos de que me hallaba en un espacio de considerable extensión, accesible desde la

superficie por una abertura en la roca, se me ocurrió la dudosa idea de que quizá mi prisión fuese la capilla enterrada del viejo Kefrén —el Templo de la Esfinge—, quizá algún corredor interno que los guías no me habían mostrado durante mi visita matinal, y del cual podría escapar fácilmente si pudiese encontrar el camino de la entrada obstruida. Sería una marcha a través de un laberinto, pero no peor que otros recorridos que hubiese hecho en el pasado.

El primer paso era liberarme de mis ligaduras, mordaza y venda de los ojos; y sabía que esto no sería muy difícil, puesto que expertos más sutiles que los árabes habían ensayado todas las especies conocidas de nudos sobre mi persona durante mi larga y variada carrera de prestidigitador y maestro fuguista; y ninguno había conseguido vencer mi habidad y mis métodos.

Entonces se me ocurrió pensar que, según toda evidencia, los árabes debían estar dispuestos a encontrarme a la entrada y atacarme allí en cuanto tuvieran el menor indicio de que me había liberado de mis ligaduras; de lo que se enterarían por los movimientos de la soga que probablemente seguían sujetando. Esto, desde luego, era tomar por seguro que el lugar de mi encierro era el Templo de la Esfinge de Kefrén. La abertura del techo, a dondequiera que diese, no podría estar muy lejos de la moderna entrada cercana a la Esfinge; si en verdad hubiese alguna distancia importante en toda la superficie de la meseta, ya que el área total conocida por los visitantes no era precisamente enorme. No había descubierto ninguna abertura así durante mi peregrinaje diurno, pero sabía que tales cosas se pasan fácilmente por alto entre las arenas que se mueven.

Pensando en tales cosas mientras yacía en el sue-

lo, doblado y atado, casi me olvidé de los horrores del descenso abismal y del balanceo a través de la caverna que hacía tan poco tiempo me habían reducido al estado de coma. Mi pensamiento en aquel momento era tan sólo cómo burlar a los árabes, y según esto determiné liberarme de mis ataduras lo antes posible, evitando cualquier tirón dado a la soga que pudiese traicionar un intento efectivo o incluso problemático de desatarme.

Sin embargo, esto fue más fácil de decidir que de llevar a cabo. Algunos movimientos preliminares demostraron con claridad que poco se podía hacer sin moverse considerablemente; y no me sentí sorprendido cuando, tras una lucha especialmente enérgica, comencé a notar cómo la soga caía y se amontonaba a mi alrededor y sobre mí. Era obvio, pensé, que los beduinos habían sentido mis movimientos y habían soltado el cabo de la soga, apresurándose sin duda hacia la verdadera entrada del templo, donde me preparaban una emboscada criminal.

La perspectiva no era agradable, pero en tiempos me había enfrentado a cosas peores sin pestañear, y no iba a flaquear entonces. Lo primero que había de hacer era librarme de mis ligaduras, y fiarme después en mi buena estrella para escapar sin daños del templo. Es curioso cómo había llegado a convencerme implícitamente de que me hallaba en el viejo templo de Kekrén, junto a la esfinge, a poca distancia de la superficie.

Aquella suposición se pulverizó, y renació con toda evidencia la idea de una profundidad preternatural y de un misterio demoníaco, por una circunstancia que aumentó en horror y en significación incluso mientras yo pergeñaba mi filosófico plan. Ya he dicho que la soga caía, amontonándose sobre mí y a mi

alrededor. Y entonces vi que continuaba amontonándose interminablemente, mostrando una longitud por completo anormal. Se convirtió en una veloz avalancha de cáñamo, que se acumulaba sobre el suelo y que me enterró a medias entre sus anillos que se multiplicaban con rapidez. Pronto quedé completamente sumergido, perdí el aliento mientras las circunvalaciones de la cuerda, siempre en aumento, me sumergían y me oprimían.

Mis sentidos vacilaron de nuevo, e intenté en vano luchar contra una amenaza ineluctable, desesperadamente. No se trataba tan solo de que me hallase sometido a una tortura más allá de lo que un ser humano puede soportar —no sólo que la vida y la respiración parecieran serme arrancadas lentamente—; a esto se añadía el conocimiento de lo que implicaba aquella anormal longitud de la cuerda, y la consciencia de los inmensos abismos de tierra que debían rodearme en aquel momento, desconocidos e incalculables. Mi descenso sin fin, mi balanceo a través de aquellos espacios embrujados debían haber sido reales, y en aquel momento yo debía hallarme lejos de cualquier posibilidad de ayuda en algún innombrable mundo de cavernas, cercano al mismo centro del planeta. Tan súbita confirmación de un horror absoluto me fue insoportable, y por segunda vez me hundía en la piadosa inconsciencia.

Cuando hablo de inconsciencia no quiero decir que ésta estuviese libre de sueños. Por el contrario, mi ausencia del mundo consciente se hallaba repleta de visiones del más inenarrable espanto. ¡Dios!... Deseaba tan sólo no haber leído tanto sobre egiptología antes de venir a esta tierra que es la madre de toda oscuridad y terror. Este nuevo desvanecimiento impregnó mi mente dormida con una nueva y es-

calofriante comprensión del país y sus secretos arcaicos, y por algún maldito azar mis sueños versaron sobre las antiguas nociones de los muertos y de su residencia en cuerpo y alma dentro de aquellas tumbas misteriosas que eran más viviendas que sepulturas. Recordé, en formas de ensueño que estoy contento de haber olvidado, la construcción peculiar y elaborada de los sepulcros egipcios; y las doctrinas terroríficas y demasiado singulares que determinaron tales construcciones.

Todo en lo que aquella gente pensaba era en la muerte y en los muertos. Imaginaban una resurrección de los muertos en el sentido más literal, lo que les hacía tomar un cuidado desesperado en la momificación, y preservar en jarros de arcilla los órganos vitales, cerca del cadáver; aparte del cuerpo material, creían los egipcios que el hombre estaba compuesto de otros dos elementos: el alma, que tras haber sido pesada y aprobada por Osiris moraba en la tierra de los bienaventurados, y el oscuro y portentoso KA, o principio vital, que vagaba de forma espantosa entre los mundos superior e inferior, demandando un acceso ocasional al cuerpo momificado, consumiendo las ofrendas de comida que los sacerdotes y los parientes piadosos llevaban a la capilla mortuoria, y a veces —según murmuraban los hombres— tomando el cuerpo, o el doble de madera que siempre se enterraba junto a él, y saliendo fuera del sepulcro para cumplir fines peculiarmente repelentes.

Durante miles de años aquellos cuerpos habían descansado en sus espléndidos sarcófagos, mirando hacia arriba con ojos vidriosos cuando no eran visitados por el KA, en espera del día en que Osiris restaurase a la vez cuerpos y almas, e hiciese emerger de las enterradas casas de la muerte a las rígidas le-

giones de los muertos. Había de ser un renacimiento glorioso; pero no todas las almas habían sido aprobadas ni todas las tumbas habían permanecido inviodadas, de manera que había que buscar ciertos *errores,* grotescos, ciertas terribles anormalidades. Incluso hoy en día, los árabes murmuran aún historias sobre convocaciones impías y cultos insanos en olvidados abismos inferiores que sólo los alados e invisibles KA y las momias desprovistas de alma pueden contemplar, y regresar sin daño.

Es posible que las leyendas más capaces de helar la sangre en las venas sean aquellas que se relacionan con ciertos productos perversos del sacerdocio decadente; *momias amañadas,* hechas uniendo artificialmente troncos y miembros humanos con cabezas de animales, a imitación de los antiguos dioses. En todas las etapas de su historia, los egipcios momificaron a sus animales sagrados, para que los animales consagrados —toros, gatos, ibis, cocodrilos y demás— pudieran volver un día a una vida de mayor gloria. Pero tan sólo en la decadencia mezclaron en la misma momia elementos humanos y animales; tan sólo en la decadencia, cuando hubieron olvidado los derechos y prerrogativas del KA y del alma.

No se habla —al menos públicamente— de lo que ha ocurrido con aquellas momias amañadas, y es seguro que ningún egiptólogo ha encontrado ni un solo ejemplar de ellas. Lo que los árabes murmuran es muy extravagante, y no merecen confianza alguna. Insinúan incluso que el viejo Kefrén —el de la Esfinge, la segunda Pirámide y el templo de entrada— vive en lo más profundo del subsuelo, unido en matrimonio a la reina vampira Nitocris, y que ambos

gobiernan un pueblo de momias que no son ni animales ni hombres.

Y fue con ellos precisamente —con Kefrén y su consorte, y con sus extrañas hordas de híbridos muertos— con los que soñé; por eso me alegro de que se hayan desvanecido de mi memoria las imágenes exactas de mi sueño. Mi visión más horrible estaba relacionada con una pregunta sin importancia aparente que me había hecho el día anterior mientras contemplaba la gran adivinanza tallada del desierto, y cavilaba sobre la profundidad desconocida a la que debía estar hundido el templo cercano a ella. Aquella pregunta, tan inocente y ociosa en aquel momento, tomó en mi sueño un significado de locura frenética, de histeria... *¿qué enorme y terrible anormalidad se suponía que representaba la Esfinge en su forma original?*

Mi segundo despertar —si es que fue un despertar— es una memoria de espanto absoluto, que no puedo comparar con ninguna otra cosa en mi vida si no es con algo que llegó algo después; y advierto que mi vida ha estado llena de aventuras y peligros, en mayor grado que las de la mayoría de los hombres. Recuerden que había perdido el conocimiento mientras una cascada de soga —cuya longitud indicaba la inmensa profundidad a la que me encontraba— me sumergía. Entonces, mientras me volvía la facultad de percepción, noté que el peso de ésta había desaparecido; y me di cuenta, al girar sobre mí mismo, que aunque me hallaba aún atado, amordazado y con los ojos cubiertos por una venda, *algo había quitado de encima de mí la montaña de cáñamo que me sofocaba.* Por supuesto, sólo gradualmente llegué a darme cuenta del significado de esto; pero incluso de esta forma, pienso que me hubiese

llevado de nuevo a la inconsciencia si no hubiese llegado para entonces a un estado de agotamiento emocional que ningún nuevo horror podía cambiar. Me encontraba a solas... *¿con qué?*

Antes de que pudiese torturarme a mí mismo con nuevas reflexiones, o hacer algún otro esfuerzo para librarme de mis ligaduras, se hizo manifiesta una circunstancia adicional: unos dolores que no había sentido anteriormente me asaltaban en brazos y piernas, y parecía estar cubierto por una capa de sangre seca mucho más abundante que la que podía haber manado de mis anteriores heridas y cortaduras. También mi pecho parecía desgarrado por cien llagas, como si un ibis maligno y gigantesco lo hubiera picoteado. Seguramente, el agente que se había llevado la cuerda era hostil, y había comenzado a herirme de forma terrible, cuando algo le había impelido a abandonar su tarea. Sin embargo, en aquel momento mis reacciones eran por completo las inversas a las que se podrían esperar. En vez de hundirme en un pozo sin fondo de desesperación, me sentí impulsado a la acción, como si hubiese adquirido nuevo coraje; porque entonces me di cuenta de que las fuerzas del mal eran cosas físicas con las que un hombre intrépido podía luchar en una base firme.

Con la fuerza que me comunicó este pensamiento tiré de nuevo de los nudos que me oprimían y utilicé toda mi habilidad para liberarme, como había hecho a menudo entre el brillo de las candilejas y el aplauso de las multitudes. Los detalles familiares de mi escape comenzaron a devolverme la seguridad en mí mismo, y ahora que la larga soga había desaparecido, me volvió a medias la creencia de que los horrores supremos eran, después de todo, alucinaciones, y que el terrible pozo, los abismos imposi-

bles de medir y la cuerda interminable no eran reales. ¿Me hallaría, a fin de cuentas, en el templo de Kefrén cercano a la Esfinge, y se habrían introducido allí cautelosamente los árabes traidores para torturarme? En cualquier caso, debía liberarme. ¡Si pudiese levantarme, desatado, y con los ojos abiertos para divisar cualquier rayo de luz que entrase por una abertura! No me importaría entonces tener que luchar con enemigos traicioneros y de perversas intenciones.

No podría decir cuánto tiempo tardé en liberarme de mis impedimentos. Debe haber sido más que el que empleaba en mis actuaciones, porque me encontraba herido, exhausto y enervado por las experiencias que había atravesado. Cuando al fin quedé libre y respiré amplias bocanadas de aquel aire helado, húmedo y cargado de pérfido aroma de especias, más horrible aún porque chocaba con la pantalla de la mordaza, me di cuenta de que los calambres no me permitían moverme de inmediato. Y allí quedé, yacente, intentando enderezar mi cuerpo herido y doblado durante un período indefinible, mientras hacía esfuerzos para captar cualquier rayo de luz que me diera algún indicio sobre mi posición.

Mi fuerza y flexibilidad volvieron gradualmente, pero mis ojos no descubrieron nada. Cuando me puse en pie miré diligentemente en todas direcciones, pero mis ojos se encontraron tan sólo con una negrura de ébano, tan profunda como la que me había rodeado cuando tenía los ojos vendados. Probé a mover mis piernas, cubiertas por una capa de sangre coagulada bajo mis pantalones destrozados, y descubrí que podía andar; lo que no podía era decidir en qué dirección había de ir. Obviamente, no debía andar al azar y retirarme quizá directamente

de la entrada que buscaba; así que me detuve para discernir la dirección que tomaba la corriente de aire frío, nauseabunda y con olor a natrón que no había dejado de notar en ningún momento. Aceptando el punto de su nacimiento como la posible entrada al abismo, me esforcé en seguir la huella de su paso y en dirigirme constantemente hacia sus fuentes.

Llevaba conmigo una caja de cerillas, e incluso una pequeña linterna eléctrica; pero desde luego los bolsillos de mi desgarrada ropa habían sido vaciados de su contenido hacía ya tiempo. Mientras caminaba cautelosamente en la oscuridad, noté cómo la corriente de aire se hacía más fuerte y molesta, hasta que a la larga hube de considerarla como si no fuese nada menos que un chorro tangible de vapor que saliese de alguna abertura como el humo del genio salía de la botella del pescador en el cuento oriental. El Oriente... Egipto... ¡En verdad, aquella negra cuna de civilizaciones seguía siendo el manantial de maravillas y horrores indecibles!

Cuanto más reflexionaba sobre la naturaleza de aquel viento de la caverna, mayor era mi sensación de intranquilidad; porque aunque yo, a pesar de su olor, hubiese buscado su fuente como, al menos, una referencia indirecta al mundo del exterior, vi entonces con claridad que aquella putrescente emanación no podía tener relación alguna ni mezcla de cualquier clase con el aire limpio del Desierto de Libia; sino que debía tratarse esencialmente de una cosa vomitada por siniestros abismos situados aún más abajo. ¡En aquel caso, había estado siguiendo una dirección equivocada!

Tras un momento de reflexión, decidí no volver sobre mis pasos. Aparte de la corriente de aire no disponía de otra huella, porque el suelo de áspera

roca estaba privado de cualquier configuración distinta. Sin embargo, si seguía la extraña corriente, llegaría sin duda a una abertura de alguna clase, desde cuya puerta podría yo quizás caminar bordeando los muros hasta el lado opuesto de aquella estancia ciclópea. Bien sabía yo que podía fallar. Me di cuenta de que no estaba en ninguno de los lugares del templo de Kefrén que conocen los turistas, y comprendí que esta estancia en particular debía ser desconocida incluso para los arqueólogos, y que los malignos y curiosos árabes que me habían apresado en ella debían haberla encontrado por mera casualidad. Si así era, ¿existiría alguna puerta que condujese a las partes conocidas del templo o al aire del exterior?

Y en verdad, ¿qué evidencia tenía yo de que aquello fuese el templo de entrada? Por un momento, todas mis extravagantes especulaciones se me echaron encima, y recordé la vívida mezcla de impresiones: la suspensión en el espacio, el descenso, la soga, mis heridas y los sueños que eran francamente sueños. ¿Era aquello el final de mi vida? ¿O sería quizá de agradecer que ese momento fuese el final? No podía contestar a ninguna de mis preguntas, sino tan sólo seguir planteándomelas hasta que el Hado, por tercera vez, me redujo a la inconsciencia.

Aquella vez no hubo sueños, porque lo súbito del incidente me arrancó todo pensamiento, ya fuese consciente o inconsciente. Al avanzar por un camino descendente, en el momento en que la corriente de aire se hizo tan fuerte que ofrecía una verdadera resistencia física, fue precipitado de cabeza por una negra escalera de grandes piedras, a un abismo de irremediable espanto.

Se debe sólo a la vitalidad inherente al organismo

humano sano el que volviese yo a respirar. A menudo recuerdo aquella noche y noto un matiz de verdadero humorismo en aquellos desmayos repetidos; desmayos cuya sucesión no me recordaron en aquel momento otra cosa que los más vulgares melodramas cinematográficos de la época. Desde luego, es posible que aquellos desvanecimientos repetidos nunca ocurriesen; y que todo lo que sucedió en aquella pesadilla subterránea no fuese más que los sueños de un largo coma que comenzó con el «shock» de mi descenso a aquel abismo y terminó al recibir el bálsamo curativo del aire exterior y del sol naciente que me encontró yaciendo en las arenas de Gizeh, ante el sardónico rostro de la Esfinge que la aurora teñía de rubor.

Prefiero creer todo lo que me es posible en esta última explicación, y me alegro que la policía me dijese que la barrera de la puerta del templo de Kefrén había sido encontrada abierta, y que en realidad existía una grieta de buen tamaño en la parte aún enterrada. También me tranquilizó el que los doctores diagnosticasen que mis heridas no eran otras que las que se podían esperar de mi captura, de mi lucha contra mis ligaduras, de mi caída a alguna profundidad —quizá a una depresión en la galería interior del templo—; de mi forma de arrastrarme hacia la barrera exterior y escapar de ella, y experiencias así... un diagnóstico muy tranquilizador. Y, sin embargo, sé que debe haber algo más de lo que es aparente. Ese descenso interminable está muy vivo en mi memoria para poder desecharlo; y es extraño que nadie haya sido capaz de encontrar a un hombre que responda a mi descripción de Abdul Reis el Drogman, el guía de voz de ultratumba que sonreía como el rey Kefrén y se parecía a él.

Pero me he alejado de la línea de mi narración, quizá con la vana esperanza de evitar contar el incidente final; ese incidente cuya mayor parte es sin duda una alucinación. Pero he prometido contarlo, y no falto a mis promesas. Cuando me recobré —o creí recobrarme— de mi desmayo, tras aquella caída por las negras escaleras de piedra, estaba tan solo y tan a oscuras como antes. El aire corrompido, antes ya bastante malo, era ahora insoportable; sin embargo, me había familiarizado con su olor lo suficiente como para soportarlo con estoicismo. Mareado, empecé a alejarme a rastras del lugar del que venía el aire pútrido, y toqué con mis manos ensangrentadas los bloques colosales que formaban el pavimento. Una vez me golpeé la cabeza contra un objeto duro, y al palparlo me di cuenta de que se trataba de la base de una columna, de una columna inmensa cuya superficie estaba cubierta por gigantescos jeroglíficos cincelados, muy perceptibles al tacto.

Arrastrándome me encontré con otras columnas titánicas, separadas por distancias incomprensibles; cuando de pronto algo captó mi atención, algo que debía haber estado rondando por mi sentido del oído subconsciente antes de alcanzar mi conciencia.

Ciertos sonidos, definidos y medidos, no parecidos a nada que hubiese escuchado anteriormente, surgían de un precipicio aún más profundo en las entrañas de la tierra. Casi intuitivamente me di cuenta de que eran muy antiguos y pertenecían a un ritual; y mis conocimientos de egiptología me hicieron asociarlos de inmediato con la flauta, el sambuke, el sistro y el tímpano. Noté en sus rítmicos gorjeos, cascabeleos y golpes un elemento de terror más fuerte que todos los terrores conocidos de la tierra, un terror peculiarmente disociado del miedo personal, y

que tomaba la forma de una piedad objetiva por nuestro planeta, que había de soportar en sus profundidades tales horrores como los que trascendían de aquellas cacofonías egipánicas. Los sonidos aumentaron de volumen, y me di cuenta de que se iban acercando. Entonces —y quieran los dioses de todos los panteones unidos impedirme oír nunca otra cosa así— comencé a escuchar, levemente y a distancia, los pasos milenarios y mórbidos de las cosas que desfilaban.

Era espantoso que pisadas tan diferentes se moviesen a un ritmo tan perfecto. Tras el desfilar de aquellas monstruosidades del interior de la tierra se adivinaba un entrenamiento que había durado millares de años impíos... pateando, arrastrándose, gruñendo, gimiendo... y el sonido de sus pasos acompañado por la discordia anormal de todos aquellos instrumentos burlones. Y además —¡Dios haga salir el recuerdo de aquellas leyendas árabes de mi cabeza!— las momias sin alma... el lugar de reunión de los KAS vagabundos... las hordas de los faraones malditos del diablo, hordas de seres muertos hace cuarenta siglos... las *monias amañadas,* conducidas a través de las más profundas bóvedas de ónice por el rey Kefrén y por su reina-vampiro, Nitocris...

Las pisadas se acercaron. ¡Que el Cielo no me permita oír de nuevo el sonido de aquellos pies, garras, cascos, talones y zarpas que se acercaban! Abajo, en el abismo sin fin que el sol nunca alcanzó, parpadeó una chispa de luz en el ambiente fétido, y yo me arrastré detrás de una columna ciclópea, para escapar al menos por algún tiempo del horror que avanzaba hacia mí sobre un millón de pies, a través de los hipostilos gigantescos de espanto inhumano y antigüedad tremenda. Aumentaron los parpadeos lumi-

nosos y el ritmo disonante se volvió enfermizamente fuerte. La flaqueante luz anaranjada descubrió un escenario pétreo tan terrible que me hizo ahogar un grito de asombro, venciendo incluso el miedo y la repulsión. Bases de columnas cuya parte media se colocaba más allá de donde alcanzaba la vista... simples bases de cosas cada una de las cuales debían hacer parecer insignificante a la torre Eiffel... Jeroglíficos grabados por manos impensables en cavernas donde la luz del día se podía considerar como una remota leyenda...

Yo no iba a mirar las cosas que desfilaban. Eso decidí mientras oía los crujidos de sus articulaciones y sus zumbidos nitrosos por encima de la música muerta y las muertas pisadas. Felizmente no hablaban... ¡pero, Dios! Sus locas linternas comenzaron a proyectar sombras en la superficie de aquellas formidables columnas. Los hipopótamos no podían tener manos ni llevar antorchas... no podían existir hombres con cabeza de cocodrilo...

Traté de volver la vista, pero las sombras, los sonidos y el olor estaban por todas partes. Entonces recordé algo que solía hacer en mi infancia cuando en la semivigilia me asaltaba una pesadilla, y empecé a repetirme: «¡Esto es un sueño! ¡Esto es un sueño!» Pero no sirvió de nada, y sólo pude cerrar los ojos y rezar..., al menos esto es lo que creo que hice, aunque uno no puede estar seguro de lo que se hace en las visiones, y sé que esto no puede haber sido otra cosa. Me preguntaba si llegaría a alcanzar de nuevo el mundo de los vivos, y a veces abría furtivamente los ojos para intentar distinguir algún aspecto del lugar que no fuese el viento de especias y putrefacción, las columnas sin fin y las grotescas sombras de horror anormal. Brillaba entonces en todo su es-

plendor la vacilante luz de múltiples antorchas, y a no ser que aquel lugar infernal careciese por completo de paredes, no podía dejar de discernir algún límite pronto. Pero tuve que cerrar los ojos de nuevo cuando me di cuenta de la cantidad de aquellas cosas que se estaban reuniendo... y cuando percibí cierto objeto que caminaba con solemnidad, *y que carecía de cuerpo por encima de la cintura.*

Un gorgoteo cadavérico, un estertor de muerte ofensivo y ululante llenó entonces el ambiente —formando un coro concertado que surgía de aquella vampírica legión de híbridos blasfematorios. Mis ojos, perversamente abiertos, contemplaron un momento una visión que ninguna criatura humana podría imaginar siquiera sin sentir pánico, temor y agotamiento físico. Las cosas se habían colocado en fila ceremoniosamente en dirección a la fuente del nocivo viento, y la luz de sus antorchas mostraba sus cabezas inclinadas, o las de aquellos que tenían cabezas. Se hallaban en adoración ante una gran abertura negra, que vomitaba hedor, de altura incalculable y que estaba flanqueada a ángulos rectos por escaleras gigantescas que se perdían en las sombras. Una de ellas era, sin ninguna duda, aquella por la que yo había caído.

Las dimensiones del agujero estaban en proporción con las de las columnas; una casa de tamaño normal se hubiese perdido en su interior, y hubiera sido fácil meter en él un edificio público de grandes dimensiones. Era una superficie tan amplia que sólo se podían encontrar sus límites moviendo los ojos... tan amplia, tan espantosamente negra, con aquel aromático hedor... Las cosas arrojaban objetos frente aquella puerta abierta, polifémica; a juzgar por sus gestos, se trataba evidentemente de sacrificios o

de ofrendas religiosas. Su jefe era Kefrén: el burlón rey Kefrén, *o el guía Abdul Reis,* coronado por una mitra dorada, que entonaba fórmulas sin fin con la hueca voz de los muertos. A su lado se arrodillaba la bella reina Nitocris, a quien vi de perfil por un momento, y me di cuenta de que la mitad derecha de su cara había sido roída por las ratas o por otras cosas vampíricas. Y cerré de nuevo los ojos cuando vi qué eran las cosas que arrojaban como ofertas a la apertura fétida o a su hipotética deidad local.

A juzgar por lo elaborado del ritual, se me ocurrió pensar que tal deidad oculta debía ser de considerable importancia. ¿Sería Osiris o Isis, Horus, Anubis, o alguna otra importante divinidad desconocida, algún Dios de los Muertos más importante que los anteriores? Dice la leyenda que se alzaron terribles altares y colosos en honor del Desconocido antes de que se adorase a los dioses conocidos...

Y entonces, mientras me endurecía para contemplar los cultos, pasmosos y sepulcrales de aquellas cosas, se me ocurrió una forma de huir. La estancia estaba oscura, las columnas en sombras. Me debía ser posible, aprovechando los éxtasis repugnantes de las criaturas que formaban aquella muchedumbre de pesadilla, arastrarme hasta el pie de la más lejana escalera y ascender por ella sin ser visto; confiando en el destino y en mi habilidad para librarme del alcance de aquellas cosas. Ni sabía dónde me hallaba, ni reflexioné seriamente sobre ello. Y, por un momento, me resultó divertido el planear tan seriamente una huida de lo que sabía ser un sueño. ¿Me hallaba quizá en algún lugar oculto e insospechado del templo de Kefrén? ¿En aquel templo que se ha llamado durante generaciones el Templo de la Esfinge? No podía hacer conjeturas, pero me decidí a ascen-

der hacia la vida y la consciencia, si es que el ingenio y los músculos no me fallaban.

Arrastrándome sobre el estómago comencé el angustioso viaje hacia el pie de la escalera de la izquierda, que fue la que me pareció más accesible de las dos. No puedo describir los incidentes y sensaciones que experimenté mientras me arrastraba, pero se pueden sospechar si se piensa en las cosas que hube de observar atentamente, para evitar ser detectado, a la maligna luz de aquellas antorchas que agitaba el viento. El pie de la escalera se hallaba, como ya he dicho, lejos en la sombra, situada de forma que se alzase sin hacer una sola curva hasta alcanzar la vertiginosa plataforma que un parapeto protegía, sobre la abertura titánica. Esto situó las últimas etapas de mi reptante progresión a cierta distancia de la horda ponzoñosa, aunque el espectáculo me escalofriaba incluso cuando se desarrollaba bastante lejos a mi derecha.

Por último conseguí alcanzar los escalones y empecé a trepar, manteniéndome pegado a la pared, sobre la que observé los más espantosos motivos decorativos, y confiando para mi salvación en el estático, absorbente interés con el que las monstruosidades observaban el agujero maloliente y los impíos alimentos que habían arrojado al suelo frente a él. Aunque la escalera fuese grande y empinada, hecha de enormes bloques de pórfido, como para los pies de un gigante, el ascenso parecía virtualmente interminable. Mis horribles descubrimientos y el dolor que el continuo ejercicio añadía al de mis heridas, hicieron de aquella ascensión algo de funesta memoria. Había decidido que al alcanzar la plataforma superior, subiría inmediatamente por cualquier otra escalera que allí hubiese, sin detenerme un solo mo-

mento a echar una última mirada a las abominables carroñas que se arrodillaban y hacían reverencias a unos setenta u ochenta pies más abajo; sin embargo, la súbita repetición del coro de gemidos cadavéricos y gritos de agonía que se produjo en el momento en que yo casi había llegado al final de la escalera, y que mostraba por la repetición de su ritmo que no se trataba de un grito de alarma porque me hubiesen descubierto, me impulsó a detenerme y a echar una mirada por encima del parapeto.

Las monstruosidades saludaban a algo que había emergido de la nauseabunda abertura para tomar la ofrenda infernal que se le hizo. Era algo bastante grande, incluso visto desde la altura en que me encontraba; algo peludo y amarillento, dotado de una especie de movimiento nervioso. Era quizá tan grande como un hipopótamo de buen tamaño, pero de una forma muy curiosa. Parecía no tener cuello; cinco cabezas peludas emergían, en fila, de un tronco groseramente cilíndrico: la primera era muy pequeña, la segunda de buen tamaño, la tercera y la cuarta eran las mayores e iguales entre sí, y la quinta, bastante pequeña, aunque no tanto como la primera.

De aquellas cabezas surgían tentáculos curiosamente rígidos, que se apoderaban vorazmente de las cantidades excesivas de alimentos inmencionables colocados frente a la abertura. De vez en cuando, la cosa brincaba, y a veces se retiraba a su cubículo de una manera muy rara. Su locomoción era tan inexplicable que la contemplé fascinado, deseando que emergiese de su madriguera.

Y entonces *emergió*... emergió, y a su vista me di la vuelta y hui hacia la oscuridad subiendo por la escalera más alta que se alzaba ante mí; huí hacia arriba sin saber por dónde iba, por escalones increíbles,

escalas, rampas y planos inclinados por los cuales no me guiaba la visión humana ni la lógica, y que he de relegar al mundo de los sueños. Debe haberse tratado de un sueño, o la aurora no me hubiese hallado con vida sobre las arenas de Gizeh ante la sardónica faz de la esfinge que el sol naciente sonrojaba.

¡La Gran Esfinge! ¡Dios! Recordé la pregunta ociosa que me hice la mañana anterior, a la luz del sol... *¿Qué enorme y horrible anormalidad representaba el rostro original de la esfinge?* Maldita sea la visión, fuese o no un sueño, que me reveló el horror supremo, el desconocido Dios de los Muertos que roe tajadas colosales en el abismo insospechado, alimentándose de las horribles ofrendas que le hacen entes absurdos y desprovistos de alma que no debieran existir. El monstruo de cinco cabezas que emergió... aquel monstruo de cinco cabezas grande como un hipopótamo... el monsrtuo de cinco cabezas —que era tan sólo la garra anterior de Otra Cosa...

Pero sobreviví, y sé que sólo fue un sueño.

NOTA DE AUGUST DERLETH.—Esta narración fue escrita por H. P. Lovecraft para Harry Houdini (1874-1926), cuyo verdadero nombre era Erich Weiss, nacido en Aplleton, Wisconsin, y que tomó su nombre artístico del gran mago francés Jean Eugene Robert-Houdin (1805-1871). Durante varios años se destacó como fuguista artístico, actividad en la que no tenía igual, y se dedicó a descubrir los fraudes de los espiritistas. Esta narración escrita por H.P.L. apareció por primera vez en «Weird Tales» de mayo de 1924, y fue reimpresa en la misma revista en julio de 1939.

EL

Le vi en una noche de insomnio, cuando paseaba desesperadamente para salvar mi alma y mis sueños. Mi visita a NuevaYork había sido un error: porque allí donde había ido a buscar estremecedoras maravillas e inspiración —en los populosos laberintos de calles antiguas que se retuercen sin fin desde olvidados patios y plazas y muelles, hacia otros patios y plazas y muelles igualmente olvidados, y entre las modernas torres ciclópeas que se alzan como negros monumentos babilónicos bajo la luna pálida— no había encontrado más que una sensación de horror y de opresión que amenazaba con dominarme, paralizarme y aniquilarme.

Tal desilusión había sido gradual. Cuando llegué por primera vez a la ciudad, la vi desde un puente al atardecer, majestuosa, alzarse sobre el agua; sus increíbles cimas y pirámides se alzaban como flores delicadas entre lagos de neblina violeta para jugar

con las nubes inflamadas y con las primeras estrellas del atardecer. Entonces se encendió, ventana a ventana, sobre las olas estremecidas en las que cabeceaban linternas y las sirenas de los barcos entonaban misteriosas melodías con su voz profunda, hasta que la misma ciudad se convirtió en un estrellado firmamento de ensueño en la que sonaban melodías encantadas; me pareció igual a Carcasona y a Samarcanda y a Eldorado, similar a todas las gloriosas ciudades de fábula. Poco tiempo después anduve por aquellos antiguos caminos que mi fantasía tanto anhelaba —callejones estrechos y sinuosos, pasadizos en los que las paredes georgianas de ladrillos rojos guiñaban con sus pequeñas ventanas sobre porches ornados de columnas que habían visto pasar doradas carrozas y acolchados carruajes—, y al conocer por fin aquellas cosas tan anheladas pensé que ciertamente había conseguido tesoros capaces de convertirme a su debido tiempo en un poeta.

Pero no habían de ofrecérseme el éxito ni la felicidad. La resplandeciente luz del día mostró tan sólo suciedad y descuido, y la nociva elefantiasis de la piedra que asciende y que se extiende, aquí donde la luna había puesto belleza y antigua magia; y la muchedumbre que bullía en las calles estaba formada por extranjeros morenos y amazacotados, de rostros endurecidos y ojos estrechos, solapados extranjeros incapaces de soñar y sin afinidad alguna con los paisajes que les rodeaban; paisajes que nada podían tampoco significar para un hombre de ojos azules, perteneciente a la antigua estirpe que aprecia las encantadoras callejuelas verdeantes y lleva en su corazón los blancos campanarios de las aldeas de Nueva Inglaterra.

De manera que, en vez de los poemas que espera-

ba, sólo obtuve una negrura escalofriante y una indecible soledad; y comprendía al fin una terrible verdad, que nadie antes se había atrevido a decir, el secreto de los secretos que ni en susurros siquiera puede comunicarse: el hecho de que esta ciudad de piedra y de estridencias no es la normal continuación en el tiempo del antiguo Nueva York, como lo es Londres del antiguo Londres o París del antiguo París, sino que en realidad es un cuerpo por completo muerto; su cuerpo en expansión está embalsamado de forma imperfecta, e infectado por extrañas cosas que nada tienen que ver con la etapa en la que se hallaba en vida. Cuando hice tal descubrimiento dejé de dormir tranquilo; aunque adquirí una cierta tranquilidad resignada al ir tomando gradualmente el hábito de no salir a la calle durante el día para aventurarme al exterior durante la noche tan solo, cuando la oscuridad invoca a lo poco que aún queda del pasado, y los viejos porches blancos recuerdan las fornidas siluetas que pasaron antaño ante ellos. Gracias a esto conseguí incluso escribir algunos poemas y contuve por un tiempo mis deseos de volver a mi casa con mi gente; eso parecía arrastrarme ignominiosamente de vuelta porque había sido vencido.

Entonces, en uno de mis paseos nocturnos, me encontré con aquel hombre. Fue en un grotesco patio escondido del barrio de Greenwich, adonde mi ignorancia me había hecho alojarme porque había oído mencionar tal barrio como el hogar natural de artistas y poetas. Las arcaicas viviendas y callejones, los pequeños patios y plazoletas, habían hecho ciertamente mis delicias; tanto es así que cuando descubrí que aquellos poetas y artistas no eran más que fanfarrones, cuya extravagancia era sólo oropel, y cuyas vidas eran la negación de toda la pura belleza que

son la poesía y el arte, permanecí allí por amor a aquellas calles y edificios venerables. Me complacía en imaginármelos como debieron ser en sus primeros tiempos, cuando Greenwich era una plácida aldea que la ciudad todavía no se había tragado; y en las horas que preceden al alba, cuando ya se habían retirado los últimos juerguistas, solía pasearme solo por sus crípticos rincones, e inclinarme vigilante sobre los curiosos arcanos que las generaciones pasadas debieron haber depositado allí. Esto mantenía en vida a mi alma, y me proporcionaba algunos de esos sueños y visiones por los que clamaba el poeta en mí encerrado.

El hombre vino a mí hacia las dos de una nublada madrugada del mes de agosto, cuando yo atravesaba una serie de patios separados, accesibles hoy en día tan solo a través de los pasadizos sin luz de edificios que se entrecruzan, pero que antiguamente formaron parte de una trama continuada de pintorescos callejones. Me había enterado de su existencia por vagos rumores, y comprendía que no podían localizarse en ningún plano reciente; pero el hecho de que hubiesen sido olvidados sirvió tan sólo para hacérmelos más apetecibles, de manera que me puse en su busca con un entusiasmo redoblado. Y cuando los encontré, mi entusiasmo se vio de nuevo aumentado al doble; porque algo en su colocación insinuaba oscuramente que debían formar parte de un conjunto más vasto, prolongado por otros patios similares, oscuros, encajonados entre altos muros desnudos, viviendas desiertas y galerías traseras; o bien acechando, oscuros, tras los soportales, sino que una presencia fuese traicionada por las hordas de extranjeros; habitados quizá por artistas furtivos y poco

comunicativos cuyas prácticas no invitasen a la publicidad ni a la luz del día.

Me habló sin que yo le invitase a ello, dándose cuenta de mi estado de ánimo y de las miradas con las que estudiaba ciertos portales carcomidos que se alzaban sobre escalones fileteados de hierro, con el rostro débilmente iluminado por el pálido brillo que surgía de las claraboyas de tracería. Su propio rostro quedaba en la sombra; llevaba un sombrero de anchas alas que hacía juego con el capote pasado de moda que le cubría; y me produjo una impresión de sutil intranquilidad, antes incluso de que se dirigiese a mí. Su figura era delgada, casi cadavérica en su delgadez; y tenía una voz fenomenalmente suave y cavernosa, aunque no especialmente profunda. Dijo que me había observado anteriormente, en el transcurso de mis vagabundeos, y había deducido que compartíamos el mismo amor por los vestigios de los años pasados. ¿No desearía yo gozar de la guía de alguien que tenía larga práctica en tales exploraciones, y que poseía sobre la localidad una información mucho mayor que la que un recién llegado hubiera podido adquirir?

Mientras hablaba, vi su rostro por un momento a la luz de la solitaria ventana de un ático. Tenía unas facciones venerables, nobles e incluso agraciadas; y estaba marcado por los signos de un linaje y de un refinamiento inesperados en aquel tiempo y en aquel lugar. Sin embargo, en sus rasgos había una cualidad que me inquietaba tanto como me agradaban éstos; quizá es que fuese demasiado pálido, o carente de expresión en demasía, o quizá estuviese allí demasiado fuera de lugar; pero había en él algo que me impedía sentirme a gusto. Sin embargo, le seguí, porque en aquellos días tristes sólo mi amor por la

antigua belleza y sus misterios mantenían en vida mi alma, y consideré como un raro favor del destino el haberme encontrado con alguien que había llevado sus indagaciones mucho más lejos que las mías.

Algo que flotaba en la noche obligó al hombre del capote a guardar silencio, y durante una larga hora me condujo sin proferir palabras innecesarias; tan sólo hacía breves comentarios sobre nombres, fechas y cambios, y dirigía mis pasos con gestos amplios cuando nos introducíamos por estrechos intersticios, caminábamos de puntillas a través de corredores o trepábamos por paredes de ladrillos; una vez nos arrastramos a cuatro patas por un pasadizo de piedra, bajo y abovedado, cuya inmensa longitud y tortuosas sinuosidades acabaron por borrar todos los indicios que sobre nuestra localización geográfica había yo conseguido conservar hasta entonces. Las casas que vimos eran maravillosas y muy viejas, o al menos así me lo parecieron, bajo los vagos rayos de luz a los que las vi; y nunca olvidaré las ruinosas columnas jónicas, los pilares aflautados, los postes coronados de urnas de hierro, las ventanas de reluciente lintel y las resplandecientes farolas que se hacían cada vez más extrañas y delicadas cuanto más profundamente nos introducíamos en aquel laberinto inagotable de antigüedades desconocidas.

No nos encontramos con una sola persona, y las ventanas iluminadas se fueron haciendo cada vez más escasas a medida que pasaba el tiempo. Las farolas y fanales que encontramos al principio eran de aceite, con los cristales formando rombos al estilo antiguo. Más tarde advertí algunas provistas de velas; y por último, después de atravesar un patio horrible y sin luz, por el que mi guía hubo de conducirme con su enguantada mano a través de la oscuridad

más total hasta llegar a una angosta puerta de madera que se abría en el elevado muro, nos encontramos en una calle iluminada tan solo por linternas colocadas cada siete casas; eran linternas de un increíble estilo colonial, de latón, coronadas de caperuzas cónicas y con aberturas a los lados. Aquella calle estaba muy empinada —más de lo que yo creía posible en aquella parte de Nueva York— y su extremo superior estaba bloqueado por el muro cubierto de hiedra de una finca, más allá del cual pude divisar una pálida cúpula y las copas de los árboles que se mecían, recortadas sobre la vaga claridad del cielo. En aquel muro había una puerta baja, claveteada, de roble negro, que el hombre abrió con una enorme llave. Me condujo aquel hombre al interior, y avanzamos en la más completa oscuridad por un camino que me pareció de gravilla; finalmente ascendimos hasta la puerta de la casa por unos escalones de piedra; él abrió y me cedió el paso.

Penetramos en el interior, y yo estuve a punto de desmayarme a causa del vaho de infinita putrefacción que se alzó para recibirnos, y que debía de ser el insano fruto de siglos de descomposición. Mi anfitrión no pareció notarlo, y la cortesía me hizo callar mientras me conducía por una escalera de caracol, a través de un salón, y me hacía luego atravesar una puerta que le oí cerrar con llave tras de nosotros. Luego le vi correr las cortinas, cegando con ello las tres ventanas tras las que se divisaba un cielo cada vez más claro; tras de lo cual se dirigió a la repisa de la chimenea, alumbró dos candelabros con un mechero de yesca y me indicó por gestos que debíamos hablar en voz baja.

A la débil luz de las velas pude distinguir que nos hallábamos en una biblioteca espaciosa, bien amue-

blada, de techo artesonado que databa del primer cuarto del siglo XVIII; estaba provista de espléndidos frontones en el umbral, una deliciosa cornisa dórica y una campana de chimenea magníficamente trabajada en la que estaban grabados un rollo de pergamino y una urna. En las paredes, sobre las estanterías repletas, había, colocados a intervalos regulares, buenos retratos de familia, oscurecidos todos por el tiempo y que tenían un inconfundible parecido con el hombre que en aquel momento me invitaba a sentarme en una silla colocada ante una mesa estilo Chippendale llena de gracia. Antes de sentarse frente a mí, del otro lado de la mesa, mi anfitrión se detuvo un momento como si algo le hiciera sentirse embarazado; luego, despojándose de sus guantes, sombrero de anchas alas y capote, se mostró teatralmente ante mis ojos vestido con un traje de la época georgiana al que no faltaba ningún detalle, desde el peinado con coleta y el cuello fruncido, hasta los calzones por la rodilla, medias de seda y zapatos con hebilla en los que no me había fijado antes. Luego, hundiéndose lentamente en una silla de respaldo en forma de lira, se puso a mirarme con intensidad.

Tenía, despojado del sombrero, un aspecto de ser extremadamente anciano que antes era escasamente visible; me pregunté si no serían las huellas de aquella longevidad las que —no obstante pasarme desapercibidas— causaron en parte mi intranquilidad. Cuando al fin habló su voz dulce, profunda y cuidadosamente mesurada, tembló a menudo; y yo hallaba de vez en cuando grandes dificultades en seguirle, mientras le escuchaba con un escalofrío de asombro y de alarma inconfesada que aumentaba a cada momento.

—Está usted contemplando, señor —comentó mi anfitrión— a un hombre de muy excéntricas costumbres, que no necesita excusarse de su vestimenta ante persona que tiene el ingenio y las inclinaciones de usted. Mis cavilaciones sobre tiempos mejores han hecho que no sienta escrúpulo alguno en hacer mío su estilo, y en adoptar sus vestiduras y su comportamiento; un capricho que a nadie puede ofender si se practica sin ostentación. Gracias a mi cuantiosa fortuna he podido conservar el hogar rural de mis antepasados, a pesar de que fuese tragado por dos ciudades: primero Greenwich, que llegó hasta aquí cerca del mil ochocientos, y luego Nueva York, que se lo anexionó hacia mil ochocientos treinta. Existían muchas razones para conservar esta finca en propiedad de mi familia, y no he deseado librarme de tales obligaciones. El caballero que poseía esta casa en mil setecientos ochenta y seis estudió ciertas artes e hizo ciertos descubrimientos, en conexión todos ellos con influencias que residen en este trozo de tierra en particular, y que necesitan ser vigiladas con la mayor atención. Deseo ahora, y bajo el más estricto secreto, mostrarle algunos curiosos efectos de dichas artes y descubrimientos; y creo que puedo fiarme lo suficiente de mi apreciación de los hombres como para tener fe en el interés y en la fidelidad de usted.

Hizo una pausa, durante la cual no pude yo más que asentir con la cabeza. Ya he dicho que estaba alarmado, pero nada había que fuese más letal para mi espíritu que el mundo diurno y material de Nueva York; y, bien fuese este hombre un maniático inofensivo, bien estuviese en posesión de los peligrosos secretos de algún arte misterioso, yo no tenía elección: tan sólo podía seguirle, e impregnar mi sensibilidad para lo maravilloso de todo aquello que

quisiera ofrecerme. De manera que continué escuchándole.

—A... mi antepasado le parecía —continuó en voz baja— que en la voluntad del hombre residen cualidades muy notables; cualidades que poseen un dominio insospechado, no tan sólo sobre los actos de uno mismo o de los demás, sino sobre cualquier variedad de forma y sustancia de la Naturaleza, y sobre muchos elementos y dimensiones juzgados más universales que la Naturaleza misma. Puedo decir que se burló de la santidad de cosas tan grandes como el Tiempo y el Espacio, y que utilizó de una extraña manera los ritos de ciertos indios mestizos que acamparon antes que él en esta colina. Aquellos indios se enfurecieron cuando la casa fue construida, y se convirtieron en una pestilente plaga al solicitar con insistencia que se les permitiese visitar el lugar durante la luna llena. Se pasaron años franqueando subrepticiamente los muros y realizando a escondidas determinados actos. En el año sesenta y ocho, el nuevo propietario de la casa los sorprendió «in fraganti» y quedó petrificado por lo que vio. Desde aquel momento hizo tratos con ellos y les permitió la entrada libre en su territorio, a cambio de poder participar plenamente en lo que hacían; se enteró de que los antepasados de aquellos indios habían adoptado sus costumbres en parte de otros pieles rojas y en parte de un viejo holandés, en tiempos de los Estados Generales. Y —que Dios le maldiga— me temo que el caballero les debió ofrecer a aquellos indios un ron monstruosamente malo y fuerte, con intención o sin ella; el caso es que una semana más tarde se había enterado de un secreto, y que era el único hombre vivo que lo sabía. Usted, señor, es el primer extraño a quien se ha dicho que existe un secreto; y que Dios

me mate si me hubiese atrevido yo a entremeterme de esta manera con los... poderes..., de no haber mostrado usted tan gran interés por las cosas de otros tiempos.

Me estremecí al darme cuenta de que el hombre introducía en la conversación giros coloquiales en desuso. El continuó:

—Pero ha de saber usted, señor, que lo que... el caballero... aprendió de aquellos indios salvajes no suponía más que una pequeña parte de toda la sabiduría que llegó a conseguir. Para algo había ido a Oxford, y de algo le sirvieron las consersaciones que mantuvo en París con un viejo alquimista y astrólogo. Dicho con sencillez: se dio cuenta de que todo el mundo no es otra cosa que el humo de nuestros intelectos; se sitúa más allá de la comprensión del vulgo, pero los sabios pueden asimilarlo y proyectarlo fuera de sí mismos, como si se tratase de una bocanada de humo de tabaco de Virginia. Lo que deseemos lo podemos crear a nuestro alrededor, y podemos hacer también que se desvanezca aquello que no nos gusta. No diré que esto sea completamente cierto, pero hay en ello una parte de verdad que nos permite gozar de vez en cuando de agradables espectáculos. Supongo que le atraerá a usted gozar de una visión de otros tiempos mejor que la que le pueda proporcionar su sola fantasía; si es así, tenga la amabilidad de reprimir cualquier temor ante lo que le voy a mostrar. Acérquese a la ventana y permanezca tranquilo.

Mi anfitrión me tomó entonces de la mano para conducirme a una de las dos ventanas que se abrían a un lado de la larga y maloliente estancia. El primer contacto con sus dedos desprovistos de guantes me dejó frío. Su mano, aunque seca y firme, tenía la ca-

lidad del hielo, y su contacto casi me hizo echarme atrás. Pero pensé otra vez en el horror y el vacío de la vida real, y me preparé valientemente a seguirle adondequiera que me llevase. Una vez frente a la ventana, el hombre descorrió la cortina de seda amarilla y me hizo dirigir la mirada hacia la negrura del exterior. Por un momento nada vi, salvo una miríada de tenues lucecillas que danzaban lejos, muy lejos, frente a mí. Luego, como en respuesta a un insidioso movimiento que hiciera mi anfitrión con la mano, un relámpago jugueteó sobre el paisaje y me encontré contemplando un paisaje de lujuriante vegetación; impoluta vegetación en lugar del mar de tejados que debería esperar ver cualquier mente normal. A mi derecha el Hudson brillaba maliciosamente, y frente a mí en la distancia vi el insano resplandor de las marismas consteladas de luciérnagas. El relámpago murió, y una sonrisa pérfida iluminó el rostro de cera del viejo nigromante.

—Esto sucedió antes de mi época... antes de la época del nuevo propietario. Vamos a probar otra vez.

Me sentía al borde del desmayo, peor incluso que como me había hecho sentirme la maldita modernidad de esa ciudad odiosa.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¿Puede usted hacer lo mismo con cualquier época?

Cuando sonrió, a modo de afirmación, desnudando los restos negruscos de lo que un día debieron haber sido colmillos marfileños, me aferré a las cortinas para evitar caer al suelo. Pero él se mantuvo en pie con aquella terrible zarpa de hielo, y repitió una vez más su gesto sinuoso.

De nuevo brilló el relámpago, pero esta vez iluminó un escenario que no me era extraño por completo.

Era Greenwich, el Grenwich de antaño, con un techo o una fila de casas tal y como las vemos hora, esparcidas aquí y allá; pero había encantadores jardines y campos verdes, y algunas praderas cubiertas de hierba. Más allá fosforescía aún la marisma, pero a una distancia aún mayor vi los campanarios y los techos de lo que entonces era todo Nueva York: los campanarios de Trinity, San Pablo y la Brick Churh dominando a sus hermanas; y una débil neblina de humo de madera que colgaba sobre el conjunto. Contuve el aliento, aterrorizado, no por lo que contemplaba, sino por las posibilidades que hizo surgir en mi temerosa imaginación.

—¿Puede usted... se atrevería usted... a ir más lejos? —le pregunté, con un terror que creo que él compartió por un momento; pero la sonrisa pérfida volvió a sus labios.

—¿Más lejos? Las cosas que he visto le harían a usted convertirse en una estatua de piedra enloquecida. Hacia atrás, hacia atrás; o bien hacia delante, hacia *delante*. ¡Mire usted, pobre simple!

Y, al tiempo que farfullaba aquella frase, gesticuló de nuevo; y atrajo al cielo un relámpago más cegador que los anteriores. Pude contemplar durante tres segundos completos aquella visión de pandemonium, y en aquellos tres segundos vi un paisaje que desde entonces atormenta y atormentará para siempre mis sueños. Vi que en los cielos rebullían extrañas cosas, y bajo ellos había una ciudad infernal de negras terrazas con impías torretas que se alzaban salvajemente hacia la luna y luces diabólicas que surgían de ventanas innumerables. Y, pululando de manera horrible por galerías aéreas, vi a los habitantes de aquella ciudad: eran amarillos, de ojos rasgados, envueltos en horribles túnicas rojas y anaranjadas; y

bailaban como locos al ritmo de febriles címbalos, al chasquido de crótalos obscenos, acompañados por el sollozo enfermizo de las trompetas provistas de sordina, cuyos incesantes cantos funerarios se alzaban y volvían a caer como las olas impías de un océano de alquitrán.

Aquel paisaje vi, digo, y escuché a través de los oídos del espíritu aquella cacofonía blasfema que lo acompañaba. Era el escandaloso cumplimiento de todos los horrores que aquella monstruosa ciudad-cadáver le había sugerido siempre a mi alma. Y, olvidando la reiterada advertencia de que debía guardar silencio, grité, grité y grité, mientras mis nervios me abandonaban y las paredes temblaban en torno mío.

Entonces, mientras se apagaba el relámpago, vi que mi anfitrión temblaba también; la expresión de un miedo impresionante borraba a medias de su rostro la serpentina distorsión de rabia que habían causado mis gritos. Se estremeció, se agarró a las cortinas como antes había hecho yo, y agitó salvajemente la cabeza, como un animal que ha sido cazado. Sabe Dios que tenía motivos para ello, porque cuando se desvaneció el último eco de mis gritos, llegó otro sonido tan infernalmente sugerente que sólo el entorpecimiento de mis emociones me permitió conservar la cordura y la conciencia. Era el crujir constante y furtivo de las escaleras al otro lado de la puerta cerrada con cerrojo, como si por ella ascendiese una horda de seres descalzos o calzados con pieles; y por último, el repiquetear intencionado y cauteloso del cerrojo de cobre que brillaba a la débil luz de las velas. El viejo me cogió con su zarpa y me escupió, y ladró cosas, mientras temblaba y hacía oscilar la cortina a la que estaba agarrado.

—¡La luna llena... Maldito seas... tú, perro aullador! ¡Los has llamado y han venido por mí! Pies calzados de mocasines... hombres muertos... Dios os condene, diablos rojos, yo no envenené vuestro ron... ¿es que no he mantenido a salvo vuestra podrida magia?... Os emborrachasteis hasta enfermar, malditos seáis... y todavía le echáis las culpas al caballero. ¡Marchaos! ¡Soltad ese pestillo!... Aquí no hay nada para vosotros...

En aquel momento, tres golpes lentos y deliberados sonaron en la puerta, y manó espuma de las comisuras de la boca del viejo mago. Su temor, al convertirse en férrea desesperación, dejó lugar para el resurgimiento de la furia que hacia mí sentía; y avanzó tambaleándose hacia la mesa, en cuyo borde se apoyó. Las cortinas, a las que aún se aferraba con la diestra, mientras que su mano izquierda, engarfiada, se dirigía a mí, se desprendieron por fin de sus galerías, y dejaron entrar en la habitación una oleada de luz de aquella luna llena que el brillo de los cielos había presagiado. La luz de las velas palideció al ser sustituida por aquellos rayos verdosos, y una nueva semblanza de corrupción se esparció por la habitación de olor putrefacto, con sus entrepaños carcomidos, suelo combado, chimenea ruidosa, muebles desvencijados y tapicerías harapientas; la corrupción alcanzó también al viejo, producida tal vez por la luz, o bien por su miedo y vehemencia. Le vi encogerse y ennegrecerse, mientras se me acercaba tambaleándose y trataba de desgarrarme con sus garras de buitre. Tan sólo sus ojos permanecían intactos, y brillaban con una incandescencia feroz, que se hacía mayor en tanto que el rostro que los enmarcaba mermaba y se ennegrecía.

Los golpes se repitieron entonces con mayor insis-

tencia, produciendo esta vez un sonido metálico. La cosa negra que se hallaba frente a mí se había reducido a una cabeza provista de brillantes ojos que intentaba, impotente, arrastrarse hasta mí por el suelo que se hundía, y que emitía ocasionalmente esputos de maldad imperecedera. Luego unos rápidos golpes astillaron los podridos entrepaños y vi el brillo de un tomahawk que derribaba la puerta. No me moví, porque no podía; observé tan sólo, sobrecogido, cómo la puerta caía en pedazos, y una sustancia negra como la tinta, constelada de ojos brillantes y perversos, atravesaba el umbral. Fluyó espesamente, como una oleada de aceite que reventase un podrido mamparo, volcó una silla al esparcirse, y finalmente chorreó por debajo de la mesa, a través de la habitación, hacia el lugar desde donde la cabeza me miraba todavía. Se cerró en torno a ella, tragándosela por completo, y al momento siguiente había comenzado a retroceder, llevándose consigo su carga invisible, sin tocarme; y se arrastró de nuevo fuera del negro dintel, hacia abajo por las escaleras que yo no podía divisar, que crujieron como antes pero en orden inverso.

Entonces el suelo se desplomó por fin, y yo me hundí sin aliento en la oscura habitación de abajo, atragantándome con telas de araña y medio desvanecido de terror. La luna verde, que brillaba a través de las ventanas rotas, me mostró la puerta del vestíbulo entreabierta. Y cuando me levanté del suelo cubierto de yeso y me libré de los fragmentos del techo hundido, vi cómo a través de aquella puerta salía un horrible torrente de negrura en el que brillaban hileras de ojos funestos. Aquella cosa buscaba la puerta de la bodega, y cuando la encontró se desvaneció por ella. Sentí entonces que se hundía el suelo

de la habitación inferior como ya había ocurrido con el de la cámara superior, y un crujido que sonó arriba fue seguido por la caída, más allá de la ventana occidental, de algo que debía ser la cúpula. Libre entonces, por unos instantes, del derrumbamiento, me abalancé hacia la puerta principal, atravesando el vestíbulo; y, viéndome incapaz de abrirla, tomé una silla y rompí una ventana, por la que me tiré hacia afuera con frenesí; caí en el descuidado jardín, donde la luna brillaba sobre el alto césped y las malas hierbas. El muro era alto y las puertas estaban aherrojadas, pero con la ayuda de un montón de cajas que había en un rincón conseguí alzarme hasta el borde y agarrarme a un gran jarrón de piedra que allí había.

En mi fatiga sólo pude distinguir a mi alrededor extrañas paredes y ventanas y techos de pizarra viejos. Por ningún lado era visible la empinada calle por la que llegué; y lo poco que pude ver desapareció rápidamente, a pesar del brillo de la luna, bajo una niebla que surgió del río. De pronto, la urna a la que estaba yo adherido empezó a temblar, como si compartiese mi propio vértigo letal; y, al momento siguiente, cayó mi cuerpo hacia no sabía qué destino.

El hombre que me encontró dijo que, a despecho de mis heridas, debí haberme arrastrado largo trecho, porque un rastro de sangre se deslizaba todo lo lejos que se determinó a mirar. La lluvia que caía borró pronto este lazo con el escenario en el que había pasado aquella prueba, y las declaraciones sólo pudieron establecer que había aparecido, viniendo de un lugar desconocido, a la entrada de un pequeño y negro patio de Perry Street.

Nunca he intentado volver a aquellos laberintos tenebrosos, ni —aunque pudiese hacerlo— conduciría hacia allí a ningún hombre cuerdo. No tengo idea de quién o qué era aquel anciano ser; pero repito que la ciudad está muerta y llena de horrores insospechados. No sé a dónde habrá ido *él;* pero yo he vuelto a mi hogar, a los puros senderos de Nueva Inglaterra, en donde soplan al atardecer las brisas del mar.

EL HORROR DE RED HOOK

Hay a nuestro alrededor sacramentos del mal, de igual modo que los hay del bien; y tengo la opinión de que vivimos en un mundo desconocido, un lugar en el que hay cuevas, y sombras y habitantes de la zona crepuscular. Es posible que, a veces, el hombre vuelva atrás en la evolución, y creo que aún no ha muerto una terrible ciencia.

ARTHUR MACHEN

No hace muchas semanas, en una esquina del pueblo de Pascoag, en Rhode Island, un peatón alto, de fuerte complexión y aspecto sano, dio pábulo a muchas especulaciones por un singular fallo en su conducta. Al parecer, bajaba de la colina por el camino de Chepachet; y al encontrarse con una zona de espesura había dado la vuelta hacia la izquierda penetrando en la calle principal, donde algunos comercios modestos ponen en el paisaje una nota urbana. Fue en aquel mismo punto donde, sin que mediara ninguna provocación aparente, cometió su asombroso fallo: se quedó mirando extrañamente durante un segundo al más alto de los edificios que se alzaban frente a él, y luego, emitiendo una serie de chillidos de terror, histéricos, emprendió una frenética carrera que terminó en el siguiente cruce con un tropezón

y una caída. Cuando unas manos atentas le alzaron del suelo y le sacudieron el polvo, se le encontró consciente, sin ningún daño físico, y evidentemente repuesto de su repentino ataque de nervios. Murmuró algunas explicaciones confusas en las que se refirió a una tensión emocional que había sufrido, y se volvió al camino de Chepachet, con la mirada baja, caminando trabajosamente hasta perderse de vista, sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Resultaba extraño que tal incidente le ocurriese a un hombre tan robusto, de rasgos normales y aspecto sano; y no disminuyeron la extrañeza del caso las observaciones que emitió un mirón, que había reconocido en el hombre al huésped de un popular lechero de los arrabales de Chepachet.

Resultó tratarse de un inspector de la Policía de Nueva York, llamado Thomas F. Malone, que se encontraba disfrutando de un largo período de vacaciones bajo vigilancia médica, tras cierto trabajo desmesuradamente arduo en un tremendo asunto local al que un accidente había conferido dramatismo: durante una redada en la que él había participado se había producido el derrumbamiento de varios viejos edificios, y algo relacionado con la muerte en masa de sus compañeros y de sus prisioneros le había impresionado de manera peculiar. Como resultado, había desarrollado un horror anómalo y agudo hacia cualquier edificio que recordase, aunque fuera remotamente, a aquellos que se habían derrumbado; de modo que los especialistas de la mente terminaron por prohibirle la vista de tales edificios por un período indefinido. Un médico de la Policía, que tenía parientes en Chapachet, había señalado aquella atractiva aldea de casas coloniales de madera como el lugar ideal para su convalescencia psicológica; y

allí se había dirigido el paciente, tras prometer no aventurarse nunca entre los edificios de ladrillo que forman las calles de cualquier pueblo de mayor importancia, hasta que no le fuese debidamente recomendado por el especialista de Woonsocket, con el que se le había puesto en contacto. Aquel paseo a Pascoag en busca de revistas había sido un error, y el paciente había pagado su desobediencia con un susto, magulladuras y humillación.

Esto era lo que sabían los cotillas de Pascoag y Chepachet; y lo mismo creían los más sabios especialistas. Pero al principio Malone les había contado a los especialistas mucho más, cesando tan sólo cuando se dio cuenta de que su relato despertaba tan sólo la más completa incredulidad. Desde entonces guardó silencio, sin protestar en absoluto cuando se llegaba a la conclusión general de que el derrumbamiento de determinadas casas miserables del sector de Brooklyn llamado Red Hook, y la muerte subsiguiente de muchos agentes de la Policía, había desquiciado su equilibrio nervioso. Todos decían que había trabajado con demasiado esfuerzo para limpiar aquellos nidos de violencia y desórdenes; aquellos hechos eran, en sí, suficientemente chocantes, y la tragedia inesperada fue la gota que desbordó el vaso. Esta era una explicación sencilla, que todo el mundo podía comprender; y Malone, que no era una persona simple, se dio cuenta de que era mejor para él dejarlo todo tal como estaba. Proporcionar a personas sin imaginación un atisbo de un horror que superaba toda concepción humana —un horror que significaba que había casas, manzanas de casas, ciudades enteras infestadas por la lepra y el cáncer del mal sacado a rastras de mundos más antiguos— equivaldría a solicitar su internamiento en una celda

acolchada en vez del rústico reposo. Y Malone era un hombre sensato a pesar de su misticismo. Poseía para las cosas fantásticas la visión intuitiva del celta, acompañada por el agudo discernimiento del lógico para aquello que no es externamente lógico; esta amalgama le había llevado muy lejos en los cuarenta y dos años de su edad, y le había conducido a lugares muy extraños para un hombre de la Universidad de Dublín, nacido en una quinta de la época del Rey George, cercana a Phoenix Park.

Y ahora, al rememorar las cosas que había visto, sentido y aprehendido, Malone había de contentarse con guardar —sin compartirlo con nadie— el secreto de lo que podía convertir a un intrépido luchador en un neurótico tembloroso; de lo que hacía de los viejos suburbios de ladrillos sumergidos en mareas de rostros sutiles y oscuros, caos de pesadilla y fantasmagórico portento. No sería ésta la primera vez que sus sensaciones se veían forzadas a quedar sin interpretación: ¿no había sido acaso su decisión de sumergirse en el abismo políglota de Nueva York una extravagancia que desafiaba cualquier interpretación sensata? ¿Qué le podría él contar al vulgo de las antiguas brujerías y grotescas maravillas que los ojos sensibles son capaces de distinguir en medio del caldero de veneno en el que todas las diversas heces de épocas insanas mezclan su ponzoña y perpetúan sus enfermizos terrores? El había contemplado la infernal llama verde de las maravillas secretas, brillando en ese pantano cuya capa externa era la ambición, y cuyo círculo interno era una blasfemia; y había sonreído amablemente cuando todos sus conocidos neoyorquinos se mofaban de su experiencia como policía. Habían sido muy cínicos y agudos; tomaban a risa su fantástica búsqueda de

misterios incognoscibles y le aseguraban hoy en día Nueva York no oculta nada más que vileza y vulgaridad. Uno de ellos había apostado una fuerte suma a que no podría —a pesar de las muchas cosas emocionantes que él había publicado en la «Dublin Review»— ni siquiera escribir una historia verdaderamente interesante sobre la vida miserable de Nueva York; y ahora, al mirar atrás, Malone se apercibió de que la ironía cósmica había justificado aquellas palabras proféticas, al tiempo que refutaba su sentido fanfarrón. El horror, tal como al fin lo había experimentado Malone, no servía para hacer de él una narración; porque, al igual que el libro de la autoridad germánica que cita Poe, «es lasst sich nitch lessen», no permite que se le lea.

II

Siempre tuvo presente Malone la sensación del misterio latente en la existencia. En su juventud había sentido la oculta belleza de las cosas, el éxtasis que producen, y había sido un poeta; pero la pobreza, la melancolía y el exilio, le habían hecho volver la vista en direcciones más oscuras, y se había estremecido ante la omnipresencia del mal en el mundo que le rodeaba. La vida cotidiana se había convertido para él en una fantasmagoría de estudios pictóricos de la Sombra: era brillante y atractiva, provista de podredumbre secreta, como en el mejor estilo de Beardsley; y otras veces, impregnada de la sugerencia de terrores ocultos tras las formas y objetos más corrientes, como en la obra más sutil y menos obvia de Gustave Doré. A menudo consideraba como una

misericordiosa circunstancia el que la mayoría de las personas de elevada inteligencia se burlasen de los misterios de lo oculto; porque, argüía, si las mentes superiores entrasen alguna vez en pleno contacto con los secretos guardados por los cultos antiguos e inferiores, las anormalidades que resultarían de ello llegarían pronto, no sólo a causar la ruina del mundo, sino a amenazar la misma integridad del Universo. Todas estas reflexiones eran, sin duda, morbosas, pero una aguda lógica y un profundo sentido del humor les hacían hábilmente contrapeso. Malone se contentaba con dejar que sus conocimientos fueran sólo visiones apercibidas a medias con las que jugar frívolamente, y la histeria se produjo tan sólo cuando el deber le hundió en un infierno de revelaciones demasiado súbitas e insidiosas como para poder escapar de ellas.

Hacía algún tiempo que había sido destinado a la Comisaría de Butler Street, en Brooklyn, cuando tuvo noticias del asunto de Red Hook: Red Hook es un laberinto de híbrida suciedad, cercano al antiguo puerto, frente a la Isla de Governor; está formado por sucias avenidas que trepan por las colinas desde los malecones hasta el nivel más alto, de donde salen las decadentes calles de Clinton y Covert, hacia el Burough Hall. Sus casas son, en su mayor parte, de ladrillos, construidas durante el período que va desde el primer cuarto a la mitad del siglo diecinueve, y algunos de los más oscuros callejones y pasadizos tienen ese atrayente carácter antiguo que las lecturas convencionales nos hacen calificar de «dickensiano». La población es una insoluble maraña y un enigma: elementos sirios, españoles, italianos y negros amontonados unos sobre otros, junto a algunos fragmentos de la antigua población escandinava y

americana que no habitan muy lejos. Es una babel de sonidos y de suciedad, y emite extraños gemidos en respuesta al chocar de las olas aceitosas contra sus lúgubres rompientes, y a las monstruosas letanías de órgano de las sirenas del puerto. Aquí estaba implantado hace mucho un escenario más brillante; en las calles más bajas transitaban marineros de ojos claros, y allí donde las casas más grandes bordean la colina había hogares de buen gusto. Se encuentran reliquias de aquella época más feliz en las formas elegantes de los edificios, en las iglesias esbeltas en ocasiones, y la evidencia de un fondo de arte original en ciertos detalles esparcidos aquí y allá: una escalinata desgastada, un soportal derruido, un carcomido par de columnas o pilastras, o un fragmento de lo que antaño fuera espacio verde, circundado por barandillas de hierro dobladas y oxidadas. En general, las casas forman sólidos bloques, y de vez en cuando se alza una bóveda con muchas ventanas que nos habla de los días en que los capitanes y armadores observaban desde allí el mar, junto con sus familias.

Desde esta maraña de putrefacción espiritual y material se elevan, asediando al cielo, blasfemias proferidas en cien dialectos. Hordas de truhanes vagan por las calles y avenidas gritando y cantando; en ocasiones, manos furtivas súbitamente apagan luces y corren cortinas, y rostros atezados, negros como la pez, desaparecen de las ventanas al paso de los visitantes. Los policías desesperan de implantar cualquier tipo de orden o reforma, e intentan más bien erigir barreras que protejan del contagio al mundo exterior. El ruido metálico de las patrullas es contestado por un silencio espectral, y aquellos a quien se arresta no resultan nunca comunicativos. Las transgresiones visibles de la ley son tan variadas

como los dialectos, y recorren toda la gama, desde el contrabando de ron y de materias prohibidas, pasando por distintos niveles de oscuro vicio y corrupción, hasta llegar al asesinato o a la mutilación en sus formas más aborrecibles. Que tales asuntos visibles no sean más frecuentes no significa que sea más recomendable el vecindario; no sea que la facultad de disimulo sea un arte recomendable. Es mayor el número de gente que entra en Red Hook que el que sale de él —o, al menos, el que sale por el lado de tierra—, y los que salen con mayor facilidad son los que no son locuaces.

Malone advirtió en este estado de cosas la débil fetidez de unos secretos más terribles que cualquiera de los pecados que los ciudadanos denunciaban y que lamentaban los sacerdotes y filántropos. Sus conocimientos científicos y su imaginación unidos, le hacían ser consciente de que el hombre moderno, cuando está libre de inhibiciones legales, tiende misteriosamente a repetir los más oscuros patrones de salgajismo casi simiesco, tanto en su vida diaria como en sus observancias rituales; y a menudo había visto —y el antropólogo que había en él se había estremecido— las procesiones de jóvenes legañosos y marcados de viruela que —entre cánticos y maldiciones— se abrían camino por las calles en la oscuridad, a altas horas de la madrugada. Sin cesar se veían grupos de tales jóvenes, apostados a veces en las esquinas, en furtiva vigilancia, a veces en los portales, tocando música imponente con instrumentos baratos; en otras ocasiones se les veía en torno a las mesas de la cafetería cercana a Borough Hall, sumidos en la modorra que causan los estupefacientes o entregados a conversaciones indecentes; o, agrupados cerca de misteriosos taxis, frente a las escaleras de las vie-

jas casas emiderruidas y herméticamente cerradas, conversando en susurros. Aquellos jóvenes le inquietaban y le fascinaban más de lo que se atrevía a confesar a sus compañeros de cuerpo, porque le parecía ver en ellos como un monstruoso hilo de continuidad secreta; cierto patrón perverso, críptico y antiguo, subyacente a la sórdida masa de hechos, costumbres y lugares de reunión que la policía había computado con tan concienzudo y técnico cuidado. Sentía en su interior que debían ser los herederos de cierta tradición primordial y estremecedora; que compartían fragmentos rotos y desprovistos de base de cultos y ceremonias más antiguos que la misma Humanidad, lo que era demostrado por los singulares atisbos de orden que se adivinaban tras su sucio desorden aparente. Malone no había leído en vano tratados como «Los Cultos de las Brujas en la Europa Occidental», de Miss Murray; y sabía que en verdad había sobrevivido hasta años bastante próximos, entre los campesinos y las gentes de mal vivir, un sistema terrible y clandestino de asambleas y de orgías, descendiente de oscuras religiones anteriores al mundo ario, y que aparecía en la leyenda popular bajo el aspecto de Misas Negras y Akelarres de brujas. En ningún momento podía suponer que tales vestigios infernales de la magia y de los cultos de la fertilidad estuviesen completamente muertos, ni siquiera hoy en día; y con frecuencia se preguntaba cuánto más negros y más viejos debían ser algunos de ellos, comparándolos con lo peor de las antiguas leyendas.

III

El caso de Robert Suydam condujo a Malone al meollo del asunto de Red Hook. Suydam era un erudito retirado del mundo, perteneciente a una antigua familia holandesa; era poseedor de una pequeña fortuna que le permitía vivir con independencia, y habitaba la mansión espaciosa y mal conservada que su abuelo construyó en Flatbush cuando aquella aldea era poco más que un agradable grupo de pequeñas quintas coloniales que rodeaban la Iglesia reformada, de muros cubiertos de hiedra, con su campanario y su jardín protegido por una verja de hierro en el que se alzaban las lápidas de los que habían venido de los Países Bajos. En su casa solitaria, situada detrás de Martense Street, entre los árboles venerables del jardín, Suydam había leído y rumiado sus lecturas por espacio de seis décadas más o menos, descontando sólo un período —hace una generación— en el que se embarcó para el Viejo Mundo y permaneció allí, sin que nadie supiera de él durante ocho años. No podía pagar ningún sirviente, y no admitía sino a pocos visitantes en su absoluto retiro; rehuía a las amistades íntimas y recibía a sus escasos conocidos en una de las tres habitaciones del piso bajo que mantenía en uso: una amplia biblioteca de techo alto, cuyas paredes estaban cubiertas por completo por libros de aspecto pesado, arcaico y vagamente repulsivo. El crecimiento de Flatbush, que había sido finalmente absorbida por el distrito de Brooklyn, nada había significado para Suydam; y él significaba cada vez menos para la ciudad. Los más

viejos le señalaban aún con el dedo por las calles, pero para la mayor parte de la población reciente Suydam era sólo un tipo viejo, raro y grueso, cuyo pelo blanco y despeinado, barba herbosa, negras ropas brillantes y bastón de puño de oro, merecían una miraba divertida y nada más. Malone no le conocía de vista hasta que el deber le hizo ocuparse del caso, pero había oído hablar indirectamente de él, como de una autoridad verdaderamente importante en el campo de las supersticiones medievales, y una vez había intentado en vano echar una ojeada a un panfleto suyo, fuera de circulación, sobre la Kabbalah y la leyenda Fausto, que un amigo había citado de memoria.

Suydam se convirtió en un «caso», cuando sus únicos y lejanos parientes solicitaron un dictamen legal sobre su estado mental. La acción pareció repentina al observador exterior, pero en realidad se llevó a cabo solamente después de una investigación prolongada y una penosa discusión. Se basaba en determinados cambios extraños en sus costumbres y en su conversación: referencias extravagantes a maravillas inminentes, y frecuentaciones irreferibles del mal reputado vecindario de Brooklyn. Suydam, con los años, se había vuelto cada vez más desaseado, y merodeaba ahora como un verdadero mendigo; en algunas ocasiones sus amigos, avergonzados, le habían visto en las estaciones del metro o bien en los bancos que rodean Borough Hall, conversando con grupos de atezados y malencarados extranjeros. Cuando hablaba era para balbucir cosas sobre poderes ilimitados que casi se hallaban a su alcance, y para repetir con miradas de complicidad nombres o palabras místicas tales como «Sephirot», «Ashmodai», o «Samael». El proceso reveló que estaba utilizando sus

ingresos y todo su capital en la adquisición de curiosos tomos importados de Londres y París, y en el mantenimiento de un miserable semisótano en el distrito de Red Hook, en el que pasaba casi todas las noches recibiendo extrañas delegaciones de rufianes mezclados con extranjeros, y aparentemente dirigiendo cierta clase de servicios rituales, tras las persianas verdes que cubrían, discretas, las ventanas. Los detectives que le seguían informaron sobre extraños gritos, cánticos y ruidos de saltos que se filtraban al exterior; y la nota peculiar de éxtasis y abandono les hizo estremecerse, a pesar de lo frecuente que en aquel sector infecto eran las más fantásticas orgías. Sin embargo, cuando la causa se vio en el Tribunal, Suydam se las arregló para conservar la libertad. Ante el juez, sus maneras se volvieron educadas y razonables, y admitió ligeramente lo extravagante de su comportamiento y el extraño estilo de lenguaje en el que había caído a causa de su excesiva dedicación a la investigación y al estudio. Dijo hallarse ocupado en la investigación de ciertos detalles de la tradición europea, lo que le hacía necesario el más estrecho contacto con grupos extranjeros, sus canciones y danzas folklóricas. La idea que sus parientes habían insinuado, de que una sociedad secreta de baja categoría hubiese hecho de él su presa, era obviamente absurda, y tan sólo mostraba cuán tristemente pequeña era la comprensión que tenían de su trabajo y del mismo Triunfante a causa de sus calmosas explicaciones, se le permitió partir sin ponerle trabas; y los Suydam, los Corlear y los Van Braun tuvieron que despedir, con resignado disgusto, a los detectives que habían pagado.

Fue entonces cuando una alianza de inspectores federales y de policías tomó cartas en el asunto; y en-

tre ellos se encontraba Malone. La fuerza pública había seguido con interés el asunto Suydam, y en varias ocasiones los detectives privados habían solicitado su ayuda. En el transcurso de dicho trabajo sacaron a la luz que los nuevos socios de Suydam se hallaban entre los criminales más siniestros y viciosos de los retorcidos callejones de Red Hook, y que al menos un tercio de ellos eran conocidos como ladrones reincidentes, causantes de desórdenes e importadores de inmigrantes clandestinos. En verdad no hubiera resultado exagerado decir que el círculo particular del viejo erudito coincidía casi perfectamente con los peores elementos de los grupos organizados que se dedicaban al contrabando de ciertas inmundicias asiáticas, innombrables e inclasificables, que Ellis Islan había rechazado prudentemente. En el atiborrado y miserable vecindario de Parker Place —lugar que lleva ahora otro nombre— en donde Suydam tenía su semisótano, se había desarrollado una desusada colonia de gentes sin clasificar, de ojos rasgados y que empleaban el alfabeto árabe, pero que eran elocuentemente repudiados por la gran multitud de sirios de Atlantic Avenue y de sus alrededores. A todos se les podría haber deportado por falta de documentos, pero la ley se mueve con lentitud; además, es mejor no inquietar a Red Hook, a menos que la publicidad impulse a ello.

Estos seres asistían a una iglesia desvencijada, utilizada los viernes como salón de baile, que alzaba sus contrafuertes góticos cerca de la parte más envilecida del muelle. Dicha iglesia era nominalmente católica, pero todos los sacerdotes de Brooklyn le denegaban cualquier confesionalidad o pertenencia al culto, y los policías convinieron con ellos después de escuchar los ruidos que salían de allí por las noches.

Solía Malone imaginar que escuchaban terribles notas bajas y distorsionadas de un órgano cuando la iglesia estaba vacía y sin iluminación, mientras que todos los demás observadores temían los gemidos y los sonidos que acompañaban los servicios visibles. Cuando se le preguntó a Suydam sobre esto, dijo que pensaba que el ritual era una reminiscencia del cristianismo nestoriano teñido de chamanismo del Tibet. Emitió la opinión de que la mayor parte de los asistentes eran de raza Mongoloide, originarios de algún lugar del Kurdistán o de cerca de él; y Malone no pudo evitar acordarse de que el Kurdistán era la tierra de los Yezidis, los últimos supervivientes de los adoradores persas del Diablo. En cualquier caso, el movimiento causado por la investigación sobre Suydam reveló que aquellos nuevos inmigrantes no autorizados invadían Red Hook en número cada vez mayor; penetraban en el país gracias a alguna conspiración de marineros, sin ser alcanzados por los aduaneros ni por la policía del puerto; llenaban Parker Place y se esparcían rápidamente por la colina, y eran bien acogidos —a causa de un curioso sentimiento de fraternidad— por los otros variopintos extranjeros naturalizados de la región. Sus siluetas rechonchas y sus rasgos grotescos, combinados de manera grotesca con las chillonas ropas americanas, aparecieron en número cada vez mayor entre los holgazanes y pandilleros nómadas del sector de Borough Hall; hasta que por último se juzgó necesario computar sus efectivos, averiguar su origen y sus ocupaciones y hacerlos comparecer ante las autoridades del Servicio de Inmigración pertinentes. Por un acuerdo entre la Policía Civil y las autoridades Federales, Malone fue el encargado de esta tarea, así como de encontrar una forma —si la hubiese— de

reducirlos y apresarlos; y cuando se puso a husmear en Red Hook, se sintió en equilibrio al borde del terror; y tuvo como malvado archienemigo al personaje sucio y descuidado que era Robert Suydam.

IV

Los métodos de la policía son variados e ingeniosos. Por medio de discretos paseos, oportunas ofertas de licor de un frasco que llevaba en el bolsillo de su pantalón, y juiciosos diálogos con prisioneros asustados, llegó Malone a conocer muchos factores aislados sobre el movimiento, cuyo aspecto se había vuelto tan amenazador. Ciertamente, los recién venidos eran Kurdos, pero hablaban en un oscuro dialecto que desafiaba los conocimientos de cualquier filólogo. Los que trabajaban lo hacían, en su mayor parte, como cargadores de muelle y buhoneros sin licencia, aunque con frecuencia ejercían de camareros en restaurantes griegos o atendían puestos de periódicos. Sin embargo, la mayoría de ellos carecía de medios comprobables de subsistencia, y estaban obviamente relacionados con empresas del hampa, de las cuales las menos indescriptibles eran el contrabando y el tráfico clandestino de alcohol. Habían venido en barcos de carga, y en noches sin luna se les había conducido a hurtadillas a tierra, por medio de botes que se deslizaban sin ruido bajo cierto muelle y seguían un canal oculto hasta llegar a un estanque excavado bajo una casa. Malone no fue capaz de situar aquel muelle, canal y casa, ya que la memoria de sus informadores era confusa en demasía, al tiem-

po que su jerga se situaba, en gran parte, fuera del alcance de los más hábiles intérpretes; tampoco pudo conseguir ningún dato real sobre las razones que determinaron su importación sistemática. Eran reticentes sobre su lugar exacto de procedencia, y nunca estaban lo suficientemente desprevenidos como para denunciar a los agentes que les habían buscado y dirigido su curso. En realidad, mostraban un agudo pánico cuando se les preguntaba por las razones de la presencia allí de aquellos inmigrantes. Igualmente taciturnos eran los bandidos de otra ralea; y lo más que se pudo descubrir fue que cierto dios o gran sacerdote les había prometido poderes insólitos, dominio y gloria sobrenaturales en un extraño país.

La asistencia de los recién llegados, junto con los viejos bandidos, a las reuniones nocturnas de Suydam, estrechamente vigiladas, era muy regular; y pronto se enteró la Policía de que el extraño eremita había alquilado nuevos apartamentos para albergar en ellos a los que conocieran su contraseña, llegando por último a ocupar tres edificios enteros, en los que daba asilo permanente a muchos de sus raros compañeros. Pasaba muy poco tiempo en su hogar de Flatbush, al que sólo iba, al parecer, para sacar y devolver libros; y su rostro y sus maneras habían alcanzado un grado de salvajismo aterrador. Malone se entrevistó con él en dos ocasiones, y en ambas fue rechazado con brusquedad. Nada sabía él, dijo Suydam, de misteriosos movimientos o complots, y no tenía ni idea de cómo podían haberse introducido los kurdos en el país, ni de lo que pretendían. Lo que le ocupaba era estudiar, sin ser molestado, el folklore de todos los inmigrantes del distrito; y aquello no era de la incumbencia legítima de ningún policía. Malone manifestó su admiración por el antiguo

opúsculo que Suydam había escrito sobre la Kabbalah y otros mitos, pero esto sólo ablandó al viejo momentáneamente. Se sintió objeto de una intrusión, y despidió de manera inequívoca a su visitante; de modo que Malone se retiró disgustado y buscó otros canales de información.

Nunca sabremos lo que Malone hubiera podido desenterrar si hubiese trabajado en el caso con continuidad; aconteció que una estúpida querella entre las autoridades federales y las de la ciudad hizo que la investigación se suspendiera varios meses, durante los cuales el inspector se ocupó de otras misiones. Pero en ningún momento perdió su interés, ni dejó de sorprenderse ante lo que empezó a pasarle a Robert Suydam. Al mismo tiempo que una ola de raptos y desapariciones conmovió a Nueva York, el viejo erudito se embarcó en una metamorfosis tan alarmante como absurda. Un día fue visto cerca de Borough Hall con el rostro bien afeitado, peinado el cabello y con un atuendo inmaculado y de buen gusto; y desde entonces, cada día se le notaba cierta oscura mejoría. Adoptó ininterrumpidamente un nuevo talante desdeñoso, al que se añadió un brillo desacostumbrado en los ojos y frescura en el habla; y poco a poco fue perdiendo la corpulencia que le había deformado durante tanto tiempo. Ahora que se le atribuía con frecuencia una edad inferior a la que tenía, adquirió una elasticidad en el paso y una conducta bulliciosa que iban de acuerdo con su nuevo estilo; y el pelo se le empezó a oscurecer de forma curiosa, que no hacía pensar de ningún modo en el empleo de tintes. A medida que los meses pasaban se fue vistiendo de una manera cada vez menos conservadora, y finalmente causó asombro entre sus nuevos amigos al renovar y redecorar su mansión de Flatbush,

que abrió al público, dando una serie de recepciones, a las que convocó a todos los conocidos que pudo recordar; fueron especialmente bienvenidos los parientes por completo olvidados que habían intentado hacía poco tiempo que se le encerrase. Algunos asistieron por curiosidad, otros por obligación; pero todos quedaron súbitamente encantados por la nueva simpatía y urbanidad del antiguo ermitaño. Aseveró que había concluido la mayor parte del trabajo que se había propuesto; y que, al haber heredado recientemente algún capital de un amigo europeo medio olvidado, estaba decidido a pasar los años que le quedaban en una nueva y más brillante juventud, que los cuidados, la dieta y la tranquilidad le habían proporcionado. Cada vez se le vio menos por Red Hook, y cada vez más entre la sociedad en la que había nacido. Los policías advirtieron que los bandidos tenían tendencia a congregarse en el viejo edificio que servía a la vez de iglesia y de sala de baile, en lugar de reunirse en el semisótano de Parker Place, aunque en este último, y en sus recientes anexos, pululaba aún una vida pestilente.

Tuvieron lugar entonces dos incidentes que, aunque muy separados entre sí, tenían ambos un intenso interés en el caso, tal como Malone le veía. Uno fue un discreto suelto en el «Eagle», que anunciaba los esponsales de Robert Suydam con Miss Cornelia Gerritsen, de Bayside, que era una joven de excelente posición, lejanamente emparentada con el viejo novio; mientras que el otro era una redada practicada por la Policía en la iglesia-sala de baile, tras recibir el aviso de que el rostro de uno de los niños secuestrados había sido visto durante un momento en una de las ventanas del piso bajo de este edificio.

Malone participó en dicha redada, y estudió con mucha atención el lugar cuando se encontró dentro. Nada se halló en el interior —de hecho, el edificio estaba vacío cuando fue invadido— pero el sensitivo celta se sintió vagamente inquieto por muchas cosas que allí había: murales que mostraban rostros sagrados con expresiones peculiarmente mundanas y sardónicas, y que en ocasiones se tomaban libertades que ni siquiera un laico con cierto sentido del decoro podría aceptar por completo. No le gustó tampoco la inscripción griega que había en el muro, encima del púlpito; era un antiguo encantamiento con el que se encontró un día en Dublín, en sus tiempos de estudiante, y que decía, traducido literalmente:

«Oh, amiga y compañera de la noche, tú a quien alegran los aullidos de los perros y la sangre derramada; tú que vagas por entre las tumbas, rodeada de sombras; que anhelas sangre y llevas el terror a los mortales. Gorgo, Mormo, Luna de mil rostros, acoge *favorablemente nuestros sacrificios.*»

Cuando leyó esto se estremeció, y pensó vagamente en las notas distorsionadas de órgano que creyó haber oído bajo la iglesia determinadas noches; y se estremeció de nuevo al ver las manchas de óxido que había en los bordes de un cuenco de metal situado sobre el altar; y vaciló nerviosamente cuando su olfato creyó detectar una rara pestilencia cadavérica que surgía de algún lugar cercano. El recuerdo del órgano le obsesionaba, y exploró con asiduidad el semisótano antes de marcharse. El lugar le resultaba odioso; sin embargo, después de todo, ¿no podrían ser las inscripciones y murales blasfemos otra cosa que puras ordinarieces perpetradas por ignorantes?

Por la misma fecha en la que se iba a celebrar el matrimonio de Suydam, la epidemia de secuestros se había convertido en un escándalo popular que difundían los periódicos. La mayoría de las víctimas eran niños pertenecientes a la clase baja, pero el número de aumento de las desapariciones desató fuertes sentimientos de furia. Los periódicos clamaban por una acción efectiva de la Policía. Y, una vez más, la comisaría de Butler Street envió a sus hombres a Red Hook en busca de pistas, descubrimientos y criminales. Malone se alegró de ocuparse de nuevo del caso, y se enorgulleció de participar en una redada efectuada en una de las casas que tenía Suydam en Park Place. En realidad no se encontró allí a ningún niño robado, a pesar de los comentarios que se hacían sobre ciertos llantos, y de que en la zona se hubiera encontrado el cinturón rojo de una de las víctimas; pero las pinturas y groseras inscripciones que cubrían las paredes descascarilladas de la mayor parte de las habitaciones, así como el laboratorio primitivo instalado en el ático, convencieron al inspector de que estaba sobre la pista de algo tremendo. Las pinturas eran sobrecogedoras: monstruos horribles de todos tamaños y formas, y caricaturas de siluetas humanas que desafiaban toda descripción. La escritura estaba en caracteres rojos de los alfabetos griego, romano o hebreo. Malone no pudo descifrar mucho, pero aquello que entendió era suficientemente portentoso y cabalístico. Había un estribillo frecuentemente repetido, escrito en una especie de griego con influencia hebrea, que sugería las más terribles evocaciones demoníacas de la decadencia de Alejandría:

HEL. HELOYM. SOTHER. EMMANVEL. SABAOTH. AGLA. TETRAGRAMMATON. AGYROS. OTHEOS. ISCHYROS. ATHANATOS. IEHOVA. VA. ADONAI. SADAY. HOMOVSION. MESSIAS. ESCHEREHEYE.

A diestro y siniestro se destacaban círculos y pentagramas que mostraban sin dejar lugar a dudas las extrañas aspiraciones y creencias de los que allí vivían tan pobremente. Pero fue en la bodega donde se encontró la cosa más extraña: un montón de lingotes de oro cubierto descuidadamente por un trozo de arpillera; cada uno de los lingotes llevaba grabado a los lados los mismos jeroglíficos fantásticos que adornaban las paredes. La policía sólo encontró, en el transcurso de la operación, una pasiva resistencia por parte de los siniestros orientales que salían en enjambres de todas las puertas. Al no hallar nada relevante, tuvieron que dejarlo todo tal como estaba; pero el capitán del distrito escribió una nota a Suydam aconsejándole que, en vista del clamor público, vigilase estrechamente a sus inquilinos y protegidos.

V

Luego, en el mes de junio, se produjo la boda a la hora del mediodía. Flatbush se llenó de alegría; coches empenachados invadieron las calles cercanas a la Iglesia Holandesa, donde se había tendido un toldo que iba del pórtico a la calle. Nunca sobrepasó ningún acontecimiento local a las nupcias Suydam-Gerrisen en tono y en nivel social; y el grupo que

escoltó a los recién casados al muelle de la compañía Cunard era, si no exactamente lo más distinguido, al menos una sólida delegación del «quién es Quién». A las cinco en punto se hicieron las despedidas, y el gran navío se alejó del largo muelle, volvió lentamente su morro hacia el mar, soltó amarras y enfiló hacia los amplios espacios acuáticos que llevaban hacia las maravillas del Viejo Mundo. Por la noche se limpió el puente exterior, y los pasajeros noctámbulos contemplaron el guiñar de las estrellas sobre el océano impoluto.

Nadie puede determinar si lo primero que llamó la atención fue el grito o la aparición del vapor de carga. Es probable que fueran simultáneos, pero el calcularlo no tiene objeto. El grito salió del camarote de Suydam, y el marinero que rompió la puerta hubiese podido quizá contar cosas terribles si no se hubiese vuelto completamente loco en aquel mismo momento; pero el caso es que gritó con más fuerza aún que las primeras víctimas, y que se puso luego a correr por el navío con una sonrisa de idiota, hasta que fue atrapado y encerrado en el calabozo. El médico de a bordo, que un momento más tarde penetró en el camarote y encendió las luces, no se volvió loco, pero tampoco le comunicó a nadie lo que vio hasta mucho más tarde, cuando estableció correspondencia con Malone que se encontraba ya en Chepachet. Era asesinato por estrangulación; pero no es necesario decir que las marcas de garras que había en el cuello de la señora Suydam no podían haber sido producidas por las manos de su marido, ni que sobre la blanca pared fluctuó por un momento una leyenda pintada en odioso color rojo que, copiada más tarde de memoria, parece que no era otra cosa que las terribles letras caldeas que forman la palabra

«LILITH». No es necesario mencionar tales cosas, por la rapidez con que se desvanecieron; por lo que respecta a Suydam, se pudo al menos impedir a otras personas el acceso al camarote hasta que el propio doctor supiese a qué atenerse. El doctor había asegurado claramente a Malone que él no vio AQUELLO. El ojo de buey, abierto, quedó cubierto durante un momento por cierta fosforescencia, un segundo antes de que él encendiese la luz; y en el exterior pareció oírse el débil eco de una carcajada infernal que se desvanecía en la noche. Pero no vio ninguna forma; y el doctor aduce, como prueba de ello, el haber conservado su cordura.

Entonces el vapor atrajo toda la atención. De él se desprendió un bote, y una horda de rufianes atezados e insolentes vestidos de oficiales se precipitó a bordo del barco de la Cunard, momentáneamente detenido. Querían a Suydam, o su cadáver; habían tenido noticia de su viaje, y por determinadas razones estaban seguros de que moriría. En aquel momento había casi un pandemonium en el puente de mando; en aquel instante, entre el informe que de lo ocurrido en el camarote había dado el doctor, y las demandas de los hombres del vapor, ni siquiera al marino más serio y prudente se le habría ocurrido qué hacer. De repente el jefe de los marinos visitantes, un árabe de odiosa boca negroide, sacó un papel sucio y arrugado y se lo entregó al capitán. Estaba firmado por Suydam, y contenía el extraño mensaje que sigue:

«En el caso de que sufra yo un accidente repentino o inexplicado, o de que se produzca mi muerte, entréguenme, por favor, o entreguen mi cuerpo, sin hacer preguntas, en manos del portador y de sus asociados. Para mí, y quizá también para ustedes, todo depende

de que esto se cumpla rigurosamente. Más tarde pueden pedir explicaciones; pero no me fallen ahora.

Robert Suydam.»

El doctor y el capitán se miraron entre sí, y el primero murmuró algo al último. Finalmente, con resignación, dieron su consentimiento, y condujeron a los marinos al camarote de Suydam. El doctor hizo que el capitán mirase hacia otro lado cuando abrió la puerta, y no respiró con tranquilidad hasta que los marinos se fueron con su carga, tras un período de preparación inconmensurablemente largo. El cadáver estaba envuelto en la ropa de las literas, y el doctor se alegró de que la silueta no fuese muy reveladora. De alguna manera, los hombres consiguieron sacar la cosa por la borda, y la transportaron a su barco sin destaparla. El transatlántico siguió su ruta y el médico y un empleado de los servicios fúnebres de a bordo penetraron en el camarote para prestar los últimos servicios que les fuesen posibles. El médico se vio forzado una vez más a la reticencia, e incluso a la mendacidad, porque algo infernal había ocurrido. Cuando el empleado de pompas fúnebres le preguntó la causa por la que había extraído toda la sangre del cuerpo de la señora Suydam, omitió decir que no lo había hecho; ni mencionó tampoco los espacios vacíos del tocador, que antes habían estado ocupados por frascos, ni el olor del lavabo, que mostraba la apresurada disposición del contenido original de los frascos. Los bolsillos de aquellos hombres —si es que de hombres se trataban—, que se habían llevado el cuerpo de Suydan, estaban monstruosamente hinchados cuando abandonaron el barco. Dos horas más tarde el mundo se

enteró por radio de todo lo que debía saberse sobre el horrible asunto.

VI

Aquella misma tarde de junio, sin haber tenido ninguna noticia de lo que había sucedido en el mar, Malone se encontraba desesperadamente ocupado por entre los callejones de Red Hook. El lugar parecía haber sido impregnado por una súbita agitación, como si los extranjeros naturalizados se hubiesen enterado de algo singular por un «telégrafo espiritual», se agrupaban con expectación en torno a la iglesia-baile y a las casas de Parker Place. Acababan de desaparecer tres niños —niños noruegos de ojos azules, de las calles de Gowanus— y había rumores de que se preparaban disturbios entre los fornidos vikingos de aquel sector. Malone había estado semanas enteras instando a sus colegas a que intentasen realizar una limpieza general; y, por último, movidos por circunstancias que resultaban más claras a su sentido común que las conjeturas de un soñador de Dublín, habían convenido éstos en dar el golpe final. La amenaza y la inquietud de aquella tarde habían sido los factores decisivos, y hacia la medianoche, un grupo de batidores reclutados en tres comisarías cayó sobre Parker Place y sus alrededores. Se derribaron puertas, los rezagados fueron detenidos y habitaciones iluminadas por velas fueron forzadas a vomitar increíbles muchedumbres de extranjeros entremezclados, vestidos con túnicas aparatosas, mitras y otros accesorios inexplicables. En la confusión se perdieron muchas cosas, ya que ciertos

objetos fueron apresuradamente arrojados por insospechados orificios, y se ahogaron los olores traicioneros por medio de súbitas vaharadas de pungente incienso. Por todas partes había salpicaduras de sangre, y Malone se estremecía cada vez que veía un brasero o un altar todavía humeante.

Deseaba estar en varios lugares al mismo tiempo, y tan sólo se decidió a visitar al semisótano de Suydam después de que un mensajero le informó que la iglesia-sala de baile estaba vacía. Pensó que en el piso podría encontrar alguna clave del culto del que se había convertido en dirigente y centro el viejo erudito. Y saqueó con verdadera expectación las mohosas habitaciones; advirtió su débil olor a pudridero, examinó los libros, los instrumentos, los lingotes de oro y las botellas de tapón de cristal descuidadamente esparcidas aquí y allá. En una ocasión un escuálido gato blanco y negro se deslizó entre sus piernas y le hizo caer, derramando al mismo tiempo un recipiente de anchos bordes, lleno a medias de un líquido rojo. La impresión fue muy severa, y Malone no está muy seguro, ni siquiera ahora, de lo que vio en realidad; pero en sueños ve aún el gato que se aleja, marcado por ciertas monstruosas alteraciones y peculiaridades. Entonces llegó a la puerta aherrojada de la bodega y buscó algo con que romperla. Había cerca un pesado banco, y aquel resistente asiento fue más que suficiente para astillar la antigua hoja. Se produjo una grieta que se ensanchó, y de pronto cayó toda la puerta; pero como si fuera empujada *desde el otro lado;* de dentro vino un ululante tumulto de viento helado, con todas las pestilencias del abismo sin fondo, de dentro surgió una fuerza de succión que no pertenecía al cielo ni a la tierra y que, dotada de voluntad, se

enroscó en torno al inspector paralizado y le arrastró a través de la abertura hacia abajo, por entre inconmensurados espacios llenos de lamentos y susurros, y surcados por ráfagas de risas burlonas.

Desde luego, fue un sueño. Todos los especialistas así lo han dicho, y Malone no tiene ninguna prueba de lo contrario. En realidad, él preferiría que hubiera sido eso; en tal caso, no correría de tal manera su alma la contemplación de los viejos suburbios de ladrillos y de atezados rostros extranjeros. Pero, en tanto que sucedió, fue horriblemente real, y nada podrá jamás borrar el recuerdo de aquellas criptas sumidas en la noche, de aquellas arcadas gigantescas y de aquellas formas semimaterializadas que avanzaban como silenciosos gigantes, sosteniendo cosas a medio devorar, cuyas partes aún en vida clamaban piedad o reían enloquecidas. Olores de corrupción y de incienso se mezclaban, concertados de manera enfermante, y el aire negro bullía de cosas informes y elementales provistas de ojos. En algún lugar el agua pastosa y negra lamía muelles de onice, y en una ocasión repiquetearon roncas campanillas para saludar la enloquecida carcajada de una cosa fosforescente y desnuda que nadó a la superficie de las aguas, salió a tierra y trepó a sentarse en cuclillas, acechante, sobre un pedestal de oro labrado situado al fondo de la escena.

Avenidas de noche sin límites parecían abrirse en todas direcciones, y se podía imaginar que allí estaba la raíz de una enfermedad contagiosa destinada a infestar y tragarse ciudades enteras, y a sumergir a las naciones en el hedor de una pestilencia híbrida. Aquí había sido entronizado el pecado cósmico y, festejado por ritos impíos, había comenzado el gesticulante desfile de muerte que había de pu-

drirnos a todos hasta convertirnos en anomalías fungosas demasiado horrendas para ser contenidas por la tumba. Satán tenía aquí su corte babilónica; aquí se lavaban los miembros leprosos de la fosforescente Lilith en la sangre de la infancia inmaculada. Aquí incubos y sucubos aullaban alabanzas a Hecate, y monstruos sin cabeza balaban alabanzas a la Magna Mater. Las cabras brincaban a los sones de tenues flautas malditas, y los Egipanes perseguían sin fin a faunos deformes entre rocas retorcidas como sapos paralizados. Ni Moloch ni Astaroth estaban ausentes; porque en esta quintaesencia de toda condenación se habían derrumbado los límites de la conciencia, y la imaginación del hombre estaba abierta a las visiones de todos los reinos de horror y de todas las dimensiones prohibidas que el mal pudiera forjar. El mundo y la Naturaleza se encontraban inermes ante tales asaltos que provenían de los abiertos pozos de la noche, y ningún signo ni oración podía prevalecer contra el tumultuoso Walpurgis de espantos que se había producido cuando un sabio en posesión de la espantosa llave se tropezó con la horda que portaba un cofre cerrado, lleno hasta desbordar de conocimientos de Demonología.

De pronto, un rayo de luz física pasó a través de aquellos fantasmas de cosas que debieran estar muertas. Apareció un barco, con un fanal encendido en la proa; fue amarrado a una argolla que había en el escurridizo muelle, y vomitó a varios hombres portadores de un bulto alargado envuelto en sábanas. Se lo presentaron a la cosa fosforescente, que estaba sentada en el pedestal de oro labrado, y la cosa rió, y golpeó las sábanas con sus zarpas. Entonces desenvolvieron su macabro paquete y sostu-

vieron ante el pedestal el cuerpo gangrenoso de un hombre viejo y corpulento, de barba enmarañada y descuidado pelo blanco. Rió de nuevo la cosa fosforescente; entonces los hombres sacaron de sus bolsillos unos frascos, y ungieron los pies de aquella cosa con su rojo contenido, y le entregaron después las botellas para que bebiese.

Al mismo tiempo, por la avenida abovedada que se perdía en una ilimitada lejanía, llegó el demoníaco gemido de un órgano blasfematorio, ahogando con sus notas bajas, sardónicas y distorsionadas, el estrépito de los abortos infernales. En un instante quedaron electrizadas todas las entidades dotadas de movimiento y, tras formar las filas de una procesión ceremoniosa, la horda de pesadilla se alejó en dirección a aquel sonido: cabras, sátiros y egipanes, incubos, sucubos, lemures, sapos retorcidos y elementales sin forma, aulladores de rostro perruno y los que se agitaban silenciosos en la oscuridad; conducidos todos por la abominable cosa fosforescente que se había sentado en cuclillas en el trono de oro labrado, y que andaba ahora a insolentes zancadas, llevando en brazos el cadáver de ojos vidriosos del viejo corpulento. En la retaguardia danzaban los extraños hombres de piel oscura, y toda la columna danzaba y brincaba, agitada por un frenesí dionisíaco. Malone, tambaleándose, dio algunos pasos tras ellos, confuso y delirante, dudoso de cuál podía ser su lugar en aquel o en cualquier otro mundo. Luego se volvió, tropezó y cayó sobre la fría piedra, jadeando y estremeciéndose mientras graznaba el órgano del Diablo y los aullidos, redobles de tambor y tintineos de campanillas de la loca procesión se escuchaban cada vez más lejos.

Tenía una vaga conciencia de los cánticos horrendos y los espeluznantes graznidos en la lejanía. De vez en cuando le llegaba a través de las negras bóvedas un gemido o un lamento ritual, al tiempo que —de manera eventual— se alzaba el terrible encantamiento griego, cuyo texto había leído sobre el púlpito de aquella iglesia-sala de baile:

«Oh, amiga y compañera de la noche, tú a quien alegran los aullidos de los perros (en este momento estalló un horrísono aullido) y la sangre derramada (sonidos innombrables mezclados con sollozos morbosos): tú, que vagas por entre las tumbas (hubo un suspiro silbante) rodeada de sombras; que anhelas sangre y llevas el terror a los mortales (gritos cortos y agudos surgidos de mil gargantas), Gorgo (repetido como respuesta), Mormo (repetido en éxtasis), Luna de mil rostros (suspiros y notas de flauta), acoge favorablemente nuestros sacrificios.»

Terminado el cántico, se alzó un aullido general, y los sonidos silbantes casi ahogaron los graznidos del distorsionado órgano bajo. Después un estertor de muchas gargantas, y una babel de palabras ladradas: «¡LILITH, gran Lilith, contempla al Novicio!» Más gritos, el clamoreo de una desbandada, y el sonido agudo y metálico de una figura que corría. Los pasos se acercaron, y Malone se apoyó en el codo para mirar.

La luminosidad de la cripta, que había disminuido hacía poco, aumentó ligeramente; y en aquella luz diabólica apareció una forma que huía; una forma que no hubiera debido huir, ni sentir, ni respirar: era el cadáver gangrenoso y de ojos vidriosos del anciano corpulento, que no necesitaba ya que lo sostuviesen, tras haber sido animado por alguna hechicería infernal del rito que acababa de concluir. Tras

él corría la fosforescencia carcajeante y desnuda que había estado en el pedestal labrado, y aún más atrás jadeaban los hombres de piel oscura y toda la terrible caterva de seres aborrecibles. El cadáver ganaba terreno a sus perseguidores, y parecía tener una meta definida; se esforzaba con todos sus putrescentes músculos en alcanzar el pedestal de oro labrado, cuya importancia nigromántica era, según toda evidencia, muy grande. Un momento más tarde había alcanzado su objetivo, mientras la muchedumbre que le seguía corría con frenética rapidez. Pero llegaron a alcanzarle demasiado tarde: en un último y supremo esfuerzo, que desgarró sus tendones e hizo desplomarse al suelo su cuerpo pestilente, convertido en una masa de jalea en disolución, el cadáver dotado de vista que había sido Robert Suydam, coronó con éxito su empeño. El empujón fue tremendo, pero la fuerza resultó suficiente; y en tanto que el que empujaba caía, convertido en un charco de fangosa corrupción, el pedestal que había empujado se tambaleó, se inclinó, y finalmente se desplomó desde su base de ónice a las aguas espesas que había abajo, lanzando un relámpago de oro labrado como despedida antes de hundirse pesadamente en los abismos del Tártaro inferior que no pueden imaginarse ni en sueños. En aquel mismo momento, todo el escenario de horror se convirtió en nada, desvaneciéndose ante los ojos de Malone; y éste se desmayó, en medio de un fragor de truenos que parecieron derribar todo aquel universo de maldad.

VII

El sueño de Malone —que éste experimentó antes de saber nada de la muerte de Suydam, ni de su transferencia de un barco a otro— tuvo un curioso apéndice en ciertas extrañas realidades del caso; aunque esto no es razón para que nadie crea que aquello no fuese tal sueño. Las tres casas de Parker Place, infestadas sin duda desde hacía tiempo por las más insidiosas formas de podredumbre, se hundieron sin razón aparente mientras la mitad de los policías y un gran número de los detenidos se hallaban en su interior; y un gran número de los miembros de ambos grupos fue muerto al instante. Tan sólo se salvaron muchas vidas de los que se encontraban en los pisos bajos y en las bodegas, y Malone tuvo suerte de encontrarse en las profundidades por debajo de la casa de Suydam. Porque allí estaba en realidad, y nadie desea negarlo. Le encontraron, inconsciente, al borde de un estanque negro como la noche, a unos pasos de distancia de un montón de huesos y de podredumbre macabro y horrible, al que se identificó por sus dientes postizos como el cuerpo de Robert Suydam. El caso aparecía sencillo: allí era donde conducía el canal utilizado por los contrabandistas, y los hombres que se llevaron a Suydam del barco no hicieron más que devolverlo a su casa. A éstos no se les encontró nunca, o al menos, nunca fueron identificados; y el médico del barco no está aún satisfecho con las simples certezas de la Policía.

Era evidente que Suydam era uno de los jefes de las extensas operaciones de inmigración clandestina;

el canal que conducía a su casa no era más que uno de los muchos canales y túneles que minaban aquel sector. Había un túnel que llevaba desde su casa a una cripta excavada debajo de la iglesia-sala de baile, cripta que era accesible desde la iglesia tan sólo a través de un estrecho pasadizo secreto en la pared norte, y en cuyas cámaras se encontraron ciertas cosas singulares y terribles. Allí estaba el órgano que graznaba, y había una vasta capilla abovedada y un altar con extrañas figuras. Se abrían pequeñas celdas en las paredes, y —es horrible de relatar— en diecisiete de ellas se encontraron encadenados prisioneros solitarios, en un estado de completa idiocia, entre los que había cuatro madres con hijos de un aspecto turbadoramente extraño. Aquellos niños murieron poco tiempo después de ser expuestos a la luz, circunstancia que los doctores juzgaron misericordiosa. Nadie, salvo Malone, de entre aquellos que los vieron, recordó la sombría pregunta del viejo Delrio: «A sint unquam daemones incubi et succubi, et an ex tali congressu proles enascia quaea?» *.

Los canales fueron dragados a conciencia, antes de cegarlos, y devolvieron un número sensacional de huesos rotos y aserrados de todos los tamaños. Estaba claro que se había seguido la pista a la epidemia de raptos hasta dar con su fuente, aunque tan sólo dos de los detenidos supervivientes pudieran ser relacionados con ella de forma legal. Estos hombres están ahora en prisión, ya que *no* se pudo probar que participasen de hecho en los asesinatos. El trono o pedestal de oro labrado, que Malone mencionó tan a menudo como un objeto de la mayor importancia

* ¿No existen acaso demonios íncubos y súcubos, y no es posible que surja una estirpe de tales uniones?

mágica, no salió nunca a la luz; aunque en un lugar bajo la casa de Suydam se observó que el canal se hundía en un pozo demasiado profundo como para ser dragado. Fue cegado y cubierto con cemento cuando se echaron los cimientos de la nueva casa, pero Malone especula aún sobre lo que pueda haber debajo. La Policía, satisfecha por haber terminado con una peligrosa banda de maniáticos y de contrabandistas de inmigrantes clandestinos, entregó a las auotridades federales a los kurdos no convictos, y antes de que fuesen deportados se descubrió de manera conclusiva que pertenecían al clan de los Yezidi o adoradores del diablo. El vapor de carga y su tripulación siguen siendo un misterio, aunque los cínicos inspectores están seguros de que combatirán con ellos de nuevo en sus actividades de contrabando y de tráfico de ron. Malone piensa que estos inspectores muestran una visión tristemente limitada, al no asombrarse lo suficiente ante los mil detalles inexplicables y la sugestiva oscuridad que rodea a todo el asunto; y su postura es igualmente crítica con respecto a los periodistas, que tan sólo vieron un asunto de sensacionalismo morboso, y hablaron de un culto sádico menor, cuando debían haber proclamado un horror surgido del corazón mismo del Universo. Pero se conforma con guardar silencio y descansar en Chepachet, tranquilizando su sistema nervioso, y reza para que el tiempo pueda transferir gradualmente su terrible experiencia, del plano de la realidad al más remoto de lo pintoresco y semimítico.

Robert Suydam duerme junto a su esposa en el cementerio de Grenwood. Sobre sus huesos, que de forma tan extraña habían sido devueltos, no se celebró funeral ninguno; y sus parientes agradecen el

rápido olvido en el que se sumió todo el caso. En verdad nunca se confirmó con pruebas legales la conexión del erudito con los horrores de Red Hook, ya que su muerte impidió la investigación a la que de otro modo tendría que haberse enfrentado. No se menciona demasiado su propio fin, y la familia Suydam espera que la posteridad le recuerde tan sólo como a un amable ermitaño enfangado en inofensivos asuntos de magia y folklore.

En cuanto a Red Hook, continúa igual. Suydam vino y se fue; un horror se produjo y se desvaneció, pero el espíritu malo de la miseria y de la oscuridad sigue habitando entre los mestizos en las viejas casas de ladrillos, y siguen desfilando con fines desconocidos bandas de haraganes ante las ventanas donde aparecen y desaparecen innumerables veces, rostros distorsionados y luces. El antiguo terror es una Hidra de mil cabezas, y los cultos de la Oscuridod tienen sus raíces en blasfemias más profundas que el abismo de Demócrito. Triunfa, omnipresente, el espíritu de la Bestia; y todavía cantan, aúllan y maldicen las legiones de jóvenes legañosos y picados de viruelas de Red Hook, mientras desfilan de un abismo a otro, nadie sabe desde dónde ni hacia dónde, impulsados por ciegas determinaciones biológicas que no comprenderán nunca. Como antes, entra más gente en Red Hook que los que salen luego por el lado de tierra; y ya hay rumores sobre nuevos canales subterráneos, que conducen a centros de tráfico de licor, y de cosas menos mencionables.

Ahora, la iglesia-sala de baile es más que nada una sala de baile, y en sus ventanas han aparecido por las noches extraños rostros. Ultimamente, un policía ha expresado la opinión de que se ha excavado otra vez la cripta que había sido cegada, sin que exista

para ello ningún propósito simple y explicable. ¿Quiénes somos nosotros para combatir contra una ponzoña más antigua que la historia y que la humanidad? En Asia danzaron ya los monos en honor a tales horrores, y el cáncer acecha en seguridad, y se extiende allí donde el delito se esconde entre filas de pútridos ladrillos.

Malone no se estremece sin motivos; porque ya el otro día un policía sorprendió a una vieja bruja de tez oscura y ojos almendrados enseñando en susurros a un niño algo en una rara jerga, en la sombra de un callejón. El agente escuchó, y le pareció muy extraño escuchar a la bruja repetir una y otra vez:

«Oh, amiga y compañera de la noche, tú que te alegras con el aullido de los perros y con la sangre derramada; tú que vagas en medio de las sombras por entre las tumbas; que anhelas sangre y llevas el terror a los mortales; Gorgo, Mormo, Luna de mil rostros, acoge favorablemente nuestros sacrificios!»

LA EXTRAÑA CASA ALTA EN LA NIEBLA

Por las mañanas, la niebla sube del mar por los acantilados de más allá de Kingsport. Blanca y plumosa se alza de las profundidades en busca de sus hermanas las nubes, preñada de sueños de pastos sumergido y cavernas de Laviatanes. Y más tarde, en las plácidas lluvias veraniegas que caen sobre los empinados techos de los poetas, las nubes siembran fragmentos de tales sueños para que el hombre no viva el horror de los rumores de viejos secretos y maravillas que los planetas comunican tan sólo a otros planetas en la noche. Cuando en las cuevas de los tritones se acumulan cuentos, y soplan en caracolas por las ciudades de algas las extrañas melodías aprendidas de los Antiguos, entonces suben al cielo los grandes rebaños de la niebla, cargados de saber, y los ojos de los que miran al cielo desde las rocas perciben solamente una mística blancura, como si los bordes del vasto acantilado fuesen los bordes de

la tierra toda, y las campanas de las boyas repicasen libremente en el éter mágico.

Hacia el norte de la arcaica Kingsport, suben los despeñaderos empinados y curiosos, terraza sobre terraza, y el que está situado más al norte cuelga del cielo como una nube gris petrificada. Está solitario, punto aislado destacándose en el cielo sin límites; allí se vuelve empinada la costa, allí se vierte en el mar el gran Miskatonik, saliendo de las praderas después de haber atravesado Arkham, y trae leyendas de los bosques y pequeños y curiosos recuerdos de las colinas de Nueva Inglaterra. Los marítimos pobladores de Kingsport miran a este risco como otras gentes del mar miran a la Estrella Polar, y miden el tiempo de sus vigilias nocturnas por la forma en que se ocultan tras él o no la Osa Mayor, Casiopea y el Dragón. Para ellos, el risco es uno con el firmamento, y la verdad es que se les oculta cuando la niebla cubre las estrellas o el sol.

Ellos aman a algunos de los riscos, como a ese de grotesco perfil al que llaman «Padre Neptuno», o aquel al que llaman «El paseo», por sus escalones con pilares. Pero a éste lo temen por lo cercano que se halla al cielo. Los marineros portugueses que vienen de viaje se persignan al verlo por primera vez, y los viejos yanquis piensan que el escalarlo sería una cosa mucho más grave que la misma muerte, si fuese posible hacerlo. Sin embargo, en aquel risco se eleva una antigua casa, y cuando cae la noche los hombres ven luces en sus pequeñas ventanas.

La antigua casa ha estado siempre allí, y la gente dice que en ella vive uno que habla con la niebla matinal cuando ésta sube de las profundidades, y que quizá vea cosas singulares en el océano cuando los bordes de los acantilados se convierten en los bordes

del mundo, y las boyas solemnes repiquetean libremente en el blanco éter mágico. Esto lo dicen por suposiciones, porque nadie ha visitado nunca el imponente risco, y a los nativos no les gusta apuntar hacia él sus catalejos. Los veraneantes, por supuesto, lo han escudriñado con sus vistosos gemelos, pero nunca han visto nada más que el antiguo techo gris, picudo y cubierto de ripia, cuyos aleros bajan casi hasta los grises cimientos, y la débil luz amarilla de las ventanitas, que escudriñan en la penumbra de dichos aleros. Esos veraneantes no creen que la casa tenga el mismo Habitante desde hace siglos, pero no pueden probar su herejía ante ningún auténtico ciudadano de Kingsport. Ni siquiera el Terrible Viejo, que habla con péndulos de plomo encerrados en botellas, compra sus alimentos con oro español viejo de siglos, y tiene ídolos de piedra en el patio de su quinta antediluviana, puede decir más que las cosas eran iguales cuando su abuelo era un muchacho, y esto debe haber tenido lugar hace una cantidad de tiempo inconcebible, cuando Belcher, o Shirley, o Pownall, o Bernard, era Gobernador de la Provincia de Su Majestad que era la bahía de Massachussets.

Y un verano llegó a Kingsport un filósofo. Su nombre era Thomas Olney, y enseñaba cosas portentosas en un colegio junto a la Bahía de Narraganset. Vino acompañado de su robusta esposa y de sus hijos retozones, y en sus ojos se reflejaba el cansancio de ver las mismas cosas y de pensar los mismos disciplinados pensamientos durante años. Contempló la niebla desde la diadema del «Padre Neptuno», e intentó penetrar en su blanco misterio por los titánicos peldaños del «Paseo». Solía tumbarse en los acantilados y mirar por encima del borde del mundo al críptico éter de más allá, escuchando las campanas

espectrales y los gritos salvajes de lo que podrían haber sido gaviotas. Luego, cuando la niebla se alzaba y el mar adquiría de nuevo su aspecto prosaico, empenachado por el humo de los vapores, suspiraba y bajaba a la ciudad, donde le gustaba explorar los viejos y estrechos callejones que subían y bajaban por la colina, y estudiar los aleros locamente inclinados y los soportales de curiosas pilastras bajo los que se habían resguardado treinta generaciones de rudos marineros. E incluso charlaba con el Terrible Viejo, que no era amigo de los forasteros, y era invitado a visitar su quinta estremecedoramente arcaica, cuyos techos bajos y entrepaños carcomidos escuchaban los ecos de soliloquios poco tranquilizadores en las oscuras horas del crepúsculo.

Era, por supuesto, inevitable que Olney se fijase en la casa gris y nunca visitada que colgaba del cielo encima de aquel risco siniestro del norte, que es uno con la niebla y con el firmamento. Siempre había colgado sobre Kingsport, y siempre se había hablado en susurros sobre un misterio por los retorcidos callejones de la ciudad. El Terrible Viejo contaba en murmullos una historia que le había oído a su padre, sobre un rayo que se vio salir una noche de aquella puntiaguda morada en dirección al cielo elevado; y la Abuela Orne, cuya pequeña morada de techo a la holandesa se alza en la calle del Barco, toda cubierta de musgo y hiedra, graznaba un cuento que su abuela había oído a otro a quien se lo habían contado, a propósito de unas siluetas que salían de las nieblas orientales y penetraban por la única y estrecha puerta de aquella casa inalcanzable, que está situada al borde del risco, y que sólo pueden ver desde los barcos en alta mar.

Por último, ávido de extrañas novedades, y sin que

le obstaculizasen el miedo del nativo de Kingsport ni la indolencia habitual del veraneante, Olney tomó una resolución tremenda. A pesar de su educación conservadora —o quizá a causa de ella, puesto que las vidas monótonas alimentan ávidos anhelos por lo desconocido— hizo el formidable juramento de escalar el temido risco y visitar la casa anormalmente antigua que parecía hallarse en el cielo. Muy posiblemente, su «yo» sano arguyó que el lugar debía estar ocupado por gente que llegase a él desde tierra, por la fácil pendiente junto al estuario del Miskatonik. Era probable que se tratase de comerciantes de Arkham que ignoraban lo poco que les gustaba su casa a los de Kingsport, o que quizá eran incapaces de bajar por el acantilado del lado del pueblo. Olney se dirigió, por el camino de los acantilados menores, allá adonde el gran risco se elevaba insolentemente para unirse con los cuerpos celestes, y se aseguró por completo de que ningún pie humano podía subir o bajar por aquella escarpada vertiente sur. Hacia el norte y el este se alzaba sobre las aguas a miles de pies de altura en perpendicular, de manera que sólo quedaba el lado que daba al este, hacia el interior y hacia Arkham.

Una mañana de agosto, temprano, Olney se puso a buscar un camino que le llevase al pináculo inaccesible. Se dirigió hacia el noroeste por agradables caminos secundarios, pasando por Hooper's Pond y el viejo polvorín de ladrillos, hasta donde los prados se empinan hacia el risco sobre el Miskatonik y muestran una hermosa vista de los campanarios georgianos de Arkham, a través de leguas de río y vega. Allí encontró un sombreado camino hacia Arkham, pero ni un pequeño sendero que se dirigiese al mar como él deseaba. Bosques y campos se apiñaban hacia el

elevado banco en la desembocadura del río, y no mostraban signo alguno de la presencia humana; ni siquiera una tapia de piedras, ni una vaca descarriada; sólo hierba y grandes grupos de encinas, como las que debió haber visto el primer indio. Mientras ascendía despacio hacia el este, cada vez más alto sobre el estuario, a su izquierda, y cada vez más cerca del mar, se encontró con que el camino se iba haciendo cada vez más difícil, hasta que se preguntó maravillado cómo llegarían al mundo exterior los habitantes de aquella casa mal reputada, y si irían a menudo al mercado de Arkham.

Más tarde los árboles se separaron unos de otros y, lejos, a sus pies, y a su derecha, vio los antiguos techos y agujas de Kingsport. Desde aquella altura, incluso la colina central del pueblo parecía diminuta, y sólo pudo situar el antiguo cementerio que está junto al Hospital Congregacionista, y bajo el cual se rumorea que se abrían terribles cuevas o madrigueras. Frente a él había escasa hierba y escuálidos arbustos de zarzamoras, y detrás de la roca desnuda del risco y el delgado pico de la temida casa gris. Luego el risco se estrechaba, y Olney fue presa de vértigo al sentirse solo en medio del cielo, teniendo hacia el sur el terrible precipicio sobre Kingsport, y hacia el norte la terrible caída vertical de casi una milla hasta la boca del río. De pronto, se abrió ante él una gran grieta de diez pies de profundidad, y tuvo que dejarse caer de manos al suelo inclinado, y trepar peligrosamente hacia un desfiladero natural que había en la pared opuesta. ¡Así que éste era el camino por el que la gente de la casa misteriosa viajaba entre el cielo y la tierra!

Cuando trepó fuera de la grieta, una bruma matinal se estaba formando, pero vio claramente ante él

la elevada e impía casa; las paredes eran grises como la roca, y el techo picudo se alzaba audaz contra el blanco lechoso de los vapores marítimos. Y se percató de que no había puertas en el lado que daba a tierra; tan sólo dos ventanitas enrejadas, con emplomados cristales en forma de ojo de buey, al estilo del siglo diecisiete. A su alrededor todo era nubosidad y caos, y no pudo ver nada bajo la blancura del espacio ilimitado. Estaba solo en el cielo, con aquella casa rara e inquietante. Cuando se deslizó en torno a ella, hacia la fachada delantera, y vio que ésta se hallaba junto al borde del risco, de manera que no se podía alcanzar la única y estrecha puerta si no era desde el éter vacío, sintió un agudo terror, que no podía explicarse tan sólo por la altitud. Y era muy extraño que tablas tan carcomidas pudieran sobrevivir, y que unos ladrillos casi reducidos a polvo pudiesen formar aún una erecta chimenea.

Como la niebla se espesaba, Olney se arrastró de una ventana a otra, probándolas todas por los lados norte, este y sur, y encontrándolas cerradas. Le tranquilizó vagamente que lo estuvieran, porque cuanto más miraba aquella casa, menores eran sus deseos de penetrar en ella. Entonces un sonido le hizo detenerse. Escuchó sonar un cerrojo y abrirse un pestillo, y luego un largo crujido como si la puerta se abriese lentamente y con cautela. Esto sucedía en el lado del mar, que él no podía ver, donde el estrecho portal se abría sobre el espacio vacío, a miles de pies sobre las olas, en el brumoso cielo.

Luego oyó unos pasos deliberadamente pesados en el interior de la casa, y el ruido que hacían las ventanas al ser abiertas: primero las que miraban al norte, del lado opuesto a donde él estaba, y luego las del oeste, en la pared contigua; las siguientes en abrirse

serían las que daban al sur, bajo el gran alero colgante, en el lugar en el que él se hallaba; y hay que decir que se encontraba más que a disgusto cuando pensaba que a un lado tenía la detestable casa, y al otro el espacio vacío. Cuando oyó manipular en las ventanas más cercanas a él, se arrastró de nuevo hacia el oeste, aplastándose contra la pared junto a las ventanas ahora abiertas. Estaba claro que el propietario había vuelto a su hogar; pero no había venido desde tierra, ni había llegado en ningún globo o aeroplano que se pudiera imaginar. Se escucharon pasos de nuevo, y Olney corrió hacia el norte; pero antes de que pudiese encontrar refugio una voz le llamó con suavidad, y se dio cuenta de que había de enfrentarse a su anfitrión.

Surgiendo de la ventana del oeste había una cara, cubierta por una poblada barba negra, en cuyos ojos fosforescía la huella de visiones inauditas. Pero la voz era amable y tenía una modulación atractiva y de otros tiempos, de modo que Olney no se estremeció cuando una mano morena le alcanzó para ayudarle a pasar por encima del alféizar de la ventana al interior de aquella habitación baja, con frisos de roble negro y muebles labrados estilo Tudor. El hombre llevaba vestiduras muy antiguas, y en torno a él había una indefinible aureola de sabiduría marítima y de sueños de elevados galeones. Olney no recuerda muchas de las maravillas que le contó, ni siquiera quién era; pero dice que era extraño y amable, y que estaba saturado por la magia de ámbitos inalcanzados del tiempo y del espacio. Una tenue luz acuosa pintaba de verde la pequeña habitación, y Olney se apercibió de que las ventanas más alejadas, hacia el este, no estaban abiertas, sino cerradas con-

tra el cielo brumoso y provistas de cristales espesos como culo de antiguas botellas.

Aquel barbudo anfitrión parecía joven, pero miraba con ojos impregnados de muy antiguos misterios, y al escuchar sus relatos de antiguas maravillas podría decirse que los habitantes del pueblo tenían razón cuando decían que se había comunicado con las brumas del mar y las nubes del cielo, desde antes incluso de que hubiese ningún pueblo que, desde la llanura inferior, contemplase su vivienda taciturna. Y pasaba el día, y Olney continuaba escuchando los rumores de los tiempos antiguos y de lugares lejanos; y oyó cómo los reyes de Atlantis luchaban contra viscosas blasfemias que salían, pululantes, de las fallas del suelo oceánico; y cómo el templo de Poseidonis, con sus columnas cubiertas por las algas, sigue siendo contemplado a media noche desde la cubierta de barcos perdidos, que al verlo saben que están perdidos. Se recordaron los tiempos de los Titanes, pero el anfitrión se volvió reticente al hablar de la oscura edad primera del Caos, antes de que los Dioses e incluso los Antiguos, hubieran nacido, cuando los *otros dioses* venían a bailar en la cima del Hatheg-Kla, en el pétreo desierto cercano a Ulthar, más allá del río Skai.

En aquel punto del relato se escuchó un golpe en la puerta, en la vieja puerta de roble claveteado tras la cual se abría el abismo de nubes blancas. Olney se levantó, asustado, pero el hombre barbudo le indicó por señas que permaneciese quieto, y avanzó de puntillas hacia la puerta para atisbar hacia fuera por una mirilla diminuta. Lo que vio no fue de su agrado; puso un dedo sobre los labios y —siempre de puntillas— fue de una ventana a otra, cerrándolas y asegurándolas antes de volver al antiguo asiento,

junto a su huésped. Entonces, Olney vio cómo una extraña silueta negra se demoraba frente a los transparentes cuadrados de cada una de las turbias ventanitas sucesivamente. El que había llamado, investigaba en torno a la casa antes de marcharse; y Olney se alegró de que su anfitrión no hubiese contestado a la llamada, porque en el gran abismo hay objetos extraños, y el que busca sueños debe tener cuidado de no encontrarse con los equivocados, ni agitarlos.

Después empezaron a surgir las sombras; pequeñas y furtivas al principio, y luego vinieron otras más audaces por los oscuros rincones del entrepaño. Y el hombre barbudo hizo enigmáticos gestos de plegaria, y encendió altas bujías que había colocadas en candelabros de bronce curiosamente trabajados. Con frecuencia dirigía la mirada hacia la puerta, como si esperase a alguien; y por fin un golpeteo singular que debía pertenecer a algún código muy antiguo y secreto pareció responder a sus miradas. Esta vez no atisbó siquiera por la mirilla, sino que descolgó la pesada barra de roble y abrió el pestillo, liberando la pesada puerta y abriéndola de par en par a las estrellas y a la bruma.

Y entonces, al son de oscuras armonías, viniendo de las profundidades, flotaron en aquella habitación todos los sueños y todos los recuerdos de los Poderosos de la Tierra Sumergida. Y jugueteaban con rizos musgosos luminarias doradas que deslumbraban a Olney cuando éste les rendía homenaje. Allí estaba Neptuno, el portador del tridente; y tritones traviesos, y fantásticas nereidas; y una enorme concha granulosa se balanceaba, llevada a lomos de delfines; y en el interior de aquella concha cabalgaba la silueta alegre y terrible a la vez del Nodens, Señor del Gran Abismo. Y los tritones proferían con sus conchas

terribles mugidos, y las Nereidas emitían extraños sonidos al golpear los caparazones de seres desconocidos que se ocultan en las profundidades del mar y en sus negras cavernas. Entonces Nodens, el calcinado, sacó una arrugada mano y ayudó a Olney y a su anfitrión a penetrar en la amplia concha, mientras las caracolas y los gongs prorrumpían en un clamoreo terrible y salvaje. Y aquel cortejo de fábula se volvió danzando al éter sin límites; y el clamor de sus gritos se perdió en los ecos del trueno.

Durante toda la noche estuvieron observando en Kingsport aquel elevado risco, cuando la niebla y la tormenta lo dejaban al descubierto. Y cuando, hacia el amanecer, se oscurecieron las ventanas de la casa, se habló en el pueblo de tragedias y desastres. Y los niños de Olney rezaron con su robusta madre al blando y decente Dios de los Baptistas; y tenían la esperanza de que el excursionista pudiese tomar prestados un paraguas y un impermeable, a menos de que la lluvia cesara por la mañana. Luego la aurora salió del mar a nado, goteante y coronada de espumas, y las boyas solemnes repiquetearon en los vértices del blanco éter. Y al mediodía sonaron sobre el mar las bocinas de los duendes, mientras Olney, seco y con pies ligeros, bajaba por los riscos hacia la antigua Kingsport; y aún tenía en los ojos imágenes de lugares lejanos. No pudo rememorar lo que había soñado en la cabaña de aquel ermitaño, desprovisto aún de nombre, colgada del cielo; ni dijo cómo había bajado de aquel risco que no había hollado ningún otro pie. Tampoco pudo hablar de aquellos asuntos en absoluto, a no ser con el Terrible Viejo, que luego masculló cosas raras por entre su larga barba blanca; juraba que el hombre que bajó del risco no era exactamente el mismo que había su-

bido a él, y que en algún lugar, bajo el puntiagudo techo gris, o entre inconcebibles capas de aquella niebla siniestra, se hallaba perdido aún el espíritu del que fue Thomas Olney.

Y siempre desde aquel momento, a través de turbios años de monotonía y aburrimiento, el filósofo ha trabajado, ha comido y ha bebido, y ha cumplido sin quejarse las actividades propias de cualquier ciudadano. Ya no añora más la magia de las lejanas colinas, ni suspira por los secretos que asoman como verdes arrecifes de un mar sin fondo. Ya no le causa tristeza la monotonía de sus jornadas, y los pensamientos bien disciplinados son ahora suficientes para su imaginación. Su buena mujer se vuelve cada vez más fornida, y sus hijos se van haciendo mayores, más prosaicos y más útiles; y él no deja nunca de sonreír, orgulloso de ellos, cuando la ocasión lo solicita. No hay en su mirada ninguna luz inquieta, y si alguna vez presta oídos a campanas solemnes o a distantes bocinas diabólicas es sólo por la noche, cuando rondan los viejos ensueños. Nunca ha vuelto a ver Kingsport, porque a su familia no le gustaban las casas viejas y se quejaban de que los desagües eran insoportablemente malos. Ahora tienen un cuidado bungalow en Bristol, Highlands, donde no se alzan elevados riscos y los vecinos son educados y modernos.

Pero en Kingsport se cuentan extrañas historias, e incluso el Terrible Viejo admite un hecho que no le contó su abuelo. Ahora, cuando el viento del norte sopla, turbulento, por detrás de la elevada casa antigua que es una con el firmamento, queda roto por fin aquel silencio ominoso y airado que antes fuera la maldición de los que habitan las quintas marítimas de Kingsport. Y los viejos hacen comentarios so-

bre las voces placenteras que allí se oyen cantar, y sobre las risas que se dejan oír en ráfagas, demostrando una alegría superior al regocijo terrenal; y dicen que, al anochecer, las ventanitas bajas brillan con más luz que antes. También dicen que ahora se deja ver más a menudo en aquel lugar la orgullosa aurora boreal, brillando azul hacia el norte con sus paisajes de mundos helados, mientras la casa y el risco se destacan, negros y fantásticos, contra las extrañas irisaciones. Y las nieblas matutinas se han hecho más espesas, y los marineros no están ya tan seguros de que todos los repiqueteos que se oyen del lado del mar los produzcan las solemnes boyas.

Lo peor de todo, sin embargo, es que han disminuido los antiguos temores en los corazones de los jóvenes de Kingsport, que se han vuelto propensos a escuchar los lejanos y débiles sonidos que trae el viento del norte por las noches. Aseguran que ningún mal puede provenir de aquella casa de techo alto y puntiagudo, ni tampoco ningún peligro, ya que en las nuevas voces palpita la alegría, y las acompaña el repiqueteo de la música y las risas. No saben qué cuentos puede llevar la niebla a aquel pináculo embrujado del extremo norte, pero anhelan descubrir algún atisbo de las maravillas que llaman a la puerta del acantilado cuando son más espesas las nubes. Y los patriarcas temen que, algún día, uno tras otro asciendan a aquel pico inaccesible colgado del cielo, y aprendan los secretos que se ocultan bajo los escarpados aleros del techo gris que es parte de las rocas, de las estrellas y de los antiguos temores de Kingsport. No dudan de que vuelvan esos jóvenes, pero temen el que una luz pueda haberse desvanecido en sus ojos, al tiempo que la voluntad de sus corazones. Y no desean que Kingsport, con sus callejones empi-

nados y sus arcaicos campanarios, se arrastre desconocido mientras pasan los años, mientras —voz tras voz— se haga más fuerte y salvaje el coro riente en aquel desconocido y terrible nido de aves de rapiña, donde la niebla y los sueños de la niebla hacen un alto en su camino hacia el cielo.

No desean que las almas de sus jóvenes abandonen los plácidos hogares y las tabernas de tejado holandés de la vieja Kingsport, ni quieren que aumenten las risas y canciones en aquel lugar elevado y rocoso. Pues, de igual modo que la voz que vino trajo nuevas nieblas del mar y nuevas luminarias del Norte, piensan que de igual modo nuevas voces atraerán más luces y más nieblas, hasta que quizá los Dioses más antiguos (de los que sólo hablan en murmullo, por miedo de que les oiga el pastor congregacionista) puedan surgir de las profundidades y de Kadath la Desconocida, en la fría Inmensidad, y establecer su morada en ese risco tan perversamente apropiado y tan cercano a las dulces praderas y valles donde viven tranquilos los sencillos pescadores. No desean que suceda esto, porque las cosas que no son de esta tierra no resultan bien venidas entre la gente sencilla; y, por otra parte, el Terrible Viejo les hace recordar a menudo lo que Olney contó sobre aquella llamada a la puerta que temía el solitario Tabitante y sobre la sombra que vio recortándose, negra e inquisitiva, sobre la niebla, a través de aquellas ventanas emplomadas y translúcidas en forma de ojo de buey.

Sin embargo, sólo los Antiguos pueden decidir sobre todas estas cosas; y mientras tanto la niebla matinal sigue subiendo a aquel encantado pico vertiginoso en el que está la aguzada casa antigua, esa casa gris de bajos aleros en la que no se ve a nadie, pero

en la que prende furtivas luces el atardecer mientras el viento del norte cuenta extraños festejos. Blanca y plumosa sube desde las profundidades hacia sus hermanas las nubes, cargada de sueños de pastos sumergidos y cavernas de Leviatanes. Y cuando se acumulan los cuentos en las grutas de los tritones, y en ciudades de algas soplan las caracolas extrañas melodías aprendidas de los Antiguos, suben al cielo los grandes rebaños de la niebla cargados de saber; y Kingsport, intranquila, abrigada entre sus riscos menores, bajo aquel terrible centinela de roca, colgante, contempla hacia el océano tan sólo una mística blancura, como si los bordes de los acantilados fueran los bordes de toda la tierra, y las solemnes campanas de las boyas repicasen libremente en el éter mágico.

EN LOS MUROS DE ERYX

Antes de intentar descansar, pondré sobre el papel estas notas preparatorias del informe que he de redactar. Lo que he encontrado es tan singular, y contradice de tal modo todas las anteriores experiencias y suposiciones, que merece una descripción muy cuidadosa.

Llegué al terreno principal de aterrizaje de Venus el 18 de marzo, según el calendario terrestre, que corresponde al 9 del VI, según el cómputo de este planeta. Colocado en el grupo principal, a las órdenes de Miller, recibí mi equipo —con el reloj adaptando a la rotación algo más rápida de Venus— y realicé los ejercicios habituales con la máscara. Después de dos días se me declaró apto para la tarea.

Hacia el alba del 12-VI abandoné el puesto de la Compañía de Cristales en Nova Terra, y seguí la ruta del Sur, cuyo mapa había trazado Anderson desde el aire. El camino era malo, porque esas junglas

se ponen siempre casi impracticables después de la lluvia. Debe de ser la humedad lo que confiere a las enmarañadas parras y enredaderas esa dureza de cuero; dureza tan grande que el cuchillo ha de trabajar sobre algunas de ellas durante diez minutos. Hacia el mediodía, estaba más seco. La vegetación se había ablandado y era más elástica, de manera que el cuchillo la atravesaba con facilidad; pero incluso entonces no pude ir muy deprisa. Estas máscaras de oxígeno «Carter» son demasiado pesadas, y tan sólo el llevar una de ellas agota a medias a un hombre corriente. Una máscara «Dubois», con almacenador de esponja, pesa la mitad y proporciona un aire igual de bueno.

El detector de cristales parecía funcionar bien, y apuntaba sin vacilar en una dirección que ratificaba el informe de Anderson. Es curioso el funcionamiento del principio de afinidad, que no se parece en nada a la estafa de las «varas de zahorí» del Planeta-Hogar. Debe haber un gran depósito de cristales dentro de un radio de diez millas, aunque supongo que esos malditos hombres-lagarto estarán siempre atentos y vigilantes. Es posible que piensen que somos tan tontos por venir a Venus en busca del material, como nosotros pensamos que lo son ellos, que se arrastran en el barro cada vez que ven un pedazo de él, y que tienen esa gran masa de cristal en su templo, sobre un pedestal. Me gustaría que inventasen una nueva religión, porque no usan los cristales nada más que para rezarlos. Nos dejarían llevarnos tantos como quisiéramos si no fuera por la teología; e incluso si aprendiesen a utilizarlos como fuente de energía, habría más que suficientes para su propio planeta y para la Tierra juntos. Estoy harto de tener que dejar de lado los depósitos importantes y no

buscar más que los cristales esparcidos por los lechos de los ríos de la jungla. Alguna vez reclamaré que un ejército bueno y duro, venido de casa, barra a esos miserables escamosos; unas veinte naves podrían traer hombres suficientes para realizar la maniobra. No se puede llamar humanos a esas malditas criaturas, por muchas «ciudades» y torres que tengan. Sólo tienen habilidad para construir edificios y para emplear espadas y flechas envenenadas; y no creo que sus supuestas «ciudades» sean mucho más que los hormigueros o que los diques de los castores. Dudo, incluso, de que posean un verdadero lenguaje; me parece un engaño todo lo que se cuenta a propósito de la comunicación psicológica por medio de esos tentáculos que tienen bajo el pecho. Lo que confunde a la gente es su posición erecta, que es sólo un parecido físico accidental con el hombre de la Tierra.

Me gustaría, por una vez, atravesar la jungla de Venus sin tener que preocuparme por los grupos de ellos que acechan, o esquivar sus malditas flechas. Quizá estuvieran bien antes de que empezásemos a recoger cristales; pero la verdad es que ahora suponen un estorbo: nos acribillan con sus flechas y cortan nuestros conductos de agua. Cada vez estoy más convencido de que poseen un sentido especial, como nuestros detectores de cristales. No hay noticias de que hayan molestado nunca a un hombre —aparte de acecharlo a larga distancia— que no llevase cristales consigo.

Hacia la una de la tarde, un dardo casi me arrancó la escafandra, y creí por un momento que había atravesado uno de mis tubos de oxígeno. Los astutos diablos no había hecho un solo ruido, y tres de ellos se me estaban acercando. Acabé con todos disparan-

do en círculo mi pistola lanzallamas; aunque un color se confundía con el de la jungla, pude acertar a los reptiles en movimiento. Uno de ellos medía ocho pies de estatura, y estaba provisto de un morro como el de un tapir. Los demás tenían la estatura normal de siete pies. Su escaso número es lo único que les mantiene a raya: un solo regimiento, armado con lanza-llamas, podría acabar con ellos. Es curioso, sin embargo, que hayan llegado a ser la forma de vida dominante en el planeta. No hay otra cosa viva mayor que los sinuosos Akmans y skorahs, y los tukahs voladores del otro continente; a no ser, desde luego, que haya algo que se oculte en aquellos agujeros de la Meseta Dioneana.

Hacia las dos, mi detector viró en dirección oeste, indicando que había cristales aislados ante mí a la derecha. Esto coincidía con el informe de Anderson, y cambié mi camino en consecuencia. Era ahora más difícil andar, no sólo porque el camino se escarpaba, sino porque se hacía más numerosa la vida animal, y más frecuentes las plantas carnívoras. Continuamente tenía que acuchillar ugrats y pisotear skorahs, y mi traje de cuero se llenó de manchas a causa de los darohs, que lo salpicaban por todas partes al reventar. El brillo del sol, junto con la niebla, era aún más insoportable, y no parecía secar el barro ni lo más mínimo. Cada vez que me detenía mis pies se hundían cinco o seis pulgadas, y producían —al levantarlos— un ruido de succión. Desearía que alguien inventase una ropa protectora que no fuese de cuero. La tela, por supuesto, se pudriría; pero algún tejido metálico delgado —como la superficie de este rollo en el que escribo, garantizado contra la usura— podría ser utilizable.

Comí hacia las 3 h. 30', si es que se puede llamar comer a deslizar a través de mi máscara una miserable tableta alimenticia. Poco tiempo después noté un cambio radical en el paisaje: las siluetas de todas las cosas *temblaban rítmicamente*, y brillantes puntos de luz aparecieron, bailoteando al mismo ritmo lento y continuo. Después de esto, la temperatura pareció fluctuar al unísono con un peculiar tamborileo rítmico.

El universo entero parecía latir con pulsaciones profundas y regulares que llenaban todos los rincones del espacio y fluían por igual a través de mi cuerpo y de mi mente. Perdí todo sentido del equilibrio y me tambaleé, mareado; y las cosas no cambiaron lo más mínimo cuando cerré los ojos y me tapé los oídos con las manos. Sin embargo, mi mente permanecía aún clara, y en pocos segundos comprendí lo ocurrido.

Me había encontrado por fin con una de esas «plantas espejismo» de las que hablan muchos de nuestros hombres. Anderson me había precavido contra ellas, y me había descrito su apariencia: el velludo tallo, las hojas punzantes y las flores moteadas, cuyas emanaciones gaseosas que engendran sueños penetran cualquier tipo de máscara o escafandra.

Al recordar lo que le ocurrió a Bailey hace tres años caí en un pánico momentáneo, y empecé a tambalearme y a tropezar en el mundo loco y caótico que las emanaciones de la planta habían tejido a mi alrededor. Luego me volvió el buen sentido y me di cuenta de que todo lo que tenía que hacer era alejarme de las flores venenosas, dirigiéndome lejos de la fuente de las pulsaciones, y abriéndome camino a ciegas sin prestar atención a lo que pareciera arre-

molinarse en torno a mí, hasta situarme fuera del radio de acción de la planta, a salvo.

Aunque todo giraba peligrosamente, intenté andar en la debida dirección y abrirme paso a machetazos. Mi caminar debió distar mucho de seguir la línea recta, porque me pareció que tardaba horas antes de liberarme de la influencia de la planta-espejismo. Gradualmente empezaron a desaparecer las luces bailoteantes, y el paisaje temblón y espectral volvió a tomar una apariencia sólida. Cuando quedé por completo despejado miré mi reloj, y me asombró el ver que eran sólo las cuatro y veinte. La experiencia, en su totalidad, no había durado más de media hora, aunque a mí me pareció que transcurrió toda una eternidad.

Sin embargo, cualquier retraso era fastidioso, y había retrocedido al alejarme de la planta. Seguí entonces adelante, en la dirección ascendente que aconsejaba mi detector, y empleé todas mis energías en recuperar el tiempo perdido. La jungla era espesa aún, aunque había menos vida animal. En una ocasión una planta carnívora se tragó mi pie derecho y lo sujetó con tanta fuerza que tuve que emplear el cuchillo para sacarlo, y reducir a tiras a la flor antes de que lo soltase.

En menos de una hora, vi cómo se aclaraba la jungla, y a las cinco en punto, tras atravesar un cinturón de árboles-helechos, con muy poca maleza entre ellos, emergí a una amplia meseta musgosa. Mi progresión se hizo entonces rápida y vi, por las oscilaciones de mi detector, que me estaba acercando al cristal que buscaba. Esto era raro, porque la mayor parte de los ovoides esparcidos se encontraban en la jungla, en corrientes fluviales que no eran muy de esperar en aquella tierra elevada y sin árboles.

El terreno se inclinaba hacia arriba, y terminaba en una cima bien definida. Hacia las cinco y media alcancé la cima, y vi ante mí una llanura muy extensa, con selvas en la lejanía. Esta era, sin lugar a dudas, la llanura cuyo mapa hizo Matsugawa desde el aire hace cincuenta años, y que llamábamos «Eryx» o «Llanura Erycniana». Pero lo que me hizo latir con fuerza el corazón fue un detalle más pequeño que no debía encontrarse muy lejos del centro exacto de la llanura: se trataba de un solitario punto de luz que brillaba a través de la niebla y que parecía contener los débiles rayos del sol amarillento empañado por los vapores; estaba dotado de una luminosidad penetrante y concentrada. Este era, sin duda, el cristal que buscaba; algo posiblemente no mayor que un huevo de gallina, y que, sin embargo, contenía energía suficiente para proporcionar calor a una ciudad entera durante un año. Al contemplar el brillo en la lejanía, casi pude comprender que aquellos miserables hombres-lagarto rindiesen culto a tales cristales. Y, sin embargo, no tienen el menor conocimiento de la energía que contienen.

Inicié una rápida carrera, con la intención de llegar lo antes posible a la inesperada presa; y me contrarió que el musgo firme le cediese su lugar a un fango ligero y en extremo detestable, tachonado en ocasiones por matojos y plantas trepadoras. Pero chapoteé en él sin cuidado, pensando apenas en mirar a mi alrededor por si acechaba algún hombre-lagarto. No era probable que cayese en una emboscada en aquel espacio abierto. La luz que había frente a mí pareció crecer en brillo y tamaño mientras yo avanzaba, y empecé a advertir ciertas peculiaridades en su colocación. Claramente, se trataba de un

cristal de la mejor calidad, y mi júbilo crecía con cada chapoteante paso que daba.

Ahora es cuando debo tener cuidado al redactar mi informe, puesto que lo que he de relatar de aquí en adelante trata de asuntos sin precedentes, aunque afortunadamente se pueden verificar. Corría hacia adelante con impaciencia creciente, y había llegado a unas cien yardas más o menos del cristal —cuya situación en una especie de lugar elevado, en medio del fango omnipresente, parecía muy extraña— cuando una fuerza muy poderosa me golpeó de pronto en el pecho y en los nudillos —tenía yo los puños cerrados— y me tiró hacia atrás en el fango. El salpicón que mi caída produjo fue tremendo, y ni la blandura del suelo, ni la presencia de algunas fangosas hierbas trepadoras, me libraron de un golpe estremecedor en la cabeza. Durante unos momentos yací en posición supina, demasiado sorprendido para pensar. Luego, en forma casi mecánica, me enderecé y empecé a librar mi mono de cuero de la mayor parte de barro y suciedad.

No podía formarme la menor idea de aquello con lo que me había topado. No había visto ni vi nada que pudiese haber ocasionado el choque. ¿A fin de cuentas, no habría sido un simple resbalón en el fango? Mi pecho resentido y mis doloridos nudillos me prohibían creerlo. ¿O sería todo este incidente una ilusión producida por una oculta planta-espejismo? Parecía poco probable: no sufría ninguno de los síntomas habituales, y en los alrededores no había ningún lugar en el que pudiera ocultarse una planta tan típica y vistosa. Si me hallase en la Tierra, podría sospechar que algún gobierno había establecido una barrera de fuerza «N» para marcar una zona prohi-

bida; pero esto resultaba absurdo en esta región sin vida humana.

Por fin, repuesto de mi asombro, decidí investigar con precaución. Mantuve el cuchillo ante mí, lo más alejado posible de mi cuerpo y con la punta hacia delante para que fuese lo primero en chocar con la extraña fuerza, y me adelanté de nuevo en busca del cristal, preparado a avanzar paso a paso, con la mayor deliberación. Al tercer paso, me detuvo en seco el impacto de la punta del cuchillo contra una superficie sólida en apariencia; una superficie sólida, donde mis ojos no veían nada.

Después de un retroceso momentáneo, cobré audacia. Extendí mi enguantada mano izquierda, y verifiqué la presencia de una materia invisible y sólida —o de la ilusión táctil de una materia invisible— frente a mí. Al mover la mano descubrí que la barrera era bastante extensa y de una lisura casi cristalina, sin ninguna huella de junturas entre bloques separados. Animado a realizar nuevos experimentos, me quité el guante y palpé la cosa con la mano desnuda. Era realmente dura, vítrea, y de una rara frialdad que contrastaba con el aire ambiente. En un intento de observar alguna huella de la sustancia obstruyente, esforcé la vista lo más posible, pero no pude distinguir nada. No tenía siquiera poder de refracción, como pude apreciar por el aspecto del paisaje al otro lado. Y la ausencia de una brillante imagen del sol en cualquier punto, probaba que aquello carecía también de poder de reflexión.

Una ardiente curiosidad desplazó a cualquier otro sentimiento, y amplié lo mejor que pude mis investigaciones. Tanteé con las manos, y de ese modo descubrí que la barrera se alzaba desde el suelo hasta un nivel más alto de lo que yo podía alcanzar, y que

se extendía —sin fin aparente— a ambos lados. Se trataba, pues, de un *muro* de cierta clase, aunque no pude conjeturar de qué material estaba construido, ni cuál era su propósito. Pensé de nuevo en la planta-espejismo y en las visiones que produce, pero un momento de razonamiento me quitó de la cabeza esta posibilidad.

Intenté interpretar los sonidos que producían mis pesadas botas y el mango del cuchillo al golpearse contra aquello. Algo sugería en esas reverberaciones al cemento o al concreto, aunque el tacto me había revelado que se trataba más bien de una superficie metálica o vítrea. En verdad me encontraba frente a algo extraño, distinto a toda experiencia anterior.

El siguiente movimiento lógico era hacerme una idea de las dimensiones del muro. El problema de la altura iba a ser difícil, aunque no insoluble; pero quizá pudieran solucionarse antes los de la forma y longitud. Extendí los brazos, me apreté contra la barrera, y me puse a rodearla gradualmente, dirigiéndome hacia la izquierda y observando cuidadosamente el camino que seguía. Tras dar algunos pasos, llegué a la conclusión de que el muro no era recto, sino que formaba parte de un amplio círculo o elipse. Y entonces, algo completamente distinto distrajo mi atención; algo relacionado con el cristal, aún lejano, que constituyera el objeto de mi búsqueda.

Ya he dicho que, incluso visto desde una mayor distancia, había algo en la posición del objeto que daba la impresión de indefinible extrañeza: el objeto brillante estaba colocado en un montículo que sobresalía ligeramente del fango. Y entonces —a una distancia aproximada de cien yardas— pude ver, a despecho de la neblina que todo sumergía, que aquel

montículo era el cuerpo de un hombre vestido con el mono de cuero de la Compañía de Cristales; yacía boca arriba, y su máscara de oxígeno estaba medio enterrada en el fango a unas pulgadas de él. En la mano derecha sostenía el cristal que me había atraído allí, apretado convulsivamente contra el pecho; era dicho cristal un esferoide de tamaño increíble, tan grande que los dedos muertos apenas podían cerrarse en torno a él. Pude ver, incluso a aquella distancia, que el cadáver era reciente. Se apreciaba poca corrupción visible, y calculé que en este clima tal cosa significaba que la muerte se había producido no más de un día antes. Pronto empezarían a arracimarse en torno al cuerpo las odiosas moscas farnoth. Me pregunté quién sería el muerto. Nadie, seguramente, a quien hubiese visto yo en este viaje. Debía tratarse de uno de los veteranos, que había llegado a esta región especial en el curso de un largo vagabundeo, independientemente de la observación de Anderson, Ahí yacía, más allá de toda preocupación; y, por entre sus dedos, rígidos, surgían los rayos que se desprendían del gran cristal.

Permanecí allí cinco minutos largos, mirando al cadáver con asombro y aprensión. Me asaltó un curioso temor, y experimenté un impulso irrazonable de huir. Aquello no podía ser obra de los huidizos hombres-lagarto, ya que aún conservaba en su poder el cristal que había encontrado. ¿Guardaría alguna relación con el muro invisible? ¿Dónde habría encontrado aquel hombre el cristal? Los instrumentos de Anderson habían indicado la presencia de un cristal en esta región mucho antes de que este hombre pudiese haber perecido. Empecé entonces a considerar a la barrera invisible como algo siniestro, y me separé de ella con un estremecimiento. Sabía, sin embar-

go, que debía resolver el misterio por completo y con mayor rapidez a causa de esta tragedia reciente.

De pronto, haciendo volver mi pensamiento al problema con el que me enfrentaba, ideé un posible sistema para medir la altura del muro, o al menos para descubrir si se extendía o no hacia arriba infinitamente. Tomé un puñado de barro, lo dejé secar hasta que adquirió cierta consistencia, y lo lancé luego al aire, en dirección a la barrera transparente. A una altura que podía ser de unos catorce pies, la pella de barro chapoteó con ruido al golpearse contra la pared invisible; se desintegró al momento, y se escurrió hacia abajo en regueros que desaparecían con una rapidez sorprendente. El muro era elevado. Un segundo puñado, lanzado desde un ángulo más agudo, golpeó la superficie a unos dieciocho pies del suelo y desapareció tan deprisa como el primero.

Apelé entonces a todas mis fuerzas, y me preparé a arrojar un tercer puñado tan alto como me fuese posible. Dejé el barro secarse, lo apreté con la mano hasta que alcanzó el máximo de dureza, y lo tiré tan alto que temí que no llegase a la barrera obstruyente. Sin embargo lo hizo, y esta vez la cruzó por encima y cayó al barro del otro lado con un violento salpicón. Por fin tenía una idea aproximada de la altura del muro: el paso de uno a otro lado se había producido a unos veinte o veintiún pies del suelo.

Estaba claro que era imposible escalar una pared vitrea, lisa y vertical, de unos diecinueve o veinte pies de altura. Por tanto, debía yo seguir circundando el muro con la esperanza de encontrar una puerta, un extremo o cualquier clase de interrupción en su continuidad. ¿Formaría el obstáculo una circunferencia completa, u otra figura cerrada, o se trataría tan sólo de un arco o de un semicírculo? Actuando

de acuerdo con mi decisión, proseguí mi lenta progresión curvilínea hacia la izquierda, moviendo las manos de arriba abajo por la superficie invisible con la esperanza de encontrar una ventana u otra pequeña abertura. Antes de empezar a moverme, intenté señalar mi posición inicial excavando un hoyo en el barro, pero me encontré con que el fango era demasiado líquido como para conservar cualquier impresión. Sin embargo, calculé aproximadamente la situación del lugar, tomando como punto de referencia una alta cícada que parecía situada en línea recta con el cristal brillante a cien yardas de distancia. Podría decir que no existía puerta ni abertura alguna, cuando hubiese rodeado el muro por completo sin encontrarla.

No había caminado mucho cuando descubrí que la curvatura indicaba que aquello era un recinto cilíndrico de unas cien yardas de diámetro, si es que se trataba de una estructura regular. Esto significaba que el muerto yacía cerca del muro, en un punto casi opuesto a aquel en el que yo había comenzado. ¿Se encontraría justamente dentro o justamente fuera del recinto? Me cercioraría pronto de ello.

Mientras rodeaba con lentitud la barrera, sin encontrar ninguna puerta, ventana o abertura cualquiera, decidí que el cuerpo debía yacer en el interior. Al ser contemplados más de cerca, los rasgos del hombre adquirían una cualidad vagamente inquietante. En su expresión descubrí algo alarmante, algo en la mirada de sus ojos vidriosos. Cuando me acerqué lo suficiente, creí reconocer en él a Dwight, un veterano al que no conocía, pero al que me señalaron en el puesto el año pasado. El cristal que aferraba era verdaderamente excepcional, el espécimen separado mayor que había visto nunca.

Me encontraba muy cerca del cuerpo —podría haberlo tocado, de no ser por la barrera— cuando mi mano inquisitiva se encontró con una esquina en la barrera invisible. En un segundo descubrí que había allí una abertura de tres pies de ancho que se alzaba desde el suelo hasta una altura que no pude alcanzar. No había puerta, ni existían huellas de goznes que indicasen que la hubiese anteriormente. Sin un momento de vacilación crucé el urbral, y me acerqué en dos zancadas al cuerpo caído que yacía, perpendicular al pórtico por el que había penetrado, en lo que parecía ser un corredor en secante, sin puertas. Mi curiosidad se renovó al encontrarme con que este ampio recinto estaba dividido en compartimentos.

Me incliné a examinar el cadáver, y descubrí que no tenía herida ninguna. Esto no me sorprendió mucho, ya que la presencia del cristal era un argumento que contradecía la hipótesis de la intervención de los pseudoreptiles nativos. Al buscar alguna causa posible de la muerte, mis ojos se encontraron con la máscara de oxígeno caída cerca de los pies del cadáver. Era una circunstancia significativa. Ningún ser humano podría respirar el aire de Venus por más de treinta segundos sin este accesorio, y era obvio que Dwight —si es que se trataba de él— había perdido el suyo. Era probable que la hubiese amarrado sin cuidado, de manera que el peso de los tubos de oxígeno desamarró las correas, cosa que no podría ocurrir con una máscara «Dubois» de depósito de esponja. El medio minuto de gracia no había bastado para permitir al hombre agacharse y recuperar su protección; o quizá fuese anormalmente alto el contenido de cianógeno de la atmósfera en aquel momento. Probablemente, el hombre se encontraba ocupado en admirar el cristal, dondequiera que lo hubie-

se encontrado. Aparentemente, acababa de sacarlo de la bolsa de su mono, que estaba desabotonada.

Me puse entonces a arrancar de entre los dedos del prospector el grueso cristal, tarea que la rigidez del cuerpo hizo mucho más difícil. El esferoide era más grueso que un puño, y latía bajo los rayos del sol como si estuviera vivo. Involuntariamente me estremecí al tocar la superficie brillante; era como si al tomar el objeto precioso hiciese caer sobre mí el destino que había sufrido su anterior portador. Sin embargo, mis escrúpulos se desvanecieron pronto, y guardé cuidadosamente el cristal en la bolsa de mi traje de cuero. La superstición nunca ha sido una de mis debilidades.

Tras colocar el casco del hombre sobre su cara, tapando sus ojos abiertos, me enderecé y me volví, atravesando la puerta invisible, al vestíbulo de entrada al gran recinto. Volvió entonces toda mi curiosidad con respecto al extraño edificio, y me estrujé el cerebro con especulaciones en torno a su origen, material de que estaba construido, y finalidad de su construcción. No pude pensar ni por un momento que hubiera sido alzado por manos humanas. Nuestras naves alcanzaron Venus hace sólo setenta y dos años, y los únicos seres humanos sobre el planeta han sido siempre los de Nova Terra. Y la ciencia humana no conoce ningún sólido tan perfectamente transparente y no-refractario como el material de esta construcción. Se pueden descartar las invasiones humanas de Venus en una época no recogida por la Historia, de modo que hay que considerar la idea de una edificación hecha por nativos. ¿Precedió acaso a los hombres-lagarto una raza olvidada de seres con un alto nivel de evolución, en el dominio de Venus? Parece difícil, a pesar de sus ciudades de elabo-

rada construcción, atribuir nada de esta clase a los pseudo-reptiles. Hace eones debió existir otra raza de la que esto sea quizá la última reliquia. Encontrarán las expediciones futuras otras ruinas de origen similar? El propósito de tal estructura sobrepasa toda conjetura, para su material extraño, y nada práctico en apariencia, sugiere una utilización religiosa.

Al darme cuenta de lo incapacitado que estaba para resolver estos problemas, resolví que lo único que podía hacer era explorar la estructura invisible misma. Me sentía convencido de que sobre la llanura de barro se extendían varias cámaras y corredores invisibles, aunque nada parecía romper la lisura del suelo; y pensé que un conocimiento de la distribución de tales estancias habría de conducir a algo significativo. Así que, buscando a tientas mi camino de vuelta a través del portal, comencé —tras rodear el cuerpo— a avanzar a lo largo del corredor hacia aquellas regiones interiores de las que se podía presumir que había venido el hombre muerto. Mas tarde investigaría el vestíbulo que había dejado atrás.

Avancé lentamente, a tientas como un ciego a despecho de la luz del sol que se filtraba a través de la niebla. Pronto el corredor se torció en ángulo agudo, y formó una espiral de curvas en disminución hacia el centro. De vez en cuando, el tacto me revelaba la entrada a un pasaje en secante, sin puertas, y varias veces me encontré con cruces de dos, tres y cuatro pasadizos convergentes. En estos últimos casos escogí siempre el camino que más hacia dentro llevaba, y el que me parecía una continuación del que había estado siguiendo. Habría tiempo de sobra para examinar los ramales secundarios después de que hubiese alcanzado las regiones principales y re-

gresado de ellas. Me es difícil describir aquella extraña experiencia: recorrer sin verlos los caminos de una construcción invisible, alzada en un planeta extraño por las manos de una raza ya olvidada. Por fin, mientras continuaba mi avance a tientas y a tropezones, noté que el corredor terminaba en un espacio abierto de buen tamaño. Tanteando a uno y otro lado encontré que estaba en una cámara circular de unos diez pies de diámetro; y juzgué, por la posición que el cadáver ocupaba respecto a ciertos detalles de la lejana selva, que esta cámara estaba situada en el centro del edificio o cerca de él. De ella salían cinco corredores, además de aquel por el que yo había entrado, pero conservé en la mente la situación de éste, observando con mucho cuidado un árbol en particular que se destacaba sobre el horizonte, más allá del cadáver, cuando me encontraba a la misma entrada.

No había nada distintivo en esta cámara; tan sólo el suelo de inconsistente fango, presente en todas partes. He pregunté si tendría techo esta parte del edificio, y repetí el experimento de lanzar hacia arriba un puñado de barro; de inmediato descubrí que la estancia no estaba cubierta. Si alguna vez había existido, hacía mucho que debía haberse derrumbado, porque en ningún momento tropezaron mis pies con fragmentos ni con bloques esparcidos. Al reflexionar sobre esto, me pareció sorprendente que aquella edificación, al parecer tan antigua, estuviese desprovista de partes caídas, grietas en las paredes u otros atributos corrientes de las ruinas.

¿Qué era esto? ¿Qué es lo que había sido? ¿De qué estaba hecho? ¿Por qué no había huellas de junturas entre bloques en aquellos muros vítreos, curiosamente homogéneos? ¿Por qué no había ni huellas de

puertas, interiores ni exteriores? Tan sólo sabía que me hallaba en el interior de un edificio circular y sin techo, construido de un material liso y perfectamente transparente, no refractario ni reflectante; y que aquel edificio tenía unas cien yardas de diámetro y estaba provisto de muchos corredores y de una pequeña cámara circular en el centro. Nunca podría aprender otra cosa sobre él por medio de la investigación directa.

Observé entonces que el sol estaba muy bajo hacia el oeste, como un disco rojo que flotase en un charco naranja y escarlata sobre los árboles que formaban el horizonte, envueltos en la niebla. Estaba claro que había de apresurarme si deseaba encontrar un lugar para dormir sobre suelo seco, antes de que oscureciese. Hacía tiempo que tenía decidido ya acampar durante la noche en el borde firme y musgoso de la meseta, cerca de la cumbre, donde había avistado por primera vez el cristal brillante; confiaba en mi buena suerte habitual para salvarme de un ataque de los hombres-lagarto. Siempre he pensado que deberíamos viajar en grupos de dos o más, para que alguien pudiera quedarse de guardia durante las horas de sueño; pero el número de ataques nocturnos, verdaderamente pequeños, hace que la Compañía descuide este asunto. Esos míseros bichos escamosos parecen tener dificultad en ver por la noche, aunque estén provistos de antorchas de curiosa fosforescencia.

De nuevo atravesé el pórtico por el que había entrado en la cámara central, y emprendí el regreso a la entrada del edificio. La exploración adicional podía quedar para otro día. Busqué a tientas mi camino por el corredor en espiral, lo mejor que pude; sólo tenía por guías el sentido común, la memoria y

un vago reconocimiento de los grupos de matorrales mal definidos que había en la pradera, y pronto me encontré a gran proximidad del cadáver. Había ya una o dos moscas farnoth zumbando por encima de la cara cubierta por el casco, y vi que se estaba iniciando el proceso de corrupción. Movido por una repugnancia tan inútil como instintiva, moví la mano para alejar a los carroñeros; y entonces se hizo manifiesto algo extraño y asombroso: un muro invisible detuvo el movimiento de mi brazo, y así me di cuenta de que —a pesar del cuidado que había puesto en seguir el mismo camino que había emprendido para entrar— en realidad no había vuelto al corredor en el que yacía el cadáver. En vez de esto, me encontraba en una avenida paralela, tras haber tomado sin duda alguna bifurcación equivocada de uno de los intrincados pasillos que quedaban atrás.

Seguí avanzando, con la esperanza de encontrar más adelante alguna puerta que diese al vestíbulo de salida; pero me encontré con un muro vacío. Tendría entonces que volver a la cámara central y emprender de nuevo el camino. No me era posible decir con exactitud cuál era el punto en el que cometí mi error. Miré al suelo para ver si por milagro habían quedado huellas de mis pies y guiarme por ellas, pero me di cuenta en seguida de que el fango semilíquido conservaba las señales por muy poco tiempo. No tuve muchas dificultades en encontrar de nuevo el sendero de vuelta al centro, y una vez allí reflexioné sobre el camino adecuado hacia el exterior. La vez anterior me había desviado demasiado a la derecha. Esta vez debía tomar una bifurcación algo más a la izquierda en algún lugar; dónde, lo decidiría sobre la marcha.

Me sentía bastante confiado en la corrección de mis cálculos, mientras avanzaba a ciegas por segun-

da vez; y torcí a la izquierda en una bifurcación que estaba seguro de recordar. Continué mi avance en espiral, y tuve cuidado de no meterme por ningún pasadizo que se cruzase. Sin embargo, pronto advertí con desánimo que se cruzaba con el cuerpo a una distancia considerable; evidentemente, este pasadizo se unía al muro exterior en un punto situado mucho más allá del cuerpo. Di varios pasos más hacia delante, con la esperanza de que existiese otra salida en la mitad del muro que no había explorado desde el exterior, pero de nuevo me tropecé con una sólida barrera. Estaba claro que el trazado del edificio era aún más complicado de lo que yo había pensado.

Dudé entonces entre volver de nuevo al centro o probar alguno de los corredores laterales que se extendían hacia el cadáver. Si escogía esta segunda alternativa, corría el riesgo de enturbiar la visión mental que tenía de dónde estaba; era mejor, por consiguiente, no intentarlo, a menos de que pudiese dejar tras de mí alguna huella visible. El cómo dejar esta huella era un serio problema, y me estrujé los sesos en busca de una solución. No llevaba nada sobre mí que pudiese dejar huellas, ni tenía ningún material que pudiese esparcir, o cortar en pequeños trozos para esparcirlo.

Mi pluma no tenía efecto en el muro invisible, y no podía dejar un rastro de mis preciosas tabletas alimenticias. Incluso aunque hubiera deseado gastarlas en eso, no hubieran sido ni aproxidamente suficientes; aparte de que las pildoritas se hubieran hundido inmediatamente en el barro. Busqué en mis bolsillos por si había un cuadernillo pasado de moda —que se usan a menudo en Venus, de manera no oficial, a pesar de la rápida putrefacción del papel

en la atmósfera del planeta—, cuyas páginas pudiese romper y esparcir, pero no lo hallé. Era obviamente imposible rasgar el metal delgado y duro de este cilindro en el que escribo; y mis ropas no ofrecían tampoco ninguna posibilidad de ser usadas de esta manera. No podía arriesgarme, en la peculiar atmósfera de Venus, a estropear mi resistente mono de cuero, y la ropa interior ha sido eliminada a causa del clima.

Intenté embadurnar con barro las paredes lisas e invisibles, después de estrujarlo hasta dejarlo lo más seco posible, pero resultó que se escurría sin dejar huellas, con tanta rapidez como los puñados que había arrojado antes para probar la altura de la construcción. Finalmente desenvainé el cuchillo e intenté hacer una raya arañando la superficie fantasmagórica de vidrio; algo que pudiese reconocer al tacto, aunque no tuviese la ventaja de verlo desde lejos. Sin embargo, fue inútil: la hoja no hizo la menor impresión sobre aquel material desconocido y desconcertante.

Frustrados todos los intentos de dejar una pista, busqué de nuevo la cámara central con ayuda de la memoria. Parecía más fácil volver a aquella estancia que seguir un camino determinado y premeditado que me alejase de ella, y tuve pocas dificultades en volverla a encontrar. Esta vez apunté en mi rollo todas las vueltas que había dado, trazado un grosero e hipotético diagrama de mi camino y marcando todos los corredores divergentes. Por supuesto, era un trabajo enloquecedoramente lento, puesto que todo había de ser determinado al tacto y las posibilidades de error eran infinitas; pero pensé que, a la larga, el esfuerzo me compensaría.

Se espesaban las sombras del largo atardecer ve-

nusiano cuando alcancé la cámara central, pero tenía esperanzas todavía de volver al exterior antes de la noche cerrada. Al comparar mis nuevos diagramas con notas previas pensé haber situado mi error original, y una vez más emprendí, confiado, el camino por los corredores invisibles. Viré más hacia la izquierda que en mis intentos previos e intenté registrar en mi rollo el trazado de mis vueltas, en caso de que todavía me equivocase. Pude ver, en la penumbra creciente, la vaga silueta del cadáver, que era el centro de una repugnante nube de moscas farnoth. No había duda de que, antes de que pasase mucho tiempo, vendrían arrastrándose desde la llanura los gusanos del fango para completar la asquerosa tarea. Me aproximaba con cierta repugnancia al cuerpo y me disponía a pasar junto a él cuando una súbita colisión contra una pared me dijo que me había equivocado otra vez. Entonces me di cuenta de que estaba perdido. Las complicaciones de este edificio eran demasiadas para darles una solución rápida, y era probable que tuviese que hacer una investigación cuidadosa antes de que pudiera esperar salir. Deseaba, sin embargo, llegar a un terreno seco antes de que se hiciera la oscuridad total; por lo tanto, volví otra vez al centro, y comencé otra serie de intentos y de errores, tomando notas a la luz de mi linterna; al utilizar ésta advertí con interés que no producía reflejo alguno —ni siquiera el más mínimo brillo— en los muros transparentes que me rodeaban. Ya estaba preparado para esto, puesto que tampoco el sol había reflejado en ningún momento su brillante imagen sobre el extraño material.

Todavía andaba de un lado a otro, a ciegas, cuando sobrevino la oscuridad completa. Una niebla pesada tapaba la mayor parte de las estrellas y plane-

tas, pero la Tierra se veía con claridad: un punto brillante, azul verdoso, al sudeste. Estaba en su punto más cercano a Venus, y el telescopio me hubiera proporcionado una visión gloriosa. Incluso cuando los vapores se aclaraban momentáneamente podía distinguir a la Luna junto a ella. Entonces me era imposible ver el cadáver —mi único punto de referencia—, de modo que, después de dar algunas vueltas en falso, me volví a la cámara central. Después de todo, tendría que abandonar la esperanza de dormir en suelo seco. No podía hacerse nada hasta que volviese el día, y había de acomodarme lo mejor posible en aquel lugar. No sería agradable yacer en el barro, pero —gracias al mono de cuero— era factible. Había dormido en condiciones aún peores, en el transcurso de anteriores expediciones, y ahora el cansancio profundo me ayudaría a vencer el desagrado.

De manera que aquí estoy; escribo estas notas a la luz de mi linterna, en mi rollo, mientras chapoteo en el lodo de la cámara central. En mi apuro, extraño y sin precedentes, hay elementos casi humorísticos: ¡estoy perdido en un edificio sin puertas y que ni siquiera puedo ver! Saldré, sin duda alguna, a primera hora de la mañana, y por la tarde debería estar de vuelta en Nova Terra con el cristal. Este es en verdad una maravilla; brilla de manera asombrosa, incluso a la débil luz de la linterna. Lo acabo de sacar de la bolsa para examinarlo. El sueño tarda en venir, a pesar de mi cansancio; por eso me extiendo en lo que escribo. Debo dejarlo ahora. No hay mucho peligro de que esos malditos nativos vengan a molestarme a este lugar. Lo que menos me gusta es el cadáver; por fortuna, mi máscara de oxígeno me pone a salvo de sus peores efectos. Uso

con mucha precaución los cubos de clorato. Ahora voy a tomar un par de tabletas alimenticias. Escribiré más adelante.

Más tarde. 13-VI. Por la tarde.

He tenido más dificultades de las que esperaba. Aún me encuentro en el edificio, y habré de trabajar con destreza y rapidez si es que deseo descansar esta noche en terreno seco. Tardé mucho en dormirme, y hoy no me desperté hasta casi mediodía. A no ser por el resplandor del sol a través de las nieblas hubiera dormido más tiempo. El cadáver era una visión bastante desagradable: era un hervidero de gusanos y estaba rodeado por un enjambre de moscas farnoth. Algo había hecho caer el casco que le cubría el rostro, y era mejor no mirarlo. Al pensar en la situación, me felicité doblemente por llevar la máscara de oxígeno.

Por último me sacudí y me sequé el barro, tomé dos tabletas alimenticias y puse un nuevo cubo de clorato de potasa en el electrolizador de la máscara. Uso estos cubos con mucha parsimonia, pero me gustaría tener una mayor provisión de ellos. Me sentía mucho mejor después del sueño, y tenía la esperanza de salir pronto del edificio.

Quedé impresionado, al consultar las notas y diagramas, por la complejidad de los corredores, y por la posibilidad de haber cometido un error fundamental. De las seis abeturas que llevaban fuera del espacio central yo había elegido una como aquella por la que había entrado, guiándome por ciertas impresiones visuales. Cuando me situé justamente a la entrada, el cadáver se hallaba a una distancia

de cincuenta yardas, alineado exactamente con un lepidodendro en particular que estaba en el lejano bosque; pero resultó que esta manera de situarme no debió ser lo suficientemente correcta; la distancia que me separaba del cadáver hacía que fuera relativamente pequeña la diferencia de su situación —en relación con el horizonte—, visto desde las aberturas contiguas a la que yo suponía era la de mi primera entrada. Además, el árbol no se distinguía con suficiente claridad de los demás lepidodendros que había contra el horizonte. Hice las pruebas necesarias, y comprobé desolado que no podía estar seguro de cuál de las tres aberturas del lado del cadáver era la buena. ¿Habría atravesado un conjunto distinto de espirales en cada intento de salida? Esta vez me aseguraría. Me di cuenta de que, a pesar de que me era imposible dejar una pista de mi paso, había una señal que podía marcar mi posición primitiva. Aunque no podía dejar atrás mi mono, no me era imprescindible el casco —gracias a mi espesa mata de pelo— y podía abandonarlo; y éste era lo suficientemente grande y ligero como para ser visible y permanecer sobre el lodo acuoso. Por consiguiente, me despojé del objeto burdamente hemisférico y lo deposité a la entrada de uno de los corredores, el que se hallaba más a la derecha de los tres que debía probar.

Había de seguir este corredor, en la suposición de que era el adecuado; y repetir las vueltas que me pareciese recordar como correctas, al tiempo que consultaba continuamente mis notas y tomaba otras nuevas. Si no conseguía salir, agotaría en forma sistemática todas las variaciones posibles; y si esto fallaba, procedería a recorrer las calles que se extendiesen desde la abertura contigua. No era posible que

dejase de tomar, antes o después, el camino correcto que llevase a la salida. Pero había que emplear la paciencia. Incluso en el peor de los casos, era difícil que fracasase en alcanzar la llanura abierta a tiempo para gozar de una noche de sueño en seco.

Los resultados inmediatos fueron bastante desanimadores, aunque conseguí eliminar el corredor de la derecha en poco menos de una hora. Con este pasillo parecían entroncar tan sólo una sucesión de callejones sin salida, que acababan todos a gran distancia del cadáver; y pronto me di cuenta de que no había pasado por él en ninguno de los vagabundeos de la tarde anterior. Sin embargo, me resultó relativamente fácil —como en las ocasiones anteriores— volver a tientas a la cámara central.

Hacia la una de la tarde coloqué el casco-indicador a la entrada de la siguiente abertura, y me puse a explorar los corredores a los que daba acceso. Al principio pensé que reconocía las vueltas, pero pronto me encontré metido en un sistema de pasadizos por completo desconocidos. No me pude acercar al cadáver, y esta vez parecía haber quedado cortado igualmente de la cámara central, a pesar de que creía haber anotado todos los movimientos que hice. Parecía que hubiese recodos engañosos, cruces demasiado sutiles como para poderlos captar en mis diagramas, y comencé a experimentar una especie de ira mezclada con desánimo. A pesar de que la paciencia sería, a la larga, la que ganase, vi que mi búsqueda tendría que ser minuciosa, continuada por largo tiempo y fastidiosa.

A las dos en punto me encontraba todavía vagando por extraños corredores sin resultado: palpaba todo el tiempo los muros para encontrar el camino, miraba alternativamente hacia el casco y hacia el cadá-

ver, y garrapateaba datos en el rollo con decreciente confianza. Maldije la estupidez y vana curiosidad que me habían arrastrado a esta maraña de paredes invisibles; y pensaba que si hubiese abandonado el asunto y me hubiera retirado después de coger el cristal que tenía el cadáver, me encontraría ya a salvo en Nova Terra.

De pronto se me ocurrió que podía excavar, con ayuda de mi cuchillo, un túnel bajo los muros, y de este modo tomar un atajo que me llevase al exterior o a uno de los pasillos que salían hacia la puerta. No tenía medios de averiguar la profundidad a la que estaban los cimientos del edificio, pero el fango omnipresente indicaba la ausencia de todo pavimiento que no fuese el suelo del planeta. Colocado frente al cadáver distante, que era cada vez más horrible, me puse a cavar febrilmente con la hoja ancha y afilada.

Había unas seis pulgadas de fango semilíquido, bajo el cual aumentaba de pronto la densidad de suelo. Esta capa inferior era de un color diferente, una arcilla grisácea bastante parecida a las formaciones del polo Norte de Venus. Al continuar hacia abajo, junto a la barrera invisible, vi que el suelo se endurecía cada vez más. El fango acuoso se precipitaba en la excavación con la misma rapidez con que yo quitaba la arcilla; pero yo seguía trabajando a través de él. Si pudiese horadar cualquier clase de pasadizo bajo la pared, el fango no me impediría deslizarme afuera.

Pero a unos tres pies de profundidad la dureza del terreno supuso un serio obstáculo a mi excavación. Su tenacidad era mayor que la de cualquier otro material que hubiese visto antes, incluso en este planeta; a esto había que añadir un peso anómalo. Tenía

que astillar y romper la arcilla apelmazada, y los fragmentos que pude extraer eran como piedras sólidas o pedazos de metal. Finalmente, incluso la labor de astillar y romper se hizo imposible, y hube de cesar en mi tarea sin haber alcanzado el borde inferior del muro.

La intentona, que había durado una hora larga, me resultó tan inútil como costosa: empleé grandes cantidades de energía, lo que me obligó a tomar una ración alimenticia extra, y a poner en la máscara de oxígeno un tubo de clorato adicional. También supuso una pausa en la exploración a tientas de la jornada, porque me encuentro todavía demasiado exhausto para caminar. Tras limpiarme los brazos y las manos de la mayor parte del barro, me senté a escribir estas notas con la espalda apoyada contra un muro invisible, y de cara al lejano cadáver.

El cuerpo es ahora simplemente una masa hirviente de bichos; el olor ha empezado a atraer a algunos akmans fangosos de la jungla lejana. He advertido que muchas de las hierbas efjen extienden desde la llanura sus tentáculos necrófagos hacia la cosa; pero dudo de que sean lo bastante largos como para alcanzarla. Quisiera que algún organismo verdaderamente carnívoro, como los skorahs, apareciese; podrían olerme y econtrar un camino hacia mí a través del edificio. Esos seres tienen un raro sentido de la orientación. Podría observarlos mientras se acercaban, y anotar aproximadamente su camino si no formaban una línea continua. Incluso esto supondría una gran ayuda. Cuando me encontrase con alguno, la pistola lanza-llamas acabaría pronto con él.

Pero me es difícil tener la esperanza de una cosa así. Ahora que he redactado estas notas descansaré un rato más, y después tantearé un poco más. Tan

pronto como llegue a la cámara central —lo que debe ser bastante fácil— intentaré la abertura de la extrema izquierda. Después de todo, quizá pueda salir para el atardecer.

Noche del 13, VI

Nuevos problemas. Mi huida va a ser tremendamente difícil, porque hay elementos que no había sospechado. He de pasar otra noche aquí, en el barro, y mañana tendré que luchar. Dejé pronto de descansar, y a las cuatro en punto estaba en pie y tanteando de nuevo. Alcancé de nuevo la cámara central después de unos quince minutos, y cambié el casco de sitio para marcar la última de las tres aberturas posibles. Después de cruzar esta abertura, me pareció encontrar el camino más familiar, pero a los cinco minutos, una visión que me sobresaltó en forma indescriptible me detuvo.

Era un grupo de cuatro o cinco de esos detestables hombres-lagarto que emergían de la lejana selva que se extendía al otro lado de la llanura. A aquella distancia no los podía ver con claridad, pero me pareció que se detenían y se volvían hacia los árboles para gesticular, tras de lo cual se les unió una docena más de ellos. El crecido grupo avanzó entonces directamente hacia el edificio invisible, y los estudié con cuidado mientras se aproximaban. Nunca había visto de cerca a aquellos seres fuera de las sombras de la jungla.

Su parecido con los reptiles era perceptible, aunque sabía que era una mera apariencia, ya que estos seres no tienen ningún punto de contacto con la vida terrestre. Cuando se acercaron más, me parecieron

menos genuinamete reptilianos; tan sólo la cabeza plana y la piel verde y resbaladiza, como de rana, sustentaban tal idea. Avanzaban erguidos sobre sus raros y gruesos muñones, y los discos de succión de éstos hacían curiosos ruidos en el barro. Eran especímenes normales, de unos siete pies de altura, provistos de cuatro tentáculos pectorales largos y nudosos. Los movimientos de dichos apéndices —si es que las teorías de Fogg, Ekberg y Janat son correctas, lo que antes dudaba, pero que ahora estoy más dispuesto a creer— indicaban que las cosas sostenían una animada conversación.

Saqué la pistola lanza-llamas y me preparé a una dura lucha. Tenía pocas posibilidades de vencer, pero el arma me confería una cierta ventaja. Si los seres conocían este edificio lo atravesarían para buscarme, y de esta manera me proporcionarían una clave para encontrar la salida, igual que hubieran hecho los skorahs carniceros. Parecía indudable que atacarían, ya que ese sentido especial que poseen les permitiría adivinar la presencia del cristal en mi bolsa, aunque no pudiesen verlo.

Sin embargo, cosa sorprendente, no me atacaron. En vez de eso, se esparcieron y formaron un amplio círculo a mi alrededor, a una distancia que indicaba que se encontraban junto al muro invisible. Situados allí, formando un anillo, los seres me miraban silenciosa e inquisitivamente, y agitaban sus tentáculos, balanceando a veces la cabeza y haciendo gestos con los miembros superiores. Después de un rato vi a otros salir del bosque; avanzaron éstos, y se unieron a la curiosa muchedumbre. Aquellos que estaban más cerca del cadáver lo miraron brevemente, pero no hicieron ningún movimiento para molestar su descanso. El cuerpo era una visión horrible, pero

los hombres-lagarto no parecían incomodados por él. De vez en cuando, uno de ellos espantaba las moscas farnoth con sus miembros o con sus tentáculos, o aplastaba con los discos de succión de sus muñones una liana de efjeh, un gusano o un akman.

Devolví la mirada a los grotescos e inesperados intrusos, y me pregunté con desasosiego por qué no me atacaban de inmediato. Perdí momentáneamente la fuerza de voluntad y la energía nerviosa necesarias para continuar la búsqueda de la salida. En vez de eso, me apoyé blandamente contra el muro invisible del pasadizo en el que me hallaba, y dejé que de mi perplejidad emergiese, en forma gradual, una cadena de especulaciones, a cual más extravagantes. Cien misterios que con anterioridad me habían desconcertado parecieron tomar un nuevo y siniestro significado, y un miedo agudo, distinto a todo lo que había experimentado antes, me hizo estremecer.

Creí saber por qué aquellos seres repulsivos se reunían a mi alrededor con expectación. También creí haber encontrado por fin el secreto de la estructura transparente. El atrayente cristal que había encontrado, el cuerpo del hombre que lo había encontrado antes que yo... todas estas cosas empezaron a adquirir un significado oscuro y amenazador.

No era una común sucesión de infortunios lo que me había hecho perderme en esta maraña invisible de corredores sin techo. Nada de eso. Sin duda ninguna, el lugar era un genuino laberinto, un dédalo construido deliberadamente por esos seres infernales, cuya habilidad y capacidad mental me había yo equivocado al subestimar. ¿No debería haberlo sospechado antes, si conocía su habilidad misteriosa para la arquitectura? El propósito estaba claro, demasiado claro: era una trampa; una trampa prepa-

rada para cazar seres humanos, y el esferoide de cristal era el cebo. Esas cosas reptilianas habían comenzado a emplear la estrategia en su guerra contra los buscadores de cristales, y empleaban nuestra propia avidez contra nosotros.

Dwight —si es que era él este cadáver en putrefacción— era una víctima. Debió haber sido atrapado hace algún tiempo y no pudo encontrar la salida. Sin duda le había hecho enloquecer la falta de agua, y quizá se le hubieran agotado también los cubos de clorato. Después de todo, era probable que la máscara no hubiese caído por accidente. El suicidio era algo más que posible. En vez de enfrentarse a una muerte lenta, la había acelerado quitándose deliberadamente la escafandra, y dejando que la atmósfera letal hiciese de inmediato su obra. Por su posición se adivinaba la horrible ironía de su destino: se hallaba tan solo a unos pies de la salida salvadora que no había podido encontrar. Un minuto más de búsqueda y se hubiera salvado.

Y ahora yo estaba atrapado como él. Atrapado y rodeado por un círculo de curiosos mirones que se mofaban de mis apuros. El pensarlo era enloquecedor, e hizo que un súbito rayo de locura se apoderase de mí y me obligase a correr sin objeto por los pasadizos invisibles. Durante varios momentos me convertí en un maniático; tropecé, vacilé, me golpeé contra las paredes invisibles, y por fin caí en el fango, como un pedazo de carne lacerado, jadeante, sangrante y privado de razón.

La caída me calmó un poco, de manera que cuando, con lentitud, me puse en pie, pude darme cuenta de las cosas y emplear la razón. Los mirones que me rodeaban agitaban sus tentáculos de forma extraña e irregular, que sugería una risa rara y socarrona;

al levantarme les amenacé salvajemente con el puño. Mi gesto pareció aumentar su odioso regocijo; y algunos de ellos lo imitaron, desmañados, con los verdosos miembros superiores. La vergüenza me devolvió la sensatez, e intenté recuperar del todo mis facultades y hacer un examen de la situación.

Después de todo, no estaba en tan mala situación como había estado Dwight. Yo sabía cuál era la situación, y el que está avisado está armado. Tenía la prueba de que se podía alcanzar finalmente la salida, y no repetiría su trágico acto de desesperación impaciente. El cuerpo —que pronto sería un esqueleto— estaba de continuo ante mí, como si me guiase hacia la abertura buscada; y —si trabajaba el tiempo necesario y con la inteligencia que ello requería— llegaría ciertamente a ella, con paciencia y tozudez.

Tenía, sin embargo, la desventaja de estar rodeado por esos demonios reptilianos. Ahora que había comprendido la naturaleza de la trampa —cuyo material invisible era la prueba de una ciencia y de una tecnología superiores a las terrestres— no me era posible desdeñar por más tiempo la capacidad mental y los recursos de mis enemigos. Aún provisto de la pistola lanza-llamas pasaría un mal rato para escapar, aunque —a la larga— me harían ganar el valor y la intrepidez.

Pero, ante todo, había de alcanzar el exterior, a no ser que pudiese atraer o provocar a algunas de las criaturas para que avanzasen hacia mí. Mientras preparaba mi pistola para la acción, y hacía el recuento de mi generosa provisión de municiones, se me ocurrió probar el efecto que tendrían sus impactos en las paredes invisibles. Habría pasado por alto un medio posible de escapar. No tenía ningún indicio de la composición química de la barrera transparente;

era posible que se tratase de algo que una lengua de fuego cortase como si estuviera hecho de queso. Elegí una sección enfrente del cadáver, disparé cuidadosamente la pistola a corta distancia y toqué luego con el cuchillo el lugar al que había dirigido el disparo. Nada había cambiado. Había visto cómo la llama se esparcía al chocar con la superficie; entonces me di cuenta de que mi esperanza había sido vana. Tan solo una larga y tediosa búsqueda de la salida me llevaría alguna vez al exterior.

De modo que, después de tragar otra tableta alimenticia y poner un cubo más en el electrolizador de la máscara, volví a empezar la larga búsqueda; regresé a la cámara central y comencé de nuevo. Consultaba constantemente mis notas y dibujos y hacía otros nuevos; daba una vuelta equivocada tras otra, pero continué con desesperación hasta que la luz del atardecer se hizo muy escasa. De vez en cuando —al tiempo que persistía en mi búsqueda— miraba al silencioso círculo de observadores burlones, y advertí que los componentes del grupo se relevaban gradualmente. A cada rato unos cuantos volvían a la selva y otros llegaban a ocupar su puesto. Cuanto más pensaba en ello, menos me gustaba su táctica, porque me daba un indicio de las posibles motivaciones de las criaturas. Aquellos demonios podían haber avanzado para luchar conmigo en cualquier momento, pero parecían preferir observar mis esfuerzos para escapar. No podía más que inferir que gozaban con el espectáculo, y esto me hacía estremecerme con fuerza redoblada ante la perspectiva de caer en sus manos.

Al llegar la oscuridad cesé en mis esfuerzos y me senté en el suelo a descansar. Ahora escribo a la luz de la linterna, y pronto intentaré dormir un poco.

Espero encontrarme fuera mañana; mi cantimplora está muy mermada, y las tabletas de lacol son un mal sustituto del agua. Me será difícil atreverme a probar la humedad de este fango, porque el agua de las regiones fangosas no es potable si no esta destilada. Esta es la razón por la que establecemos largos conductos de agua hacia las regiones de arcilla amarilla, o dependemos del agua de lluvia cuando esos demonios encuentran nuestras tuberías y las cortan. Tampoco dispongo de demasiados cubos de clorato, y debo intentar reducir lo más que pueda mi consumo de oxígeno. Mi intento de excavar un túnel, a principios de la tarde, y la loca carrera a la que me impulsó el pánico hace poco, consumieron una peligrosa cantidad de aire. Mañana reduciré el ejercicio físico a su mínima expresión hasta que me encuentre con los reptiles y tenga que vérmelas con ellos. Debo tener una buena provisión de cubos para mi viaje de vuelta a Nova Terra. Mis enemigos están todavía cerca; puedo ver en torno mío el círculo de sus débiles antorchas fosforescentes. En esas luces hay una cualidad horrible que me mantendrá despierto.

Noche del 14-VI

Después de otra jornada completa de búsqueda, aún no he encontrado la salida. Empieza a preocuparme el problema del agua, porque mi cantimplora quedó vacía a mediodía. Por la tarde cayó un chaparrón y volví a la cámara central en busca del casco que había dejado como señal; lo usé como recipiente y recogí en él unos dos vasos de agua. Bebí la mayor parte, y puse en la cantimplora lo poco que quedaba. Las tabletas de lacol son de poca utilidad contra la

verdadera sed, y espero que llueva más durante la noche. He dejado el casco boca arriba para recoger algo de lo que caiga. No me quedan muchas tabletas alimenticias, pero aún hay bastantes. A partir de ahora tendré que reducir mis raciones a la mitad. Lo que verdaderamente me preocupa son los cubos de clorato, porque, aunque no hice ejercicios violentos, el vagabundeo interminable de la jornada ha acabado con un peligroso número de ellas. Mis forzosas economías de oxígeno y la sed que aumenta de continuo me hacen sentirme débil. Supongo que me encontraré más débil todavía cuando reduzca mi alimentación.

En este laberinto hay algo maldito, algo misterioso. Podía asegurar que había eliminado ciertas vueltas por medio de los mapas, y sin embargo, cada nuevo intento desmiente alguna suposición que había creído establecida. Nunca había comprendido antes lo perdidos que nos encontramos sin puntos de referencia visuales. Un cielo se las arreglaría mejor; pero para la mayor parte de los seres humanos, el de la vista es el rey de los sentidos. Todos estos vagabundeos infructuosos tienen como efecto un profundo desánimo. Entiendo como debió sentirse el pobre Dwight. Su cadáver es sólo un esqueleto ahora; se han ido los gusanos, los akmans y las moscas farnoth. Las hierbas efjeh arrancan a trozos el mono de cuero; son más largas y crecen más rápido de lo que yo había supuesto. Y, durante todo el tiempo, los relevos de mirones provistos de tentáculos permanecen en torno a la barrera, deleitándose con mi sufrimiento, riéndose de mí y gozando con mi desgracia. Un día más, y me volveré loco si es que no caigo muerto de cansancio.

Sin embargo, no puedo hacer más que perseverar.

Dwight hubiera salido si hubiese aguantado un minuto más. Es posible que alguien de Nova Terra venga a buscarme dentro de poco, aunque éste es sólo el tercer día que llevo fuera. Me duelen horriblemente los músculos, y no me parece que descansé en absoluto, tumbado en este horrible lodo. La noche pasada dormí sólo por rachas, a pesar de mi terrible cansancio; y temo que esta noche no será mejor. Vivo una pesadilla sin fin: en equilibrio entre el sueño y la vigilia, sin estar de verdad dormido ni despierto. Me tiembla la mano, no puedo escribir más por ahora. Es horrendo el círculo de las débiles antorchas fosforescentes.

Al atardecer, 15-VI

¡Progreso sustancial! Esto tiene buen aspecto. Muy débil, y no dormí hasta el amanecer. Entonces me amodorré hasta mediodía, aunque sin descansar en absoluto. No llovió, y la sed me debilita mucho. Comí una tableta alimenticia extra, pero no ha servido de nada sin agua. Me atreví a tomar un poco del fango acuoso una vez tan solo, pero me puse violentamente enfermo y quedé más sediento todavía que antes. Tengo que economizar cubos de clorato, así que estoy casi asfixiado por falta de oxígeno. No puedo andar mucho tiempo, pero me las arreglo para arrastrarme por el barro. Hacia las dos de la tarde creí reconocer algunos pasadizos, y llegué mucho más cerca del cadáver —ahora esqueleto— de lo que había estado desde los intentos del primer día. Me desvié una vez por un callejón sin salida, pero volví a la ruta principal con ayuda de mi mapa y de mis notas, la malo de estas anotaciones es que son

demasiadas. Deben cubrir tres pies del rollo, y tengo que detenerme largo rato para desenmarañarlas. Tengo la mente debilitada por la sed, la asfixia y el cansancio, y no puedo entender todo lo que he anotado. Estas malditas cosas siguen mirando y riendo con sus tentáculos, y a veces gesticulan de un modo particular que me hace pensar que participan de algún modo en una broma situada fuera del alcance de mi percepción.

Eran las tres en punto cuando di el gran paso adelante. Había una puerta que, según mis notas, no había atravesado antes; cuando la probé, me encontré con que podía arrastrarme en círculos hacia el esqueleto que la maleza enlazaba. El camino formaba una especie de espiral, muy parecida a aquella por la que alcancé por vez primera la cámara central. Cada vez que llegase a una entrada lateral o a un cruce, seguiría la ruta que parecía repetir mejor el itinerario original. Mientras avanzaba en círculos, cada vez más cerca de mi macabra meta, los observadores intensificaban sus gestos crípticos y su silenciosa risa sardónica. Era evidente que veían en mi caminar algo espantosamente divertido; sin duda se daban cuenta de lo indefenso que estaría en cualquier encuentro con ellos. Yo me conformaba con dejarles entregados a su júbilo; aunque consciente de mi extrema debilidad, contaba con la pistola de llamas y sus numerosos cartuchos para abrime paso a través de la horra reptiliana.

Mis esperanzas iban en aumento, pero no intenté ponerme de pie. Era mejor arrastrarme entonces y economizar mis fuerzas para el encuentro con los hombres-lagarto, que se avecinaba. Mi avance era muy lento, y era muy grande el peligro de desviarme

por algún callejón sin salida, pero a pesar de todo parecía acercarme directamente, en línea curva, hacia mi óseo objetivo. La perspectiva me infundió nuevas fuerzas, y el dolor, la sed y la magra provisión de cubos de cloral dejaron de preocuparme por el momento. Las criaturas se apiñaban entonces junto a la entrada, gesticulando y riendo con sus tentáculos. Pronto, pensé, habría de enfrentarme con toda la horda, y quizás también con refuerzos que recibiesen del bosque.

Me encuentro ahora a pocas yardas del esqueleto, y hago una pausa antes de emerger y abrime paso a través de la maléfica hueste de entidades reptilianas. Confío en que los pueda hacer huir con mi última onza de energía, a pesar de su número, porque el alcance de esta pistola es tremendo. Luego acamparé en el musgo seco del borde de la meseta, y por la mañana haré el fatigoso viaje hasta Nova Terra. Me regocijará el ver hombres vivos y edificios de seres humanos otra vez. Los dientes de esa calavera brillan, y su sonrisa es horrible.

Hacia la noche, 15-VI

Horror y desesperación. ¡De nuevo decepcionado! Me aproximé aún más al esqueleto después de hacer las anotaciones anteriores; pero de pronto me encontré con un muro de separación. Una vez más había sido decepcionado. Y parecía estar de vuelta al sitio donde me había encontrado tres días antes, en mi primer vano intento de abandonar el laberinto. No sé si grité o no; quizá estaba demasiado débil para exhalar un solo sonido. Tan solo me dejé caer, abatido, en el lodo, y allí permanecí largo rato mientras

las cosas verduscas saltaban y reían y hacían gestos ahí fuera.

Después de algún tiempo recuperé por completo la consciencia. La sed, la debilidad y la asfixia, ganaban terreno con rapidez; emplee mis últimas fuerzas en poner un nuevo cubo en el electrolizador, sin considerar las necesidades de mi viaje a Nova Terra. El oxígeno fresco me revivió un poco, y me permitió mirar a mi alrededor con mayor comprensión.

Parecía encontrarme a una distancia algo mayor del pobre Dwight que cuando mi primera decepción, y me pregunté con torpeza si no estaría en algún corredor algo más remoto. Con esta débil esperanza me arastré laboriosamente hacia delante; pero después de recorrer algunos pies me encontré bloqueado, como me había sucedido en la ocasión anterior.

Entonces, esto era el fin. Los tres días no me habían llevado a ninguna parte y se me habían acabado las fuerzas. Pronto enloquecería de sed, y además ya no podía contar con cubos suficientes para el regreso. Me pregunté con debilidad por qué los extraños seres se habrían apelotonado tan estrechamente junto a la entrada mientras se burlaban de mí. Es posible que esto fuera parte de la burla: hacerme creer que me acercaba a una salida que ellos sabían inexistente.

No duraré mucho, aunque estoy dispuesto a no precipitar las cosas como hizo Dwight. Su calavera sonriente se acaba de volver hacia mí, empujada por la progresión de una de las matas de efjeh que devoran su mono de cuero. La mirada vampírica de sus órbitas vacías es aún peor que la de los horribles lagartos. Le da un horrendo significado a esa sonrisa muerta de los blancos dientes.

Me quedaré muy quieto, tumbado en el fango, y ahorraré todas las energías que pueda. Este informe —que espero llegue a los que me sigan y les sirva de advertencia— estará pronto acabado. Cuando pare de escribir descansaré un largo rato. Luego, cuando sea demasiado de noche para que esas temibles criaturas puedan ver, reuniré mis últimas reservas de fuerza e intentaré arrojar el rollo por encima de los muros y de los corredores, a la llanura exteior. Tendré cuidado de tirarlo hacia la izquierda, donde no caiga entre la saltarina horda de burlones sitiadores. Quizá se pierda para siempre en el barro blando, pero es posible que caiga en algún montón de hierbas y llegue por fin a manos de los hombres.

Si llega a ser leído, espero que sirva para algo más que para advertir a los hombres de la existencia de esta trampa. Espero que sirva de advertencia a nuestra raza para que dejen los cristales donde están. Pertenecen tan sólo a Venus. Nuestro planeta no los necesita verdaderamente, y creo que hemos violado determinada ley oscura y misteriosa, grabada profundamento en el arcano del Cosmos, al intentar apoderarnos de ellos. ¿Quién puede decir que oscuras fuerzas, vastas y poderosas obligan a estos reptiles a guardar de forma tan extraña su tesoro? Dwight y yo hemos pagado; otros han pagado, y otros pagarán, pero es posible que estas muertes aisladas sean sólo el preludio de mayores horrores por venir. Dejemos a Venus lo que sólo a Venus pertenece.

Estoy ahora muy cerca de la muerte, y temo que no seré capaz de arrojar el rollo cuando la oscuridad llegue. Si no puedo hacerlo supongo que los hombres-lagarto se apoderarán de él, ya que es pro-

bable que se den cuenta de lo que es. No desearán que se advierta a nadie de la existencia del laberinto, y no sabrán que mi mensaje incluye un alegato en beneficio suyo. A medida que se aproxima el final me siento mejor dispuesto hacia esos seres. ¿Quién sabe qué especie está situada más alta, a escala cósmica, o se aproxima más a una norma orgánica valedera para todo el espacio: la suya o la mía?

Acabo de sacar de la bolsa el gran cristal, para contemplarlo en mis últimos momentos. Brilla con fuerza, amenazador, a los rayos rojos del moribundo día. La horda saltarina lo ha visto, y sus gestos han cambiado de una manera que no puedo comprender. Me pregunto por qué siguen apiñados a la entrada, en lugar de concentrarse en un punto aún más cercano a mí del muro transparente.

Estoy cada vez más torpe, y no puedo escribir mucho más. Las cosas tiemblan en torno mío, pero todavía no pierdo el sentido. ¿Podré arrojar esto por encima del muro? Este cristal brilla mucho, y, sin embargo, oscurece cada vez más.

Oscuridad. Estoy muy débil. Todavía saltan y se ríen cerca de la entrada. Y ya han encendido sus infernales antorchas fosforescentes.

¿Se alejan? Soñé que oía un sonido...; luz en el cielo...

INFORME DE WESLEY P. MILLER, SUPERINTENDENTE, GRUPO A, COMPAÑIA DE CRISTALES DE VENUS.

Nuestro operario A-48, Kenton J. Stanfield, de 5317 Marshall Street, Richmond, Va, abandonó Nova Terra en la mañana del día 12 del VI, en un corto viaje, siguiendo las indicaciones del detector. Debía estar de vuelta el 13 o el 14. No apareció. Al atardecer del 15 el avión explorador Fr-58 salió con cinco hombres a mis órdenes, exactamente a las ocho de la tarde, para seguir la ruta con ayuda del detector. La aguja no había cambiado de dirección desde las lecturas anteriores.

Seguimos la dirección de la aguja hacia la Altiplanicie Erciniana, e hicimos funcionar los focos durante todo el camino. Cañones lanzallamas de triple alcance y cilindros de radiación D deberían haber dispersado a cualquier grupo normal de nativos hostiles, o cualquier peligrosa manada de skorahs carnívoros.

Cuando sobrevolábamos la llanura despejada de Eryx vimos un grupo de luces móviles que reconocimos como antorchas fosforescentes indígenas. Al aproximarnos, se dispersaron por la selva. Probablemente era un grupo de setenta y cinco a cien individuos. El detector indicó la presencia de un cristal donde había estado. Al planear bajo sobre ese punto nuestras luces pusieron de relieve dos objetos en el suelo: un esqueleto enmarañado en hierbas efjeh y un cuerpo completo a diez pies de él. Acercamos el avión a los cuerpos y un pico del ala se rompió al chocar con una obstrucción invisible.

Al aproximarnos a pie a los cadáveres pronto chocamos con una barrera lisa, invisible, que nos dejó enormemente asombrados. Tanteando a lo largo de ella, a proximidad del esqueleto, descubrimos una abertura; tras ella había otra más, que llevaba hasta el esqueleto. Este último, aunque la maleza le había

privado de sus ropas, tenía junto a él uno de los cascos numerados de la compañía. Era el Operario B-9, Frederick N. Dwight, de la división de Keonig, que había pasado dos meses fuera de Nova Terra, en una larga misión.

Parecía existir otra pared entre el esqueleto y el cuerpo completo, pero pudimos identificar fácilmente al segundo hombre: era Stanfield. Tenía en la mano izquierda un rollo de notas y una pluma en la derecha, y parecía haberse encontrado escribiendo cuando murió. No se veía ningún cristal, pero el detector indicó un grueso especimen cerca del cuerpo de Stanfield.

Tuvimos grandes dificultades en llegar hasta el cuerpo de Stanfield, pero finalmente lo conseguimos. El cuerpo estaba aún caliente, y junto a él había un gran cristal, cubierto por el barro poco profundo. Inmediatamente estudiamos el rollo de notas que tenía en la mano izquierda, y nos preparamos a tomar ciertas medidas basadas en sus datos. El contenido del rollo forma la larga narración que se adjunta en este informe; una narración cuyas descripciones más importantes hemos verificado, y que incluimos como ratificación de lo que se descubrió. Sus últimos puntos muestran el deterioro mental de Stanfield, pero no hay razones para dudar de la mayor parte de ella. Los motivos de la muerte de Stanfield fueron, es obvio, una combinación de sed, asfixia, agotamiento cardíaco y depresión psicológica. La máscara estaba en su lugar y generaba oxígeno libremente, a pesar de que la provisión de cubos era alarmantemente baja.

Nuestro avión estaba averiado, y enviamos un mensaje telegráfico para llamar a Anderson, que vino con el Avión Reparador FG-7, una tropa de

derribo y un equipo de material explosivo. Por la mañana, FH-58 estaba ya reparado y volvió a Nova Terra al mando de Anderson, llevando los dos cadáveres y el cristal. Enterraremos a Stanfield y a Dwight en el cementerio de la Compañía y enviaremos el cristal a Chicago en la próxima astronave que zarpe para la Tierra. Más tarde adoptaremos la sugestión de Stanfield —la sensata, en la parte más cuerda, que es la primera de su informe— y traeremos tropas suficientes para barrer a todos los nativos de una vez. Con el campo libre la cantidad de cristal que podamos conseguir será casi ilimitada.

Por la tarde estudiamos el edificio o trampa invisible con gran cuidado; lo exploramos con ayuda de largas cuerdas para guiarnos, y preparamos un plano completo para nuestros archivos. Quedamos muy impresionados por el diseño, y conservamos especímenes de la sustancia de la que está construido, para su análisis químico. Serán útiles tales conocimientos cuando nos apoderemos de las ciudades nativas. Nuestros taladradores de diamante de tipo C pudieron morder el material invisible, y los del equipo de derribo están plantando ahora cartuchos de dinamita, preparándose para una explosión total. Nada quedará cuando hayamos acabado. El edificio supone una verdadera amenaza para el tráfico, aéreo o de otro tipo.

Al considerar el plano del laberinto, uno queda impresionado no tan sólo por la ironía del destino de Dwight, sino de igual modo por la del de Stanfield. No pudimos encontrar un acceso a la izquierda, al intentar llegar desde el esqueleto al segundo cuerpo; pero Markheim encontró una entrada en el espacio interno, a unos quince pies más allá de Dwight, y

cuatro o cinco más allá de Stanfield. Más allá de ésta había una abertura que llevaba directamente al cuerpo. Stanfield podría haber llegado a la salida con sólo andar veintidós o veintitrés pies, si hubiese hallado la abertura que estaba directamente *detrás* de él; una abertura que no encontró a causa de su fatiga y desesperación.

EL MALVADO CLÉRIGO

Un hombre de aspecto inteligente y grave, vestido con sobriedad y dotado con una barba de acerado color gris, me introdujo en la cámara del ático y me habló de esta manera:

—Sí, *él* vivió aquí; pero no le aconsejo a usted que haga nada. Su curiosidad le vuelve irresponsable. *Nosotros* nunca venimos aquí por la noche, y tan sólo mantenemos esto así para cumplir con su voluntad. Usted sabe lo que *él* hizo. Por último aquella abominable sociedad se hizo cargo de él, y no sabemos dónde está enterrado. La sociedad no está al alcance de la Ley ni de ningún otro poder.

»Espero que no se quedará usted aquí hasta después de que oscurezca. Y le ruego que no toque eso que está encima de la mesa, eso que parece una caja de cerillas. No sabemos lo que es, pero sospechamos que guarda alguna relación con lo que él hizo. Incluso evitamos mirarlo con demasiada fijeza».

Pasado un tiempo, el hombre me dejó sólo en la habitación. Esta era muy oscura, estaba llena de polvo y amueblada de una manera muy rudimentaria, pero había en ella cierto orden que indicaba que no era la vivienda en los barrios bajos de un trabajador extranjero. Había estanterías llenas de libros clásicos y de Teología, y otra librería que contenía tratados de Magia: Paracelso, Alberto Magno, Hermes Trismegisto, Trithemius, Borellus, y otros escritos en un extraño alfabeto, cuyos títulos no pude descifrar. Había una puerta que llevaba sólo a un excusado. La única salida era la abertura en el suelo, de la cual bajaba la escalera desnuda y empinada. Quedaba claro que esta casa pertenecía al Viejo Mundo. Las ventanas eran del tipo «ojo de buey», y las vigas aparentes de roble negro testimoniaban una increíble antigüedad. Me parecía saber dónde estaba. pero no puedo hacer memoria de lo que entonces sabía. Ciertamente la ciudad no era Londres. Tengo la impresión de que se trataba de un pequeño puerto de mar.

El pequeño objeto situado encima de la mesa ejercía sobre mí una intensa fascinación. Parecía saber qué uso darle, porque saqué de mi bolsillo una linterna eléctrica —o algo que parecía una linterna eléctrica— y probé nerviosamente su relampagueo. La luz no era blanca, sino violeta, y no parecía tanto una verdadera luz como cierta clase de bombardeo radiactivo. Recuerdo que no la consideraba una linterna corriente; en realidad, llevaba otra lámpara normal en el otro bolsillo.

Oscurecía, y los antiguos techos y chimeneas de fuera parecían muy extraños tras las ventanas de ojo de buey. Hice acopio de valor y apoyé el pequeño objeto de encima de la mesa contra un libro; lue-

go volví sobre él los rayos de la peculiar luz violeta. La luz era entonces una lluvia de corpúsculos o pequeñas partículas color violeta, no un rayo continuo. Cuando dichas partículas chocaban contra la superficie vítrea del centro del extraño objeto parecían producir un ruido chasqueante, como chispas que pasasen a través de un tubo en el que se hubiese hecho el vacío. La oscura superficie vítrea produjo una fosforescencia sonrosada, y una vaga forma blanca pareció tomar cuerpo en su centro. Entonces advertí que no estaba sólo en la habitación, y devolví el proyector de rayos a mi bolsillo.

Pero el recién llegado no habló, ni escuché tampoco ningún sonido de ninguna clase durante los momentos que se sucedieron después de esto. Todo fue una pantomima de sombras, como visto a gran distancia y a través de un obstáculo de brumas; aunque, por otra parte, el recién llegado y todos los que le siguieron se veían grandes y cercanos, como si se hallasen al mismo tiempo cerca y lejos, de acuerdo con una geometría anormal.

El recién llegado era un hombre delgado y moreno, de estatura media, vestido con el hábito clerical de la Iglesia Anglicana. Aparentaba treinta años; su tez era cetrina, olivácea con rasgos muy correctos, aunque su frente fuese de una amplitud anormal. Tenía el cabello negro bien cortado y cuidadosamente cepillado, y aunque su barbilla azuleaba por la barba, estaba bien afeitado. Llevaba gafas sin montura, con aros de acero. Su complexión y rasgos faciales inferiores eran similares a los de otros clérigos que yo había visto, pero la frente era mucho más amplia, y era más moreno y de aspecto más inteligente; y también tenía una mayor apariencia de oculta y sutil *maldad*. En el momento presente —acababa de

encender un débil candil de aceite— parecía nervioso; y antes de que yo lo advirtiese estaba arrojando a una chimenea cercana a la ventana todos los libros de magia. Las llamas devoraban los volúmenes, saltando e inflamándose con extraños colores; y emitían hedores indescriptibles mientras sus páginas cubiertas de extraños jeroglíficos y sus encuadernaciones carcomidas sucumbían al elemento devastador. Al mismo tiempo, vi que había otros personajes en la habitación: hombres de aspecto grave con traje eclesiástico, uno de los cuales llevaba la faja, y los calzones hasta las rodillas, de los obispos. Aunque no podía escuchar nada, pude apreciar que le comunicaban al primero una decisión de gran importancia. Parecían temerle y odiarle al mismo tiempo, y que éstos sentimientos eran recíprocos. El rostro del primero adoptó una lóbrega expresión, y pude ver que su mano temblaba al intentar aferrarse al respaldo de una silla. El obispo señaló a la estantería vacía y luego a la chimenea, donde las llamas se habían apagado enmedio de una masa carbonizada, y parecía presa de un horror peculiar. El que había llegado primero tuvo entonces una sonrisa torcida y movió la mano izquierda hacia el pequeño objeto de la mesa. Todo el mundo pareció asustarse entonces. La procesión de clérigos empezó entonces a descender en fila por la escaleras, tras haber atravesado la trampilla que había en el suelo; mientras se iban, miraban hacia atrás y hacían gestos de amenaza. El obispo fue el último en marcharse.

El primero que había llegado se acercó entonces a un armario en el lado interior de la habitación, y extrajo de él un rollo de cuerda. Subido en una silla, ató un cabo de la cuerda a un gancho que sobresalía de la gran viga central de roble negro, y empezó a ha-

cer un nudo en el extremo opuesto. Al darme cuenta de que estaba a punto de ahorcarse, me adelanté para disuadirle o impedírselo. Entonces me vio, y cesó en sus preparativos; me miró con una expresión de triunfo que me alarmó y me molestó. Descendió despacio de la silla y empezó a deslizarse hacia mí con una expresión positivamente lobuna en su cara oscura de labios delgados.

Sentí que, de algún modo, me hallaba en peligro mortal, y saqué como arma defensiva el peculiar proyector de rayos que llevaba en el bolsillo. No sé por qué pensé que podría ayudarme. Lo encendí y proyecté la luz directamente a su cara; vi entonces cómo los rasgos cetrinos brillaban con una luz que primero era violeta y sonrosada luego. Su expresión lobuna y exultante empezó a ceder el paso a una mirada de profundo temor, que, sin embargo, no la desplazó del todo. Se detuvo; luego comenzó a andar vacilante hacia atrás, mientras agitaba los brazos en el aire con salvajismo. Vi que se dirigía hacia la trampilla abierta e intenté gritarle una advertencia, pero no me oyó. En un instante, dio un bandazo hacia atrás a través de la abertura y se perdió de vista.

Me resultó difícil moverme hacia la trampilla que daba acceso a la escalera, pero cuando pude llegar allí no me encontré con ningún cuerpo aplastado en el piso de abajo; en su lugar, escuché un estépito de gente que subía con linternas. Se había roto el encanto del silencio fantasmal, y de nuevo escuché sonidos y vi figuras tridimensionales, como es normal. Era evidente que algo había atraído a una muchedumbre a aquel lugar. Se habría producido algún sonido que yo no escuché?

Después, las dos personas que se hallaban más cerca (simples aldeanos, en apariencia) me vieron...

y quedaron paralizados. Uno de ellos graznó con voz fuerte y reverberante:

—¡Ahrrh!... ¿Es cierto eso? ¿Otra vez?

Entonces todos se dieron la vuelta y, frenéticos, huyeron. Todos, menos uno. Cuando la multitud se hubo marchado vi al hombre grave y barbudo que me había traído a aquel lugar; estaba solo y sostenía una linterna. Me miraba sin aliento y fascinado, pero no parecía asustado. Subió las escaleras y se unió conmigo en el ático. Dijo:

—¡Entonces, no lo dejó estar! Lo siento. Sé lo que ha sucedido. Ya pasó antes otra vez, pero el hombre tuvo miedo y se pegó un tiro. No debería usted haberle hecho volver. Ya sabe lo que él quiere. Pero no debe asustarse como el otro hombre. Le ha ocurrido algo muy terrible, pero no ha llegado tan lejos como para dañar su mente ni su personalidad. Si se lo toma usted con calma y acepta la necesidad de efectuar ciertos reajustes radicales en su vida, puede continuar gozando de la existencia y de los frutos de su erudición. Pero no puede usted vivir aquí, y no creo que desee volver a Londres. Yo le aconsejaría que se fuese a América.

«No debe usted intentar nada más con esa... cosa. Nada se puede devolver ahora a su sitio. Hacer —o invocar— cualquier cosa sólo serviría para empeorar el asunto. No ha salido usted de esto tan mal parado como hubiera podido... pero debe irse de aquí ahora mismo y permanecer lejos. Lo mejor que puede hacer es agradecer a los Cielos que esto no haya ido más lejos.

«Le voy a preparar a usted con la mayor suavidad que pueda. Se ha producido cierto cambio en su apariencia personal. *El* causa siempre esto. Pero puede usted acostumbrarse a ella en un nuevo país. Hay un

espejo colgado al otro lado de la habitación, y le voy a acompañar a él. Quedará usted impresionado... aunque no verá nada repulsivo.»

Ahora temblaba yo, presa de un miedo mortal, y casi tuvo el hombre barbudo que sostenerme mientras me hacía atravesar la habitación en dirección al espejo, llevando la débil lámpara (esto es, la que estaba sobre la mesa, y no la linterna aún más débil que había traído) en su mano libre. Y esto es lo que me reveló el espejo:

Un hombre delgado y oscuro, de mediana estatura, vestido con las ropas cleircales de la Iglesia Anglicana; aparentaba treinta años y llevaba gafas sin montura con aros de acero, que brillaban bajo una frente cetrina y olivácea de amplitud anodmal.

Era el silencioso hombre que había quemado sus libros.

¡Durante todo el resto de su vida, y en su aspecto externo, yo tenía que ser ese hombre!

CUENTOS PRIMERIZOS

Aparte de algunos escritos juveniles inconsecuentes que el autor empezó a escribir cuando contaba sólo seis años, H. P. Lovecraft conservó sólo unos cuantos de los que él consideraba sus cuentos primerizos; esto es, narraciones escritas desde los trece hasta los treinta años; la mayor parte de ellos los había destruido. Estos cuentos son manifiestamente narraciones de principiante, inciertas e imperfectas, escritas luego de un período durante el cual escribió poca ficción.

La más antigua de estas narraciones data del quinceavo año de Lovecraft, y se puede conjeturar que todas, salvo «La transición de Juan Romero» fueron escritas cuando nuestro autor contaba de quince a veinte años. Lovecraft escribió «La transición...» cuando su interés por la ficción, dormido durante algunos años, renació de nuevo; y tan sólo pocos

años antes de que empezase a escribir la parte principal de su obra narfrativa.

Puesto que estas historias —en particular «La Bestia de la cueva» y «El Alquimista»— son grandes promesas, se podría especular sobre cómo se habría cumplido esta gran promesa si los cuentos de Lovecraft hubiesen recibido entonces los estímulos que se merecían. Perdió así una década de su vida creativa, por lo menos, cuando, desanimado un poco antes de llegar a los veinte años, abandonó el cultivo de la literatura de ficción hasta la aparición de los «Weird Tales». (*Nota del editor americano.*)

La bestia en la cueva

La horrible conclusión que se había ido abriendo camino en mi espíritu de manera gradual, era ahora una terrible certeza. Estaba perdido por completo, perdido sin esperanza en el amplio y laberíntico recinto de la caverna de Mammoth. Dirigiese a donde dirigiese mi esforzada vista, no podía encontrar ningún objeto que me sirviese de punto de referencia para alcanzar el camino de salida. No podía mi razón albergar la más ligera esperanza de volver jamás a contemplar la bendita luz del día, ni de pasear por los agradables valles y colinas del hermoso mundo exterior. La esperanza se había desvanecido. A pesar de todo, educado como estaba por una vida entera de estudios filosóficos, obtuve una satisfacción no pequeña de mi conducta desapasionada; porque, aunque había leído con frecuencia sobre el salvaje frenesí en el que caían las víctimas de situaciones similares, no experimenté nada de esto, sino que permanecí

tranquilo tan pronto como comprendí que estaba perdido.

Tampoco me hizo perder ni por un momento la compostura la idea de que era probable que hubiese vagado hasta más allá de los límites en los que se me buscaría. Si había de morir —reflexioné—, aquella caverna terrible pero majestuosa sería un sepulcro mejor que el que pudiera ofrecerme cualquier cementerio; había en esta concepción una dosis mayor de tranquilidad que de desesperación.

Mi destino final sería perecer de hambre, estaba seguro de ello. Sabía que algunos se habían vuelto locos en circunstancias como ésta, pero no acabaría yo así. Yo sólo era el causante de mi desgracia: me había separado del grupo regular de visitantes sin que el guía lo advirtiera; y después de vagar durante una hora aproximadamente por las galerías prohibidas de la caverna, me encontré incapaz de volver atrás por los mismos vericuetos tortuosos que había seguido desde que abandoné a mis compañeros.

Mi antorcha comenzaba a expirar; pronto estaría envuelto en la negrura total y casi palpable de las entrañas de la tierra. Mientras me encontraba bajo la luz poco firme y evanescente, medité sobre las circunstancias exactas en las que se produciría mi próximo fin. Recordé los relatos que había escuchado sobre la colonia de tuberculosos que establecieron su residencia en estas grutas titánicas, por ver de encontrar la salud en el aire sano, al parecer, del mundo subterráneo, cuya temperatura era uniforme, pura su atmósfera, e impregnado su ámbito de una apacible quietud; en vez de la salud, habían encontrado una muerte extraña y horrible. Yo había visto las tristes ruinas de sus viviendas defectuosamente construidas, al pasar junto a ellas con el grupo; y

me había preguntado qué clase de influencia ejercería sobre alguien tan sano y vigoroso como yo una estancia prolongada en esta caverna inmensa y silenciosa. Y ahora, me dije con lóbrego humor, había llegado mi oportunidad de comprobarlo, si es que la necesidad de alimentos no apresuraba con demasia rapidez mi salida de este mundo.

Resolví no dejar piedra sin remover, ni desdeñar cualquier medio posible de escape, en tanto que se desvanecían en la oscuridad los últimos rayos espasmódicos de mi antorcha; de modo que —apelando a toda la fuerza de mis pulmones— proferí una serie de gritos fuertes, con la esperanza de que mi clamor atrajese la atención del guía. Sin embargo, pensé mientras gritaba que mis llamadas no tenían objeto y que mi voz —aunque magnificada y reflejada por los innumerables muros del negro laberinto que me rodeaba— no alcanzarían más oídos que los míos propios.

Al mismo tiempo, sin embargo, mi atención quedó fijada con un sobresalto al imaginar que escuchaba el suave ruido de pasos aproximándose sobre el rocoso pavimento de la caverna.

¿Estaba a punto de recuperar tan pronto la libertad? ¿Habrían sido entonces vanas todas mis horribles apresiones? ¿Se habría dado cuenta el guía de mi ausencia no autorizada del grupo, y seguiría mi rastro por el laberinto de piedra caliza? Alentado por estas preguntas jubilosas que afloraban a mi imaginación, me hallaba dispuesto a renovar mis gritos con objeto de ser descubierto lo antes posible, cuando, en un instante, mi deleite se convirtió en horror a medida que escuchaba: mi oído que siempre había sido agudo, y que estaba ahora agudizado en mucho mayor grado por el completo silencio de

la caverna, trajo a mi entendimiento confuso la noción terrible e inesperada de que tales pasos *no eran los que correspondían a ningún ser humano mortal.* Los pasos del guía, que llevaba botas, habrían sonado en la quietud ultraterrena de aquella región subterránea como una serie de golpes agudos e incisivos. Estos impactos, sin embargo, eran blandos y cautelosos, como producidos por las garras de un felino. Además, al escuchar con atención, me pareció distinguir las pisadas de cuatro patas, en lugar de dos pies.

Quedé entonces convencido de que mis gritos habían despertado y atraído a alguna bestia feroz, quizá a un puma que se hubiera extraviado accidentalmente en el interior de la caverna. Consideré que era posible que el Todopodero hubiese elegido para mí una muerte más rápida y piadosa que la que me sobrevendría por hambre; sin embargo, el instinto de conservación, que nunca duerme del todo, se agitó en mi seno; y aunque el escapar del peligro que se aproximaba no serviría sino para preservarme para un fin más duro y prolongado, determiné a pesar de todo vender mi vida lo más cara posible. Por muy extraño que pueda parecer, no podía mi mente atribuir al visitante intenciones que no fueran hostiles. Por consiguiente, me quedé muy quieto, con la esperanza de que la bestia —al no escuchar ningún sonido que le pudiera servir de guía— perdiese el rumbo, como me había sucedido a mí, y pasase de largo a mi lado. Pero no estaba destinada esta esperanza a realizarse: los extraños pasos avanzaron sin titubear; era evidente que el animal sentía mi olor, que sin duda podía seguirse desde una gran distancia en una atmósfera como la de la caverna, libre por completo de otros efluvios que pudieran distraerle.

Me di cuenta, por tanto, de que debía estar armado para defenderme de un misterioso e invisible ataque en la oscuridad, y tanteé a mi alrededor en busca de los mayores de entre los fragmentos de roca que estaban esparcidos por todas partes en el suelo de la caverna, y, tomando uno en cada mano para su uso inmediato, esperé con resignación el resultado inevitable. Mientras tanto, las horrendas pisadas de las zarpas se aproximaban. En verdad, era extraña en exceso la conducta de aquella criatura. La mayor parte del tiempo, las pisadas parecían ser las de un cuadrúpedo que caminase con una singular *falta de concordancia* entre las patas anteriores y las posteriores, pero —a intervalos breves y frecuentes— me parecía que tan solo dos patas realizaban el proceso de locomoción. Me pregunté cuál sería la especie de animal que iba a enfrentarse conmigo; debía tratarse, pensé, de alguna bestia desafortunada que había pagado la curiosidad que le llevó a investigar una de las entradas de la temible gruta, con un confinamiento de por vida en sus recintos interminables. Sin duda le servirían de alimento los peces ciegos, murciélagos y ratas de la caverna, así como algunos de los peces ordinarios que son arrastrados a su interior en cada crecida del Río Verde, que comunica de cierta manera oculta con las aguas subterráneas. Ocupé mi terrible vigilia con grotescas conjeturas sobre las alteraciones que podría haber producido la vida en la caverna sobre la estructura física del animal; recordaba la terrible apariencia que atribuía la tradición local a los tuberculosos que allí murieron tras una larga residencia en sus profundidades. Entonces recordé con sobresalto que, aunque llegase a abatir a mi antagonista, *nunca contemplaría su forma,* ya que mi antorcha se había extinguido hacía

tiempo, y yo estaba por completo desprovisto de fósforos. La tensión de mi mente se hizo entonces tremenda. Mi fantasía dislocada hizo surgir formas terribles y terroríficas de la siniestra oscuridad que me rodeaba, y que parecía verdaderamente apretarse en torno a mi cuerpo. Las temibles pisadas estaban cada vez más cerca, cada vez más cerca. Parecía yo a punto de dejar escapar un agudo grito, pero aunque hubiese sido lo bastante irresponsable para hacer tal cosa, a duras penas hubiera respondido mi voz. Estaba petrificado, enraizado al lugar en que me encontraba. Dudaba de que pudiera mi mano derecha lanzar el proyectil a la cosa que se acercaba, cuando llegase el momento crucial. Ahora, el decidido «pat, pat» de las pisadas estaba casi al alcance de la mano; luego, *muy* cerca. Podía escuchar la trabajosa respiración del animal y, aunque estaba paralizado por el terror, comprendí que debía haber recorrido una distancia considerable, y que estaba correspondientemente fatigado. De pronto, se rompió el hechizo; mi mano, que mi sentido del oído —siempre digno de confianza— guiaba, lanzó con todas sus fuerzas el trozo de piedra caliza de agudos ángulos que sostenía, hacia el punto de la oscuridad del que emanaban las pisadas y la respiración; y —es maravilloso de contar— casi alcanzó su objetivo: escuché cómo la cosa saltaba, y volvía a caer a cierta distancia; allí, pareció detenerse.

Después de reajustar la puntería, descargué el segundo proyectil, con mayor efectividad esta vez; escuché caer a la criatura, vencida por completo, y permaneció yacente e inmóvil. Casi agobiado por el alivio que me invadió, me apoyé en la pared. La respiración de la bestia se seguía oyendo, en forma de jadeantes y pesadas inhalaciones y exhalaciones; de-

duje de ello que no había hecho más que herirla. Y entonces perdí todo deseo de examinarla. Al fin, un miedo supersticioso, irracional, se había manifestado en mi cerebro, y no me acerqué al cuerpo, ni continué arrojándose piedras para completar la extinción de su vida. En lugar de esto, corrí a toda velocidad en lo que era —tan aproximadamente como pude juzgarlo en mi condición de frenesí— la dirección por la que había llegado hasta allí. De pronto escuche un sonido, o más bien una sucesión regular de sonidos. Al momento siguiente se habían convertido en una serie de agudos chasquidos metálicos. Esta vez no había duda: *era el guía*. Entonces grité, aullé, reí incluso de alegría al contemplar en el techo abovedado el débil fulgor que sabía era la luz reflejada de una antorcha que se acercaba. Corrí al encuentro del resplandor, y antes de que pudiese comprender por completo lo que había ocurrido, estaba postrado a los pies del guía, y besaba sus botas mientras balbucía —a despecho de la orgullosa reserva que es habitual en mí— explicaciones sin sentido, como un idiota. Contaba con frenesí mi terrible historia; y, al mismo tiempo, abrumaba a los que me escuchaban con protestas de gratitud. Volví por último a algo parecido a mi estado normal de consciencia. El guía había advertido mi ausencia al regresar el grupo a la entrada de la caverna, y —guiado por su propio sentido intuitivo de la orientación— se había dedicado a explorar a conciencia los pasadizos laterales que se extendían más allá del lugar en el que había hablado conmigo por última vez; y localizó mi posición tras una búsqueda de más de tres horas.

Después de que me hubo relatado esto, yo, envalentonado por su antorcha y por su compañía, em-

pecé a reflexionar sobre la extraña bestia a la que había herido a poca distancia de allí, en la oscuridad; y sugerí que averiguásemos, con ayuda de la antorcha, qué clase de criatura había sido mi víctima. Por consiguiente volví sobre mis pasos, nacido de la compañía, hasta el escenario de la terrible experiencia. Pronto descubrimos en el suelo un objeto blanco, más blanco incluso que la misma reluciente piedra caliza. Nos acercamos con cautela, y dejamos exhalar una simultánea exclamación de asombro. Porque éste era el más extraño de todos los monstruos extranaturales que cada uno de nosotros dos hubiera contemplado en la vida. Resultó tratarse de un mono antropoide de grandes proporciones, escapado quizá de algún zoológico ambulante. Su pelaje era blanco como la nieve, cosa que sin duda se debía a la calcinadora acción de una larga permanencia en el interior de los negros confines de las cavernas; y era también sorprendentemente escaso, y estaba ausente de casi todo el cuerpo, salvo de la cabeza; era allí tan abundante y largo, que caía en profusión sobre los hombros. Tenía la cara vuelta del lado opuesto a donde estábamos, y la criatura yacía casi directamente sobre ella. La inclinación de los miembros era muy singular, aunque explicaba la alternancia en su uso que yo había advertido antes; por la que la bestia avanzaba a veces a cuatro patas, y otras sólo en dos. De las puntas de sus dedos se extendían uñas largas, como de rata. Los pies no eran prensiles, hecho que atribuí a la larga residencia en la caverna que, como ya he dicho antes, parecía también la causa evidente de la blancura total y casi ultraterrena tan característica de toda su anatomía. Parecía carecer de cola.

La respiración se había debilitado mucho, y el guía

sacó su pistola con la clara intención de despachar a la criatura, cuando de súbito un *sonido* que ésta emitió, hizo que el arma se le cayera de las manos sin ser usada. Resulta difícil describir la naturaleza de tal sonido. No tenía el tono normal en cualquier especie conocida de simios, y me pregunté si su cualidad extranatural no sería el resultado de un silencio completo y continuado por largo tiempo, roto por la sensación de la llegada de la luz, que la bestia no debía haber visto desde que entró por vez primera en la caverna. El sonido, que intentaré describir como una especie de parloteo en tono profundo, continuó débilmente.

Al mismo tiempo, un fugaz espasmo de energía pareció conmover el cuerpo del animal. Las garras hicieron un movimiento convulsivo, y los miembros se contrajeron. Con una convulsión el cuerpo rodó sobre sí mismo, de modo que la cara quedó vuelta hacia nosotros. Quedé por un momento tan petrificado de espanto por los ojos de esta manera revelados, que no me apercibí de nada más. Eran negros, aquellos ojos; de una negrura profunda en horrible contraste con la piel y el cabello de nívea blancura. Como los de las otras especies cavernícolas, estaban profundamente hundidos en las órbitas y por completo desprovistos de iris. Cuando miré con mayor atención, vi que estaban enclavados en un rostro menos prognático que el de los monos corrientes, e infinitamente menos velludo. La nariz era prominente. Mientras contemplábamos la enigmática visión que se presentaba a nuestros ojos, los gruesos labios se abrieron y varios *sonidos* emanaron de ello, tras de lo cual *la cosa* se sumió en el descanso de la muerte.

El guía se aferró a la manga de mi chaqueta, y

tembló con tal violencia que la luz se estremeció convulsivamente, proyectando en la pared fantasmagóricas sombras en movimiento.

Yo no me moví; me había quedado rígido, con los ojos llenos de horror, fijos en el suelo delante de mí.

El miedo me abandonó, y en su lugar se sucedieron los sentimientos de asombro, compasión y respeto; los sonidos que murmuró la criatura abatida que yacía entre las rocas calizas nos revelaron la tremenda verdad: ¡la criatura que yo había matado, la extraña bestia de la cueva maldita, era —o había sido alguna vez— UN HOMBRE!!!

El alquimista

Allá arriba, coronando la cima cubierta de hierba de un empinado monte de laderas pobladas por los árboles nudosos del bosque primigenio, se alza el viejo castillo de mis antepasados. Sus elevadas almenas han mostrado su ceño durante siglos por encima de la campiña salvaje y abrupta de los alrededores; y ha sido hogar y plaza fuerte de la orgullosa casa cuyo linaje honorable es más antiguo todavía que los mismos muros del castillo, cubiertos de musgo. Estas antiguas torres, patinadas por generaciones de tormentas, y que se desmoronan bajo la lenta, aunque poderosa presión del tiempo, formaron en los tiempos del feudalismo una de las fortalezas más formidables y temidas de toda Francia. Desde sus parapetos de piedra y empinadas almenas se lanzaron desafíos a Barones, a Condes e incluso a Reyes; pero nunca resonaron las pisadas del invasor en sus estancias espaciosas.

Pero todo ha cambiado dede aquellos años gloriosos. Una pobreza situada a un nivel muy poco superior al de la horrenda miseria, unida a un orgullo de casta que impide el alivio de las necesidades por los quehaceres de la vida comercial, no ha permitido a los vástagos de nuestro linaje mantener sus posesiones en prístino esplendor; y las piedras que caen de las murallas, la maleza que crece en los parques, el foso seco y polvoriento, los patios mal pavimentados y las torres destruidas en su parte exterior, así como los suelos hundidos, los carcomidos entrepaños y los tapices deslucidos del interior, cuentan todos una lúgubre historia de humillada grandeza. Al paso de los siglos, las torres, una tras otra, fueron abandonadas a la ruina, hasta que por fin sólo una de las cuatro pudo albergar a los descendientes, tristemente reducidos a la miseria, de los que antaño fueran poderosos señores del dominio.

Fue en una de las amplias y lóbregas cámaras de esta torre donde yo, Antoine, último d elos infelices y malditos Condes de V..., vi por primera vez la luz del día hace noventa largos años. Pasé los primeros años de mi agitada existencia entre estos muros, y por los sombríos bosques y abruptas cañadas y grutas de la ladera. Nunca conocí a mis padres; mi padre murió a los treinta y dos años, un mes antes de mi nacimiento, aplastado por una piedra que se desprendió de algún modo de los desiertos parapetos del castillo; mi madre murió al darme el ser, y mi cuidado y educación quedaron confiados únicamente al servidor que quedaba, un hombre viejo y de toda confianza, provisto de una considerable inteligencia, que recuerdo con el nombre de Pierre. Yo era hijo único, y la soledad que me imponía esta circunstancia se veía incrementada por el extraño cuidado que

ponía mi anciano guardián en excluirme de la sociedad de los niños campesinos, cuyas viviendas estaban esparcidas aquí y allá por la llanura que rodeaba al monte. Pierre decía entonces que esta restricción se me imponía a causa de mi noble cuna, que me situaba por encima de la posibilidad de asociarme con tan plebeya compañía; pero ahora sé que su verdadero objetivo era que no llegasen a mis oídos las vanas consejas que se contaban por las noches, unos a otros, los campesinos, en sus conversaciones murmuradas en torno al brillo de sus hogares; dichas habladurías versaban sobre la terrible maldición que pesaba sobre nuestro linaje.

De esta manera, aislado, abandonado a mis propios recursos, pasé las horas de mi infancia inclinado sobre los antiguos tomos que llenaban la biblioteca del castillo, habitada por las sombras, o bien vagando sin rumbo ni propósito a través de la penumbra perpetua del bosque espectral que viste la falda de la colina, cerca de su pie. Quizás la melancolía que pronto vistió mi espíritu se debiera a la influencia de tal entorno. Aquellas empresas y estudios que indagaban en lo oculto y lo oscuro de la Naturaleza llamaban con fuerza mi atención.

Poco, singularmente poco, me fue permitido aprender sobre mi propia estirpe; y aún el poco conocimiento que podía adquirir de ella era bastante para deprimirme mucho. Puede ser que, al principio, el terror que siempre sentí a la sola mención de mi gran linaje se debiera tan sólo a la manifiesta reluctancia de mi viejo mentor en discutir conmigo sobre mis antepasados por la línea paterna; pero cuando salí de la infancia pude relacionar fragmentos desconectados de discursos que su lengua profería, desatada sin duda por la senilidad, que tenían relación

con una cierta circunstancia que siempre se me antojó extraña, pero que entonces se volvió sombríamente terrible. La circunstancia a la que aludo es la temprana edad a la que todos los Condes de mi linaje habían hallado su fin. Yo, que siempre hasta entonces había tomado esto como un atributo natural en una familia de hombres de corta vida, medité desde entonces largamente sobre aquellas muertes prematuras y empecé a relacionarlas con las divagaciones del viejo, que hablaba a menudo de una maldición que desde hacía siglos impidió a los poseedores de mi título el sobrepasar por mucho tiempo la edad de treinta y dos años. En mi vigésimo primer aniversario, el anciano Pierre me entregó un documento familiar, y me dijo que se había transmitido de padres a hijos desde hacía muchas generaciones. Su contenido era del más alarmante cariz, y su lectura confirmó mis más graves aprensiones. En aquel tiempo, mi creencia en lo sobrenatural era firme, y tenía raíces profundas; si no, hubiese desechado con desdén la narración que tenía ante los ojos.

Aquel papel me volvió atrás, a los años del siglo trece, cuando el castillo en el que habitaba era una fortaleza temible e inexpugnable. Hablaba de un anciano que antaño habitara en nuestros dominios; una persona de no pequeños hechos, aunque estuviese situado muy poco por encima de los campesinos en la escala social. Su nombre era Michel, y se le designaba habitualmente con el sobrenombre de Mauvais (el Malo), a causa de su siniestra reputación. Había estudiado más de lo que era habitual en los de su clase, en busca de cosas tales como la Piedra Filosofal y el Elixir de la Vida Eterna, y era famoso por sus conocimientos de los secretos de la Alquimia y de la Magia Negra. Michel tenía un hijo llamado

Charles, un joven tan dotado como él mismo para las ciencias ocultas, y que había sido llamado por ello Le Sorcier, esto es: el Brujo. Esta pareja, aborrecida por las gentes honestas, era sospechosa de las más odiosas prácticas. Se decía que el viejo Michel, en un sacrificio en honor del Diablo, había quemado viva a su mujer; y se reprochaban a aquellos dos las innumerables desapariciones de niños campesinos. A pesar de todo, a través de las oscuras personalidades de padre e hijo brillaba un rayo redentor de humanidad: el malvado viejo amaba a su retoño con feroz intensidad, y el joven, a su vez, tenía por el padre un afecto más que filial.

Una noche, el castillo del monte quedó sumido en la más terrible confusión por la desaparición del joven Godfrey, hijo de Henri, el Conde. Una partida de rescate, encabezada por el frenético padre, invadió la vivienda de los hechiceros; y allí se encontraron con el viejo Michel Mauvais que se afanaba sobre un gran caldero que hervía con violencia. Sin causa certera, en la desatada locura de la furia y de la desesperación, el Conde puso sus manos sobre el anciano brujo, y cuando soltó su presa asesina, su víctima ya no existía. Mientras tanto, alegres servidores proclamaban que se había hallado al joven Godfrey en una habitación distante y no utilizada del castillo; y dijeron, pero demasiado tarde, que el desgraciado Michel había muerto en vano. Cuando el Conde y sus compañeros se alejaban de la humilde morada de los alquimistas, la silueta de Charles Le Sorcier apareció por entre los árboles. La excitada charla de los criados a su alrededor le puso al corriente de lo ocurrido. Sin embargo, al pronto, no pareció conmovido por la suerte de su padre. Luego avanzó despacio al encuentro del Conde, y pronun-

ció con tono apagado, aunque terrible, la maldición que cayó desde aquel momento, y para siempre, sobre la Casa de C...:

«Permita el Cielo que nunca un noble de tu casta asesina sobreviva y alcance una edad superior a la tuya.»

Así habló él; y súbitamente, saltó a la negrura del bosque mientras extraía de entre su túnica un pomo de líquido incoloro que arrojó al rostro del matador de su padre; luego, desapareció tras la negra cortina de la noche. El Conde murió sin pronunciar una palabra, y fue enterrado al día siguiente, antes de haber llegado a los treinta y dos años de vida. No se encontró ni rastro del asesino, aunque los campesinos dieron incesantemente batidas por los bosques vecinos y por los prados en torno al monte.

De este modo, el tiempo y la ausencia de un recordatorio oscurecieron el recuerdo de la maldición en los espíritus de la familia del difunto Conde; de manera que cuando Godfrey, causa inocente de toda la tragedia, y entonces portador del título, fue muerto de un flechazo mientras cazaba a la edad de treinta y dos años, no hubo más pensamientos que los que inspiró el duelo por su fallecimiento. Pero cuando, años más tarde, el joven Conde, Robert de nombre, fue hallado muerto en un prado sin causa aparente, los campesinos murmuraron que su señor había cumplido los treinta y dos años poco tiempo antes de que le sorprendiese la muerte prematura. A Louis, hijo de Robert, se le encontró ahogado en el foso a la misma edad fatídica; y de este modo corría a través de los siglos la ominosa crónica: Henris, Roberts, Antoines y Armands arrebatados a una vida feliz y virtuosa cuando estaban a punto de alcanzar la edad que tenía su desgraciado ancestro al ser asesinado.

Las palabras que leí me dieron la certeza de que sólo me quedaban, como mucho, once años de existencia. Mi vida, a la que antes había concedido poco valor, se me hizo desde entonces más preciosa cada día, a medida que investigaba más y más profundamente los misterios del mundo oculto de la Magia Negra. La ciencia moderna no había dejado huella en mí, aislado como estaba, y trabajaba como en la Edad Media; ponía tanto empeño en adquirir el saber demonológico y alquímico como el que pusieron el viejo Michel y el joven Charles. Y a pesar de lo mucho que leyera, no podía de ningún modo explicarme la extraña maldición que pesaba sobre mi linaje. En mis desusados momentos racionales llegaba incluso a buscar una explicación lógica; atribuía entonces las tempranas muertes de mis antepasados al siniestro Charles Le Sorcier y a sus herederos; pero, al encontrar por medio de cuidadosas investigaciones que no existían descendientes conocidos del alquimista, caí de nuevo en el estudio de lo oculto, y me empeñé una vez más en encontrar el encantamiento que liberase a mi estirpe de su terrible carga. Estaba absolutamente determinado a una cosa: no me casaría nunca; de este modo, al no existir otra rama de mi familia, la maldición acabaría cuando yo acabase.

Cuando me aproximaba a los treinta años, el viejo Pierre fue llamado al País del Más Allá. Yo solo le enterré bajo las piedras del patio por el que le había gustado pasear en vida. Así llegué a considerarme el único ser vivo dentro de la gran fortaleza, y en la completa soledad cesó mi espíritu de protestar en vano contra la amenazadora fatalidad, y llegó casi a reconciliarse con la suerte que tantos de entre mis antepasados habían encontrado. Ocupé entonces

gran parte de mi tiempo en la exploración de las estancias abandonadas y en ruinas del viejo castillo, que el miedo me había hecho condenar en mi juventud, y algunas de las cuales no habían sido holladas por pie humano alguno desde hacía más de cuatro siglos, según me había contado el viejo Pierre. Muchos de los objetos que encontré eran curiosos y venerables. Mis ojos vieron muebles cubiertos por el polvo de los siglos y desmoronados bajo la acción de la humedad prolongada. De todas partes colgaban talarañas en una profusión como yo nunca había visto, y grandes murciélagos agitaban sus espectrales alas membranosas por todas partes, en las tinieblas de las que eran los únicos habitantes.

Llevaba un cómputo cuidadoso de mi edad exacta, incluso de los días y hasta de las horas; cada movimiento del péndulo del imponente reloj de la biblioteca hablaba largamente sobre mi existencia marcada por el sino. Por fin, se aproximó el momento que yo había mirado durante tanto tiempo con aprensión. Estaba yo atento a la llegada de la muerte desconocida, ya que la mayor parte de mis antepasados habían sido segados poco tiempo antes de que alcanzasen la edad exacta del Conde Henri cuando llegó a su fin. No sabía cuál había de ser la forma exacta en que la maldición se apoderase de mí; pero estaba resuelto a que, al menos, no encontrase en mí una víctima pasiva o cobarde. Con renovado vigor me dediqué al examen del viejo castillo y de todo lo que contenía.

Fue en el transcurso de la más larga de mis expediciones de exploración en la sección desierta del castillo —menos de una semana antes de que sonase la hora fatal que debía marcar el postrer confín de mi existencia en la Tierra, y después de la cual

no podía yo albergar la menor esperanza de continuar respirando— cuando me tropecé con el aconcimiento culminante de mi vida. Había pasado la mayor parte de la mañana trepando arriba y abajo por escaleras medio arruinadas en una de las más estropeadas de las antiguas torres. A medida que avanzaba la tarde, escudriñé los niveles inferiores, y descendí a lo que parecía ser una ergástula medieval, o bien un almacén de pólvora excavado en fecha más reciente. El pavimento se hacía muy húmedo a medida que atravesaba despacio el pasadizo de paredes nitrosas al pie de la última escalera; y pronto vi, a la parpadeante luz de la antorcha, que un muro desnudo, manchado de humedad, me impedía continuar la excursión. Al volver sobre mis pasos mi vista tropezó con una trampilla con argolla, directamente a mis pies. Me detuve, y conseguí alzarla con dificultad; entonces se reveló una negra abertura, de la que emanaban vapores ponzonosos que estuvieron a punto de apagar mi antorcha y a su luz incierta se mostró un tramo de escalones de piedra.

Tan pronto como la antorcha que zambullí en las repelentes profundidades volvió a arder con tranquilidad y firmeza, emprendí el descenso. Muchos eran los escalones, y conducían a un estrecho pasadizo que debía estar a gran profundidad en el subsuelo. Este pasadizo era de gran longitud y concluía en una pesada puerta de roble claveteado, que goteaba por la humedad del lugar, y que se resistía con firmeza a todos mis intentos de abrirla. Cesé al cabo de un rato en mis intentos; y ya había caminado un trecho, de vuelta hacia los escalones, cuando de improviso experimenté una de las impresiones más profundas y enloquecedoras que el

espíritu humano es capaz de sentir. Sin previo aviso, escuché cómo la pesada puerta crujía a mis espaldas, despacio, al girar sobre sus goznes roñosos. Me resulta imposible analizar mis sensaciones inmediatas. La idea de enfrentarme, en un lugar desierto por completo, como yo consideraba el viejo castillo, con la presencia de hombre o espectro, produjo en mi cerebro un espanto que sobrepasa a las más agudas facultades de desorientación. Cuando por fin me volví, y planté cara a la fuente del sonido, creo que mis ojos debieron salirse de sus órbitas ante lo que vi.

Allí, en el antiguo umbral gótico, había una figura humana. Era la de un hombre vestido con una larga túnica medieval de color oscuro, y tocado con un bonete. Su largo pelo y abundante barba eran de un color negro intenso y terrible, y de increíble profusión. La frente era más elevada de lo normal; las mejillas, hundidas y cubiertas de arrugas; y las manos, largas y nudosas, que parecían garras, eran de una blancura de mármol, tal como nunca he visto en ningún hombre. Su silueta, delgada como la de un esqueleto, estaba extrañamente encorvada, y casi se perdía entre los voluminosos pliegues de su vestimenta peculiar. Pero lo más extraño de todo eran los ojos, cavernas gemelas de abisal negrura, que expresaban un entendimiento profundo, aunque eran inhumanas por su grado de perversidad. Estaban ahora fijos en mí; traspasaban mi alma con su odio, y me clavaban al lugar en que me hallaba.

Por fin, la figura habló con voz tonante, cuyo sonido triste y hueco, que denotaba una malevolencia latente, me dejó helado. El lenguaje en el que fluía el discurso era el bajo latín en uso entre los hombres más cultos de la Edad Media, que me

era familiar gracias a mis prolongadas investigaciones en los trabajos de los antiguos alquimistas y demonólogos. Habló el aparecido de la maldición que pendía sobre mi casa, me predijo mi próximo fin, se extendió sobre el entuerto perpetrado por mi antepasado contra Michel Mauvais, y se deleitó con la venganza de Charles Le Sorcier. Contó cómo el joven Charles había escapado en la noche, y cómo regresó después de que pasaran los años para matar a Godfrey, el heredero, de un flechazo, justo cuando se aproximaba a la edad que fuera la de su padre al ser asesinado; cómo había vuelto en secreto al dominio y me había establecido sin que nadie le supiese en la cámara subterránea, abandonada también entonces, cuyo pórtico enmarcaba ahora al horrible narrador; cómo me había apoderado de Robert, hijo de Godfrey, en un campo y le había hecho tragar un veneno que le hizo morir, a los treinta y dos años, cumpliendo así la letal predicción de su maldición vengativa. En aquel punto quedó mi imaginación encargada de buscar la solución del misterio mayor de todos —a saber, cómo se cumplió la maldición desde el tiempo en que a Charles Le Sorcier debió sobrevenirle la muerte según las leyes de la Naturaleza—, porque el hombre se desvió en su relato a una descripción de los profundos estudios alquímicos de ambos brujos, padre e hijo, y habló en particular de las investigaciones de Charles Le Sorcier concernientes al elixir que garantizaría a quien le poseyera eterna vida y juventud.

Su entusiasmo pareció hacer desaparecer momentáneamente de sus ojos terribles la negra malevolencia que de tal forma me había hechizado en el primer momento, pero de súbito, volvió el brillo

malvado, y el extraño —al tiempo que profería un sonido impresionante, como el silbido de una serpiente— alzó un pomo de cristal con la intención evidente de terminar con mi vida de igual forma que Charles Le Sorcier había terminado con la de mi antepasado seiscientos años atrás. Animado por un instinto de conservación, rompí el hechizo que hasta entonces me tuvo inmovilizado, y lancé mi antorcha ya moribunda a la criatura que amenazaba mi existencia. Oí romperse el pomo de manera inofensiva contra las piedras del pasadizo, mientras la túnica del extraño hombre se inflamaba, e iluminaba con luz fantasmal la horrenda escena. El grito de terror y de maldad impotente que emitió el asesino frustrado fue demasiado para mis nervios, ya conmocionados, y caí al suelo resbaladizo, presa de un desvanecimiento total.

Cuando por fin volví en mí, todo estaba sumido en terribles tinieblas, y mi espíritu, al recordar lo que sucedió, se estremeció ante la idea de contemplar algo más; sin embargo, la curiosidad fue más fuerte. ¿Quién —me pregunté— era aquel hombre malvado, y cómo penetró al interior de los muros del castillo? ¿Por qué habría de querer vengar la muerte de Michel Mauvais, y cómo se habría llevado a cabo la maldición a través de los largos siglos transcurridos desde los tiempos de Charles Le Sorcier? Liberé mis hombros del peso de la carga de largos años de terror: comprendí que el que yo había matado era la fuente de todo el peligro que pudiera sobrevenirse de resultas de la maldición; y ahora que estaba libre, ardía en deseos de saber más sobre la cosa terrible que había hechizado a mi linaje durante siglos, y que hizo de mi propia juventud una larga y continua pesadilla.

Busqué en mis bolsillos el mechero de yesca, y encendí con él la antorcha no utilizada que llevaba conmigo.

Lo primero que reveló la nueva luz fue la forma negra y contorsionada del misterioso intruso. Los horribles ojos estaban ahora cerrados. Disgustado por la visión, me alejé y penetré en la cámara a la que daba acceso la puerta gótica. Allí encontré lo que parecía ser un laboratorio de alquimista. En un rincón había una pila inmensa de brillante metal amarillo, que brillaba con esplendor a la luz de la antorcha. Debía tratarse de oro, pero no me detuve a examinarlo, porque estaba afectado sobremanera por lo ocurrido. En el extremo más alejado de la habitación había una abertura que llevaba a una de las muchas silvestres barrancas del oscuro bosque de la ladera. Asombrado, a pesar de que hubiese descubierto el modo en que el hombre obtenía acceso al castillo, emprendí el regreso. Tenía pensado pasar junto a los restos del extraño con el rostro vuelto, pero al aproximarme al cuerpo me pareció que emanaba de él un débil sonido, como si su vida no se hubiera extinguido del todo. Espantado, me volví para examinar la silueta carbonizada y encogida en el suelo.

Entonces, de golpe, se abrieron por completo los ojos horribles, más negros aún que la cara tiznada en la que estaban colocados; y había en ellos una expresión que no fui capaz de interpretar. Los labios agrietados trataron de formar palabras que no pude comprender. Una vez capté el nombre de Charles Le Sorcier, y luego imaginé que las palabras «maldición» y «año», salían de la boca retorcida. Pero no me fue posible captar el sentido de su habla inconexa. Al advertir mi evidente ignorancia de lo

que quería decir los ojos de alquitrán brillaron una vez más con malevolencia, hasta que temblé al observarle, aunque viese que mi adversario estaba desvalido.

De repente, el desgraciado, animado por sus últimas energías, alzó la mísera cabeza del pavimento húmedo y hundido. Luego, mientras yo permanecía paralizado por el temor, encontró la voz y, con su último aliento, exclamó estas palabras que siempre, desde aquel momento, me han seguido día y noche:

—¡Necio! —gritó—. No puedes descubrir mi secreto. ¿Es que no tienes el seso necesario para reconocer la voluntad que durante seis siglos ha llevado a cabo la terrible maldición? ¿No te he hablado del Gran Elixir de la Vida Eterna? ¿No sabes cómo se resolvió el secreto de la Alquimia? ¡Te digo que soy yo, yo quien ha vivido por espacio de seis siglos para mantener la venganza! ¡Porque soy Charles Le Sorcier!

La poesía y los dioses

Era una triste y húmeda tarde de abril, justo después del desenlace de la Gran Guerra; Marcia se encontraba sola, con extraños pensamientos y deseos, anhelos inauditos que volaban desde el espacioso estudio del siglo veinte hacia las profundidades del éter, hacia el Este, a los olivares de la distante Arcadia que ella sola había visto en sus sueños. Abstraída, había entrado en la habitación y apagado las resplandecientes arañas; y ahora se encontraba reclinada en un mullido diván, junto a una lámpara solitaria que proyectaba sobre la mesa de lectura un resplandor verde tan sedante como la luz de la luna que surgiese de entre el follaje en torno a un antiguo santuario.

Vestía con simplicidad un largo traje negro, de tarde, y su aspecto externo era el de un producto típico de la civilización moderna; pero aquella noche apreciaba ella el inconmensurable abismo que sepa-

raba su alma del prosaico entorno. ¿Sería a causa del extraño hogar en el que vivía, aquella morada frialdad donde las relaciones eran siempre rígidas, y sus habitantes poco menos que extraños los unos para los otros? ¿Sería por esa razón, o se trataría de algún desplazamiento mayor y menos explicable en el tiempo y en el espacio, por el cual había nacido ella demasiado pronto —o demasiado tarde, o demasiado lejos de las moradas de su espíritu— como para armonizar con las cosas desprovistas de belleza de la realidad contemporánea? Con objeto de disipar la melancolía en la que se hundía más y más a cada momento, tomó de la mesa una revista y buscó en ella algún lenitivo fragmento de poesía. Siempre había aliviado la poesía su espíritu preocupado, mejor que cualquier otra cosa; aunque había encontrado en ella muchas cosas deterioradas por las influencias modernas. Un vapor helado de frialdad estéril y de contención flotaba sobre partes incluso de los versos más sublimes, como el polvo que empañase el cristal de una ventana, a través de la cual se pudiera contemplar un magnífico atardecer.

Volvía las páginas de la revista sin prestar mucha atención, como quien busca un huidizo tesoro, cuando de pronto se encontró con algo que disipó su languidez. Un observador que leyese sus pensamientos, hubiera dicho que había descubierto un sueño o imagen que la transportaba más cerca de su inalcanzable objetivo que ningún otro sueño-imagen que hubiese tenido jamás. Se trataba tan sólo de un fragmento de «vers libre», ese compromiso digno de piedad del poeta que desdeña la prosa, pero que no llega a alcanzar la divina melodía de los números; pero contenía toda la música espontánea

que puede producir un bardo que vive y que siente, y que busca a tientas, en éxtasis, la belleza desnuda. Desprovisto el poema de regularidad, tenía sin embargo la armonía de las palabras aladas, espontáneas; una armonía que faltaba en los versos formalistas, ligados por el convencionalismo, que ella conocía. Mientras avanzaba en la lectura se desvaneció lentamente todo lo que la rodeaba, y pronto quedó a su alrededor tan sólo la neblina de los sueños, la neblina teñida de púrpura estelar que se extiende más allá del tiempo, allí donde los dioses y los soñadores son los únicos transeuntes.

«Luna sobre el Japón,
Blanca Luna o mariposa.
Allí donde sueñan los Budas de pesados párpados
arrullados por la voz del cuclillo...
Las blancas alas de las mariposas lunares,
vuelan como hojas de otoño por las calles de la [ciudad,
y acallan las mechas de las linternas, avergonzadas
de su inutilidad, que llevan las doncellas en sus [manos blancas.
Luna sobre los trópicos,
blanco capullo de curvas líneas,
abre sus pétalos despacio en la calidez del paraíso...
El aire está cargado de aromas,
y lleva lánguidos y ardientes sonidos...
Zumba en la noche una flauta, como un insecto [melodioso,
bajo los redondos pétalos lunares que caen de los [cielos...
Luna sobre China,
que se desliza, vaga, por el río del Cielo;
es la luz que se agita entre los sauces llorones

como el relampaguear de mil pececillos de plata
entre las oscuras corrientes;
brillan como pequeñas olas las tejas de las tumbas
[y de los santuarios,
y el cielo se adorna de nubes, como un dragón de sus
[escamas.»

Entre las brumas del ensueño, la lectura gritó a las rítmicas estrellas su deleite al descubrir que se acercaba una nueva Era de Poesía, el Renacimiento de Pan. Repitió, con los ojos entrecerrados, palabras cuya armonía se ocultaba, como cristales que yacen en el fondo de un arroyo antes del amanecer, tan solo para brillar con renovado fulgor cuando naciese el día.

«... Luna sobre el Japón,
Blanca luna o mariposa.
Luna sobre los trópicos,
blanco capullo de curvas líneas,
abre sus pétalos despacio en la palidez del paraíso...
El aire está cargado de aromas,
y lleva lánguidos y ardientes sonidos...
Luna sobre China,
que se desliza, vaga, por el río del Cielo...»

De entre las nieblas surgió, brillante y divina, la forma de un joven de aladas sandalias y casco, portador del caduceo; nada en la Tierra podría compararse con su belleza. Tres veces agitó ante el rostro de la durmiente el cetro que Apolo le entregase a cambio de la concha melodiosa de nueve cuerdas, y luego colocó en torno a su frente una guirnalda de mirto y rosas. Luego, con veneración, habló de este modo Hermes:

—Oh, Ninfa, más hermosa que las hermanas de Cyene, la de doradas grebas, o que las Atlántides que habitan el Cielo; amada de Afrodita y bendita por Palas, en verdad tú has descubierto el secreto de los dioses, que es Belleza y Canción. Oh, Profetisa, más amable que la Sibila de Cummas era cuando la conoció Apolo, tú has dicho la verdad al hablar de una nueva Era; porque aún ahora, en Maenalus, Pan suspira y se estira en su sueño, deseoso de despertar y de contemplar en torno a sí a los pequeños faunos coronados de rosas, y a los antiguos sátiros. En tus anhelos has adivinado algo que ningún mortal —salvo unos cuantos de entre los marginados del mundo— recordaba: *que los dioses nunca han estado muertos,* sino que sólo dormían y soñaban sus sueños divinos entre los lotes del Jardín de las Hesperídes, más allá del dorado atardecer. Y ahora es llegado el tiempo de su despertar, cuando han de parecer la fealdad y la frialdad; y Zeus se asentará una vez más en el Olimpo. Ya ha temblado el mar de Pafos, y se ha cuajado en una espuma que sólo contemplaron antes los pretéritos cielos; y por la noche, en el Helicón, los pastores escuchan extraños murmullos y notas semiolvidadas. Al atardecer, blancas formas saltarinas estremecen campos y bosques, y el océano inmemorial exhala curiosos suspiros bajo la pálida luna. Los dioses son pacientes y han dormido mucho tiempo, pero ni el hombre ni los gigantes pueden desafiarlos por siempre. Los Titanes se retuercen en el Tartare, y bajo el Etna fiero gimen los hijos de Gea y Urane. Ahora amanece el día en que el Hombre habrá de responder por su negación secular; pero el sueño ha vuelto amable a los dioses, que no lo van a lanzar al abismo preparado para los

que reniegan de ellos. En vez de eso, su venganza reducirá a polvo la oscuridad, la falacia y la fealdad que han pervertido el espíritu de los hombres; y, sometidos al dominio del barbudo Cronos, los hombres vivirán entre belleza y placeres, ofreciéndole de nuevo sacrificios. Esta noche vas a conocer el fausto de los dioses, y contemplarás en el Parnaso aquellos sueños que Ellos han enviado a la Tierra a lo largo de los siglos para mostrar que no habían muerto. Porque los poetas son los que cuentan los sueños de los dioses, y en todas las épocas alguien ha habido que cantaba sin saberlo el mensaje y las promesas de los Jardines de lotos de más allá del atardecer.»

Luego, Hermes llevó en sus brazos a la doncella que soñaba, a través de los cielos. Suaves brisas salidas de la torre de Eolo les impusaron hacia lo alto, por sobre mares cálidos y olorosos, hasta que se encontraron de pronto frente a Zeus que presidía la Corte en el bicéfalo Parnaso, A la derecha de su trono dorado se hallaban Apolo y las Musas; a la izquierda Dinysos, coronado de hiedra, y las Bacantes sonrojadas de placer. Nunca había visto Marcia tanto esplendor, ni despierta ni en sueños; pero no le hirió su resplandor como lo habría hecho el brillo del empinado Olimpo, ya que en aquella Corte menor había templado el Padre de los Dioses su gloria para poder ser visto por los mortales. Ante la boca de la cueva Coricia ornada de laureles, se sentaban en hilera seis nobles siluetas con aspecto de mortales y porte de dioses. A estos los reconoció la soñadora, por imágenes de ellos que había contemplado, y supo que no eran sino los divinos Meonides: Dante, el infernal; Shakespeare, superior a los mortales; Milton, explorador del Caos; Goethe,

el Cósmico; y Keats, el amado de las Musas. Eran aquellos mensajeros que los dioses habían enviado a comunicar a los hombres que Pan no estaba muerto, sino dormido; porque los dioses hablan a los hombres por medio de la Poesía. Habló entonces el Tonante:

—Oh, Hija —y en verdad lo eres, porque perteneces a mi linaje infinito—, contempla, sentados en sus ebúrneos tronos de honor, a los mensajeros que los dioses hemos enviado para que quede en las palabras y escritos de los hombres alguna huella de la belleza divina. Con justicia, han coronado los hombres a otros mortales con perdurables laureles; pero a éstos los ha coronado Apolo, y yo los he situado en un lugar señalado, por su calidad de hombres que hablaron el lenguaje de los dioses. Por mucho tiempo hemos soñado en jardines de lotos, más allá del Poniente, y sólo hemos hablado a través de los sueños; pero se acerca al tiempo en que nuestras voces romperán el silencio. Es el momento del despertar y del cambio. Una vez más ha llevado Faetón el carro demasiado bajo; ha agostado los campos y secado los ríos. En Galia, lloran las ninfas solitarias con los cabellos en desorden, junto a fuentes que ya no existen, y desfallecen sobre los ríos que la sangre de los hombres ha teñido de rojo. Ares y su cortejo han llevado la locura de los dioses, y Deimos y Fobos han vuelto, saciados de placeres no naturales. Tellus solloza, en duelo, y los rostros de los hombres son como los de las Erinnias; sucede igual que cuando Astrea huyó a los cielos, y las aguas ahogaron, a nuestro mando, toda la Tierra con excepción de este alto picacho; en medio de este caos, preparado para que le sirva de herarldo, al tiempo que oculta su

llegada, trabaja incluso ahora el último nacido de nuestros mensajeros; en sus sueños se encuentran todas las imágenes que soñaron los mensajeros anteriores. El es quien hemos escogido para reunir en un todo glorioso la belleza que el mundo conoció antes, y para que escriba palabras que sean ecos de toda la sabiduría y de todo el encanto del pasado. El es quien proclamará nuestro retorno y cantará los días que han de venir cuando los Faunos y las Driadas vuelvan a habitar sus bosquecillos acostumbrados, y a poblarlos de belleza. Aquellos que ahora se sientan en tronos de marfil ante la gruta Coricia guiaron nuestra elección; y en sus canciones escucharás los acentos sublimes por los que dentro de años reconocerás al mensajero mayor cuando se presente. Atiende a sus voces, pues uno tras otro van a cantar aquí, para ti. Escucharás de nuevo cada nota en la poesía que está por venir, la poesía que llevará a tu alma la paz y el placer que buscaras durante años infructuosos. Atiende con diligencia, porque cada acorde que vibre y que luego huya a ocultarse, se te aparecerá de nuevo después de que hayas vuelto a la Tierra, de igual modo que hunde Alfeo sus aguas en el alma de la Helade, para aparecer en la remota Sicilia como el cristal de Aretusa.

Se alzó entonces Homero, veterano de los bardos, que tomó la lira y cantó su himno a Afrodita. Marcia no entendía ni una palabra de griego y, sin embargo, el mensaje no cayó en vano en sus oídos; el ritmo críptico hablaba por igual a mortales y a dioses, y no necesitaba de intérprete.

De igual modo ocurrió con los cantos de Dante y de Goethe, cuyas palabras desconocidas resonaron en el éter con acentos fáciles de interpretar y de recordar. Pero por fin resonaron acentos familiares

a la auditora. Se trataba del Cisne de Avon, que antaño fue Dios entre los Hombres y es ahora Dios entre los Dioses: «Escribe, escribe, que del sangriento curso de la guerra, mi amo más amado, tu hijo querido, ha de apartarse; bendito sea en la paz de su hogar, mientras que yo, distante, santificó su nombre con celoso fervor.»

Se elevaron acentos aún más familiares cuando Milton, que ya no estaba ciego, declamó con armonía inmortal:

«Oh, que tu luminaria a la hora de la medianoche se vea en alguna alta torre solitaria, desde donde yo pueda a menudo escudriñar la Osa en compañía de Hermes, el tres veces Grande; o desarrollar el espíritu de Platón, para desvelar los mundos, las amplias regiones que contienen a la mente inmortal que abandonó su morada en este escondrijo de carne...

»Alguna vez, permite que la espléndida tragedia venga sollozando, con cetro y bajo palio, a mostrarnos Tebats, el linaje de Pelops, o el cuento de Troya, la divina...»

La última en oírse fue la bella voz de Keats, más próximo a los faunos que los demás mensajeros divinos:

«Las melodías ya escuchadas dulces son, pero las inéditas son todavía más dulces; por lo tanto, seguid tocando, dulces zamponas...

»Cuando la vejez acabe con esta generación, todavía serás tú, en medio de otra aflicción distinta de la nuestra, un amigo del hombre, a quien dices: "La belleza es verdad, la verdad es belleza"; esto es todo lo que puedes saber sobre la Tierra, y todo lo que necesitas...»

Cuando el cantor hubo cesado, a lomos del viento,

desde Egipto (donde Aurora solloza en la noche por Memnon derrotada); a los pies del Tonante llegó en un vuelo la Diosa de los dedos rosados y arrodillándose exclamó:

«Amo, ha llegado el momento de que abra las compuertas del Oriente».

Febo entregó entonces su lira a Caliope, su preferida entre las Musas, se preparó para partir hacia el enjoyado palacio del sol, de muchas columnas, donde se impacientaban los corceles ya uncidos al dorado carro del día. Y Zeus descendió del trono labrado, y puso su mano sobre la cabeza de Marcia, diciendo:

—Hija, he aquí la Aurora, y conviene que vuelvas a tu casa antes del despertar de los mortales. Que la esterilidad de tu vida no te haga sollozar, porque pronto se desvanecerá el espectro de las falsas creencias, y de nuevo los dioses caminarán entre los hombres. Busca sin descanso a nuestro mensajero; en él encontrarás paz y ánimos. Su palabra guiará tus pasos hacia la felicidad, y en sus sueños de belleza tu espíritu hallará lo que anhelaba.

Cuando Zeus terminó de hablar, el joven Hermes tomó con suavidad a la doncella y la condujo por entre las estrellas que se desvanecían, hacia el Oeste, por encima de mares invisibles.

Han pasado muchos años desde que Marcia soñó con el cónclave de los dioses en el Parnaso. Esta noche, está sentada en el mismo estudio espacioso, pero no está sola. El viejo espectro del desasosiego la ha abandonado, y junto a ella se encuentra alguien cuyo nombre resplandece por la celebridad: el joven poeta de los poetas, a cuyos pies se inclina el mundo. Está leyendo palabras manuscritas que nadie ha

escuchado antes, pero que —cuando sean escuchadas— devolverán a los hombres los sueños y fantasías que perdieron hace ya tantos siglos, cuando Pan se acostó, amodorrado, en Arcadia, y los dioses se retiraron a dormir a los jardines de lotos, más allá del país de las Hespérides. Por fin ha encontrado reposo el espíritu de la doncella en las sutiles cadencias y ocultas melodías del Bardo; porque en ellas se escucha el eco de las notas divinas de Orfeo, el tracio, que conmovían a las mismas rocas y árboles de las riberas del Hebros. El rapsoda se detiene, y pide con presteza un veredicto; pero, ¿qué puede Marcia decir, sino que la estrofa es «digna de los dioses»?

Y al decir esto, vuelve la visión del Panarso, y se escucha el lejano sonido de una voz que dice: «Sus palabras guiarán tus pasos hacia la felicidad, y en sus sueños de belleza encontrará tu espíritu todo lo que anhelaba.»

La Calle

Hay quien dice que las cosas y los lugares tienen alma, y hay quien dice que no; yo no me atrevo a pronunciarme sobre esto, pero voy a hablar de la Calle.

Hombres fuertes y honorables dieron forma a esta Calle: hombres buenos y valientes, de nuestra sangre, que vinieron de las Islas Benditas, al otro lado del mar. Al principio era un camino transitado por los que llevaban agua desde el manantial del bosque hasta el puñado de casas de la playa. Luego, a medida que llegaban más hombres al racimo de casas en busca de lugares donde habitar, se fueron alzando cabañas en su lado norte, cabañas de recios troncos, con paredes de albañilería en la dirección del bosque porque había allí muchos indios al acecho con flechas incendiarias. Y algunos años después, los hombres construyeron cabañas también al lado sur de la calle.

Hombres graves, cubiertos por sombreros cónicos, y portadores la mayor parte del tiempo de mosquetones o escopetas, paseaban por la Calle. Y allí estaban también sus esposas con cofias, y sus sobrios hijos. Al atardecer, aquellos hombres, sus mujeres y sus hijos se sentaban en torno a los hogares gigantescos y leían y hablaban. Las cosas que leían y de las que hablaban eran muy simples, pero les daban bondad y valor y les ayudaban en la tarea cotidiana de labrar los campos y domeñar el bosque. Y los niños escuchaban y aprendían las leyes y los acontecimientos de antaño, y de aquella querida Inglaterra que nunca habían visto, o que no podían recordar.

Hubo una guerra, y desde entonces los indios no causaron más inquietud en la Calle. Los hombres, ocupados en su laboreo, se hicieron prósperos y tan felices como sabían serlo. Y los niños crecieron en medio del bienestar, y nuevas familias vinieron de la Madre Patria a establecerse en la Calle. Y los hijos de sus hijos, y los hijos de los recién llegados, crecieron. El pueblo fue entonces una ciudad, y una por una las viejas cabañas fueron sustituidas por casas; casas simples y hermosas, de ladrillos y madera, con peldaños de piedra y farolas sobre las puertas. Aquellas casas no eran construcciones frágiles, sino que estaban hechas para servir a muchas generaciones. En el interior había campanas de chimenea labradas, ágiles escaleras, muebles confortables, porcelana china y objetos venidos de la Madre Patria.

De este modo bebió la calle de los sueños de un pueblo joven y se regocijó cuando sus moradores se volvieron más agraciados y felices. Donde antaño sólo habían existido fuerza y honor, se establecieron

también el buen gusto y la cultura. Llegaron a las casas libros, cuadros y partituras de música, y los jóvenes fueron a la Universidad que se alzaba al Norte sobre la llanura. En lugar de los sombreros cónicos y las espadas cortas, de los encajes y níveas pelucas, hubo guijarros sobre los que repicaban los cascos de muchos caballos de pura sangre y rodaban dorados carruajes; y aceras de ladrillos ornadas de abrevaderos de caballos y de postes indicadores.

Había muchos árboles en aquella Calle: olmos, encinas, y dignos brezos; de modo que en verano el escenario era todo de suave verdura, lleno de aflautado cantar de pájaros. Y detrás de las casas había jardines de rosas, bordeados de setos, con caminos entre el césped y relojes de sol; y en ellos brillaban, embrujadoras, la luna y las estrellas en la noche, cuando el rocío centelleaba sobre las flores.

Y así siguió soñando la Calle, mientras atravesaba guerras, calamidades y cambios. En una ocasión, la mayor parte de los jóvenes se fueron, y algunos de ellos no regresaron nunca. Ese fue cuando plegaron la vieja bandera, y en su lugar alzaron un nuevo estandarte de barras y estrellas. Pero aunque los hombres hablaban de grandes cambios, la Calle no los notó, porque sus habitantes eran todavía los mismos, y hablaban de las mismas cosas familiares en las mismas familiares reuniones. Y los árboles albergaban a los mismos pájaros cantores, y cuando anochecía la luna y las estrellas seguían contemplando a las flores cubiertas de rocío en las rosaledas cercadas por setos.

Con el tiempo, dejaron de verse en la Calle espadas, sombreros de tres picos y pelucas. ¡Qué extraños resultaban sus habitantes con bastones, sombreros

altos, y con sus cabezas trasquiladas. De la distancia llegaron nuevos sonidos: al principio, fueron extraños soplidos y chirridos del lado del río, a una milla de distancia, y más tarde, muchos años después, extraños sonidos, soplidos y estruendos de otras direcciones también. El aire no era igual de puro que antes, pero el espíritu del lugar no había cambiado. La sangre y el alma de sus antepasados había moldeado la Calle. Tampoco cambió el espíritu cuando desgarraron la Tierra para introducir en ella misteriosas tuberías, ni cuando alzaron raros postes que sustentaban extraños cables. Había en aquella calle tanto antiguo saber, que el pasado no se podía olvidar con facilidad.

Luego llegaron días de maldad, cuando muchos que de antiguo habían conocido la Calle dejaron de conocerla, y la conocieron muchos que antes la ignoraban, y se fueron, ya que sus voces eran rudas y estridentes, y su aspecto y rostros desagradables. Sus pensamientos estaban también en contradicción con el espíritu justo y sabio de la Calle; de manera que ésta languideció en silencio, mientras sus casas entraban en decadencia y sus árboles morían uno tras otro, y sus jardines de rosas se llenaban de maleza y de basura amontonada. Pero la calle se estremeció de orgullo el día en que los jóvenes desfilaron de nuevo por ella; y algunos de ellos nunca volvieron. Aquellos jóvenes estaban vestidos de azul.

Peor fortuna tuvo la Calle al paso de los años. Sus árboles habían desaparecido del todo entonces, y sus jardines de rosas fueron sustituidos por las partes traseras de los edificios nuevos y feos de las calles paralelas. Sin embargo, las casas permanecieron en pie, a despecho de los años, de los

gusanos y de las tormentas, porque habían sido construidas para servir a muchas generaciones. En la Calle aparecieron nuevos tipos de caras: caras atenazadas y siniestras, de rasgos extraños y de mirar furtivo, cuyos poseedores hablaban palabras extranjeras y colocaron enseñas en caracteres conocidos y desconocidos sobre la mayor parte de las casas en ruinas. En el arroyo se apiñaban carretillas, y una hediondez sórdida e indefinible se extendió sobre el lugar; y el antiguo espíritu de la calle se durmió.

Una vez, la Calle fue presa de gran excitación: la revolución y la guerra habían estallado del otro lado del mar; una dinastía había caído, y sus súbditos degenerados se encaminaron en masa, con dudosas intenciones, hacia el País del Oeste. Muchos de ellos se alojaron en las casas maltratadas que antaño conocieron el olor de las rosas y el canto de los pájaros. Más tarde, aquella misma Tierra del Oeste despertó y se unió a la Madre Patria en su terrible lucha por la civilización. Una vez más, la vieja bandera ondeó sobre las ciudades, en compañía de la nueva y de otra tricolor, más sencilla pero gloriosa. Pero no flotaron muchas banderas sobre la Calle; en ella anidaban tan sólo el miedo, el odio y la ignorancia. De nuevo marcharon los jóvenes, pero no exactamente de la misma forma en que lo habían hecho los jóvenes de aquellos otros tiempos. Algo faltaba. Y los hijos de aquellos jóvenes de otros tiempos desfilaron con el mismo ánimo de sus antepasados, vestidos con un uniforme verde oliva; salieron de lugares distantes, y no conocían la Calle ni su antiguo espíritu.

Hubo una gran victoria al otro lado del mar, y la mayoría de los jóvenes regresaron, trunfadores. A aquellos a quienes algo faltaba, ya lo tenían; pero

el miedo, el odio y la ignorancia seguían cobijados en la Calle. Muchos se habían quedado atrás, y otros muchos extranjeros habían venido desde lugares lejanos a las antiguas casas. Y los jóvenes que regresaron ya no habitaban allí. La mayor parte de los extranjeros eran oscuros, pero entre ellos se podían encontrar algunos rostros parecidos a los de aquellos que dieron forma a la Calle y modelaron su *espíritu*. Eran iguales, pero diferentes, porque en los ojos de todos ellos había un brillo terrorífico y demencial de ambición, avidez, deseos de venganza o celo mal dirigido. La inquietud y la traición habitaban entre una minoría perversa que planeaba dar un golpe de muerte al País Occidental, para subir al poder sobre sus ruinas, del mismo modo que lo habían hecho los asesinos en aquella tierra helada y miserable de la que habían venido la mayor parte de ellos. Y el foco de aquel complot se encontraba en la Calle, cuyas casas en ruinas rebosaban de extranjeros provocadores de discordia, y retumbaban con los ecos de los planes y discursos de aquellos que anhelaban la llegada del día señalado, que había de ser de sangre, de llamas y de crímenes.

Las Autoridades hablaban mucho de las múltiples asambleas extrañas que tenían lugar en la Calle, pero poco podían probar. Hombres con chapas de identificación ocultas frecuentaban lugares como la Pastelería Petrovich, la miserable Escuela Rifkin de Economía Moderna, el Club «Círculo Social», y el Café de la Libertad, y escuchaban con diligencia. En aquellos lugares se congregaban en gran número hombres siniestros, pero siempre estaban en guardia, o hablaban en lenguas extranjeras. Y las casas seguían en pie, y conservaban el recuerdo de tiempos mejores, ya pasados; de recios habi-

tantes coloniales y de jardines de rosas cubiertos de rocío bajo el claro de luna. A veces, un poeta o un viajero solitario venía a contemplarlas e intentaba imaginárselas en su pasada gloria; pero no había muchos de tales viajeros y poetas.

Entonces se esparció el rumor de que aquellas casas albergaban a los dirigentes de una importante banda de terroristas, que en un día determinado habían de arrojarse a una orgía de degüellos, con el fin de exterminar América de todas las viejas tradiciones que la Calle había venerado. Libelos y papeles se desparramaron por el sucio arroyo: libelos y papeles impresos en muchas lenguas y en muchos caracteres, portadores todos de mensajes de crimen y rebelión. En aquellos escritos se instaba al pueblo a romper con las leyes y con las virtudes que nuestros antepasados ensalzaron; a patear el alma de la vieja América, ese alma que era el legado de mil años de justicia, moderación y libertad anglosajonas. Se decía que los hombres morenos que habitaban en la Calle y se congregaban en sus pútridos edificios, eran el cerebro de una horrenda revolución; que a una consigna suya, muchos millones de bestias sin seso, idiotizadas, se pondrían en pie en los suburbios apestosos de mil ciudades; y destruirían, quemarían y matarían, hasta que dejase de existir la tierra de nuestros padres. Todo esto se decía y se repetía, y muchos esperaban con temor la llegada del Cuatro de Julio, día del que se insinuaban muchas cosas en los extraños escritos; sin embargo, no pudo encontrarse nada que designase a los culpables. Nadie podía decir a quién era preciso arrestar para cortar de raíz la maldita conspiración. Muchas veces vinieron grupos de policías de chaqueta azul a registrar las casas tambaleantes,

hasta que por último dejaron de venir; también ellos se habían cansado de la Ley y del Orden, y abandonaban a su suerte a la ciudad. Entonces llegaron hombres uniformados de verde oliva, portadores de mosquetones; y pareció que la calle —en su triste dormir— tuviese sueños persistentes de aquellos otros tiempos en que la atravesaban hombres de sombreros cónicos, portadores también de mosquetones, yendo desde el manantial del bosque hasta el puñado de casas junto a la playa. Pero no se pudo actuar para impedir el cataclismo amenazador, porque los hombres siniestros tenían experiencia en ocultarse.

De modo que la calle siguió durmiendo, hasta que una noche, en la pastelería Petrovich, en la Escuela Rifkin de Economía Moderna, en el Club «Círculo Social», y en el Café de la Libertad —y en muchos otros lugares— se reunieron extensas hordas de hombres con los ojos dilatados por la expectación y el horrible triunfo. Extraños mensajes viajaron por cables ocultos, y se habló mucho de mensajes aún más extraños que habían de transmitirse. Pero gran parte de esto ni siquiera se sospechó hasta después, cuando la Tierra de Occidente se encontró a salvo del peligro. No podían decir los hombres de uniforme verde oliva qué era lo que estaba pasando ni qué era lo que habían de hacer, porque aquellos hombres siniestros tenían un talento sutil para el engaño.

Pero los hombres vestidos de verde oliva recordarán siempre aquella noche y hablarán de la calle a sus nietos; porque a muchos de ellos se les envió por la mañana a una misión diferente de aquella que esperaban. Se sabía lo viejo que era este nido de anarquistas, que las casas se tambaleaban por

los estragos de los años, las tormentas y los gusanos; pero el acontecimiento de aquella noche fue una sorpresa a causa de su extraña uniformidad. En verdad, fue un acontecimiento singular en exceso, aunque muy sencillo después de todo. Ocurrió que, sin previo aviso, a una de las horas que siguen a la medianoche, todos los estragos de los años, tormentas y gusanos, alcanzaron un tremendo punto álgico; y después del hundimiento, nada quedó en pie en la Calle, salvo dos antiguas chimeneas y parte de un recio muro de ladrillo. Y nada de lo que había tenido vida salió con ella de las ruinas. Un viajero, un poeta que llegó con la gran muchedumbre que invadió el lugar, contó raras historias. Dijo el poeta que durante las horas que preceden al amanecer contempló las sórdidas ruinas al resplandor de los focos; y que sobre ellas había otra imagen, de la que pudo describir la luna brillante, las elegantes casas, los olmos, robles y dignos brezos. Y el viajero declaró que en vez del aborrecible hedor de aquel lugar, había allí una delicada fragancia de rosas en flor. Pero, ¿no es notorio que los cuentos de los poetas y las historias de los viajeros siempre son falsas?

Hay quien dice que las cosas y los lugares tienen alma, y hay quien dice que no la tienen; yo no me atrevo a pronunciarme sobre ello, pero les he hablado de la Calle.

La transición de Juan Romero

No me es agradable hablar de los acontecimientos que tuvieron lugar en la Mina Norton, el dieciocho y el diecinueve de octubre de mil ochocientos noventa y cuatro. Lo que me impele a recordar, en los últimos días de mi vida, escenas y acontecimientos revestidas de un terror doblemente agudo por el hecho de que no puede definirlo por completo, es el sentido de mi deber con respecto a la ciencia. Cre que, antes de morir, debo contar lo que sé de lo que podría llamar la... «transición» de Juan Romero.

No necesito dar a la posteridad mi nombre, ni indicar mi origen; en realidad, considero que es mejor que no lo haga, ya que cuando un hombre emigra de súbito a América o las colonias abandona su pasado tras él. Además, nada tiene que ver lo que antes fui con mi relato; salvo, quizás, el hecho de que durante mis servicios en la India me encon-

traba más a gusto entre los sabios nativos de barbas blancas que entre los otros oficiales, mis hermanos de raza. Y no era poco lo que había investigado de la extraña sabiduría oriental cuando hicieron presa en mí las calamidades que me condujeron a una nueva vida en la cual juzgué conveniente tomar un nombre —el que ahora llevo— que es muy corriente y carece de significación especial.

En el verano y otoño de mil ochocientos noventa y cuatro, vivía yo en los tristes ámbitos de las Montañas de Cactus, empleado como un obrero común en la célebre Mina Norton, cuyo descubrimiento por un anciano buscador de oro, algunos años antes, había convertido la región circundante, que fue, hasta entonces, un territorio baldío y casi despoblado, en un bullente caldero de vida sórdida. Una veta de oro situada en las profundidades de un lago de la montaña enriqueció al hombre venerable que la encontró, sobrepasando sus sueños más extravagantes, y era ahora la base de unas extensas excavaciones llevadas a cabo por la Corporación, que finalmente la había comprado. Se encontraron vetas adicionales, y la producción de metal amarillo era enormemente cuantiosa; de manera que un poderoso ejército de mineros se afanaba día y noche en los numerosos túneles y en las concavidades de las rocas. El superintendente, un tal Mr. Arthur, hablaba a menudo sobre la singularidad de las formaciones geológicas locales, y especulaba sobre la probable extensión de la cadena de cuevas, estimando el futuro de las titánicas empresas mineras. Consideraba que las cavidades auríferas eran el resultado de la acción del agua, y creía que pronto se abriría la última de ellas.

Poco tiempo después de que yo llegara y me

emplease, vino a la Mina Norton Juan Romero; formaba parte de una gran manada de desharrapados mejicanos, atraídos allí desde el país vecino. Al principio, sólo llamaba la atención por sus rasgos, que aunque eran del tipo piel roja, resultaban sin embargo notables por su coloración clara y refinada conformación que era muy diferente de la de los «piute» o «grasientos» comunes en la localidad. Es curioso que, aunque difiriese ampliamente de la masa de indios tribales o hispanizados, Romero no daba la menor impresión de ser de sangre caucasiana. No era el «conquistador» ni el pionero americano, sino el antiguo y noble Azteca, quien se pintaba en la imaginación cuando el silencioso peón se levantaba por la mañana, temprano, y contemplaba fascinado el Sol que se alzaba sobre las colinas, al Este, y extendía hacia la esfera sus brazos, como si llevase a cabo un rito cuya naturaleza él mismo no comprendía. Pero, aparte de su rostro, nada en Romero sugería nobleza. Ignorante y sucio, se hallaba a sus anchas entre los demás mejicanos de piel morena; provenía (según me dijo después) del ambiente más bajo. Le encontraron de niño en una choza de la montaña, único superviviente de una epidemia que allí llevó a cabo su tarea letal. Cerca de la choza, junto a una fisura en la roca bastante singular, yacían dos esqueletos hacía poco descarnados por los buitres, que probablemente eran todo lo que quedaba de sus padres. Nadie recordaba su identidad, y la mayoría se olvidó pronto de ellos. En verdad, el derrumbamiento de la choza y una avalancha subsiguiente que cerró la fisura de la roca ayudaron a borrar del recuerdo incluso el paisaje. Educado por un cuatrero mejicano que le había dado su nombre, Juan difería en poco de sus compañeros.

El apego que Romero manifestaba hacia mí, tuvo sin duda su causa y su origen en el precioso y antiguo anillo hindú que yo llevaba cuando no estaba trabajando. No puedo hablar de su naturaleza, ni de la forma en que llegué a poseerlo. Era el último eslabón que me unía a un capítulo de mi vida cerrado para siempre, y lo tenía en alta estima. Pronto me di cuenta de que el mejicano de extraño aspecto estaba tan interesado en el anillo como yo; lo miraba con una expresión que borraba cualquier sospecha de que tan sólo ambicionase poseerlo. Los blancos jeroglíficos que ornaban la joya, parecían despertar en su mente, activa aunque ineducada, cierto débil recuerdo, aunque no era posible que hubiese visto antes nada similar. En el transcurso de algunas semanas, desde su llegada, Romero se convirtió en un abnegado servidor mío a pesar de que yo no era más que un minero corriente. Nuestra conversación era necesariamente muy limitada: él no conocía más que unas palabras de inglés, mientras que yo descubrí que el castellano que aprendí en Oxford era bastante diferente de la jerga que empleaba el peón de Nueva España.

El acontecimiento que estoy a punto de relatar fue anunciado por largas premoniciones. A pesar de que Romero me había interesado, y aunque el anillo le había afectado a él de manera peculiar, pienso que ninguno de los dos esperaba lo que iba a acontecer después de la gran explosión que se provocó. Consideraciones geológicas habían dictado una extensión de la mina directamente por debajo de la parte más profunda del área subterránea; y la creencia del capataz de que sólo se encontraría con rocas sólidas hizo que se colocase una prodigiosa carga de dinamita. Ni Romero ni yo estába-

mos relacionados con este trabajo, por lo que nuestros primeros conocimientos de los extraños hechos nos llegaron a través de otros. La carga, quizá mayor de lo que se había estimado, pareció conmover toda la montaña; las ventanas de las cabañas de la vertiente posterior se hicieron pedazos, y los mineros que trabajaban en los pasadizos más cercanos fueron despedidos por el aire. El lago Jewel, situado directamente sobre el escenario de la acción, se agitó como en una tempestad. La investigación que siguió, reveló que un nuevo abismo bostezaba, infinito, bajo el lugar de la voladura; una sima tan monstruosa que ningún cable podía sondearlo, ni iluminarlo ninguna lámpara. Desconcertados, los excavadores mantuvieron una conferencia con el superintendente, quien ordenó que se llevasen al pozo cuerdas de gran longitud, y que se las hiciese descender al abismo, empalmando unas con otras hasta tocar el fondo.

Poco tiempo después, los trabajadores, demudados, anunciaron su fracaso al superintendente. Con firmeza, aunque respetuosamente, hicieron constar su negativa a volver a visitar el precipicio y a trabajar en la mina hasta que éste fuera sellado. Era evidente que se enfrentaban con algo que sobrepasaba todas sus experiencias; por lo que podían asegurar, el abismo no tenía fondo. El superintendente no les dirigió reproches; meditó profundamente, e hizo planes para el siguiente día. No se trabajó en el turno de noche.

A las dos de la madrugada, se puso a aullar con tristeza un coyote solitario. Desde el interior de la obra ladró un perro su respuesta, dirigida al coyote... o a otra cosa. Sobre los picachos de la cordillera se preparaba una tormenta, y nubes de

siluetas fantasmagóricas se desplazaban, horribles, por encima del empañado pedazo de luz celestial que era muestra de los esfuerzos que hacía la gibosa luna para brillar a través de varias capas de vapores cirro-estratos. Me despertó la voz de Juan Romero, viniendo de la litera superior; hablaba en un tono tenso y excitado, y dejaba translucir cierta vaga expectación. No puede comprenderle:

—*¡Madre de Dios! ¡El sonido! ¡Ese sonido! ¡Oiga Vd! ¿Lo oye Vd? Señor,** ¡ESE SONIDO!

Escuché, preguntándome a qué sonido se referiría: el coyote, el perro, la tormenta... Esta última ganaba entonces fuerza, en tanto que el viento gemía cada vez con mayor frenesí. Interrogué al nervioso mejicano, nombrando los sonidos que había escuchado:

—*¿El coyote? ¿El perro? ¿El viento?*

Pero Romero no contestó. Luego murmuró como sobrecogido:

— *El ritmo señor, el ritmo de la tierra.* ESE LATIDO DEBAJO DEL SUELO.

Y entonces lo oí yo también; lo oí, y me estremecí sin saber por qué. A mucha profundidad por debajo de mí se oía un sonido —un ritmo, tal como el peón— que, aunque era muy débil, dominaba incluso al perro, al coyote y a la tempestad que iba en aumento. Es inútil intentar describirlo, porque era tal que no tenía descripción posible. Quizás fuera como el latir de las máquinas en las entrañas de un gran transatlántico, como se siente desde el puente, aunque no era tan mecánico, y estaba en cierto modo provisto de vida y de conciencia. La que más

* Todas las palabras en cursiva están en español en el original. (N. del T.)

me impresionó de todas sus cualidades fue la de ser remoto, en el interior de la Tierra. En mi mente surgieron fragmentos de un pasaje de Joseph Glanvil que Poe ha citado con tremenda efectividad *.

«... lo vasto, profundo e inexorable de sus obras, que tienen en ellas una profundidad mayor que la del pozo de Demócrito...»

De pronto Romero saltó de su litera, y quedó de pie ante mí, contemplando el extraño anillo que yo llevaba y que brillaba de manera extraña con cada relámpago; y luego miraba intensamente en dirección a la abertura de la mina. Me levanté yo también, y ambos quedamos inmóviles durante un rato, esforzándonos en escuchar, mientras el misterioso ritmo parecía cada vez más dotado de vida. Luego, sin aparente volición, empezamos a desplazarnos hacia la puerta, cuyo golpeteo en el temporal poseía una confortante sugerencia de realidad terrenal. El cántico de las profundidades —que es lo que ahora parecía ser el sonido— creció en volumen y en claridad; y nos sentimos irresistiblemente impulsados a salir a la tormenta, y luego a encaminarnos a la abierta negrura de la grieta.

No nos tropezamos con ningún ser viviente; los hombres de la cuadrilla nocturna habían sido dispensados de su trabajo, y sin duda se hallarían en el establecimiento de Dry Gulch, abrumando a algún camarero adormilado con siniestros rumores. Sin embargo, en la cabaña del guardián brillaba un cuadradito de luz amarilla, como un ojo vigilante. Pensé confusamente en cómo habría afectado al guardián el rítmico sonido; pero Romero se movía

* Como lema a «Un descenso al Maelstrom». HPL.

entonces cada vez más de prisa, y yo le seguí sin detenerme.

El sonido de las regiones inferiores se volvió definitivamente ordenado mientras descendíamos por la grieta. Me chocó su horrible parecido con una especie de ceremonia oriental, con redobles de tambores y cánticos de muchas voces. Como sabe el lector, he estado mucho tiempo en la India. Romero y yo avanzamos sin vacilar por entre los pozos y descendimos por escalas, siempre en dirección de aquello que nos atraía, pero poseídos por un lastimoso miedo y reluctancia. En una ocasión, creí haberme vuelto loco; esto fue cuando, al preguntarme cóme sería que nuestro camino estaba iluminado en ausencia de cualquier tipo de lámpara o vela, me di cuenta de que el anillo que llevaba desprendía un brillo fantasmagórico, difundiendo un pálido fulgor por el aire húmedo y pesado que nos rodeaba.

Sin previo aviso, Romero echó a correr, tras de bajar trepando por una de las múltiples escalas de cuerda, y me dejó solo. Cierta nota nueva y salvaje en los cánticos que yo percibía sólo con vaguedad, había tenido sobre él un efecto escalofriante; y, profiriendo un grito furioso, se lanzó hacia adelante por la oscuridad de las cavernas. Escuché sus repetidos chillidos delante de mí, mientras se tambaleaba por el suelo llano y mientras bajaba trepando, enloquecido, por las desvencijadas escalas. Y, a pesar de que estaba aterrado, aún poseía las facultades de percepción necesarias para darme cuenta de que su habla, en las ocasiones en las que era articulada, no pertenecía a ninguna especie de las que yo conociera. La acostumbrada mezcla de mal español y de peor inglés había sido sustituida

por una mezcla de polisílabos rudos, pero impresionantes, de los que sólo me resultaba algo familiar el repetido grito: «Huitzilipotchli» *. Más tarde, situé esta palabra en el contexto de los trabajos de un gran historiador (W. Prescott, «Conquest of Mexico»)... y me estremecí cuando hice la asociación.

El punto crucial de aquella noche fue complicado, pero bastante breve, y comenzó justamente cuando alcancé la última caverna de nuestro periplo. De la oscuridad, inmediatamente frente a mí, salió el chillido último del mejicano, al que se unió un coro de ásperos sonidos de una calidad tal que yo no podría volverlos a escuchar y sobrevivir. En aquel momento parecía como si todas las monstruosidades y ocultos terrores de las profundidades de la Tierra se hubiesen aunado, uniendo sus voces articuladas para derrocar a la raza humana. Simultáneamente, se extinguió la luz de mi anillo, y vi que un nuevo resplandor iluminaba el espacio inferior, a unas yardas tan sólo de donde yo estaba. Había llegado al abismo que, según toda evidencia, se había tragado a Romero, y que ahora brillaba, rojo. Avancé y eché una ojeada por encima del borde de aquella sima que ninguna cuerda había podido sondear; y vi que se había convertido en un pandemonium de llamas vacilantes y de espantoso tumulto. Al principio no vi más que una hirviente mancha de luz; pero luego unas formas, infinitamente distantes todas, empezaron a destacarse. Y entonces vi... ¿Era Juan Romero?... Pero, por Dios. ¡No me atrevo a contar lo que vi!... Algún poder celestial acudió en mi ayuda y obliteró a

* Divinidad azteca del sol y de la guerra, a la que se honraba con sacrificios humanos. (N. del T.)

un tiempo visiones y sonidos, en un estruendo como el que podría oírse si dos universos chocasen en el espacio. Sobrevino el caos, y conocí la paz que sólo podía darme la pérdida de la conciencia.

No sé bien cómo continuar, puesto que se trata de asuntos tan singulares; pero haré lo que pueda, sin intentar siquiera discernir lo real de lo aparente. Cuando desperté, me encontraba a salvo en mi litera, y por la ventana se veía el rojo resplandor de la aurora. A cierta distancia, el cuerpo de Juan Romero yacía sobre una mesa rodeado por un grupo de hombres, entre los que estaba el médico del campamento. Los hombres hablaban de la extraña muerte que había sobrevenido al mejicano mientras dormía; una muerte, al parecer, relacionada de algún modo con el terrible rayo que había caído sobre la montaña, estremeciéndola. No había evidencia de ninguna causa directa de muerte, y la autopsia no pudo encontrar ningún motivo por el cual Romero no pudiese estar vivo. Retazos de conversación establecieron más allá de cualquier duda que ni Romero ni yo abandonamos el barracón durante aquella noche; y que tampoco estábamos despiertos cuando la terrible tormenta atravesó las montañas Cactus. Aquella tormenta, dijeron los hombres que se habían aventurado en la grieta de la mina, causó tremendos cambios en la tierra y cerró por completo el profundo abismo que el día anterior había sido la causa de tantas aprensiones. Cuando le pregunté al guardián qué sonidos había escuchado antes del potente trueno, mencionó al perro, al coyote y al aullante viento de la montaña... nada más. Y no dudo de su palabra.

Al reanudar los trabajos, el capataz encargó a algunos hombres especialmente bien dotados que

hiciesen ciertas investigaciones en torno al lugar donde había aparecido el abismo. Obedecieron, aunque con desgana, y se hizo una profunda excavación. Los resultados fueron muy curiosos. El techo de la cueva, cuando ésta estaba abierta, no era espeso por ningún concepto; sin embargo, entonces, los taladros de los investigadores revelaron tan sólo una ilimitada extensión de roca sólida. Al no encontrar nada más, ni siquiera oro, el superintendente abandonó sus intentos; pero a veces su compostura se ve rota por una mirada perpleja, cuando se sienta, pensativo, ante su mesa.

Otra cosa es curiosa: aquella mañana, poco después de despertarme, tras la tormenta, descubrí la inexplicable ausencia de mi anillo hindú de mi dedo. Le había dado un gran precio y, sin embargo, sentí una especie de descanso cuando desapareció. Si uno de mis camaradas se apropió de *él*, debe haber dispuesto de su botín de una forma bastante inteligente, porque nunca se volvió a ver el anillo, a pesar de los anuncios y del registro efectuado por la policía. Dudo en cierto modo de que fuesen mortales las manos que lo robaron; en la India me enseñaron muchas cosas extrañas.

Mi opinión sobre toda esta experiencia está sometida a variaciones temporales. A la luz del día, y la mayor parte de las estaciones del año, estoy dispuesto a considerar que la mayor parte de ella fue un simple sueño; pero a veces en el otoño, hacia las dos de la mañana, cuando el viento y los animales aullan, melancólicos, surge de las inconcebibles profundidades inferiores una maldita sugestión de un latido rítmico... y pienso que la transición de Juan Romero fue terrible en verdad.

16 de septiembre de 1919.

CUATRO FRAGMENTOS

Estos fragmentos, encontrados entre los papeles de Lovecraft, son posiblemente sus intentos de anotar en forma rudimentaria, como preparación para su desarrollo en historias más largas, algunos de sus sueños. Ninguno de éstos fue nunca desarrollado. En las cartas de Lovecraft se pueden encontrar las claves de las fuentes de los ensueños que inspiraron estos fragmentos. (*Nota del editor americano.*)

Asathoth

Cuando el mundo llegó a su ancianidad, y del espíritu de los hombres se escapó la capacidad de maravillarse; cuando ciudades grises elevaron hacia los cielos cubiertos de humo altas torres lóbregas y feas, a cuya sombra a nadie le era posible soñar con el sol ni con las praderas que la primavera cubre de flores; cuando la Ciencia le arrancó a la Tierra su manto de belleza, y los poetas no cantaban ya sino a distorsionados espectros, productos de una visión introvertida y confusa; cuando estas cosas sucedían, y las esperanzas infantiles se habían desvanecido para siempre, hubo un hombre que viajó fuera de la vida, en busca de los ámbitos a los que habían huido los sueños del mundo.

Poco se ha escrito del nombre y del lugar en que este hombre vivía, porque tan sólo pertenecían al mundo vigil; pero se dice que ambos eran oscuros. Basta saber que vivió en una ciudad de

altos muros donde reinaba estéril penumbra; y que durante todo el día trabajaba entre sombras y agitación. Con el atardecer regresaba al hogar, a una habitación cuya única ventana no daba al campo ni a las praderas, sino a un oscuro patio donde otras ventanas miraban con torpe desesperanza. Desde aquel casillero sólo se podían ver muros y ventanas, salvo algunas veces, cuando uno se inclinaba muy afuera y miraba hacia arriba, a las pequeñas estrellas que pasaban. Y, puesto que el hombre que sueña y lee mucho se vuelve pronto loco si ve tan sólo muros y ventanas, el habitante de aquella habitación solía inclinarse hacia afuera noche tras noche y mirar, para captar algún fragmento de las cosas que están situadas más allá del mundo vigil y de lo gris que impera en las altas ciudades. Después de años, empezó a llamar por su nombre a las estrellas de lento navegar, y a seguirlas con la imaginación cuando se deslizaban sin ganas fuera del campo de su vista; hasta que, por último, su visión se abrió a muchos paisajes secretos cuya existencia no sospechan los ojos vulgares. Y una noche se extendió un puente sobre el inmenso abismo, y los cielos que los sueños frecuentan penetraron a oleadas por la ventana del que los observaba, para mezclarse con el cerrado ambiente de su habitación y hacerle penetrar en sus maravillas fabulosas.

A aquella habitación llegaron extrañas corrientes de medianoche violeta, brillando con polvo de oro; vértices de polvo y fuego surgieron en remolinos de los últimos confines del espacio, cargados de arenas de más allá de los mundos. Allí fluyeron océanos opiaceos, iluminados por soles que nunca serán vistos, que llevaban en sus torbellinos extraños

delfines y ninfas marinas, habitantes de profundidades que dejan atrás todo recuerdo. La infinitud se arremolinó sin ruido en torno al soñador y se le llevó lejos, sin siquiera tocar el cuerpo que yacía rígido, junto a la ventana solitaria; y, durante días que no computan los calendarios de los hombres, las marejadas de las esferas lejanas le transportaron con suavidad a unirse con los sueños que anhelaba, los sueños que los hombres han perdido. Y en el transcurso de muchos ciclos lo dejaron dormir tiernamente en un playa que ilumina un verde amanecer; una playa perfumada por flores de loto, estrellada de rojos calamates...

(Hacia 1922).

El descendiente

Al escribir, en lo que el doctor dice que es mi lecho de muerte, mi más abyecto temor es que el hombre está equivocado. Supongo que parezco listo para ser enterrado la semana que viene, pero...

En Londres hay un hombre que grita cuando repican las campanas de las iglesias. Vive solo con su gato listado en Gray's Inn, y la gente dice que es un loco inofensivo. Su habitación está llena de libros, de la clase más sencilla y pueril, y hora tras hora intenta escapar de sí mismo en la débil inteligencia de las páginas. Todo lo que busca en la vida es no pensar. El pensamiento es, por alguna razón, algo muy horrible para él; y huye de todo lo que pueda despertar su imaginación, como de

una plaga. Es muy delgado, arrugado y gris; pero hay quien declara que no es ni mucho menos tan viejo como parece. El miedo ha clavado en él sus garras de oso, y cualquier sonido le hace sobresaltarse, con los ojos muy abiertos y la frente cubierta de gotas de sudor. Huye de amigos y compañeros, porque no desea contestar preguntas. Los que le conocieron en sus tiempos de erudito y de esteta, dicen que es muy triste verle ahora. Los abandonó a todos ellos hace años, y nadie está seguro de si abandonó el país o simplemente se perdió de vista en algún sitio oculto. Hace ahora una década desde que se mudó a Gray's Inn, y no dijo nada del lugar en que había estado antes, hasta la noche en que el joven Williams compró el «Necronomicón».

Williams era un soñador y contaba sólo veintitrés años; y cuando se mudó a la antigua casa sintió algo extraño y un soplo de vientos cósmicos en torno al hechizado hombre gris de la habitación contigua a la suya. Le impuso su amistad, cuando sus amigos antiguos no intentaban imponer la suya, y se quedó asombrado del terror que se había apoderado de aquel hombre falso y desconfiado, que de continuo observaba y escuchaba. Porque nadie podía dudar de que el hombre escuchaba y observaba siempre. Escuchaba y observaba con la mente, más que con ojos y oídos, y luchaba en todo momento para ahogar algo en su incesante devorar de novelas alegres e insípidas. Y cuando sonaban las campanas de la iglesia erizaba las orejas y chillaba, y el gato gris que vivía con él aullaba al unisono, hasta que moría a lo lejos la última reverberación.

Pero, a pesar de lo mucho que lo intentó, Williams no pudo hacer que su vecino hablase de nada oculto

o profundo. El viejo no abandonaba su aspecto ni sus modales, pero fingía una sonrisa y un tono ligero, y balbuceaba febril y frenéticamente alegres bromas; su voz se alzaba y se adelgazaba hasta convertirse en un piante e incoherente falsete. Sus observaciones más triviales ponían en claro que sus conocimientos eran profundos y sólidos; y Williams no se sorprendió cuando se enteró de que había estado en Harrow y en Oxford. Más tarde, resultó que no era otro que Lord Notham, de cuyo antiguo castillo familiar de la costa de Yorkshire se decían tantas cosas extrañas; pero cuando Williams intentó hablar del castillo y de sus supuestos orígenes romanos, se negó a admitir que hubiese nada de anormal en ello. Rió incluso con agudas carcajadas cuando hablaron de las criptas que se suponen excavadas en el sólido risco que se alza sobre el Mar del Norte.

Así estaban las cosas hasta la noche en que Williams trajo a casa el infame «Necronomicón» del árabe loco Abdul Alhazred. Había sabido de la existencia del temido volumen desde sus dieciseis años, cuando su incipiente amor por lo raro le había hecho preguntar extrañas preguntas a un viejo y encorvado librero de Chandos Street. El viejo librero le había contado que sólo se sabía de cinco copias que hubiesen subsistido a los alarmados edictos de sacerdotes y hombres de leyes en contra suya, y que todos ellos estaban encerrados con temeroso cuidado por custodios que se habían aventurado a comenzar la lectura de las odiosas letras negras. Pero ahora, por fin, no tan sólo había encontrado una copia accesible, sino que la había hecho suya a un precio ridículamente bajo. Lo encontró en la tienda de un judío, en el mísero recinto de Clere Market

donde a menudo había comprado antes cosas raras, y casi pensé que el viejo y torcido Levita sonreía entre su barba enmarañada cuando hizo el descubrimiento. La pesada cubierta de piel con cierre de cobre estaba tan a la vista, y el precio había sido tan absurdamente pequeño...

La única ojeada que tuvo del título fue bastante para hacer sus delicias, y algunos de los diagramas enmarcados por el texto latino excitaron en su mente los recuerdos más intensos e inquietantes. Sintió que era altamente necesario llevarse a casa aquel objeto maravilloso y empezar a descifrarlo, y se lo llevó de la tienda con tal precipitación que el viejo judío lanzó una inquietante carcajada a sus espaldas. Pero cuando al fin estuvo el libro a salvo en su habitación, se encontró con que la combinación de las letras ennegrecidas y el lenguaje anticuado era demasiado para sus capacidades de lingüística y llamó, reluctante, a la puerta de su extraño y atemorizado amigo para solicitar que le ayudase a descifrar el retorcido latín medieval. Lord Northam se hallaba mascullando inanidades a su gato listado, y se sobresaltó violentamente cuando el joven entró. Entonces vio el volumen y se estremeció bruscamente, y se desvaneció cuando Williams pronunció su título. Y cuando recuperó el sentido contó su historia; contó su fantástica historia de locura, de miedo de que su amigo no se diese la suficiente prisa en quemar el maldito libro y esparcir lejos sus cenizas.

Debía haber algo que iba mal desde el principio, murmuró Lord Northam; pero nunca hubiese tenido importancia si no hubiese él llevado las exploraciones demasiado lejos. Era el decimonoveno barón de un linaje cuyos comienzos estaban situados incon-

fortablemente lejos; increíblemente lejos, si se podía dar crédito a las vagas tradiciones, ya que había cuentos familiares que hablaban de un ascendiente anterior a los tiempos de los Sajones, cuando un cierto Luneus Gabinus Capito, tribuno militar de la Tercera Legión Augustal, había sido expulsado someramente del mando por su participación en determinados ritos que no tenían relación ninguna con cualquier religión conocida. Los rumores decían que Gabinus había ido a las cavernas del risco, donde se reunían gente extraña y hacían el Signo Antiguo; extrañas gentes a los que no conocían los Bretones salvo en sus terrores, y que eran los últimos supervivientes de un gran país del Occidente que se había hundido, y del que sólo quedaban las islas que tenían las piedras colocadas en círculos y los santuarios de los que el más grande era Stonehenge. Por supuesto, no existía ninguna certeza en la leyenda de que Gabinus hubiese construido una fortaleza inexpugnable sobre la caverna prohibida, y fundado un linaje que los Pictos, Sajones, Daneses y Normandos fueron incapaces de obliterar; ni en la tácita aseveración de que surgía de este linaje el valiente compañero y lugarteniente del Príncipe Negro al que Eduardo Tercero hizo Barón de Northam. Estas cosas no se sabían con certeza, pero se decían a menudo; y en verdad, las piedras del Castillo de Northam se parecían en forma alarmante al trabajo de albañilería de la Muralla de Adriano. De niño, Lord Northam había tenido sueños peculiares cuando dormía en las partes más antiguas del castillo, y había adquirido el hábito constante de buscar en su memoria escenas semi-amorfas, patrones e impresiones que no formaban parte de su experiencia vigil. Se convirtió en un soñador que encontraba

que la vida era insípida e insatisfactoria; un buscador de extraños reinos y relaciones antaño familiares, pero que no estaban en ningún lugar de las regiones visibles de la Tierra.

Impregnado por la creencia de que nuestro mundo tangible es sólo un átomo de un vasto y ominoso ingenio, y que un designio desconocido oprime y penetra por todas partes la esfera de lo conocido, Northam bebió en las fuentes de la religión, primero, y del ocultismo después, en su adolescencia y juventud. No pudo, sin embargo, encontrar en ninguna parte la satisfacción de sus anhelos; y, mientras se hacía mayor, lo rancio y limitado de la vida se volvió algo cada vez más enloquecedor para él. En la década de los noventa del pasado siglo chapoteó en el satanismo, y en toda época devoraba con avidez cualquier teoría o doctrina que pareciese prometer la huida de las perspectivas cerradas de la ciencia y de las leyes necias e invariables de la naturaleza. Absorbía con interés libros como el quimérico informe de Ignatius Dennelly sobre la Atlántida, y una docena de precursores de Charles Fort le entusiasmaron con sus vaguedades. Viajaba por muchas leguas sobre la pista de un furtivo cuento de aldeanos que narrase alguna maravilla anormal, y una vez fue al desierto de Arabia en busca de una Ciudad sin Nombre que nadie ha visto, y de la que se habla vagamente. Allí se despertó en él la tantálica esperanza de que en algún lugar había de existir una puerta de fácil acceso, que si uno la encontraba, le daría paso a aquellas profundidades extrañas cuyos ecos repicaban tan oscuramente en la parte más lejana de su memoria. Podría encontrarse en el mundo visible, pero también podría estar tan sólo en su mente

y en su alma. Quizás tuviese él en el interior de su cerebro a medio explorar la críptica llave que le haría despertar a vidas Antiguas y futuras en dimensiones ocultas; que le uniría a las estrellas, y a las eternidades y la infinitud que hay más allá de ellas...

(Hacia 1926).

El libro

Mis recuerdos son muy confusos. Tengo muchas dudas incluso sobre el momento en que comienzan; porque a veces tengo la espantosa visión de años que se extienden detrás de mí, mientras que otras veces me parece como si el momento presente fuera un punto aislado en una eternidad gris y sin forma. Ni siquiera estoy seguro de la forma que tengo de comunicar este mensaje. Aunque sé que estoy hablando, tengo la vaga impresión de que se necesitará una mediación vaga y quizás terrible para llevar lo que digo a los puntos en los que deseo ser escuchado. También mi identidad me resulta irritantemente confusa. Parece que he sufrido un gran «shock», causado quizás por cierto desarrollo desmedido y completamente monstruoso de los ciclos de mi experiencia, única e increíble.

Por supuesto, esos ciclos de experiencia tienen todos su principio en aquel libro que los gusanos habían convertido en un enigma. Recuerdo cuando lo encontré, en un lugar de luz difusa, cercano al río negro y oleaginoso donde las brumas forman siempre torbellinos. Aquel lugar era muy viejo, y

las estanterías que llegaban hasta el techo, llenas de volúmenes carcomidos, se extendían sin fin por habitaciones interiores y alcobas desprovistas de ventanas. Había, además, grandes montones de libros en el suelo o en simples arcones; y fue en uno de esos arcones donde encontré aquello. Nunca supe su título, porque faltaban las primeras páginas; pero quedó abierto hacia el final y me dio un atisbo de algo que hizo vacilar mis sentidos.

Había una fórmula —una especie de lista de cosas que hacer y decir— en la que reconocí algo negro y oculto; algo sobre lo que anteriormente había leído parrafos furtivos en los que se mezclaban el aborrecimiento y la fascinación, surgidos de la pluma de aquellos antiguos sondeadores de los secretos ocultos del Universo cuyos textos estropeados yo gustaba de absorber. Era una guía, una llave que abría ciertas puertas y transiciones con las que han soñado siempre los místicos, y sobre las que han mumurado desde que la raza humana era joven; puertas y transiciones que llevan a libertades y a descubrimientos situados más allá de las tres dimensiones y de los reinos de vida y de materia que conocemos. Hacía siglos que ningún hombre recordaba su substancia vital ni sabía nadie donde encontrarla, pero este libro era en verdad muy antiguo. La mano de algún monje medio loco, que no la imprenta, era la que había trazado las iniciales de venerable antigüedad que formaban aquellas frases latinas.

Recuerdo cómo me miró el viejo de soslayo y cómo se rió entre dientes, y el curioso signo que hizo con la mano cuando me lo llevé. Se negó a que le pagase nada por él, y sólo mucho tiempo después supe por qué. Cuando me apresuraba hacia mi casa por

aquellas estrechas calles del puerto, retorcidas y vestidas de niebla, tuve la terrible impresión de que me seguían subrepticiamente unas pisadas blandas y algodonosas. Las casas seculares a ambos lados de las calles parecían animadas por una malignidad nueva y morbosa; como si se acabase de abrir abruptamente un conducto, cerrado hasta aquel momento, de pérfida comprensión. Me parecía que aquellos muros, aquellos aleros sobresalientes de ladrillo mohoso y de fungoide yeso y madera, provistos de ventanas que miraban como ojos a través de sus cristales cortados en forma de rombo, pudieran desistir a duras penas de avanzar y aplastarme... aunque tan sólo hubiese leído el último fragmento de aquellas runas blasfemas antes de cerrar el volumen y llevármelo.

Recuerdo cómo leí por fin el libro; encerrado en la habitación del ático que hacía tiempo tenía dedicada a extrañas investigaciones, con el rostro pálido. La casona estaba muy tranquila, porque no subí hasta pasada la medianoche. Pienso que entonces tenía yo una familia —aunque no recuerdo con certeza los detalles— y sé que había muchos criados. No puedo decir qué año era, puesto que desde entonces he conocido muchas edades y dimensiones, y todas mis nociones del tiempo han sido disueltas y modificadas. Leía a la luz de las velas —recuerdo el incesante gotear de la cera derretida— y de vez en cuando sonaban las campanas con sonidos distintos. Yo parecía escuchar con peculiar intensidad esas campanadas, como si temiese escuchar entre ellas alguna nota muy lejana.

Entonces fue cuando se produjo el primer arañazo y golpeteo en la ventana situada junto a la viga maestra, que miraba muy por encima de los

demás techos de la ciudad. Sucedió mientras yo declamaba en voz alta el noveno verso de aquel primitivo encantamiento, y me di cuenta, entre escalofríos, de lo que significaba. Porque el que atraviesa el Umbral se provee siempre de una sombra, y nunca más puede ya permanecer a solas. Había hecho yo la evocación, y el libro era en realidad todo lo que yo había sospechado. Aquella noche atravesé el umbral de un vértice de tiempo y de visión distorsionados; y cuando la mañana me encontró en la habitación del ático, vi en las paredes, en las estanterías y en los adornos, cosas que nunca había visto antes.

Tampoco pude nunca desde entonces ver el mundo tal como lo había conocido. Siempre encontraba, en íntima mezcla con la escena presente, algo del pasado y algo del futuro; y todos los objetos antes familiares, se me aparecían extraños bajo la nueva perspectiva que les confería mi visión expandida. Desde entonces, me moví en un sueño fantástico de formas desconocidas o medio conocidas; y cada nuevo umbral que transpasaba me hacía más dificultoso el reconocer las cosas de la angosta esfera de existencia en la que había estado confinado durante tanto tiempo. Nadie más veía lo que veía yo; y me volví doblemente distante y taciturno para no ser tomado por loco. Los perros me tenían miedo porque sentían la sombra del exterior que nunca se separaba de mi lado. Pero yo continué leyendo en libros y rollos olvidados y ocultos a los que me conducía mi nueva visión, y abrí a empellones nuevas puertas del espacio y del ser y de distintas formas de vida, en dirección al corazón del cosmos desconocido.

Recuerdo la noche en que tracé los cinco círculos

concéntricos de fuego en el pavimento y me situé en el más interior, recitando aquella monstruosa letanía que me había traído el Mensajero del Tártaro. Las paredes se disolvieron y fui arrastrado por un viento negro a través de abismos grises, insondables; a muchas millas por debajo de mí se distinguían las cimas de montañas desconocidas, como agujas. Después de un tiempo atravesé una negrura completa, y luego vino la luz de miriadas de estrellas que formaban constelaciones extrañas. Finalmente vi, a gran distancia por debajo de mí, una llanura iluminada en verde, y distinguí sobre ella las retorcidas torres de una ciudad construida según un estilo que nunca había visto con anterioridad, ni sobre el que hubiese leído ni soñado nada. Cuando floté más cerca de esta ciudad, vi un gran edificio cuadrado, de piedra, en un espacio abierto, y sentí que un temor espeluznante me atenazaba. Grité y luché, y después de un momentáneo desmayo me encontré de nuevo en mi habitación del ático, tumbado en el suelo encima de los cinco círculos fosforescentes. Nada hubo más extraño en el vagabundeo de aquella noche que en los que habían acontecido en noches anteriores; pero fue mayor el terror que lo acompañó, porque me di cuenta de que estaba más cerca de aquellos abismos y mundos exteriores que nunca había estado. A partir de entonces fui más precavido en mis encantamientos, porque no tenía deseos de quedar aislado de mi cuerpo y de la Tierra, en abismos desconocidos de los que nunca podría volver...

(Hacia 1934).

La cosa en el claro de luna

Morgan no es un literato; de hecho, no puede hablar en inglés con un grado aceptable de coherencia. Esto es lo que me hace maravillarme por las palabras que escribió, a pesar de que otros se han reído de ellas.

La noche en que aquello ocurrió estaba solo; de súbito se apoderó de él una necesidad invencible de escribir. Tomó una pluma, y escribió lo que sigue:

«Mi nombre es Howard Phillips, y vivo en el 66 de College Street, en Providence, Rhode Island. El 24 de noviembre de 1927 —y no sé siquiera qué año puede ser ahora— caí dormido y tuve un sueño; desde entonces he sido incapaz de despertar.

Mi sueño comenzaba en un pantano húmedo y cubierto de juncos, bajo un cielo gris de otoño; al norte había un áspero promontorio de roca cubierto de liquen. Impelido por cierto oscuro anhelo ascendí por una grieta o hendidura que había en esa sima prominente, advirtiendo mientras lo hacía las negras bocas de muchas madrigueras que se abrían a ambos lados hacia las entrañas de la llanura rocosa.

En algunos puntos, el pasadizo resultaba cubierto por el estrechamiento de las partes superiores de la angosta fisura; estos lugares eran oscuros en demasía, e impedían la percepción de las madrigueras que allí debían existir. En uno de aquellos espacios oscuros noté que se apoderaba de mí un singular

acceso de terror, como si una sutil e incorpórea emanación del abismo sumergiese mi espíritu; pero la negrura era demasiado profunda para que percibiese la fuente de mi alarma.

Por último, emergí a una meseta de roca musgosa y pobre suelo, iluminada por la débil luz de la luna, que había sustituido a la expirante claridad del día. Miré a uno y otro lado con toda intensidad, pero no vi ningún objeto viviente; sin embargo, noté, muy lejos—allá abajo, entre las susurrantes cañas del pantano pestilente que había abandonado hacía poco—, una peculiar agitación.

Tras caminar alguna distancia, me encontré con las vías herrumbrosas y con los postes carcomidos que sostenían aún los cables flojos y caídos de un trolebús. Siguiendo esta línea, pronto me topé con un carruaje amarillo, con plataforma, que llevaba el número 1.852; era del tipo común, de doble vagón, habitual en la década de 1900 a 1910. Estaba desocupado, pero evidentemente preparado para salir; la roldana del trole estaba sujeta al cable, y el freno de aire vibraba de vez en cuando bajo el suelo del vagón. Lo abordé y busqué en vano el interruptor de la luz; noté entonces que faltaba el asidero del revisor, lo que implicaba la ausencia del mecánico. Entonces tomé asiento. Al momento escuché un latigazo sobre la escasa hierba, hacia la izquierda, y vi las oscuras siluetas de dos hombres que se destacaban a la luz de la luna. Llevaban las gorras de reglamento de una compañía ferroviaria, y no puede dudar de que se tratase del conductor y del revisor. Entonces uno de ellos husmeó el aire con singular agudeza y alzó el rostro para aullar a la luna. El otro se puso a cuatro patas y corrió hacia el coche.

Me puse en pie de un salto y corrí locamente fuera de aquel coche y a través de infinitas leguas por la meseta, hasta que el cansancio me obligó a detenerme; y si salí corriendo, no lo hice porque el conductor se hubiera puesto a cuatro patas, sino porque vi la cara del revisor: era un simple cono blanco rematado por un tentáculo de color rojo sangre...

Era consciente de que aquello era sólo un sueño, pero aquel mismo conocimiento no me era nada agradable.

Desde aquella terrible noche, sólo rezo para que se me permita el despertar... y este no llega.

En vez de despertarme, me he convertido en un habitante de este terrible mundo onírico. Aquella primera noche le cedió el paso a la aurora, y yo vagué sin rumbo por los solitarios pantanos. Cuando llegó la noche yo seguía vagando con la esperanza de despertar. Pero pronto, al separar las malezas, vi ante mí el antiguo tranvía... y a su lado, una cosa con rostro de cono alzó la cabeza y aulló extrañamente en el claro de luna.

Cada día ha sido igual. La noche me lleva siempre a este lugar de herror. He intentado no moverme cuando cae la tarde, pero debo andar en mi moderra, porque siempre despierto con la cosa de horror aullando ante mí; y me doy la vuelta y emprendo una huida loca.

Dios. ¿Cuándo despertaré?»

Esto es lo que Morgan escribió. Iré al número 66 de College Street, pero tengo miedo de lo que pueda encontrar allí.

(1934.)

FINIS CORONAT OPUS

CRONOLOGÍA DE LAS OBRAS DE LOVECRAFT

La siguiente cronología completa de los trabajos de H. P. Lovecraft, fue establecida por el mismo autor.

Dagon, 1917.
The Tomb (El Sepulcro), 1919.
Polaris, 1919.
Beyond The Wall of Sleep (Más allá de la barrera del sueño). 1919.
The Doom that Came to Sarnath (La maldición que cayó sobre Sarnath), 1919.
The Statement of Randolph Carter (La declaración de Randolph Carter), 1919.
The White Ship (El navío blanco), 1919.
Arthur Jermyn (The White Ape) (Arthur Jermin El mono blanco), 1920.
The Cats of Ulthr (Los gatos de Ulthar), 1920.
Celephais, 1920.

From Beyond (Desde el más allá), 1920.
The Picture in the House (El cuadro en la casa), 1920.
The Temple (El templo), 1920.
The Terrible Old Mand (El viejo terrible), 1920.
The Tree (El árbol), 1920.
The Moon Bog (El pantano de la Luna), 1921.
The Music of Erich Zann (La música de Erich Zann), 1921.
The Nameless City (La ciudad sin nombre), 1921.
The Other Gods (Los dioses otros), 1921.
The Outsider (El de otro lugar), 1921.
The Quest of Iranon (La búsqueda de Iranón), 1921.
Herbert West, Reanimator (Herbert West, reanimador - El reanimador de cadáveres), 1921-1922.
The Hound (El Moloso), 1922.
Hypnos, 1922.
The Lurking Fear (El miedo que acecha), 1922.
The Festival (La celebración), 1923.
The Rats in the Walls (Las ratas en las paredes), 1923.
The Unnamable (Lo innombrable), 1923.
Imprisoned with the Pharaohs (Encerrado con los faraones), 1924.
The Shunned House (La casa condenada), 1924.
He (El), 1925.
The Horror at Red Hook (El horror de Red Hook), 1925.
In the Vault (En la cripta), 1925.
The Call of Cthulhu (La llamada de Cthulhu), 1926.
Cool Air (Aire frío), 1926.
Pickman's Model (El modelo de Pickman), 1926.
The Silver Key (La llave de plata), 1926.
The Strange High House in the Mist (La extraña casa alta en la niebla), 1926.

- The Colour Out of Space (El color que cayó del cielo), 1927.
- The Case of Charles Dexter Ward (El caso de Charles Dexter Ward), 1927-1928.
- The Dunwich Horror (El Horror de Dunwich), 1928.
- The Whisperer in the Darkness (El que susurraba en la oscuridad), 1930.
- The Shadow over Innsmouth (La sombra sobre Innsmouth), 1931.
- At the Mountains of Madness (En las montañas de la Locura), 1931.
- The Dreams in the Witch-House (Los sueños en la casa de la bruja), 1932.
- Through the Gates of the Silver Key (A través de las puertas de la llave de plata), 1932.
- The Thing on the Doorstep (La casa en el umbral), 1933.
- The Shadow Out of Time (La sombra surgida del tiempo), 1934.
- In the Walls of Eryx (En los muros de Eryx), 1935.
- The Haunter in the Dark (El morador de las sombras), 1935.
- The Evil Clergyman (El malvado clérigo), 1937.

- The Dream-Quest of Unknown Kadath, (En busca de la Ciudad del Sol Poniente).
- Ex Oblivione.
- Nyarlathotep
- [illegible]
- The Lurker at the Threshold (El que acecha en el umbral). [illegible]

INDICE

Páginas

«EL SEPULCRO Y OTROS RELATOS»,
de H. P. Lovecraft,
se acabó de imprimir en los talleres de
Musigraf Arabí
en el mes de noviembre de 1974



EDICIONES JUCAR

LA VELA LATINA

Títulos publicados:

1. AMÉRICO CASTRO: *Españoles al margen*
2. CLARÍN: *Obra olvidada*
3. GEORGES HUGNET: *La aventura dada*
4. MICHEL BARBA: *Los ejecutivos*
5. CLAUDIO SÁNCHEZ: *Historia y libertad*
6. EDUARDO BLANCO-AMOR: *La Parranda*
7. JOSÉ LEZAMA LIMA: *La cantidad hechizada*
8. JOSÉ BERGAMÍN: *La importancia del demonio*
9. FRANCISCO UMBRAL: *Crónicas antiparlamentarias*
10. THOMAS MANN: *Travesía marítima con don Quijote*
11. XESÚS ALONSO MONTERO: *Galicia vista por los no gallegos*
12. JOSÉ MARTÍN ARTAJO: *Prosas atroces*
13. EDUARDO TIJERAS: *Antología de historiadores de Indias*
14. JEAN ROSTAND: *Bestiario de amor*
15. MANUEL MENÉNDEZ VALDÉS: *Regreso de la muerte*
16. JULIO CARO BAROJA: *Historias de la España Antigua*
17. XOSÉ NEIRA VILA: *Memorias de un niño campesino*
18. M. A. GONZÁLEZ MUÑÍZ: *Problemas de la II República*
19. VIALE MOUTINHO: *Un abril en Portugal*
20. OSCAR MUÑIZ: *El verano de la dinamita*
21. RAFAEL LLOPIS: *Historia Natural de los cuentos de miedo*
22. J. A. LABORDETA: *Cada cual que aprenda su juego*
23. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *En el otro costado*
24. JEAN THIERCELIN: *Don Felipe*
25. JUAN LARREA: *Razón de ser*
26. ANTONIO ESPINA: *Voltaire y el siglo XVIII*
27. H. P. LOVECRAFT: *El sepulcro*

Próximos títulos:

MANUEL GÓMEZ-MORENO: *La novela de España*
JOSÉ LUIS CANO: *Heterodoxos y prerrománticos*
TENNESSEE VILLIAMS: *El país del dragón*
FRANÇOIS FEJTÖ: *La herencia de Lenín*
JULIO CARO BAROJA: *Sobre el mundo ibérico-pirenaico*



«El caballero solitario de Providence, Rhode Island, paseaba por las noches y buscaba entre las sombras la de Edgar Allan Poe; los tejedores de leyendas dicen que Lovecraft nunca salía de día; rehuía de este modo una realidad que le resultaba mucho más espantosa, y que quizás lo fuese, que sus sueños de terror y de abominaciones blasfemas: a caballo entre un exacerbado orgullo de casta y un profundo complejo de inferioridad, evitaba la compañía de los mortales, y se refugiaba entre las cosas muertas, entre las larvas de su inconsciente.»
El presente volumen reúne varios relatos de H. P. Lovecraft que nunca habían sido editados en castellano, incluyendo además algunos de los primeros textos escritos por el autor. Asimismo se complementa con una completísima bibliografía de su obra y un clarificador estudio de Eduardo Haro Ibars, su traductor.

H. P. LOVECRAFT